

MEDIOEVO XII

— DON HUMO —



MEDIOEVO 12 - DON HUMO

Luis René González López

MEDIOEVO 12 - DON HUMO

MEDIOEVO 12 - DON HUMO

MEDIOEVO XII

DON HUMO

Libro XII

MEDIOEVO XII DON HUMO

TEMPORADA 1: EL COMERCIANTE

“El humo antes del nombre”

001 TÉ.[X][S]

002 CASCO [X]

011 SÁNSCRITO [K][A][X]

021 REGRESO [X][J][N]

031 CRUCE

MEDIOEVO 12 - DON HUMO

- - title: “MEDIOEVO XII: Don Humo” author: “Luis René González López” lang: es description: “Trescientos años de carga en un viejo con pipa.” rights: “© 2026 Luis René González López” date: 2026
- -

MEDIOEVO XII

DON HUMO

Libro XII

Luis René González López

- ○

MEDIOEVO XII: DON HUMO Libro XII © 2026 Luis René González López Todos los derechos reservados. *Esta obra fue creada íntegramente por un ser humano.*

- ○

Dedicado a Diana y a mis hijas

Y al que la lee ## INTRODUCCIÓN

Trescientos años de carga en un viejo con pipa.

- ○

MEDIOEVO XII DON HUMO

TEMPORADA 1: EL COMERCIANTE

“El humo antes del nombre”

- ○

001 TÉ [X][S]

El puerto de Izamal olía a grasa de ballena y a fruta pasada.

El olor llegaba en capas. Primero la grasa rancia, pesada, pegada a los tablones del muelle y a las cuerdas de las grúas de carga y a los mandiles de los descargadores que la arrastraban por el puerto desde las barcasas del sur. La grasa de ballena del Astral no venía de ballenas, sino de criaturas que nadie nombraba: criaturas del fondo del mar de mercurio que los pescadores del sur arponeaban desde canoas de cuero tensado, y cuya grasa se usaba para sellar juntas, impermeabilizar tela, y alimentar las lámparas de los asentamientos costeros que no tenían otra fuente de luz. La grasa se acumulaba en los puertos, insistente, pegajosa. Capas de grasa sobre capas de grasa, años de grasa, décadas de grasa. La fruta pasada venía después: las pilas de fruta del Astral que los comerciantes del sur

dejaban en los muelles para que madurara durante el viaje. La mitad maduraba, la otra mitad se pudría. Nadie separaba las dos mitades hasta que un comprador se acercaba y separaba con los dedos lo que servía de lo que no.

Xochipilli amarró Doña Nube al muelle con tres vueltas de cuerda de cáñamo y un nudo que su padre le enseñó cuando todavía tenía padre. La cuerda crujió contra la madera hinchada del bolardo. Doña Nube se acomodó al abrigo del muelle con el crujido lento de un barco que lleva siglos acomodándose a muelles que ya no existen.

El bolardo estaba inclinado, cuatro grados a babor, con la base podrida por el mercurio que subía con las mareas y lamía la madera durante horas antes de retirarse. Xochipilli le dio un tirón a la cuerda para comprobar que aguantaba. Aguantó. El bolardo tenía tres años más, quizás cuatro, antes de ceder. Xochipilli calculaba la muerte de los bolardos con la misma naturalidad con la que calculaba el precio del té, una deformación profesional de alguien que lleva décadas midiendo cosas que se gastan.

El puerto tenía dieciséis embarcaciones esa mañana. Xochipilli las contó mientras bajaba la plancha. Tres barcasas de carga del sur, pesadas, con la línea de flotación hundida y el casco manchado de sal de mercurio. Cuatro canoas largas de los pescadores locales, con redes enrolladas en proa que goteaban un líquido plateado que no era agua. Dos barcos nórdicos, reconocibles por las proas talladas, caras de lo que los vikingos llamaban ancestros, pero que parecían animales que no existían en ningún bestiario conocido. El resto eran botes de remo, embarcaciones de paso, chatarra flotante que alguien usaba para cruzar de un lado a otro del puerto por tres monedas de cobre.

La plancha de Doña Nube estaba húmeda, húmeda del rocío del Astral, no del Plano Base, que era agua condensada, sino un rocío de mercurio fino que se depositaba en las superficies horizontales durante la noche y que se evaporaba a media mañana dejando una película resbaladiza que duraba hasta el mediodía. Xochipilli bajó la plancha con las botas asentadas en la madera y el peso centrado, del modo que se baja una plancha húmeda cuando uno lleva cajas de doce kilos en los brazos y una caída significaría cuatro cajas de té en el mar de mercurio y cuatro cajas de té en el mar de mercurio significarían tres meses de trabajo perdidos.

Xochipilli cargaba cuatro cajas de té. Cada caja pesaba doce kilos, madera de cedro con bisagras de bronce. Dentro, bolsas de tela encerada con hojas secas que había comprado en un asentamiento del Astral Norte, donde las hojas crecían en arbustos que no necesitaban sol porque el sol del Astral no se movía y los arbustos habían aprendido a crecer con luz constante. El té del norte sabía a mineral y a humo de leña. Los comerciantes del sur lo pagaban bien porque les recordaba a lo que no sabían nombrar nostalgia, quizás, o el sabor de un lugar donde las cosas crecían sin que nadie las obligara.

Bajó la primera caja. La espalda baja le dolió en el séptimo escalón de la plancha, el escalón donde la inclinación cambiaba y el peso de la caja se transfería del brazo izquierdo a la columna lumbar. Doscientos y tantos años de cuerpo y la espalda baja seguía siendo el punto débil. El punto donde la mecánica del cuerpo humano fallaba sin importar cuántos siglos llevara funcionando. Dejó la caja en el muelle. La madera del muelle cedió medio centímetro bajo los doce kilos, madera vieja, saturada de mercurio, blanda.

Volvió por la segunda caja. La misma plancha. El mismo séptimo escalón. El mismo dolor en la lumbar. Dejó la caja al lado de la primera. Volvió por la tercera. La tercera era la más pesada, las hojas del fondo del lote, las que habían absorbido más humedad durante el viaje, las que pesaban un kilo más que las de arriba. La cuarta.

El muelle era de tablones anchos, separados lo suficiente para ver el agua de mercurio moverse debajo. No era agua, era el mar del Astral, líquido metálico que reflejaba el cielo con un retraso de medio segundo, como si el reflejo necesitara tiempo para decidir qué reflejar. El mercurio no olía a nada. El mercurio nunca olía a nada. Pero el aire sobre el mercurio olía a ozono, a electricidad estática, al tipo de olor que precede a las tormentas en lugares donde las tormentas obedecen reglas que no son las del Plano Base.

La segunda caja. La tercera. La cuarta.

Xochipilli se sentó sobre la cuarta caja y sacó la pipa. Las rodillas le crujieron al sentarse. El crujido seco del cartílago que ha hecho el mismo movimiento tantas veces que el sonido se ha convertido en parte del movimiento, no un síntoma, sino una firma, el ruido que hace un cuerpo de doscientos y tantos años al doblarse. Se acomodó en la tapa de la caja. La tapa tenía una hendidura donde el cedro se había astillado en un viaje anterior, la hendidura le servía de asiento, la madera astillada ajustándose al peso de su cuerpo con la familiaridad de un mueble usado.

El ébano fue de ébano con borde de cobre. La había encontrado tres años atrás en un mercado del Astral Oeste, entre los lobos, en una mesa donde un comerciante vendía objetos que nadie quería. La boquilla estaba entre un espejo roto y una brújula sin aguja. La pagó con medio kilo de té del norte. El comerciante no discutió el precio,

los lobos no discuten precios, los aceptan o los rechazan con la misma cara.

La madera estaba caliente. No de temperatura de uso, el calor que la madera absorbe de la mano que la sostiene y que devuelve cuando la mano vuelve. Doscientos años de mano, no tres años de esta pipa. La anterior había sido de arcilla, frágil, y se había roto en una tormenta del Astral Sur cuando una ola de mercurio la tiró de la cubierta de Doña Nube y la reventó contra el mástil. La anterior a esa había sido de hueso, tallada por un pirata del este que ya no existía. Las pipas se rompen. Xochipilli seguía fumando.

Llenó la cazoleta con hojas secas del bolsillo del chaleco. No las mismas hojas que vendía, hojas diferentes, más oscuras, enrolladas a mano, con un olor dulce que los Jardineros llamaban “memoria cristalizada” y que los comerciantes llamaban “hierba de viejo”. Encendió con un pedernal que llevaba en el otro bolsillo. La chispa tardó dos intentos. La llama prendió las hojas. El humo subió recto sin viento, sin corriente, recto hacia el cielo que no era cielo, sino la bóveda del Astral, gris constante, sin nubes, sin estrellas, sin nada que indicara hora o estación porque en el Astral no había horas ni estaciones.

Fumó.

El humo tenía sabor a corteza de árbol y a lo que no podía nombrar. Algo que estaba en las hojas pero que no era de las hojas, un residuo de la tierra donde crecían, del agua que las regaba, del aire que las rodeaba. Todo lo que una hoja absorbe durante su vida sale cuando la quemas. Xochipilli fumaba lento. Inhalaba poco. Retenía. Soltaba. El humo salía de su boca en una línea fina que se ensanchaba a la altura de los ojos y se disipaba a la altura del pelo.

La primera bocanada siempre era la mejor. La primera bocanada era la que tenía toda la concentración de las hojas, los aceites, los residuos, la memoria de la planta comprimida en el primer segundo de combustión. Después el sabor se aplanaba. Después era humo. Pero la primera bocanada era la que justificaba el hábito.

El puerto se movía alrededor de él con la lentitud de un organismo que funciona por inercia. Descargadores moviendo cajas de las barcasas del sur. Pescadores revisando redes con los dedos separando lo que servía de lo que no, tirando al mercurio los restos de criaturas que habían muerto en la red durante la noche. Un niño corriendo entre las piernas de los adultos con un pez plateado en la mano, gritando algo en un dialecto del sur que Xochipilli entendía a medias: “¡Lo agarré yo! ¡Lo agarré yo!”

El pez plateado estaba muerto. Muerto del modo que mueren los peces del Astral sin la agonía del pez del Plano Base que se sacude y abre la boca y se ahoga en el aire. Los peces del Astral dejaban de moverse cuando salían del mercurio. La transición de líquido a aire los apagaba. El niño cargaba un pez apagado y lo mostraba como trofeo.

En barbarinero, Xochipilli habría dicho: “El pescado se dejó agarrar.” Pero no lo dijo. No porque fuera filosófico, sino porque no había nadie a quien decírselo. Xochipilli viajaba solo. Doña Nube era compañía suficiente, el barco crujió cuando había que prestar atención, se mecía cuando había que dormir, y no opinaba sobre las decisiones comerciales de su tripulante. Cuatrocientos años de barco y cero opiniones. El trato ideal.

Un gato cruzó el muelle. Gris, flaco, con la cola cortada a la mitad, la mitad que faltaba se la había comido algo o se la había arrancado

una cuerda o se la había perdido del modo que los gatos del Astral perdían partes del cuerpo: sin drama, sin queja, adaptándose a la nueva configuración de cola corta con la misma indiferencia con la que se adaptaban a los muelles nuevos y a los olores nuevos y a los humanos nuevos. El gato pasó entre las cajas de té sin detenerse. Xochipilli lo miró pasar. Los gatos del Astral se movían entre los planos, nadie sabía cómo, nadie preguntaba. Los gatos estaban o no estaban. Un hombre se acercó al muelle. Bajo, ancho, con un mandil de cuero que le llegaba a las rodillas y manchas de algo oscuro en las manos. Carnicero o herrero o alguien que trabajaba con las manos en cosas que manchaban.

Las manchas eran marrones. Marrón oscuro en las palmas, marrón claro en los dedos, con el degradado de alguien que se lava las manos sin jabón, el agua quita lo superficial, la grasa quita lo profundo, pero lo que queda entre los dos es permanente. El hombre tenía manos de trabajo permanente.

¿Vendes?

Vendo.

¿Qué?

Té del norte.

El hombre miró las cajas. Miró a Xochipilli. Miró la boquilla.

¿Cuánto?

Depende del peso. Depende de lo que tengas. Depende de para quién sea.

Para mí.

Entonces es más barato que si fuera para reventa.

El hombre no sonrió. En el Astral Sur, la gente no sonreía por cortesía. La cortesía era llegar al punto y no desperdiciar el tiempo de

nadie. El hombre señaló la primera caja.

Abro, huelo, decido.

Xochipilli se levantó de la cuarta caja. Las rodillas crujieron con el mismo crujido seco, la misma firma. Puso la pipa entre los dientes para liberar las manos. La madera caliente contra los incisivos. El sabor del humo residual en el paladar mezclándose con el sabor de la saliva y del cobre del borde del ébano.

Abrió la caja. Las bisagras de bronce chirriaron, y la sal de mercurio se metía en las bisagras y las oxidaba con una velocidad que el bronce normal no sufría. Había que engrasarlas cada tres puertos. Xochipilli las engrasaba cada cinco. La diferencia era el chirrido.

El olor del té subió inmediato: mineral, leña, la tierra del norte comprimida en hojas secas. El hombre metió la nariz. Cerró los ojos. Xochipilli esperó. Los ojos cerrados significaban que estaba calculando: calidad contra precio contra necesidad contra lo que tenía en el bolsillo. En el Astral, el cálculo era así corporal, no verbal. Los ojos cerrados eran una calculadora.

El hombre abrió los ojos. Los párpados subieron despacio, como si hubiera terminado de calcular y tuviera un número.

Medio kilo. Tres monedas de cobre y un trozo de carne seca.

Medio kilo. Cuatro monedas y la carne.

Tres y media.

Cuatro.

El hombre abrió los ojos. Xochipilli sostuvo la mirada. No como desafío, sino como información. El precio era cuatro porque el té valía cuatro. El hombre sacó cuatro monedas de cobre del mandil y un trozo de carne seca envuelto en un trapo que olía a sal y a grasa

animal. Xochipilli pesó el medio kilo con una balanza de mano, dos platillos de cobre suspendidos de una barra de hierro, un sistema de pesas de piedra que había calibrado él mismo con la precisión de alguien que lleva décadas vendiendo por peso. El medio kilo fue exacto. Lo envolvió en tela encerada. Se lo dio.

Las monedas de cobre estaban tibias. Tibias de bolsillo, tibias de cuerpo. Xochipilli las guardó en la bolsa de cuero que llevaba atada al cinturón, la bolsa que tenía veintitrés monedas de cobre, seis de bronce, una de plata del este que nadie aceptaba en el sur, y tres botones de hueso que alguien le había dado como cambio en un puerto del oeste donde no había monedas suficientes. Los botones de hueso valían una moneda de cobre cada uno, si encontrabas a alguien que necesitara botones.

El hombre se fue sin despedirse.

Xochipilli se comió la carne seca. Estaba salada. Dura. La clase de carne que dura semanas sin pudrirse porque la sal la momifica. Masticó despacio. La mandíbula trabajaba contra la fibra de la carne con el esfuerzo de masticar algo que no quiere ser masticado, carne curada por preservación, no por sabor. La sal le secó la lengua. Bebió agua del odre que colgaba de la borda de Doña Nube, agua filtrada de mercurio, con el sabor metálico que nunca se iba del todo. Doña Nube se mecía.

Antes de mediodía vendió un kilo y medio de té. Seis transacciones. Cobre, carne, una bobina de hilo de seda que una mujer traía envuelta en papel de arroz, y un mapa dibujado en cuero que mostraba las corrientes del sur actualizadas a la última estación de mareas. El mapa valía más que el té, las corrientes del sur cambiaban cada temporada y los que las conocían no las compartían

gratis. Xochipilli enrolló el mapa y lo guardó en el compartimento de navegación de Doña Nube, debajo de otros catorce mapas acumulados en cinco años de comercio.

Los catorce mapas estaban enrollados y atados con cordel de fibra. Cada uno con una marca de tinta de mercurio en el borde que indicaba la fecha y la región. Los mapas viejos, los de tres años o más, eran inútiles para la navegación, pero valiosos como registro. Xochipilli no tiraba mapas. Los mapas viejos contaban la historia de lo que las corrientes habían sido, y la historia de lo que había sido era a veces tan útil como el mapa de lo que era.

A mediodía cerró las cajas. Guardó la balanza. Encendió la boquilla otra vez.

El sol del Astral no se movía. Mediodía en el Astral no era mediodía por posición del sol, sino por convención, por el acuerdo tácito de los habitantes del puerto que habían decidido que la pausa del trabajo ocurría cuando los descargadores se sentaban en los bolardos y los pescadores dejaban las redes. La gente dejaba de comprar y vender y se dedicaba a comer lo que tuviera encima.

El puerto de Izamal seguía funcionando con la inercia de un lugar que funciona todos los días. Los barcos llegaban. Los barcos salían. La gente compraba. La gente vendía. El mercurio reflejaba el cielo gris con medio segundo de retraso.

Xochipilli necesitaba un reparador de casco.

Doña Nube tenía una grieta en babor, a la altura de la línea de flotación, donde el mercurio llevaba meses lamiendo la madera con la paciencia del líquido que no tiene prisa. La grieta no era grave todavía. Sería grave en tres meses. Xochipilli sabía esto porque llevaba décadas leyendo las grietas de Doña Nube. Cada grieta tenía

un ritmo, una velocidad de expansión, un punto donde dejaba de ser grieta y empezaba a ser agujero.

Esta grieta llevaba cuatro meses. Había empezado como una línea del ancho de un cabello visible solo cuando el sol constante del Astral le daba en ángulo y la sombra de la línea aparecía en el casco. Cuatro meses después, la línea era una abertura de tres milímetros en su punto más ancho. Tres meses más y el mercurio entraría por la grieta con la presión que el mercurio ejercía a la altura de la línea de flotación, presión suficiente para convertir un goteo en chorro y un chorro en inundación de bodega.

Preguntó en el muelle. Los descargadores señalaron hacia el extremo sur del puerto, donde los talleres de reparación ocupaban una hilera de construcciones bajas con techo de palma y paredes abiertas. El olor cambió: resina de calafateo, serrín mojado, el barniz ácido que usaban para sellar juntas.

Los talleres eran cinco. Cuatro cerrados la tarde de mediodía del Astral, cuando los trabajadores descansaban. Uno abierto. La puerta era un arco de madera sin puerta, solo el arco, sin hoja, sin bisagra, sin nada que impidiera entrar o salir. Adentro: herramientas en estantes de cuerda, un yunque pequeño manchado de cobre, rollos de lámina metálica apoyados contra la pared, y una canoa volcada en el centro del espacio con el casco hacia arriba.

Le mandaron con una mujer.

Estaba agachada junto al casco de una canoa, con las manos metidas hasta los codos en una mezcla de resina y fibra vegetal que usaba para rellenar una grieta del largo de su antebrazo. El pelo negro le caía sobre la cara. Lo tenía cortado irregular, no con tijera sino con cuchillo, los bordes desiguales de alguien que se corta el

pelo mirándose en el reflejo del mercurio o sin mirarse. Descalza. Los pies anchos, con callos en las plantas del grosor del cuero, manchados de resina. El olor: sal, alquitrán, y algo vegetal, una hierba seca que masticaba y que le abultaba la mejilla izquierda.

¿Reparas cascos?

La mujer no levantó la vista.

Depende del casco.

Cuatrocientos años. Material que no conozco. Grieta en babor.

Levantó la vista.

Piel oscura, el marrón profundo que viene del sol de costa, no el marrón que se aclara en invierno. Ojos que evaluaban con la velocidad de alguien que lleva toda la vida evaluando cosas: grietas, corrientes, distancias, riesgos. No lo miró a él. Miró hacia Doña Nube, amarrada al otro extremo del muelle. La miró durante cinco segundos, los ojos recorriendo el casco desde la proa hasta la popa, la línea de flotación, los remiendos viejos, la forma del casco que no era forma de ningún barco que se construyera en el Astral.

Ese barco tiene más de cuatrocientos años, dijo. Y está hecho de un material que no conozco. ¿Quién te lo vendió?

Nadie me lo vendió.

Entonces lo robaste o el barco te eligió. De las dos, la segunda es peor.

Se limpió las manos en el mandil. Se puso de pie. Era más baja que Xochipilli, le llegaba al hombro. Las manos eran grandes para su tamaño, manos de marinera, con callos en las palmas y nudillos anchos de jalar cuerdas mojadas toda la vida.

La resina de la mezcla de sellado le manchaba los antebrazos hasta el codo. Resina marrón, pegajosa, con fibras vegetales

incrustadas que le daban a la piel una textura de corteza. No se limpió los antebrazos. Los antebrazos se limpiarían solos cuando la resina se secara y se despegara en láminas, un proceso que tomaba horas. Pero Saya no tenía prisa con la resina como el mercurio no tenía prisa con la grieta.

Saya dijo. No como presentación, sino como dato.

Xochipilli.

Saya lo miró por primera vez. La mirada duró dos segundos. Después caminó hacia Doña Nube sin esperar a que él la siguiera.

Xochipilli la siguió. Guardó la pipa en el bolsillo del chaleco. La madera todavía estaba caliente, el ébano retenía el calor de la combustión durante veinte minutos después de apagar. El calor de la boquilla contra la tela del chaleco, contra la piel del pecho. El calor de lo que se apaga y que sigue tibio.

Caminó detrás de Saya por el muelle. Los tablones bajo los pies descalzos de Saya hacían un sonido diferente al de los tablones bajo las botas de Xochipilli, un sonido seco, ligero, el sonido de alguien que pesa menos y que distribuye el peso en toda la planta del pie en lugar de concentrarlo en el talón. Doña Nube crujió cuando los vio venir.

• ○

002 CASCO [X]

Saya tocó el casco de Doña Nube con la palma abierta.

La palma contra la madera. Los dedos extendidos, separados, cubriendo un área del tamaño de un plato. La mano de Saya era ancha más ancha que la de la mayoría de las mujeres del Astral, con nudillos que sobresalían y tendones que se marcaban en el dorso con el relieve de cuerdas tensas bajo la piel. Los callos de la palma eran gruesos en la base de los dedos y más finos en el centro, el patrón de alguien que agarra cuerdas. Mangos de herramientas todos los días, que dobla los dedos y los cierra con fuerza, los abre y los vuelve a cerrar. La mano se quedó quieta contra el casco durante cinco segundos. Después se movió despacio, hacia la derecha, deslizándose por la superficie del material con la presión de un dedo que lee.

Presionó. Golpeó con el nudillo. Escuchó. Se agachó hasta la línea de flotación donde el mercurio lamía la madera y pasó los dedos por la grieta despacio, de un extremo al otro, sintiendo la profundidad con la yema del índice. La grieta tenía 47 centímetros de largo y la profundidad variaba: superficial en los extremos, tres milímetros en el centro. No era la grieta lo que preocupaba a Saya.

El nudillo produjo un sonido que Saya escuchó con la cabeza ladeada, la oreja derecha orientada hacia el casco, los ojos cerrados, la boca abierta para que la vibración llegara también por la mandíbula. Golpeó otra vez. Dos centímetros más a la derecha. El sonido cambió, más denso, con un grave que el primer golpe no tenía. Dos centímetros más. Otro cambio. Saya estaba mapeando el casco con los nudillos como un médico mapea un pecho con un estetoscopio, escuchando lo que hay detrás de la superficie, leyendo la estructura interna por la resonancia del golpe.

La línea de flotación de Doña Nube tenía una franja verde donde el mercurio dejaba su marca. No era verde de algas, sino verde de

oxidación, el color que el mercurio del Astral le daba a los materiales orgánicos cuando los lamía durante meses. La franja era de ocho centímetros de ancho. Ocho centímetros de casco que habían estado sumergidos y emergidos con cada marea, sometidos al estrés cíclico del mercurio entrando y saliendo, expandiendo y contrayendo.

Saya metió los dedos en la grieta. El índice y el medio juntos, las yemas presionando contra los labios de la abertura. La grieta era fría, más fría que el casco circundante, con la frialdad del aire del Astral que se colaba por la hendidura y se enfriaba al contacto con el mercurio del otro lado. Los dedos de Saya recorrieron los cuarenta y siete centímetros de la grieta con la lentitud de alguien que lee braille, cada milímetro de profundidad registrado, cada variación de textura archivada, cada cambio en la temperatura anotado en la memoria muscular de unos dedos que llevaban toda la vida tocando cascos.

El material dijo: “¿Qué tiene?”

Que no es madera. Saya golpeó el casco otra vez. El sonido era sólido, denso, sin la resonancia hueca de la madera ni el timbre metálico del acero. No es madera ni metal ni hueso ni cerámica. Es algo que no sé qué es. Y no puedo reparar lo que no sé qué es.

Se levantó. Las rodillas le crujieron, no el crujido de Xochipilli, que era seco y constante, sino un crujido más ligero, con un chasquido en la rodilla izquierda que indicaba líquido sinovial desplazándose. Saya se puso de pie con la mano apoyada en el casco, usando el barco como soporte durante el segundo que las piernas tardaban en aceptar el peso.

Xochipilli fumó.

El humo subió desde la cubierta donde Xochipilli estaba sentado en la borda, las piernas colgando sobre el mercurio, las botas a treinta centímetros de la superficie metálica. El humo pasó frente al cielo gris y se disipó. Xochipilli miraba a Saya trabajar con la atención de alguien que evalúa competencia, no con admiración ni con crítica, sino con la neutralidad del comerciante que necesita saber si lo que compra funciona.

Ha funcionado durante cuatrocientos años.

Todo funciona hasta que deja de funcionar. ¿Cuándo fue la última reparación?

Hace doce años. Un herrero del norte le soldó una placa de cobre sobre una grieta anterior. La placa sigue ahí.

Saya buscó la placa. Caminó alrededor de Doña Nube por el muelle, el muelle era lo suficientemente ancho para caminar junto al casco, pero lo suficientemente angosto para que los tablones se movieran bajo sus pies con el peso desigual de la madera vieja y los clavos flojos. Saya caminaba por muelles como caminaba por cubiertas sin mirar el suelo, con los pies descalzos adaptándose a cada tablón, los dedos de los pies agarrando las irregularidades de la madera con la prensión de alguien que no usa zapatos porque los zapatos impiden sentir.

La encontró en estribor, debajo de la línea de flotación, cubierta de una película verdosa de óxido. La placa estaba sólida. Los puntos de soldadura habían aguantado doce años de mar de mercurio. Pero la madera, el material alrededor de la placa, estaba diferente. Más oscura. Más densa. Había absorbido algo del cobre.

Saya se agachó otra vez. Las rodillas. El chasquido. Puso la mano en la placa. Después en el casco alrededor de la placa. Iba y venía,

placa, casco, placa, casco, con la yema del dedo índice, midiendo la diferencia de textura entre el cobre oxidado y el material del casco que había cambiado. El borde de la placa estaba más delgado que el centro. El casco alrededor del borde estaba más oscuro que el casco del resto del barco. La transición entre placa y casco no era abrupta, era gradual, un degradado de color y textura que indicaba un proceso lento, molecular.

Tu barco come metal - dijo Saya.

¿Qué?

El material del casco absorbió el cobre de la placa. Mira los bordes. Donde el cobre toca el casco, el casco cambió de color. Se alimentó. Tu barco es algo que se repara solo, pero necesita material para hacerlo.

Xochipilli bajó a mirar. Dejó la pipa en la borda, encendida, el humo subiendo recto, la madera equilibrada en la madera de la borda con la estabilidad de lo que se ha puesto ahí mil veces. Bajó por la plancha. Las botas en los tablones del muelle. Se agachó al lado de Saya.

Saya tenía razón. Los bordes de la placa de cobre estaban más delgados que cuando el herrero los soldó. El casco había comido cobre durante doce años.

Xochipilli puso la mano en el borde de la placa. La yema del dedo contra el cobre adelgazado. Sintió la diferencia. El cobre del centro tenía el grosor de una moneda; el cobre del borde tenía el grosor de una hoja de papel. Doce años de absorción. Doce años de un barco alimentándose de la placa que le habían puesto para repararlo.

Entonces no necesito reparación - dijo Xochipilli. Necesito alimentarlo.

Necesitas darle cobre. O bronce. O lo que sea que coma. Pero la grieta nueva está en babor y no tiene placa. Voy a poner una. El barco hará el resto.

Saya se levantó. Las rodillas. El chasquido. Se limpió las manos en el mandil, un gesto que no limpiaba nada porque las manos ya estaban sucias de resina del trabajo anterior y el mandil estaba sucio del trabajo de toda la vida. El gesto era mecánico, no funcional. El gesto que las manos hacen cuando terminan de examinar algo y se preparan para hacer algo.

Caminó hacia el taller sin decir nada más. Xochipilli se quedó agachado al lado del casco de Doña Nube, mirando la placa de cobre que el barco se estaba comiendo. Puso la mano en el casco, la palma abierta contra el material desconocido, los dedos extendidos. La superficie estaba tibia. La tibieza constante de Doña Nube, la tibieza que el barco mantenía sin importar la temperatura del aire ni del mercurio. La tibieza de lo que está vivo del modo que las cosas que no son vivas a veces están vivas.

Saya volvió con los materiales. Un rollo de lámina de cobre bajo el brazo izquierdo. La cizalla de mano en la mano derecha. Un cinturón con martillo, punzón, clavos de bronce con cabeza ancha, y el frasco pequeño que olía a vinagre y a metal.

Saya trabajó tres horas.

Xochipilli la observó desde cubierta, sentado en la borda con las piernas colgando y el ébano entre los dientes. Saya cortaba una placa de cobre de un rollo que traía en el taller. La cortaba con una cizalla de mano, los músculos del antebrazo marcándose con cada presión, los tendones del dorso de la mano tirando bajo la piel oscura. Cortó la placa al tamaño exacto de la grieta más tres centímetros de

margen en cada lado. Caló los agujeros con un punzón. Preparó la mezcla de sellado: resina de pino, fibra vegetal, y algo que sacó de un frasco pequeño que olía a vinagre y a metal. La mezcla era de un herbolario de puerto, no de un astillero.

El cobre se resistía a la cizalla. Saya lo cortaba con golpes cortos, no un corte continuo, sino una serie de presiones rítmicas, cada presión avanzando medio centímetro, los dedos reposicionando la cizalla entre golpe y golpe. El borde del corte quedaba irregular. Saya lo alisó con una lima pequeña, el sonido agudo del metal contra metal que le entraba a Xochipilli por los dientes y le vibraba en la mandíbula. La lima dejaba partículas de cobre en el mandil de Saya, polvo naranja que se mezclaba con la resina marrón y creaba un color que no era ni naranja ni marrón.

¿De dónde eres? - preguntó Xochipilli.

Del Plano Base.

Xochipilli dejó de fumar.

La pipa se quedó entre los dientes. El humo dejó de subir, la combustión se agotó en la cazoleta porque Xochipilli dejó de inhalar. El tabaco se apagó. La boquilla muerta entre las muelas. Los ojos fijos en Saya.

El Plano Base era el lugar del que nadie hablaba porque nadie iba. El PB era caos, radiación, bestias de 400 kilos que emitían gamma. El PB era lo que había antes del Astral y del PM, lo original, lo que no se corrigió, lo que seguía funcionando con las reglas de un universo que no tenía reglas. La gente del Astral hablaba del PB como los habitantes de una ciudad hablan del bosque: algo que existe más allá del perímetro, algo peligroso, algo de donde no se vuelve. Y Saya venía de ahí. Saya que reparaba cascos en el puerto de Izamal con

resina de pino y clavos de bronce. Saya que masticaba hierba seca y caminaba descalza y se cortaba el pelo con cuchillo. Justo entonces, saya que había evaluado a Doña Nube en cinco segundos y había diagnosticado que el barco se alimentaba de cobre. Sin decir nada.

Saya no dejó de trabajar. Aplicaba la mezcla de sellado sobre la grieta con una espátula de hueso, presionando la pasta en cada milímetro de la hendidura con la precisión de alguien que ha sellado cien grietas y sabe exactamente cuánta presión necesita cada milímetro.

La espátula era de hueso de ballena, hueso blanco amarillento, pulido por el uso, con la curva natural de una costilla que alguien había cortado y afilado y convertido en herramienta. La espátula entraba en la grieta y salía, entraba y salía, empujando la mezcla hacia adentro, llenando los tres milímetros de profundidad del centro de la grieta con pasta que se endurecería en horas y que el barco absorbería en semanas.

Hay una corriente, dijo. Submarina. Conecta el océano del Plano Base con el mar de mercurio del Astral. Funciona cada cincuenta y cuatro días cuando las mareas se sincronizan. Mi abuela me enseñó la ruta.

Tu abuela cruzaba al Astral.

Mi familia cruza desde antes de que los Jardineros existieran.

Xochipilli abrió la boca. La cerró. Abrió la boca otra vez.

La madera seguía apagada entre los dientes. El ébano sin calor. Sin humo. La boca abriéndose y cerrándose alrededor de la boquilla de cobre con la indecisión de alguien que tiene demasiadas preguntas y no sabe cuál hacer primero. El cuerpo delataba lo que la cara no mostraba: los hombros se habían tensado, las manos en la

borda se habían agarrado al borde de la madera, los pies habían dejado de colgar sueltos y se habían enderezado.

¿Sabes de los Jardineros?

Sé que existen. Sé que cuidan puertas. No me interesa. Saya posicionó la placa de cobre sobre la grieta sellada. Sacó un martillo del cinturón. Los clavos eran de bronce, con cabeza ancha. Los jardineros cuidan puertas. Yo cuido barcos. Es lo mismo con menos misterio.

Clavó el primer clavo. El sonido del martillo contra el bronce contra el cobre contra el casco de Doña Nube fue un timbre que Xochipilli sintió en los dientes. Doña Nube se meció no por el impacto sino por otra cosa. El barco reconociendo el cobre. El barco empezando a comer.

El martillo era de hierro con mango de madera, madera oscura, gastada por las manos, con una hendidura donde el pulgar de Saya encajaba. La cabeza del martillo tenía marcas de uso: abolladuras, rayaduras, la superficie cóncava de un metal que ha golpeado miles de clavos. Saya sujetaba el clavo con la mano izquierda, el clavo entre el pulgar y el índice, la cabeza ancha asomando por encima de los dedos, y golpeaba con la derecha. Un golpe. El clavo entraba dos milímetros. Otro golpe. Otros dos milímetros. Otro. El clavo atravesaba la placa de cobre y la mezcla de sellado y entraba en el casco de Doña Nube con un sonido diferente al del cobre, un sonido más profundo, más sólido, el sonido de un metal entrando en algo que no parecía madera ni metal ni nada que tuviera nombre.

Saya clavó doce clavos en veinte minutos. Cada golpe medido. Cada clavo a la misma profundidad. Cuando terminó, pasó la mano

por la placa. Firme. La mezcla de sellado ya estaba endureciendo en los bordes.

La mano de Saya contra la placa recién clavada. La misma mano que había diagnosticado el casco, los mismos dedos, los mismos callos, las mismas yemas que leían superficies. Pero ahora la mano no leía. Verificaba. La diferencia estaba en la presión. La mano que lee presiona poco, la mano que verifica presiona mucho. Saya presionó la placa con la palma completa y el peso del hombro detrás de la palma. La placa no se movió. Los doce clavos la sostenían. La mezcla de sellado la pegaba. El casco la aceptaba.

En una semana el barco habrá absorbido los bordes de la placa. En un mes, la grieta no existirá.

¿Cuánto te debo?

Medio kilo de té del norte y acceso a una ruta comercial que no conozca.

Xochipilli la miró. Saya no lo miraba a él, miraba a Doña Nube. La miraba con los ojos de alguien que evalúa no un barco sino un misterio mecánico que le interesa resolver.

La mirada de Saya recorría el casco de Doña Nube con la misma atención con la que había recorrido la grieta de proa a popa, de la línea de flotación a la borda, cada centímetro de superficie procesado. No era la mirada del comprador que calcula precio. Era la mirada del artesano que reconoce algo que no entiende y que quiere entender. Una grieta la podía reparar. El material entero era otra cosa.

¿Por qué una ruta?

Porque tengo pescado seco del Plano Base que nadie en este puerto compra porque no saben qué es. Y porque necesito un socio

que conozca puertos y yo no conozco ninguno además de este.

Xochipilli fumó. El humo subió recto.

Había vuelto a encender la pipa. En algún momento entre la revelación del Plano Base y la negociación del precio, la mano había sacado el pedernal del bolsillo y había encendido la cazoleta con el automatismo de un gesto que no necesita decisión. El cuerpo fumaba aunque la mente estuviera ocupada en otra cosa.

Medio kilo de té era barato por una reparación de tres horas. Una ruta comercial era cara. La suma de las dos cosas era exacta el precio justo de alguien que sabe negociar sin desperdiciar maniobras.

Xochipilli calculó. Medio kilo de té le costaba tres monedas de cobre en el norte y lo vendía a cuatro en el sur. Margen de una moneda. Una ruta comercial no tenía precio fijo dependía de qué rutas y de qué mercancía. Pero el pescado seco del Plano Base no existía en el Astral. Un monopolio natural. Un producto sin competencia. El margen de un monopolio natural era indefinido. Indefinido hacia arriba.

¿Qué tipo de pescado?

Pez luna. Del océano del PB. Seco, salado, curado con ceniza volcánica. Dura seis meses sin pudrirse. Sabe a nada hasta que lo hierves después sabe a mar.

El pez luna no existe en el Astral.

Por eso vale.

La lógica era impecable. Un producto que no existe en el mercado local tiene precio de monopolio. Un producto que dura seis meses tiene valor logístico. Un producto que necesita hervirse para saber a algo tiene valor gastronómico los cocineros del Astral pagarían por el desafío.

Xochipilli sacó medio kilo de té. Lo pesó con la balanza de mano. La balanza se equilibró el platillo izquierdo con las pesas de piedra, el platillo derecho con las hojas secas envueltas en tela encerada. El fiel se detuvo en el centro. Medio kilo exacto. Lo envolvió en tela encerada. Se lo dio.

La ruta te la enseño mañana. Zarpo con la marea.

Saya tomó el té. Lo olió. La nariz contra la tela encerada, los ojos cerrados durante un segundo el mismo gesto del hombre del mandil que había comprado té esa mañana. El gesto universal de quien evalúa calidad por olfato. Saya olió y asintió. El asentimiento era aprobación. El té era bueno.

¿A dónde?

Puerto del norte. Los vikingos pagan hidromiel por té. La hidromiel la vendo en el este. Las escamas metálicas del este las vendo en el oeste. Las hierbas del oeste las vendo en el sur. Y el pescado seco del PB lo venderíamos en todos lados porque nadie lo tiene.

Circuito completo.

Circuito completo.

Saya se limpió las manos en el mandil por última vez. Se quitó el mandil. Lo dobló. Lo puso sobre la mesa de trabajo del taller.

El mandil doblado quedó en la mesa con la precisión de lo que se pone en su lugar por última vez. No era un mandil abandonado era un mandil archivado. El mandil de un trabajo que se termina porque empieza otro. Los pliegues del cuero eran los pliegues de años de uso, las líneas de doblez marcadas en la superficie, el cuero más claro en los pliegues donde la grasa y la resina no llegaban.

Zarpo contigo mañana. Traigo el pescado.

No esperó respuesta. Caminó de vuelta al taller con la economía de pasos de alguien que nunca camina más de lo necesario. Los pies descalzos contra los tablones del muelle. Los callos de las plantas haciendo un sonido seco contra la madera mojada. El pelo cortado a cuchillo moviéndose con una corriente de aire que venía del mar de mercurio.

El pelo se movió una vez. Una corriente. Un segundo de movimiento. Después el pelo volvió a caer contra los hombros con el peso del pelo negro que no se ha lavado con jabón, pelo lavado con agua de mercurio, que limpia sin suavizar, que deja el pelo con la textura de cuerda fina.

Xochipilli se quedó sentado en la borda de Doña Nube.

Fumó.

La boquilla sabía diferente. No el tabaco, el mismo tabaco, las mismas hojas, la misma combustión. Pero el sabor era diferente porque la boca era diferente. La boca de alguien que acaba de negociar cosa que no esperaba negociar tiene un pH diferente, la adrenalina cambia la saliva, la saliva cambia el sabor, el sabor cambia la experiencia del humo. El humo sabía a oportunidad. El humo sabía a riesgo.

El barco crujió debajo de él. No como siempre diferente. La clase de crujido que Doña Nube hacía cuando algo cambiaba. Cuando la ruta cambiaba. Cuando el viento cambiaba. Cuando algo que había sido de una manera iba a ser de otra.

El crujido vino de la quilla. De la parte más profunda del casco, la parte que tocaba el mercurio, la parte que el mercurio lamía, la parte donde las corrientes del Astral le decían al barco cosas que el barco entendía y que el tripulante no. El crujido subió por las cuadernas y

pasó por las tablas de cubierta, llegó a la borda donde Xochipilli estaba sentado y le vibró en el hueso de la pelvis con la frecuencia de lo que cambia.

Xochipilli no le dio importancia.

Cuatrocientos años de barco y cero opiniones.

Pero Doña Nube opinaba. Xochipilli todavía no lo sabía.

• **003 CORRIENTES [X][S]**

Saya subió a Doña Nube al amanecer.

No - pidió permiso. Subió la plancha con cuatro bultos de tela encerada atados a la espalda con cuerdas de fibra vegetal. El pescado seco del PB, cuarenta kilos distribuidos en cuatro bultos que cargaba como quien carga cuarenta kilos todos los días. Con las rodillas flexionadas y la espalda recta, el peso absorbido por las piernas, no por la columna. Dejó los bultos en la bodega de Doña Nube. Los acomodó contra el mamaparo de proa para que no se movieran con el balance. Subió a cubierta.

Los bultos olían. El olor del pez luna seco del Plano Base era un olor que no existía en el Astral. Salado y mineral, con un fondo terroso de ceniza volcánica que le daba al pescado el matiz gris que ningún otro pescado tenía. La ceniza volcánica del PB no se parecía a nada del Astral. Era ceniza de volcanes que no seguían reglas, que eruptaban sin aviso. Sin ciclo, sin la periodicidad de los fenómenos del Astral, donde todo tenía frecuencia y ritmo. La ceniza era caótica. El pescado curado con ceniza caótica tenía un sabor que ningún otro proceso de curado producía. Y el olor subía por la bodega y se metía

en las tablas de la cubierta, cambiando el aire a Doña Nube como un pasajero nuevo cambia el aire a una casa.

Doña Nube crujió cuando Saya acomodó los bultos. El barco registraba peso nuevo. El casco ajustándose la línea de flotación, bajando un centímetro con los cuarenta kilos de pescado. La quilla hundiéndose un centímetro más en el mercurio, el equilibrio del barco recalculándose con la precisión involuntaria de cuatrocientos años de carga, y que sabe cuánto baja por cada kilo.

¿Cuál es la corriente? - dijo.

Xochipilli estaba soltando las amarras. Tres vueltas de cuerda de cáñamo, el nudo de su padre deshaciéndose en reversa. El nudo tenía una secuencia: tirar del extremo libre, girar la cuerda media vuelta a la derecha, pasar el lazo por debajo del bolardo, tirar del extremo libre otra vez. La secuencia inversa de la secuencia de amarre. Los dedos de Xochipilli hacían el movimiento sin mirar los dedos, recordaban la secuencia porque la habían hecho miles de veces, en miles de muelles, con miles de bolardos que eran todos diferentes y todos iguales. Doña Nube se separó del muelle con la lentitud de un animal que despierta.

La separación fue gradual. Primero la proa un metro de distancia entre la borda y el muelle, el mercurio llenando el espacio con un sonido denso de metal líquido desplazándose. Después la popa, la corriente del puerto empujaba el barco hacia el canal de salida con la suavidad de lo que tiene todo el tiempo del mundo. El muelle se alejó. Los tablones anchos y separados, los bolardos inclinados, las pilas de cajas y los rollos de cuerda, los descargadores que empezaban el día con los mismos gestos que habían terminado el día anterior.

Corriente norte. Tres días con viento de popa.

No hay viento de popa. Saya miró el cielo gris del Astral. Miró la superficie del mercurio. Lisa. Sin ondas. Sin corriente visible. El viento venía del este. Si salimos ahora, necesitamos bordear la costa dos horas antes de agarrar la corriente norte.

Xochipilli la miró.

La mirada fue corta, dos segundos, quizás tres. Pero en esos dos o tres segundos Xochipilli procesó lo que Saya acababa de hacer: contradecirlo sobre navegación. Sobre su navegación. Sobre las corrientes que él había navegado durante décadas en un barco que él conocía y que ella había visto por primera vez el día anterior. Xochipilli conocía la corriente norte. La había tomado cuarenta veces. Cuarenta veces con viento de popa, no porque el viento siempre fuera de popa, sino porque Xochipilli salía del puerto cuando el viento era de popa. Si el viento era de otra dirección, esperaba. Así había navegado siempre: esperar la condición correcta, salir.

Saya no esperaba. Saya salía y se adaptaba.

¿Cómo sabes de dónde viene el viento?

Saya se agachó. Puso la palma de la mano en la cubierta de Doña Nube.

Los dedos se abrieron contra la madera. Los mismos dedos que habían leído la grieta del casco, las mismas yemas, los mismos callos. Pero ahora los dedos no leían una superficie, sino una vibración. La mano de Saya contra la cubierta de Doña Nube era un instrumento de medición, los nervios de la palma detectando los microtemblores que la cubierta transmitía desde el casco, que el casco transmitía desde el mercurio, que el mercurio transmitía desde las corrientes de

aire que lo rozaban. Una cadena de transmisión de información física que empezaba en el viento y terminaba en la palma de Saya.

El barco lo sabe. Pulsa diferente según la dirección del viento. ¿Nunca le pusiste la mano?

Xochipilli no había puesto la mano en la cubierta para sentir el viento en décadas de navegación. Navegaba por mapas, por corrientes documentadas, por la experiencia acumulada de años de recorrer las mismas rutas. Saya navegaba por contacto. Mano contra madera. Pies descalzos contra cubierta. El cuerpo como instrumento de medición.

Xochipilli miró su propia mano. La mano de doscientos y tantos años con callos de comerciante, callos de manejar cajas, de sostener balanzas, de agarrar cuerdas. No callos de sentir. Los callos de Xochipilli eran callos de resistencia, las capas de piel muerta que protegen contra el roce, contra la presión, contra el trabajo. Los callos de Saya eran callos de sensibilidad, las capas de piel endurecida que filtran la información y dejan pasar solo lo importante. La diferencia entre protegerse del mundo y escuchar al mundo.

Se agachó. Puso la palma en la cubierta.

La madera estaba tibia. La tibieza constante de Doña Nube. Pero debajo de la tibieza había algo, una vibración mínima, un temblor que no era temblor sino información. Xochipilli apretó la mano contra la cubierta. El temblor se hizo más clara. Venía del lado de estribor, el viento presionaba el casco de estribor con una fuerza mínima que el casco transmitía a las cuadernas y las cuadernas a la cubierta y la cubierta a la mano de Xochipilli. El viento venía del este.

Saya tenía razón.

Mi abuela - dijo Saya. No explicó más.

Bordearon la costa dos horas. Dos horas de navegación costera a velocidad de remo, Doña Nube avanzando contra el viento del este con la vela recogida y la corriente costera empujándola al noroeste. Xochipilli manejó el timón. La rueda del timón era de madera oscura con un borde de cobre, el mismo material que el casco absorbía. Las manos de Xochipilli en la rueda, los dedos cerrándose alrededor de los radios gastados por décadas de manos, la madera suave en los puntos donde las palmas habían pulido la superficie hasta darle la textura del hueso.

Saya estaba en proa. Agachada. La mano en la borda. Leyendo. Los dedos contra la madera de la borda transmitían lo que el mercurio decía, la densidad de la corriente, la dirección del fondo, la presencia de rocas o formaciones submarinas. Saya leía la costa con las manos como los ciegos leen con los dedos: traduciendo textura en información, pulso en mapa.

Dos grados a babor - dijo Saya desde proa.

Xochipilli giró la rueda. Dos grados. Doña Nube cambió de curso con la obediencia de un barco que ha cambiado de curso cuatrocientas mil veces.

Un grado a estribor - dijo Saya.

Un grado. La corrección. La navegación de borde, el ajuste constante, milimétrico, de alguien que navega no por el centro del canal, donde el agua es profunda y segura, sino por el borde, donde el agua es poco profunda y peligrosa y la información es más rica.

La costa del Astral Sur pasaba a babor. Roca negra con vetas de cristal que pulsaban los cristales de almacenamiento del Astral, acumulando frecuencias en el silencio de la costa, pulsando con

ritmos que nadie contaba porque nadie tenía razón para contarlos. La roca negra bajaba al mercurio en ángulos abruptos, acantilados de dos metros, tres metros, donde la roca cortaba el mercurio y el mercurio cortaba la roca y los dos llevaban siglos cortándose mutuamente sin que ninguno cediera.

Saya tenía razón. El viento viraba del este al norte a tres kilómetros de la costa, donde una formación rocosa submarina desviaba las corrientes del mercurio y creaba un canal de viento que iba recto al norte. Xochipilli no conocía esa formación. No estaba en ninguno de sus catorce mapas.

La formación era invisible desde la superficie. El mercurio la cubría tres metros de profundidad, cuatro en algunos puntos, la roca submarina creando una cresta que desviaba la corriente del mercurio hacia la superficie y la corriente de la superficie creaba un canal de aire ascendente y el aire ascendente se convertía en viento norte. Una máquina de viento submarina. Saya la sintió antes de llegar, la mano en la borda detectó el cambio de corriente a doscientos metros de la formación, la vibración del mercurio cambiando de ritmo, de frecuencia, de densidad.

Aquí - declaró Saya.

Doña Nube giró. La vela cayó. El viento norte llenó la tela con un golpe que le recorrió el cuerpo a Xochipilli a través de la rueda del timón, la fuerza del viento contra la vela transmitida por el mástil a la cubierta a la rueda a las manos.

Mi abuela la descubrió - declaró Saya. No está en mapas porque los mapas los hacen comerciantes que navegan por el centro del canal. La formación está en el borde. Nadie navega por el borde.

Tu abuela navegaba por el borde.

Mi familia siempre navega por el borde. En el centro te ven todos. En el borde no te ve nadie.

Doña Nube agarró la corriente norte y aceleró. El barco se inclinó tres grados a estribor, la vela cuadrada llenándose con un golpe de tela que sonó como una palmada. Saya ajustó la escota sin que nadie le dijera cuánto. La ajustó exacta. Doña Nube se enderezó. La escota era una cuerda de cáñamo que pasaba por una polea de bronce en el mástil y bajaba a una cornamusa de la borda. Saya la agarró con las dos manos, la mano izquierda arriba, la mano derecha abajo, los pies descalzos plantados en la cubierta con los dedos abiertos para máxima tracción. Tiró. La vela se ajustó. Los tres grados de inclinación se redujeron a medio grado. Doña Nube se niveló. Saya amarró la escota a la cornamusa con un nudo que Xochipilli no conocía, un nudo que la abuela de Saya le había enseñado, un nudo que se apretaba con la tensión y se soltaba con un tirón.

Xochipilli encendió la pipa.

El pedernal sacó chispa al segundo intento. La llama prendió las hojas oscuras. El humo subió no recto esta vez sino inclinado hacia popa, empujado por el viento norte que ahora soplaba constante. El humo inclinado era la confirmación visual de lo que Saya había dicho: el viento venía del norte. El viento que no había existido en el puerto ahora soplaba con la constancia de lo que un canal submarino de roca generaba día y noche, temporada tras temporada, sin importar lo que pasara en la superficie.

¿Sabes lo que es el sánscrito? - preguntó Saya.

La pregunta vino sin contexto. Estaban en altamar, a tres horas del puerto, con la costa reduciéndose a una línea oscura a babor. El mercurio se extendía en todas direcciones, plata líquida hasta el

horizonte, donde el mercurio se encontraba con el gris del cielo sin línea divisoria porque en el Astral el horizonte no existía como concepto claro. El mercurio era plata y el cielo era gris y entre los dos había un gradiente de tonos metálicos que hacía imposible determinar dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Sé que es un idioma - dijo Xochipilli.

No es un idioma. Es una tecnología.

Saya sacó algo del bolsillo de los pantalones. Un trozo de cuero enrollado, del tamaño de un puño. Lo desenrolló sobre la cubierta. Adentro había tres piedras pequeñas, negras, con marcas talladas que Xochipilli reconoció como caracteres sánscritos. Cada piedra tenía un carácter diferente.

Las piedras eran del tamaño de la uña del pulgar. Negras con la negrura de la obsidiana, una negrura que absorbía la luz gris del Astral en lugar de reflejarla. Las marcas talladas eran finas, precisas, cortadas en la piedra con un instrumento que no era cincel ni cuchillo ni nada que dejara marcas irregulares. Las marcas eran perfectas. Cada línea del carácter tenía la misma profundidad, el mismo ancho, la misma curvatura. Trabajo de precisión que no era humano o que era humano de un tipo que Xochipilli no conocía.

Los comerciantes del Astral no usan náhuatl - contestó Saya. El náhuatl es la lengua de poder del Plano Medio. Aquí, los hemacronos usan sánscrito. Los mantras son secuencias de activación. Los sellos son configuraciones de campo. Cada fonema tiene una frecuencia específica. Cada combinación genera un campo específico.

¿De dónde sacaste esas piedras?

De un hemacrono que me las vendió a cambio de medio kilo de pez luna. Saya tomó una de las piedras. La sostuvo entre el pulgar y

el índice. Esta es “om.” Frecuencia base. Si la pronuncias correctamente, no como palabra sino como pulso, con la boca en la forma exacta y los labios abiertos el ancho exacto, la lengua en la posición exacta, la piedra se calienta.

Saya pronunció.

No dijo “om.” Emitió un sonido que empezó en el pecho y subió por la garganta y salió por la boca con la forma de voz era vibración articulada, cada milisegundo del sonido controlado, la frecuencia precisa que el carácter sánscrito representaba. El sonido duró tres segundos.

Tres segundos durante los cuales Xochipilli sintió la frecuencia en los dientes. No la escuchó en los oídos, la escuchó en las muelas. El pulso le entró por las muelas del juicio y le viajó por la mandíbula y le subió al pómulo y le llegó al hueso temporal. El sonido de Saya no era sonido para oídos. Era sonido para huesos.

La piedra se calentó. Xochipilli lo vio, la piedra pasó de negra a gris oscuro, la superficie cambiando de color con el calor interno. Saya la sostuvo sin quejarse. Los callos de la mano absorbían la temperatura.

El calor de la piedra era visible en el aire del Astral, una distorsión sobre la piedra, una ondulación del aire gris que se calentaba al contacto con la superficie de la obsidiana. La ondulación duró mientras Saya sostuvo la piedra. Después Saya la puso en la cubierta y la piedra empezó a enfriarse, del gris oscuro al negro, lentamente, lento, perdiendo energía.

Tecnología - contestó Saya. No misticismo. No magia. Tecnología articulada en fonemas de precisión vibratoria.

Xochipilli miró la piedra. Miró a Saya. Miró la piedra otra vez.

Llevaba décadas en el Astral. Había vendido té en cuatro regiones cardinales. Había negociado con vikingos, samurais, lobos y vaqueros. Sabía de los hemacronos, sabía que vivían de frecuencias específicas, que la sangre era conductor y no alimento, que su temperatura corporal era inferior a 15°C. Que usaban algún tipo de poder. No sabía que el poder tenía fonemas.

La pipa se había apagado. La combustión se había detenido mientras Saya pronunciaba el fonema Xochipilli había dejado de inhalar, la atención completa en la piedra que cambiaba de color, y el tabaco se había consumido sin aire. La madera muerta entre los dientes. El ébano sin humo.

Enséñame respondió.

No. Saya guardó las piedras. Enrolló el cuero. El gesto fue preciso, el cuero envolviendo las tres piedras con un pliegue exacto, las piedras quedando separadas por capas de cuero para que no se tocaran entre sí. Las piedras que se tocan resuenan, había dicho el hemacrono que se las vendió. Las piedras que resuenan sin control se rompen. No enseño lo que no domino. Sé tres fonemas. Activación, sellado, y diagnóstico. Para enseñar necesitaría saber treinta. Para saber treinta necesitaría un hemacrono que me enseñe. Para conseguir un hemacrono que me enseñe necesitaría lo que los hemacronos quieran.

¿Qué quieren los hemacronos?

Sangre. Pero no la mía. Quieren sangre del Plano Base. La sangre del PB tiene frecuencias que la del Astral no tiene sin filtrar, sin suprimir, salvaje. Los hemacronos la llaman “sangre viva.”

No vamos a vender sangre.

La frase salió sin pensarla. La frase salió del estómago, no de la cabeza, la reacción visceral de alguien que tiene un límite y que el límite no necesita explicación. Xochipilli era comerciante. Los comerciantes vendían lo que tenían y compraban lo que necesitaban, y la moral era un lujo que el mercado no regulaba. Pero la sangre era diferente. La sangre era cuerpo. Y el cuerpo de alguien no era mercancía.

No. Pero podemos vender acceso a las rutas del PB. Y eso vale más que sangre.

Xochipilli volvió a encender la pipa. El pedernal. La chispa. La llama. El humo. El gesto completo seis segundos de mano al pedernal, mano a la cazoleta, chispa al tabaco, llama a las hojas, humo a los pulmones. Justo entonces, el gesto como pausa. En ese instante, el gesto como transición entre una conversación que había cambiado todo y la quietud que venía después.

Doña Nube navegó hacia el norte. El viento se mantuvo constante. La corriente que la abuela de Saya descubrió los llevó tres nudos más rápido que la ruta convencional. Xochipilli calculó: tres días de viaje reducidos a dos y medio. Medio día de ventaja comercial. Medio día de llegar antes que la competencia a los puertos vikingos.

Medio día era la diferencia entre vender té a precio completo y vender té a precio de competencia. Medio día era margen. Medio día era la distancia entre un buen viaje y un viaje excelente. Y Saya le había regalado medio día con una formación rocosa submarina que no estaba en ningún mapa.

El mercurio pasaba bajo el casco de Doña Nube con un sonido que Xochipilli había oído miles de veces y que ahora escuchaba

diferente. No porque el sonido hubiera cambiado, porque Xochipilli había cambiado. Ahora escuchaba con la atención de alguien que sabe que el sonido contiene información. Que el mercurio bajo el casco le dice al barco cosas que el barco le dice a quien ponga la mano en la cubierta. Que la mano contra la madera es un instrumento.

Saya se sentó en proa. Descalza. Las piernas colgaban sobre el mercurio. La hierba seca en la mejilla izquierda, masticándola con el ritmo de alguien que mastica todo el día, todos los días, sin pensar en ello. El hábito del PB mantener la boca húmeda en travesías largas.

Las piernas de Saya colgaban a veinte centímetros del mercurio. Los pies descalzos, los callos de las plantas visibles desde popa, callos oscuros, gruesos, con la textura de cuero curtido. Los pies no tocaban el mercurio. Nadie tocaba el mercurio. El mercurio no quemaba ni cortaba ni dolía, pero dejaba una película metálica en la piel que tardaba días en salir y que interfería con la sensibilidad de los nervios. Los pies de Saya necesitaban sentir. Los pies de Saya eran instrumentos.

Xochipilli fumó en popa.

La distancia entre proa y popa era de nueve metros. Nueve metros de cubierta de Doña Nube, tablas de material desconocido, juntas de cobre que el barco iba absorbiendo, el mástil en el centro con la vela cuadrada llenándose de viento norte. Nueve metros de madera tibia entre un hombre que fumaba y una mujer que masticaba hierba. Nueve metros de silencio que no era incómodo sino necesario, la calma de dos personas que acaban de descubrir que pueden trabajar juntas y que necesitan procesarlo antes de decir otra cosa.

Doña Nube navegaba entre los dos. El barco que no opinaba crujió una vez. Dos veces. Se acomodó a un peso nuevo, el peso de dos personas donde antes había una.

El crujido no era el crujido de carga. No era el crujido de madera fatigada ni de juntas flojas ni de la quilla contra el mercurio. Era el crujido de ajuste, el sonido que Doña Nube hacía cuando se recalibraba. Cuando el equilibrio del barco cambiaba no por peso sino por presencia. Una persona en cubierta produce un peso y un centro de gravedad. Dos personas producen dos pesos y un centro de gravedad diferente. Doña Nube se ajustaba al nuevo centro.

La distancia entre proa y popa era de nueve metros.

Por ahora, nueve metros era la distancia correcta. ## 004
JARDÍN [X][N]

Xochipilli encontró Le Jardin un jueves.

No porque Le Jardin existiera los jueves y no los otros días. Le Jardin existía fuera del tiempo, fuera del flujo, fuera de todo lo que pudiera medirse con calendarios. Xochipilli lo encontró un jueves porque ese jueves se perdió.

Puerto de Kukulkán, Astral Norte. Distrito de comerciantes, callejones estrechos entre construcciones de piedra volcánica donde la luz gris del Astral apenas llegaba. Xochipilli había vendido tres kilos de té en la mañana y buscaba el camino de vuelta al muelle. Giró a la izquierda donde debió girar a la derecha. Después a la derecha donde no debió girar. Después recto por un callejón que se estrechaba hasta que los hombros rozaban las paredes de ambos lados y el olor cambió: del olor a piedra y a fruta del mercado al olor a café recién hecho.

Xochipilli no se perdía. No en los puertos del Astral, donde los puertos del Astral tenían una lógica de construcción que los hacía legibles para alguien que llevaba décadas navegándolos. Los talleres estaban en el sur del puerto, las tiendas en el centro, los muelles en el norte. Las calles principales iban de norte a sur. Los callejones iban de este a oeste. Girar dos veces era llegar. Tres veces era perderse. Pero Xochipilli no se perdía porque Xochipilli contaba los giros.

Ese jueves contó los giros y los giros no sumaban. El primer giro a la izquierda debería haber dado a una calle que iba al norte, hacia el muelle. No dio a una calle, dio a un callejón. El segundo giro a la derecha debería haber sido la corrección que lo devolviera a la calle principal. No lo devolvió a ninguna calle, lo metió en otro callejón. El tercero recto, sin giro, la inercia de caminar hacia adelante cuando los giros dejan de funcionar lo metió en un callejón que se estrechaba.

Las paredes de piedra volcánica le rozaban los hombros. La piedra volcánica del Astral Norte era gris oscura con vetas de mineral que brillaban cuando la poca luz gris las alcanzaba. Las paredes eran frías, con la frialdad de la piedra que nunca recibe sol directo, la frialdad permanente de un material que ha estado en la sombra tanto tiempo que la sombra se le ha metido en la estructura. Los hombros de Xochipilli rozaban esa frialdad a cada paso, el hombro derecho contra la pared derecha, el hombro izquierdo contra la pared izquierda, el callejón cerrándose centímetro a centímetro.

La caja de té que llevaba bajo el brazo izquierdo, la última caja, tres kilos, la que no había vendido porque el comprador no tenía suficiente cobre, raspaba la pared con cada paso. El sonido del cedro

contra la piedra volcánica era un chirrido seco que le vibraba en el codo.

El olor a piedra y a fruta del mercado se fue, gradualmente, no como un corte sino como un degradado, el olor familiar debilitándose con cada paso hasta que ya no estaba. Y en su lugar: café.

En el Astral Norte no había café. No crecía, no se comerciaba, no se conocía. El café era cosa del Plano Medio, plantaciones controladas, distribución regulada, precio fijo. En el Astral, la gente bebía infusiones de hierbas, hidromiel, agua filtrada del mercurio, que no era agua pero servía igual. Nadie bebía café porque el café no existía aquí.

Pero el olor existía. El olor a café era inconfundible para alguien que hubiera estado en el Plano Medio alguna vez. Xochipilli había estado una vez, años atrás, en un viaje que no repetía porque el PM no fue lugar para un comerciante del Astral. El PM tenía burocracia y control y Torres que emitían frecuencias que le dolían en los dientes. Pero el PM tenía café. Y el café del PM olía exactamente como lo que estaba oliendo en este callejón del Astral Norte que se estrechaba más de lo que un callejón debería estrecharse.

El olor era cálido, no cálido de temperatura, sino cálido de frecuencia. La clase de olor que entra por la nariz y baja al pecho y se instala en un lugar del esternón que no tiene nombre pero que reconoce la familiaridad cuando la encuentra. El olor a café era familiar del modo que las cosas que se recuerdan desde antes de recordarlas son familiares.

Xochipilli siguió el olor hasta una puerta.

La puerta estaba en el fondo del callejón. Madera oscura, bisagras de bronce verde, picaporte de latón con pátina de uso. La puerta no daba la impresión de ser nueva ni vieja. Parecía permanente, algo que había estado ahí siempre y que siempre estaría, como una piedra de río que el agua pule pero no mueve.

La madera de la puerta era del mismo tono que la madera de Doña Nube, oscura, con vetas que se movían cuando la luz las tocaba en ángulo. Xochipilli puso la mano en el picaporte de latón. El latón estaba tibio, no tibio de sol ni tibio de mano, sino tibio de lo que tiene temperatura propia.

Abrió.

Le Jardin.

Un café-bar con techo bajo. Tablones de madera oscura en las paredes, los mismos tablones que la puerta, las mismas vetas. Piso de baldosa hexagonal irregular. Lámparas de latón colgando del techo, cada tres metros, con cadenas de cobre y luz ámbar que no venía de vela ni de aceite ni de nada que Xochipilli pudiera identificar simplemente luz, cálida y constante. Barra de madera con siete taburetes. Cuatro mesas redondas con sillas de respaldo alto. Un mandil colgado de un gancho junto a la puerta de atrás. Tres manchas de café en el mandil.

El techo bajo estaba a dos metros del suelo, lo suficientemente alto para caminar sin agacharse, lo suficientemente bajo para sentir la presión del espacio. El aire era diferente al aire del callejón, con cuidado, el aire del callejón era frío, con la frialdad de la piedra volcánica. Ahí, el aire de Le Jardin era templado, la temperatura de un lugar que se regula solo, que mantiene su clima interno sin

importar lo que pase afuera. El aire olía a café y a madera y a algo más, cosa que Xochipilli asoció con la palabra “permanente”.

Las baldosas hexagonales del piso eran irregulares, cada hexágono ligeramente diferente del vecino, con variaciones de tamaño y color que daban al piso la apariencia de algo hecho a mano en una época donde la perfección no era objetivo. Las juntas entre baldosas estaban oscurecidas por años de uso. Años o siglos o milenios en Le Jardin, la diferencia no importaba.

Un gato.

Gris, ojos amarillos. Sentado en la barra con la cola envuelta alrededor de las patas. Mirando a Xochipilli con la atención de un animal que no mira por curiosidad sino por registro.

El gato era del gris del mercurio, limpio, no el gris oscuro de las nubes del Astral ni el gris claro de la piedra volcánica, sino un gris metálico, lustroso, que reflejaba la luz ámbar de las lámparas con un brillo sutil. Los ojos amarillos eran del color del latón, el mismo color que el picaporte, el mismo color que las lámparas, el gato parte del mobiliario. La cola envuelta en las patas era gruesa, con el pelo denso del tipo que mantiene el calor, y la punta de la cola se movía con un ritmo mínimo, un centímetro a la izquierda, un centímetro a la derecha, el metrónomo involuntario de un animal que registra lo que ve.

Un hombre detrás de la barra. Joven, cara que no decía nada ni bienvenida ni rechazo ni sorpresa. Limpiaba un vaso con un trapo. El trapo estaba limpio. El vaso estaba limpio. Limpiaba por limpieza, no por necesidad.

Las manos del hombre eran manos de alguien que ha limpiado vasos toda la vida o más. Manos que giraban el vaso con la muñeca

izquierda mientras la derecha pasaba el trapo por el interior con un movimiento circular que cubría toda la superficie en tres giros. El gesto era hipnótico, la repetición perfecta de lo que se ha perfeccionado por repetición. El hombre no miraba el vaso. El hombre miraba a Xochipilli con los mismos ojos que no decían nada. Ojos que registraban sin juzgar. Ojos de mesero.

El hombre puso una taza en la barra. Vertió café de una jarra que no tenía marca ni etiqueta. El café era negro, espeso, con una capa de crema que indicaba frescura imposible, café recién hecho en un lugar donde el café no existía. El olor llenó el espacio entre la barra y donde Xochipilli estaba parado.

La taza era de cerámica blanca con un asa pequeña, la clase de taza que se sostiene con tres dedos, no con la mano completa. La cerámica estaba caliente. El calor del café atravesaba la pared de la taza y le llegaba a los dedos de Xochipilli antes de que los dedos tocaran la taza, radiación térmica.

Xochipilli se sentó.

El taburete era de madera con asiento redondo y cuatro patas sin respaldo. La madera era del mismo material que las paredes y la puerta y el piso, la misma familia de madera oscura, todo Le Jardin hubiera sido tallado de un solo árbol enorme. El asiento estaba gastado, cóncavo en el centro, donde miles de cuerpos habían dejado su peso. El peso de Xochipilli se acomodó en la concavidad con la naturalidad de lo que encaja.

Dejó la caja de té en el suelo, al lado del taburete. El cedro de la caja contra las baldosas hexagonales. El sonido seco de la madera contra la cerámica.

Tomó un sorbo.

El café sabía a café. El mejor café que había probado. Sabía como los recuerdos saben cuando son buenos, completo, sin aristas, sin la amargura que el tiempo añade a todo. Sabía a lo que Xochipilli no sabía que extrañaba hasta que lo probó. El primer sorbo le entró por la lengua y bajó por la garganta con la densidad del cacao y la temperatura del caldo. No quemaba, estaba en la temperatura exacta donde el calor era placer y no dolor. La crema del café dejó un residuo en el labio superior que la lengua limpió automáticamente. El sabor era complejo, tostado en la base, frutal en el medio, con un final que sabía a tierra mojada y a la mañana de un lugar que Xochipilli no podía ubicar geográficamente, pero que reconocía emocionalmente. El café sabía a un lugar donde se estaba bien.

El gato lo miraba.

¿Cómo se llama? - preguntó Xochipilli, señalando al gato.

El hombre detrás de la barra no respondió. Siguió limpiando.

El gato pestañeó. Un pestañeo lento, los párpados bajando despacio, cubriendo los ojos amarillos durante medio segundo, subiendo despacio. El pestañeo lento de los gatos significaba algo que Xochipilli no recordaba qué, pero significaba algo. El gato pestañeó y siguió mirando.

Xochipilli bebió café. El café no se acababa cada vez que la taza parecía estar medio vacía, estaba llena otra vez. No vio al hombre servirle. No vio la jarra moverse. La taza simplemente tenía más café del que debería tener.

La primera vez que la taza se relleno, Xochipilli miró al hombre de la barra. El hombre seguía limpiando vasos. La segunda vez, Xochipilli miró la jarra. La jarra estaba en la barra, a dos metros de la taza, sin moverse. La tercera vez, Xochipilli dejó de buscar la

explicación y aceptó el café que no se acababa como aceptaba que el mercurio del Astral reflejaba el cielo con medio segundo de retraso como un hecho del mundo que no necesitaba explicación para funcionar.

La puerta se abrió.

La puerta hizo un sonido al abrirse, no el chirrido de bisagras viejas, sino un sonido de madera contra aire, como si la puerta desplazara un volumen de aire diferente al aire del callejón y el aire de Le Jardin resistiera la mezcla durante un segundo antes de ceder. El sonido de dos atmósferas encontrándose.

Tres personas entraron. Una mujer alta con trenzas grises y una cicatriz que le cruzaba el puente de la nariz del norte, por la ropa, por la cicatriz, por la forma de caminar con los hombros primero. Un hombre bajo con túnica de algodón y sandalias de cuero del sur, por la piel quemada, por los ojos acostumbrados a mirar horizontes amplios. Un hemacrono. La temperatura bajó dos grados cuando entró la piel pálida, los ojos que no reflejaban la luz ámbar de las lámparas, la pausa de alguien cuya sangre circulaba más lento que la de los demás.

Los dos grados de descenso los notó Xochipilli en los antebrazos. La piel se le erizó no de miedo sino de física. El frío que los hemacronos emitían era frío real, medible, el tipo de frío que un termómetro registraría. La sangre de los hemacronos circulaba a una temperatura inferior a la del aire circundante y el cuerpo del hemacrono irradiaba frío como un cuerpo caliente irradia calor. El efecto era local, dos metros alrededor del hemacrono, la temperatura bajaba. A más de dos metros, el aire volvía a la normalidad.

La mujer del norte caminaba con el peso en las puntas de los pies y los hombros alineados con la dirección del movimiento, la forma de caminar de alguien que ha peleado y que camina siempre como para pelear. La cicatriz en el puente de la nariz era blanca contra la piel curtida, una línea recta, limpia, del tipo que deja un arma afilada que corta sin serrar. La cicatriz tenía años. Décadas. La piel había cicatrizado y se había asentado y la línea blanca se había convertido en parte de la cara.

El hombre del sur era pequeño. No bajo, pequeño. Todo en él era proporcionalmente reducido: las manos, los pies, la cara, la voz. La túnica de algodón le colgaba hasta las rodillas y las sandalias de cuero eran de un cuero tan gastado que era casi transparente en los bordes. La piel quemada tenía la textura del cuero curtido, la piel de alguien que ha estado en el sol del desierto tanto tiempo que la piel ha dejado de ser piel y se ha convertido en protección.

Los tres se sentaron en una de las mesas redondas. El hombre de la barra puso tres tazas. Café. Sin preguntar.

Las tres tazas aparecieron en la mesa sin que Xochipilli viera al hombre moverse de la barra a la mesa. Las tazas estaban ahí. El café estaba en las tazas. El hombre estaba detrás de la barra limpiando vasos.

La mujer del norte miró a Xochipilli.

Primera vez dijo. No como pregunta.

La voz de la mujer era grave, más grave que la mayoría de las voces de mujer, con un tono que vibraba en el pecho de quien la escuchaba. La voz de alguien acostumbrada a dar órdenes en espacios abiertos, donde el viento se lleva las voces suaves.

¿Qué es este lugar?

Le Jardin. La mujer tomó café. Tragó. El movimiento de la garganta al tragar el cartílago tiroides subiendo y bajando con la deglución, visible bajo la piel curtida del cuello. El punto que no está en ningún mapa. La puerta que no está en ninguna pared hasta que la necesitas.

¿Y ustedes?

El hombre del sur habló. Voz suave, de alguien acostumbrado a hablar bajo porque el desierto amplifica todo.

Gente que encontró puertas. Gente que entendió que las puertas necesitan cuidado.

El hemacrono no habló. Asintió.

El asentimiento del hemacrono fue mínimo, un movimiento de la cabeza de dos centímetros hacia abajo y de vuelta. Pero en ese movimiento mínimo Xochipilli detectó algo que los asentimientos normales no tienen: frío. El aire alrededor de la cabeza del hemacrono se enfrió durante el movimiento y se calentó cuando la cabeza volvió a su posición. El asentimiento de un hemacrono era un evento térmico.

Xochipilli miró su taza de café. Miró al gato. Miró al hombre de la barra que seguía limpiando vasos. Miró a las tres personas sentadas en la mesa.

La pipa estaba en el bolsillo del chaleco. No la había sacado desde que entró en Le Jardin. No por cortesía, no sabía nombrar. El impulso de fumar había desaparecido al cruzar la puerta. Le Jardin era un lugar donde la boquilla no era necesaria, donde el gesto de fumar no tenía función porque Le Jardin no necesitaba procesamiento ni marcaje ni llenado. Le Jardin simplemente era.

Xochipilli sacó la pipa del bolsillo. La sostuvo en la mano sin llenarla. La madera contra la palma. El peso familiar. La necesidad de tener algo en la mano mientras escuchaba.

¿Cuántas puertas hay?

No sabemos - dijo la mujer. Docenas. Cientos. Cada puerta conecta Le Jardin con un lugar diferente. Cada puerta aparece cuando alguien la necesita y desaparece cuando nadie la busca.

¿Y el Nexus?

Los tres lo miraron.

La mirada de los tres fue simultánea, tres pares de ojos girando hacia Xochipilli al mismo tiempo, y las miradas se alinearon. La mujer del norte con los ojos grises de quien ha visto hielo y sangre. El hombre del sur con los ojos negros de quien ha visto arena y sol. El hemacrono con los ojos que no reflejaban la luz ámbar de las lámparas, ojos que absorbían la luz en lugar de devolverla.

Xochipilli sabía del Nexus. Los comerciantes hablaban de él en los puertos, un lugar donde todos los caminos se cruzan, un hub, un nodo central. Nadie lo había visto. Nadie sabía dónde estaba. Pero la gente que comerciaba entre regiones del Astral sabía que las rutas comerciales convergían en un punto invisible, un punto donde ir al norte y al sur y al este y al oeste tomaba el mismo tiempo. Donde las corrientes del mercurio se equilibraban, donde el flujo de información del Astral era más denso.

Xochipilli lo sabía como comerciante sabía que ciertas rutas eran más eficientes que otras sin razón geográfica aparente. Que ciertos puertos tenían más información que otros sin tener más tráfico. Sabía que el Astral tenía un centro que no era geográfico sino funcional, un punto donde la información fluía más rápido.

El Nexus es Le Jardin - expresó la mujer. Le Jardin es el Nexus. El café donde estamos sentados es el punto donde todos los caminos se cruzan. Señaló la puerta de atrás, la que estaba junto al mandil. Detrás de esa puerta hay un corredor. El corredor tiene puertas. Cada puerta da a un lugar diferente. Cada lugar es un ciclo. El Nexus conecta los ciclos.

Xochipilli sacó el pedernal del bolsillo. Llenó la cazoleta con hojas del chaleco. Encendió. La chispa tardó un intento, uno solo, no los dos habituales. En Le Jardin, hasta el pedernal funcionaba mejor. El humo subió hacia las lámparas de latón y se disipó en la luz ámbar.

Fumó. El humo de la pipa se mezclaba con el olor del café y el resultado era un tercer olor que no era ni tabaco ni café, sino la combinación de los dos, un olor que Xochipilli asociaría con Le Jardin para el resto de su vida. Cada vez que fumara y el olor a café apareciera en el aire, recordaría este momento. Cada vez que bebiera café y el olor a tabaco apareciera, volvería a este taburete.

¿Y quién cuida las puertas?

Nosotros - respondió el hombre del sur. Los que las encontramos. Los que entendimos que si nadie las cuida, se abren solas. Y cuando se abren solas, cruza lo que no debería cruzar.

El hemacrono habló. Voz baja. Temperatura en cada sílaba.

La voz del hemacrono era diferente a cualquier voz que Xochipilli hubiera escuchado. No por el tono ni por el volumen, sino por la temperatura. Cada sílaba que el hemacrono pronunciaba enfriaba el aire a su alrededor, un efecto medible, como si las palabras tuvieran peso térmico. Las consonantes eran más frías que las vocales. Las sibilantes eran las más frías de todas, la “s” al salir de la boca del

hemacrono dejaba un rastro de frío en el aire que duraba medio segundo.

Las puertas no son el problema. El problema es lo que hay detrás de las puertas. Lo que vigila el flujo. Lo que corrige.

Quietud.

Le Jardin era diferente al calma de fuera. La pausa de fuera era ausencia de sonido, el vacío acústico de un callejón donde nadie habla. La quietud de Le Jardin era presencia de calma, la plenitud acústica de un lugar donde el sonido no falta sino que sobra y decide callarse. El gato se lamió la pata. La lengua del gato era rosada y áspera y recorrió la pata derecha delantera con tres pasadas lentas de la muñeca a los dedos. El gesto de un animal que no tiene prisa porque no tiene a dónde ir.

El hombre de la barra puso más café. El café no se acababa.

Xochipilli supo que su vida acababa de cambiar. No con una revelación dramática ni con un rayo de luz ni con una epifanía que le recorriera el cuerpo. Supo con la certeza tranquila del comerciante que reconoce un producto valioso: esto es importante. Esto cambia la ruta.

La certeza le llegó por el estómago, no por la cabeza. El estómago de Xochipilli era el órgano de las decisiones, el lugar donde las decisiones comerciales se tomaban antes de que la cabeza las procesara. Décadas de comercio le habían enseñado que el estómago decidía primero y la cabeza justificaba después. El estómago decía: esto es real. La cabeza no discutía.

Bebió café.

El café seguía sabiendo a recuerdos buenos. ## 005 SEMILLAS
[J][X]

Se llamaban a sí mismos Jardineros.

No por elección poética sino por función. Cuidaban puertas. Las puertas crecían como plantas aparecían donde la frecuencia del flujo se acumulaba, se abrían cuando la presión era suficiente, se cerraban cuando alguien las atendía. Descuidar una puerta era dejar que creciera sin control. Las puertas sin control dejaban pasar cosas.

Las puertas del Astral no eran puertas de madera ni de piedra ni de metal. Eran puntos zonas donde la frecuencia del flujo se concentraba hasta crear una abertura. La abertura no era visible a simple vista. Era detectable por vibración: una zona del aire que temblaba diferente al aire circundante, una zona del suelo que temblaba con un ritmo que el suelo no tenía, una zona del mercurio donde la superficie se ondulaba sin viento y sin corriente. Los Jardineros detectaban las puertas con los huesos, con las muelas del juicio, con los cartílagos de las rodillas, con las falanges de los dedos. El cuerpo humano parecía un detector de frecuencia imperfecto pero suficiente. Suficiente para saber que algo estaba abierto donde no debería estar abierto.

Cuidar una puerta era mantenerla cerrada. Mantenerla cerrada era aplicar una frecuencia de sellado, un fonema sánscrito, un pulso específico, un sonido que cerraba la abertura como un corcho cierra una botella. El sello duraba lo que duraba la frecuencia residual. Después había que volver a sellar. La frecuencia de un Jardinero determinaba cuánto duraba su sello: los que tenían frecuencia alta sellaban por semanas; los que tenían frecuencia baja sellaban por días.

Eran once.

La mujer del norte se llamaba Ragna. Tenía una cicatriz de hacha en el puente de la nariz. Había cuidado una puerta en los fiordos del Astral Norte durante cuarenta años, que conectaba Le Jardin con una cueva de hielo donde la frecuencia del flujo era tan alta que el aire vibraba. Ragna no dejaba que nadie usara esa puerta. “Lo que hay del otro lado no tiene nombre,” decía. “Lo que no tiene nombre no se invita.”

La cicatriz de Ragna era de hacha de guerra nórdica, un arma de un solo filo, con un mango de fresno y una cabeza de hierro que los vikingos afilaban con piedra de río. La cicatriz cortaba el puente de la nariz en diagonal: del pómulo derecho al pómulo izquierdo, pasando por el cartílago nasal con una precisión letal que falló por centímetros. Ragna no hablaba de la cicatriz. La cicatriz hablaba por ella, decía que alguien había intentado matarla y que alguien había fallado.

El hombre del sur se llamaba Copal. Tenía la piel quemada y una voz de desierto. Había cuidado tres puertas en el Astral Sur durante sesenta años, puertas pequeñas, del tamaño de una ventana, que aparecían en las bases de las dunas de arena donde el mercurio no llegaba. Las puertas del sur eran las más inestables. Se abrían y cerraban con las mareas del mercurio. Copal las sellaba con arena mojada y una oración que no era oración, era frecuencia, sánscrito básico aprendido de los hemacronos, dos fonemas que estabilizaban el campo durante un ciclo de mareas.

Copal tenía las manos de alguien que ha trabajado con arena toda la vida: la piel agrietada en los nudillos, los pliegues de los dedos rellenos de granos microscópicos que ningún lavado sacaba, las uñas cortas y redondeadas por el roce constante. Las manos de Copal eran

herramientas de sellado: agarraba la arena mojada y la presionaba contra la puerta con la palma completa, los dedos extendidos, la fuerza del antebrazo empujando la arena dentro de la abertura. El sello de arena duraba un ciclo de mareas, treinta y ocho días. Después, Copal volvía y sellaba de nuevo. Sesenta años de ir y volver cada treinta y ocho días. La vida medida en ciclos de arena mojada.

El hemacrono se llamaba Kael. No dijo su edad. Los hemacronos no decían su edad. Había cuidado una puerta en las catacumbas de Sanguisburg, que los hemacronos usaban para comerciar con otros planos, una puerta regulada, con horarios de apertura y cierre, con un protocolo de acceso que Kael hacía cumplir con la autoridad de alguien cuya sangre era dos grados más fría que la de cualquiera en la habitación.

La puerta de Kael era diferente a las demás. Las demás puertas eran salvajes, aparecían donde querían, se abrían cuando querían, no respondían a horarios ni a protocolos. La puerta de Kael era administrativa. Los hemacronos la habían domesticado: horarios de apertura (tres veces al ciclo), horarios de cierre (sellado con sánscrito de precisión hemacrona), protocolo de acceso (identificación por frecuencia sanguínea, temperatura, nombre completo en sánscrito). La puerta de Kael era la única puerta burocrática del Astral. La única puerta con reglas.

Los otros ocho Xochipilli los conoció en Le Jardin durante las semanas siguientes. Venían de las cuatro regiones del Astral. Uno del este, un samurai retirado, que cuidaba una puerta en un templo de dragones, donde la frecuencia era tan baja que las piedras pulsaban. Uno del oeste, un lobo exiliado, que cuidaba una puerta en el Bosque 444, que ningún otro lobo sabía que existía. Cuatro comerciantes de

diferentes puertos, que habían encontrado puertas en callejones, en bodegas, en el casco de barcos abandonados. Dos mujeres que no hablaban entre sí, pero que cuidaban puertas gemelas, una en el norte, otra en el sur, que estaban conectadas como dos extremos de un puente invisible.

El samurai del este se llamaba Hideo. Era viejo, el tipo de viejo que los samurais se vuelven: seco, erguido, con arrugas que van en la dirección de los músculos faciales que más se usan. En el caso de Hideo, las arrugas iban hacia abajo, arrugas de gravedad, de seriedad, de décadas de no sonreír. Hideo cuidaba su puerta con un ritual de tres horas cada mañana: incienso, silencio, un fonema que pronunciaba una sola vez con la precisión de un corte de espada. Un fonema. Una vez. La puerta se sellaba por tres días.

El lobo exiliado no observó su nombre. Los lobos exiliados no daban nombre porque el nombre era lo primero que la manada les quitaba. Cuidaba una puerta en el Bosque 444, el bosque que los lobos evitaban porque en el Bosque 444 las frecuencias eran errantes, impredecibles, del tipo que hacía que la piel se erizara y los instintos gritaran que algo estaba mal. El lobo exiliado cuidaba la puerta porque nadie más iba al Bosque 444. El exilio como ventaja.

Once personas. Ninguna tenía más en común que la puerta que habían encontrado. Ninguna respondía al mismo idioma, la misma cultura, la misma edad. Lo que compartían era más simple: habían visto una puerta y habían entendido que alguien tenía que cuidarla.

La reunión fue en Le Jardin. El gato en la barra. Café que no se acababa. Damian, el hombre de la barra, alguien le dijo el nombre a Xochipilli, o quizás nadie lo expresó y Xochipilli lo supo limpiando vasos que ya estaban limpios.

Once personas en un café que no cabía en ningún mapa. Once personas de cuatro regiones que no compartían idioma ni historia ni costumbre. Detrás, once personas sentadas en sillas de respaldo alto y taburetes de madera oscura con tazas de café que no se acababa, respirando el aire de Le Jardin que olía a café y a madera y a permanencia. Entonces, once personas mirando a Xochipilli.

Xochipilli habló.

Llevaba semanas pensando. Fumando y pensando, la pipa como metrónomo del pensamiento, cada calada un compás, cada exhalación una conclusión parcial. Había visitado cuatro puertas con Ragna y Copal. Había visto lo que pasaba cuando una puerta se descuidaba: distorsión, frecuencias que sangraban de un lado a otro, criaturas que cruzaban estaban cruzando.

La puerta descuidada del Astral Noreste era la peor. Ragna lo había llevado tres días de caminata desde la costa hasta un valle donde la roca negra formaba un anfiteatro natural. La puerta estaba en el centro del anfiteatro. Abierta. Sin sellar en meses. El Jardinero que la cuidaba había muerto, y nadie había tomado su lugar. La abertura era del tamaño de un cuerpo humano. El aire alrededor de la abertura sacudía con una frecuencia que le entró a Xochipilli por las muelas del juicio y le bajó por la mandíbula y le vibró en el esternón. La frecuencia dolía. No era dolor agudo, sino dolor sordo, profundo, el dolor de lo que empuja desde adentro.

Por la puerta abierta pasaban cosas. No criaturas visibles, sino frecuencias. Frecuencias del otro lado que sangraban al Astral y distorsionaban la realidad circundante. La roca negra del anfiteatro tenía grietas que no parecían grietas naturales, grietas de distorsión, donde la frecuencia del otro lado había debilitado la estructura

molecular de la piedra. El mercurio del arroyo que pasaba por el valle tenía un color diferente, no plata, sino plata azulada, teñida por las frecuencias que sangraban.

Ragna selló la puerta con un fonema del norte, un sonido gutural, grave, que le salió del fondo de la garganta con la fuerza de una voz entrenada para gritar sobre tormentas. La puerta se cerró. El aire dejó de pulsar. Las muelas del juicio dejaron de doler. Pero las grietas en la roca seguían ahí. La distorsión que había ocurrido durante los meses sin sello era irreversible.

Las puertas no van a cuidarse solas - comentó Xochipilli. Y nosotros no vamos a vivir para siempre.

Ragna bufó. Los vikingos bufaban cuando algo. El bufido de Ragna era un sonido nasal, el aire saliendo por la nariz con fuerza, pasando por la cicatriz del puente nasal que alteraba el flujo de aire y le daba al bufido un tono silbante. Ragna bufaba con la cicatriz.

Propongo sellar las puertas del Nexus.

Pausa.

Once personas calladas. No era la quietud de Le Jardin, la calma de Le Jardin era permanente, de fondo, la pausa acústica del lugar. Esta quietud era diferente. Era la calma de once personas procesando una propuesta que cambiaba todo. Once bocas cerradas. Once cuerpos quietos. El gato en la barra dejó de lamerse la pata.

El Nexus, el corredor detrás de la puerta de Le Jardin, tenía docenas de puertas. Cada puerta conectaba con un ciclo diferente. Sellarlas significaba cortar la conexión entre Le Jardin y los ciclos. Significaba que Le Jardin seguiría existiendo como café, como punto fijo, como puerta, pero las puertas internas, las que daban a otros mundos, estarían cerradas. Xochipilli había visto el Nexus. Damian

le había abierto la puerta de atrás, junto a la puerta con el mandil con las tres manchas de café, y Xochipilli había entrado al corredor. El corredor era largo, no de metros, sino de perspectiva. Las paredes del corredor eran de piedra gris que no se degradaba. El piso era de la misma baldosa hexagonal que Le Jardin. Las puertas estaban a ambos lados, de diferentes materiales, tamaños y edades. Puertas de roble con herrajes de hierro. Puertas de cedro con bisagras de cobre. Por instinto, puertas de bambú atadas con cuerda de fibra. Cerca de ahí, puertas de piedra sin bisagra ni picaporte, que se abrían empujando con la frecuencia correcta. Cada puerta emitía una sacudida diferente. El corredor entero temblaba con la suma de todas las frecuencias de todas las puertas, un zumbido que le llenaba el cráneo y le borraba los pensamientos.

Si las sellamos, dijo Copal, nadie puede cruzar.

Correcto.

Incluyéndonos a nosotros.

Correcto. Le Jardin queda como la única puerta. La puerta que queda.

Copal se miró las manos, agrietadas de arena. Las manos que sellaban puertas cada cuarenta y un días y que ahora iban a sellar las puertas del Nexus de forma permanente. Permanente significaba que Copal no tendría que volver a sellar. Permanente significaba que Copal perdía su función. Un Jardinero sin puerta que cuidar era un jardinero sin jardín.

Kael habló. La temperatura bajó medio grado.

¿Y si alguien necesita cruzar?

Entonces tendrá que encontrar Le Jardin. Y Le Jardin solo aparece cuando alguien lo necesita. Xochipilli señaló la puerta de

entrada, la de madera oscura con bisagras de bronce verde. Esta puerta no está en ningún mapa. No tiene dirección. Aparece en un callejón diferente cada vez. Le Jardin se protege solo. Las puertas del Nexus no. Las puertas del Nexus son vulnerables. Si alguien con las frecuencias correctas las encuentra, puede abrirlas. Y lo que hay del otro lado de algunas de esas puertas no debería cruzar.

Lo que vigila el flujo, dijo Kael.

Lo que corrige, comentó Xochipilli.

La palabra “corrige” bajó la temperatura otro medio grado. No por Kael, sino por la palabra misma. Corregir. El proceso que eliminaba errores. El proceso que trataba la existencia como un error que limpiar. Once personas en un café que no existía en ningún mapa, discutiendo cómo protegerse de algo que consideraba su existencia una anomalía.

Las reglas se escribieron esa noche. No en papel, sino en piedra. Copal trajo una losa de arenisca del sur. Kael talló los caracteres con un cincel de frecuencia, un instrumento hemacrono que cortaba piedra con pulso en lugar de fuerza. Los caracteres eran sánscritos. Cinco reglas.

El cincel de frecuencia era un cilindro de metal del tamaño de un dedo índice. Kael lo sostenía entre el pulgar y el medio y lo activaba con un fonema mínimo, un susurro que generaba la pulsación en la punta del cilindro. La punta temblaba a una frecuencia que desintegraba la piedra en el punto de contacto, no la rompía, no la cortaba, la desintegraba. La arenisca se convertía en polvo en la línea exacta que Kael trazaba. El polvo caía al piso de Le Jardin y se mezclaba con las juntas oscuras entre las baldosas hexagonales.

Kael tallaba despacio. Cada carácter sánscrito requería precisión absoluta. Un trazo fuera de lugar cambiaba el fonema, y un fonema cambiado cambiaba el significado, y un significado cambiado cambiaba la frecuencia. Kael tallaba con la concentración de alguien cuya sangre fría le permitía mantener el pulso estable durante horas. Los hemacronos no temblaban. La sangre fría eliminaba el temblor que la sangre caliente producía en los músculos finos.

Kael talló cinco líneas en la piedra. La primera: *La hierba crece sola. El jardinero solo quita piedras.* La segunda: *El agua encuentra su nivel.* La tercera: *Nombrar es limitar.* La cuarta: *La pausa es la respuesta más completa.* La quinta: *Cada quien es un mundo. Pero todos somos el Electrón.* Las letras eran profundas. Kael no tallaba para decorar, sino para que duraran.

Xochipilli fumó mientras Kael tallaba. La pipa entre los dientes. El humo subiendo hacia las lámparas de latón. El café en la taza que no se acababa enfriándose porque Xochipilli no lo bebía estaba mirando las reglas aparecer en la piedra con la atención de alguien que sabe que lo que se escribe en piedra dura más que lo que se escribe en cualquier otro material.

Sellaron las puertas del Nexus al amanecer.

Once personas, once frecuencias, cada una aplicada a una puerta diferente. El sello era sánscrito, los fonemas que Kael conocía amplificados por la resonancia de las once voces pronunciándolos simultáneamente. Cada puerta se cerró con un sonido diferente: la puerta de roble con un crujido grave, la de cedro con un silbido, la de bambú con un chasquido seco, la de piedra con un retumbo que vibró en el piso.

El corredor del Nexus se llenó de sonido durante el sellado. Once voces pronunciando fonemas sánscritos al mismo tiempo, no al unísono, sino en armonía, cada voz en una frecuencia diferente, las once frecuencias superponiéndose en un acorde que no era musical, sino físico. El acorde presionaba. Presionaba las paredes del corredor, presionaba las puertas, presionaba el aire, presionaba los cuerpos de los once Jardineros que lo producían. Xochipilli sintió la presión en el esternón, la misma presión que sentía cuando una puerta descuidada pulsaba, pero multiplicada por once y dirigida hacia las puertas en lugar de salir de ellas.

Las puertas se cerraron una por una. Cada cierre fue diferente. La puerta de roble se cerró con la resistencia de la madera vieja que no quiere moverse, el crujido de fibras que se comprimen. La puerta de cedro se cerró con un silbido de aire que escapaba por las juntas al sellar. La de bambú ligera, flexible se cerró con un chasquido seco de caña que se endurece. En ese instante, la de piedra fue la última. Entonces, la de piedra no tenía bisagras ni picaporte, era un bloque de granito que sellaba una abertura del tamaño de un hombre. El bloque se movió tres centímetros. Tres centímetros que cerraron la abertura. El retumbo del granito contra el granito vibró en el piso del corredor y subió por las piernas de los once Jardineros y les llegó al esternón.

Cuando terminaron, el corredor del Nexus estaba en silencio.

Las puertas cerradas. Los ciclos desconectados. Le Jardin aislado.

La quietud del Nexus después del sellado era diferente a la calma de Le Jardin. Le Jardin tenía la pausa de la quietud, la calma viva de un lugar que elige no hacer ruido. El Nexus tenía la pausa de la clausura, la quietud muerta de un lugar donde el sonido ya no puede

entrar ni salir. Las paredes de piedra gris del corredor absorbían el eco de los pasos de los once Jardineros que caminaban de vuelta a Le Jardin. El eco moría antes de rebotar.

Damian puso once tazas de café en la barra. Once tazas. Una por cada Jardinero.

Las tazas estaban alineadas en la barra con la precisión de alguien que ha puesto tazas en barras toda la vida. Cada taza a la misma distancia de la siguiente, quince centímetros, el ancho de una mano abierta. Once tazas de cerámica blanca con café negro y crema fresca. Once columnas de vapor subiendo rectas hacia las lámparas de latón.

Xochipilli bebió la suya.

El café sabía diferente. Sabía a responsabilidad.

La responsabilidad tenía sabor. No amargo ni dulce ni ácido, tenía el sabor de lo que pesa. El sabor del café después de sellar las puertas del Nexus era el sabor de once personas que acababan de cerrar las conexiones entre mundos y que ahora tenían que vivir con las consecuencias de haberlo hecho. Las consecuencias eran simples: las puertas estaban cerradas. Lo que estaba adentro se quedaba adentro. Lo que estaba afuera se quedaba afuera. Y los Jardineros se quedaban en el medio, en Le Jardin, en el Astral, en los planos donde las puertas externas seguían abiertas y seguían necesitando cuidado.

Xochipilli dejó la taza en la barra. La taza vacía hizo un sonido contra la madera, el sonido de la cerámica contra la madera oscura de Le Jardin, un sonido seco y corto que desapareció en el silencio del café.

El gato se lamió la pata.

Damian recogió las once tazas. ## 006 DUPLA [X][S]

Saya no era Jardinera.

Saya lo sabía. Xochipilli lo sabía. Los once lo sabían. Nadie observó nada porque no había nada que decir. Saya cuidaba barcos, los Jardineros cuidaban puertas, y la intersección entre las dos cosas era un hombre que fumaba demasiado y navegaba un barco que se alimentaba de cobre.

Saya no iba a Le Jardin. No por prohibición. Nadie le prohibía nada a Saya porque prohibirle algo a Saya era gastar energía en algo que no funcionaba. Saya no iba a Le Jardin porque Le Jardin no le interesaba. El café no le interesaba a Saya. Bebía agua filtrada de mercurio y masticaba hierba seca, y eso era suficiente para mantener un cuerpo en funcionamiento. Las puertas no le interesaban a Saya. Saya tenía sus propias puertas: las corrientes submarinas que conectaban el PB con el Astral, y las cuidaba a su manera: navegándolas, mapeándolas, manteniéndolas abiertas por uso y no por sellado. Los Jardineros no le interesaban a Saya. Once personas que cuidaban algo que crecía sin control eran para Saya, once personas que hacían lo mismo que ella hacía con los cascos de los barcos: mantener cerrado lo que se quería cerrar y abierto lo que se quería abierto.

“Es lo mismo con menos misterio,” había dicho el primer día. No había cambiado de opinión.

La dupla funcionaba así:

Xochipilli salía de Le Jardin con información. Sabía qué puertos necesitaban qué productos, qué rutas estaban abiertas, qué regiones del Astral estaban tensas y cuáles tranquilas. Los Jardineros le contaban cosas que los comerciantes no sabían: movimientos de frecuencia, actividad en los bordes del flujo, cambios en las corrientes del mercurio que precedían a cambios en el clima político

del Astral. Información valiosa. Información que un comerciante podía transformar en ventaja.

Xochipilli volvía a Doña Nube con la pipa entre los dientes y la cabeza llena de datos. Se sentaba en el barril de proa, el segundo barril, el que tenía la tapa con la hendidura donde su cadera encajaba, y fumaba mientras organizaba la información. El ébano parecía el metrónomo. Cada calada ordenaba un dato. Cada exhalación descartaba uno. El humo subía recto cuando no había viento y subía inclinado cuando lo había, y la dirección del humo le indicaba a Xochipilli la dirección del viento sin tener que mirar la vela.

Saya transformaba la información en ruta.

Los vikingos del norte necesitaban especias, decía Xochipilli. El puerto de Kukulkán tenía exceso de sal del este. Si compraban sal allí y la llevaban al norte, podían cambiarla por hidromiel. La hidromiel la vendían en el este, donde los samurais la usaban para ritual.

Saya calculaba.

El cálculo de Saya era visible. No era un cálculo silencioso de cabeza cerrada. Era un cálculo corporal. Saya calculaba con la mandíbula: la hierba seca se movía de la mejilla izquierda a la derecha y de vuelta, tres veces, cuatro veces. El ritmo de la masticación acelerándose con la complejidad del cálculo. Las manos se movían, los dedos de la mano derecha tamborileaban en la borda con un ritmo que no fue nervioso sino procesual, cada toque del dedo un factor de la ecuación. La cabeza se ladeaba a la derecha cuando el cálculo iba bien, a la izquierda cuando había un problema.

Del puerto de Kukulkán al norte son tres días por la corriente costera. Pero la corriente costera está alterada, dijo Kael. La

frecuencia subió medio punto en el noreste. Medio punto arriba significa corrientes más densas. Más lentas. Tres días se vuelven cuatro. Si tomaban la corriente submarina que bordea la formación rocosa, son dos días y medio. Pero la formación rocosa está cerca del perímetro de los lobos. Los lobos cobran peaje.

¿Cuánto cobran?

Depende de qué carguen. Si ven sal, cobran poco. La sal no les interesa. Si ven pescado seco del PB, cobran mucho. La proteína del PB les interesa.

Esconden el pescado debajo de la sal.

Los lobos huelen. No se puede esconder nada de alguien que huele.

La frase era definitiva. Saya pronunciaba las frases definitivas con el mismo tono que las frases tentativas, sin énfasis, sin inflexión, sin las marcas de voz que la mayoría de la gente usa para distinguir lo importante de lo trivial. Para Saya, todo era dato. Los datos no tenían jerarquía de entonación. Los datos simplemente eran.

Entonces les venden un kilo de pescado como peaje y el resto lo venden en el norte.

Saya masticó la hierba seca. Calculó.

La hierba se movió tres veces de izquierda a derecha. Los dedos tamborilearon cuatro veces. La cabeza se ladeó a la derecha.

Funciona.

Funcionaba.

Recorrieron el Astral en Doña Nube durante cuatro años. Cuatro años de circuito completo: sur -> norte -> este -> oeste -> sur. El pescado seco del PB se convirtió en la moneda de cambio que ningún otro comerciante tenía. Los vikingos lo cocinaban en estofados. Los

samurais lo servían en ceremonia del té como acompañamiento: tajadas finas de pez luna seco sobre arroz, el sabor a mar apareciendo solo cuando el líquido caliente lo activaba. Los lobos lo comían crudo, arrancando tiras con los dientes, sin ceremonia, sin plato, sin cubiertos.

Los cuatro años tuvieron un ritmo.

El primer circuito fue el más lento. Todo era nuevo: los puertos que Saya no conocía, los compradores que no conocían el pescado del PB, las corrientes que Xochipilli tenía que enseñarle y que Saya corregía a la segunda pasada porque la mano en la cubierta le decía cosas que el mapa no decía. El primer circuito fue de aprendizaje mutuo: Xochipilli aprendió que Saya navegaba mejor que él y Saya aprendió que Xochipilli negociaba mejor que ella y los dos aprendieron que el otro no era prescindible.

El segundo circuito fue el más eficiente. Las rutas estaban mapeadas. Los compradores estaban establecidos. Los precios estaban fijados. Xochipilli y Saya funcionaban con la eficiencia de una máquina de dos piezas que encajan cada pieza haciendo lo que la otra no hace, sin superposición, sin vacío. Doña Nube respondía a los dos con la obediencia de un barco que ha aprendido que tiene dos capitanes y que los dos saben lo que hacen.

El tercer circuito fue el más rentable. La reputación del pez luna seco del PB se había expandido. Los cocineros del norte lo pedían por nombre, los samurais del este enviaban mensajeros a los puertos del sur preguntando cuándo llegaría “el barco del pescado,” los lobos del oeste habían dejado de cobrar peaje y habían empezado a pagar por adelantado. El margen subió. Los bultos de tela encerada en la

bodega de Doña Nube pasaron de cuatro a seis a ocho. Los cuarenta kilos originales se convirtieron en ochenta.

La rutina se estableció en el primer circuito y no cambió en los tres siguientes. La rutina era el idioma de Saya, no las palabras sino la repetición. Ahí, la repetición de levantarse antes que Xochipilli (siempre, sin importar la hora, sin importar el puerto, Saya se levantaba primero). Cerca de ahí, la repetición de poner la mano en la cubierta (cada mañana, el primer gesto del día, la palma contra la madera, leyendo el viento y la corriente y la temperatura del mercurio). La repetición de masticar la primera hierba seca del día mientras Xochipilli encendía la primera pipa del día, los dos hábitos orales simultáneos, la hierba y el tabaco, la humedad, el humo, los dos cuerpos preparándose para el día de la misma manera que se habían preparado el día anterior y el anterior y el anterior.

Doña Nube se acomodaba a la rutina. El barco crujía por la mañana un crujido de despertar, diferente al crujido de navegación y al crujido de atraque. El crujido matutino era corto, singular, un estiramiento de quilla que sonaba a madera expandiéndose con la temperatura. Saya lo llamaba “el bostezo.”

El té del norte complementaba. Xochipilli vendía té y Saya vendía pescado y entre los dos cubrían las dos necesidades básicas del comercio: el lujo y la sustancia. El té era lujo, nadie necesitaba té para sobrevivir, pero todos lo querían porque el sabor a mineral y leña del norte era adictivo. El pescado era sustancia, proteína del PB, energía limpia, la clase de comida que los soldados compraban antes de una campaña porque duraba y alimentaba.

Las transacciones seguían un patrón. Xochipilli negociaba, se sentaba frente al comprador, sacaba la balanza, pesaba, hablaba de

precios con la paciencia del comerciante que sabe que la paciencia es la herramienta de negociación más barata. Saya no negociaba, Saya ponía el pescado en la mesa, decía el precio, esperaba. Si el comprador aceptaba, la transacción ocurría. Si el comprador no aceptaba, Saya recogía el pescado y se iba. Sin contraoferta, sin regateo, sin las maniobras que los comerciantes del Astral usaban para ajustar precios. El precio de Saya era fijo porque el producto de Saya era único. Los monopolios no regatean.

Doña Nube se beneficiaba del circuito. Cada puerto donde paraban, Saya dejaba una placa de cobre, una barra de bronce, un trozo de metal en el casco para que el barco comiera. Doña Nube crecía, no en tamaño, en densidad. El casco se volvía más resistente con cada comida de metal. Las grietas se cerraban solas. La madera que no era madera se oscurecía con cada puerto, absorbiendo los minerales del mercurio y los metales que Saya le daba.

El ritual de alimentación era nocturno. Saya bajaba a la línea de flotación por la plancha cuando Doña Nube estaba amarrada en el muelle de noche, cuando el puerto dormía y los descargadores no miraban. Llevaba una placa de cobre o una barra de bronce, compraba las placas en los mercados del puerto, siempre de segunda mano, siempre baratas porque las placas de cobre usadas no valían mucho para nadie que no tuviera un barco que las comiera. Saya apoyaba la placa contra el casco a la altura de la línea de flotación. La sostenía con las dos manos, las palmas contra el cobre, los dedos abiertos, la presión constante. Y esperaba.

El casco tardaba en aceptar. A veces minutos. A veces una hora. El proceso no era visible, no había absorción dramática, no había fusión de metales, no había el sonido de algo disolviéndose. El proceso era

lento. Más allá, el borde de la placa de cobre se adelgazaba un milímetro por hora, quizás menos. Ahí, el casco alrededor del borde se oscurecía. La transición entre el cobre y el casco se difuminaba. Cuando Saya la placa cedía, que el cobre se debilitaba bajo los dedos, que la rigidez del metal se convertía en la flexibilidad de la absorción, dejaba la placa pegada al casco y subía a cubierta. El barco hacía el resto. MEJORA (cuando aporte, sin forzar cambios donde no hacen falta):

Tu barco se fortalece - replicó Saya una noche, con la mano en el casco, sintiendo el estremecimiento.

La sacudida del casco después de una comida de cobre era diferente. Más grave. Más densa. Saya la detectaba con la palma la misma palma que leía el viento y las corrientes y las grietas. El casco temblaba con la satisfacción de lo que ha comido.

No se fortalece. Se fortalece.

Es lo mismo. Come y se pone más fuerte. Se fortalece.

Xochipilli fumó. No discutió. Saya tenía una forma de reducir las cosas a su versión más simple que lo dejaba sin respuesta. No porque la versión simple fuera incorrecta, sino porque era tan correcta que la versión compleja sobraba.

El cuarto año de circuito empezó en el Astral Sur.

El puerto de Izamal, el mismo muelle, el mismo bolardo inclinado (más inclinado ahora, la base más podrida, un año menos de vida), el mismo olor a grasa de ballena y a fruta pasada. Las mismas barcas del sur con la línea de flotación hundida. Las mismas canoas de pescadores con las redes goteando líquido plateado.

Pero algo era diferente.

Saya estaba cambiada. No la apariencia, la apariencia era la misma: piel oscura, pelo cortado a cuchillo, descalza, hierba seca en la mejilla. Lo que cambió fue el cálculo. Saya calculaba diferente. Las rutas que proponía eran más conservadoras. Los riesgos que aceptaba eran menores. Las paradas eran más largas. Xochipilli no lo notó durante las primeras semanas. Lo notó cuando Saya rechazó una ruta por el perímetro de los lobos que habían tomado doce veces sin problema.

El cambio había sido gradual. Las primeras semanas del cuarto año, Saya sugirió una ruta costera donde antes habría sugerido una ruta de altamar. Xochipilli lo atribuyó a las corrientes, las corrientes cambiaban, las rutas cambiaban, Saya se adaptaba. La segunda semana. Saya pidió una parada extra en un puerto del sur donde normalmente no paraban. Xochipilli lo atribuyó a la logística, un cargamento extra de pescado que Saya quería recoger de un contacto del PB que cruzaba por la corriente submarina de cuarenta y tres días. La tercera semana. Saya durmió más. No mucho más, media hora más por la mañana, un momento más de estar acostada en la hamaca de bodega antes de levantarse y poner la mano en la cubierta. Xochipilli no lo notó. Xochipilli dormía después que Saya y se levantaba después que Saya y la diferencia de media hora se perdía en la diferencia de horarios.

Lo notó con la ruta de los lobos.

La ruta del perímetro de los lobos era la ruta que ahorrraba un día de viaje. La ruta que Saya había descubierto en el primer circuito por el borde de la formación rocosa, cerca del territorio de los lobos,

pagando un kilo de pescado como peaje. Doce veces habían tomado esa ruta. Doce veces sin problema, los lobos cobraban su kilo.

¿Por qué no?

Porque el riesgo es innecesario.

La voz de Saya tenía el mismo tono de siempre. Sin énfasis. Sin inflexión. Dato. Pero el contenido del dato era diferente. “Innecesario” era una palabra que Saya no usaba para riesgos que habían funcionado doce veces. Saya medía el riesgo por resultado. Doce resultados positivos significaban riesgo aceptable. “Innecesario” significaba que el cálculo había cambiado.

El riesgo es el mismo de siempre.

El riesgo no es el mismo.

Saya lo miró. La mirada duró tres segundos. Xochipilli era bueno leyendo personas, décadas de comercio, de sentarse frente a extraños y calcular qué querían y qué estaban dispuestos a dar. Pero Saya no era persona para leer. Saya era corriente. Había que sentirla, no leerla.

La mirada de tres segundos. Los ojos de Saya oscuros, del marrón profundo que el sol de costa oscurece hasta que el iris se confunde con la pupila, fijos en Xochipilli con una intensidad que no era desafío ni súplica ni explicación. La mirada de alguien que tiene una información que no puede dar con palabras porque las palabras la reducirían. La mirada de una corriente que cambia de dirección y que espera que quien navega sienta el cambio.

Xochipilli no lo sintió.

Xochipilli era comerciante. Los comerciantes leían datos verbales, precios, cantidades, rutas, tiempos. Los comerciantes no leían corrientes. Los comerciantes leían mapas. Y el mapa de Saya no

había cambiado, la misma piel, el mismo pelo, la misma hierba, los mismos pies descalzos. El mapa era el mismo. Lo que había cambiado estaba debajo del mapa.

No supo qué significaba la mirada hasta dos semanas después.

Cuando ella se lo dijo.

Las dos semanas entre la mirada y la revelación fueron dos semanas normales de circuito. Vendieron sal en el puerto del sur. Compraron hidromiel en un asentamiento vikingo del norte. Navegaron la corriente costera (no la ruta del perímetro de los lobos, Saya se negó otra vez y Xochipilli no insistió porque insistir con Saya era gastar energía en vano). Doña Nube comió una barra de bronce en el puerto del norte. Saya la sostuvo contra el casco durante cuarenta minutos a medianoche.

los pies descalzos en el muelle mojado, las manos contra el bronce que se adelgazaba.

Dos semanas de rutina. Dos semanas de pipa y hierba seca, viento y mercurio, crujidos de Doña Nube y el silencio entre proa y popa que había dejado de ser de nueve metros, sino de tres en algún momento del segundo año.

La distancia se había acortado. En algún momento del segundo año, Saya se había movido de la proa al centro y Xochipilli se había movido de la popa al centro y los dos fumaban y masticaban en el área alrededor del mástil.

donde la sombra de la vela caía cuando el sol constante del Astral le daba desde arriba.

La distancia se había acortado sin negociación. Nadie comentó “me siento aquí” ni “me muevo para allá.” Los cuerpos se movieron porque los cuerpos se mueven hacia lo que necesitan. La sombra del

mástil en el calor del Astral Sur, el resguardo del mástil en el viento del Astral Norte, y la cercanía del otro cuerpo cuando la cubierta de un barco de nueve metros se siente demasiado grande para una sola persona. La distancia se acortó de nueve metros a seis a cuatro a tres. A tres se quedó. Tres metros era la distancia donde la voz llegaba sin gritar y el olor del tabaco se mezclaba con el olor de la hierba seca y los dos olores creaban un tercer olor que era el olor de la dupla.

Tres metros durante dos años.

Después de dos semanas, los tres metros se convirtieron en cero.

• ◦ **007 THEMIS [X][O]**

Le Jardin no estaba donde lo había dejado.

Le Jardin nunca estaba donde lo habían dejado. Eso era lo que lo hacía Le Jardin. El café aparecía donde la necesidad lo convocaba, en callejones que no existían ayer, en esquinas que mañana serían paredes, en el fondo de pasajes que no tenían fondo hasta que alguien caminaba por ellos buscando café. Xochipilli había aprendido a no buscar Le Jardin. Le Jardin te encontraba.

La última vez había sido en el puerto de Kukulcán, en un callejón del distrito de comerciantes, piedra volcánica, olor a café donde no debía haber olor a café. La vez anterior, en un pasaje subterráneo del Astral Este, detrás de un muro de bambú que no estaba ahí al día siguiente. Cada vez que Le Jardin aparecía, la puerta era la misma madera oscura, bisagras de bronce verde, picaporte de latón, pero el callejón era diferente, la ciudad era diferente, la región era diferente. Le Jardin no tenía dirección. Le Jardin tenía necesidad. Aparecía

cuando alguien lo necesitaba y desaparecía cuando la necesidad se cumplía.

Xochipilli lo necesitaba.

No sabía por qué. No había formulado la necesidad en palabras. Las necesidades que Le Jardin atendía no eran necesidades verbales. Eran necesidades del esternón, del estómago, de la parte del cuerpo que sabe antes de que la cabeza sepa. Xochipilli llevaba semanas con una presión en el esternón que no era física, no era el peso de las cajas de té ni la tensión de las cuerdas ni el dolor de la espalda baja en el séptimo escalón de la plancha. Era una presión sin origen. Una presión de anticipación. El cuerpo sabía lo que la mente no sabía todavía.

Esa vez, Le Jardin apareció en las ruinas de un templo.

Astral Centro. Ciudad Central. Las ruinas de lo que alguna vez fue la ciudad más grande del plano. Construcciones de material gris que no se degradaban, conductos de amplificación que todavía sacudían con frecuencias de hace milenios. Plazas vacías donde la hierba no crecía porque la hierba sabía que este lugar no era para crecer. Ciudad Central había sido de los constructores, la civilización que edificó la infraestructura del Astral antes de que las facciones la dividieran. Antes de que los vikingos reclamaran el norte y los samurais el este y los lobos el oeste.

Xochipilli había venido a Ciudad Central a vender té a un grupo de excavadores, constructores nuevos que desenterraban los conductos de amplificación de los constructores antiguos, buscando las frecuencias que la civilización original había dejado grabadas en la piedra. Los excavadores pagaban bien, pagaban con información, que era más valiosa que el cobre. La información de los excavadores

era técnica: qué conductos funcionaban, qué frecuencias emitían, qué zonas de Ciudad Central estaban activas y cuáles estaban muertas.

Caminó por las ruinas después de la venta. Las construcciones de material gris se alzaban a ambos lados, no como edificios abandonados sino como esqueletos de edificios, las paredes exteriores intactas pero el interior vaciado, saqueado durante siglos por las facciones que dividieron el Astral. Los conductos de amplificación corrían por dentro de las paredes, tubos de material gris que pulsaban con frecuencias residuales, el eco de una civilización que ya no existía pero cuya infraestructura seguía funcionando.

El olor a café.

Xochipilli se detuvo. Los pies dejaron de moverse antes de que la cabeza procesara el olor. El cuerpo respondiendo al estímulo antes de que la mente lo identificara, el reflejo del Plano Base, el reflejo animal de detenerse cuando algo cambia en el entorno. El olor a café en Ciudad Central era imposible, como era imposible en el puerto de Kukulcán. Pero Xochipilli ya sabía que el olor a café imposible significaba Le Jardin.

La puerta de Le Jardin estaba en una pared del templo principal. La misma puerta de siempre: madera oscura, bisagras de bronce verde, picaporte de latón. Xochipilli la abrió. Café. Gato. Damian.

El interior era el mismo: tablones de madera oscura, baldosas hexagonales irregulares, lámparas de latón con luz ámbar, la barra con los siete taburetes, las cuatro mesas redondas. Le Jardin no cambiaba por dentro. Le Jardin por dentro era siempre Le Jardin, el mismo café en la misma jarra, el mismo gato en la misma barra, el

mismo Damian limpiando el mismo vaso con el mismo trapo. La permanencia interior era lo que permitía la impermanencia exterior. Le Jardin podía aparecer en cualquier lado porque por dentro siempre era el mismo lado.

Pero no solo Damian.

Había alguien más en Le Jardin.

Sentada en la mesa del fondo, con una taza de café intacta frente a ella. Una mujer. No del Astral, la presencia era diferente, más densa, más pesada, la gravedad alrededor de ella ligeramente mayor que la del resto del café. El aire la frecuencia. No de forma visible, de forma que Xochipilli sentía en los huesos, en los cartílagos de las rodillas, en los dientes. Una frecuencia baja que no escuchaba sino que registraba con el esqueleto.

La frecuencia le llegó al esternón primero. El esternón que había estado presionado durante semanas reconoció la frecuencia con la certeza de lo que encuentra lo que buscaba. La presión se alivió y se reemplazó por otra cosa. No alivio. Atención. El cuerpo pasando de la anticipación a la alerta.

Los cartílagos de las rodillas pulsaron. El temblor era baja, por debajo del umbral de la audición, en la zona del infrasonido donde los fenómenos naturales operan: terremotos, tormentas, erupciones. La mujer de la mesa del fondo emitía infrasonido como los volcanes emiten infrasonido, no por intención sino por naturaleza. El infrasonido era un efecto secundario de existir a esa escala de energía.

El gato estaba sentado en la mesa frente a ella. No en la barra, en la mesa. El gato nunca se sentaba en las mesas. El gato era animal de barra. Pero ahí estaba, sentado frente a la mujer, con los ojos

amarillos fijos en ella, con las orejas hacia adelante, con la postura de lo que está en presencia de lo que reconoce.

Las orejas del gato hacia adelante significaban atención máxima. Los gatos del Astral tenían veintidós músculos en cada oreja, los mismos que los gatos de cualquier plano, y cada posición de la oreja significaba algo diferente. Orejas hacia adelante: interés total. Orejas hacia atrás: amenaza. Orejas de lado: confusión. Las orejas del gato estaban hacia adelante con la rigidez de lo que no se ha movido en minutos. El gato no solo miraba a la mujer. El gato estaba orientado hacia ella.

Xochipilli - expresó la mujer.

Sabía su nombre.

La voz de la mujer era diferente a la de Saya, diferente a la de Ragna, diferente a cualquier voz que Xochipilli hubiera oído en Le Jardin o fuera de Le Jardin. La voz tenía peso, no volumen, sino peso, la densidad acústica de lo que cuando habla desplaza el aire con la autoridad de un objeto sólido. Cada sílaba de su nombre “Xochi-pi-lli” ocupaba espacio en el café. Las sílabas no flotaban. Las sílabas se asentaban en el suelo con la gravedad de piedras.

Se sentó frente a ella. El café que Damian puso en la barra lo recogió al pasar. Se sentó con la taza caliente entre las manos y miró a la mujer.

La taza entre las manos era un ancla. La cerámica caliente contra las palmas le daba algo físico en qué concentrarse, la temperatura del café atravesando la pared de la taza, el peso de la taza llena, la curva del asa contra el dedo índice. Sin la taza, las manos habrían buscado la pipa. Con la taza, las manos estaban ocupadas.

Piel que no tenía edad. No joven ni vieja, atemporal, la piel de lo que no envejece porque envejecer requiere tiempo y el tiempo no le aplica. Ojos oscuros con la profundidad de alguien que ha visto más de lo que un par de ojos deberían ver. El pelo recogido en una trenza que le caía por el hombro izquierdo, con hilos de plata que no parecían canas sino metal filamentos de plata auténtica entretejidos en el pelo, la oscilación con una frecuencia propia.

Los filamentos de plata pulsaban con un ritmo propio, un ritmo diferente al del infrasonido que emitía el cuerpo. Los filamentos eran antenas. Recibían y transmitían. Xochipilli lo supo porque los filamentos se movían sin corriente de aire, se movían con la información que recibían, cada filamento moviéndose en una dirección diferente según la señal que captaba. La trenza era un aparato de comunicación disfrazado de peinado.

Themis - dijo ella. Soy la que creó las leyes.

No se presentó como diosa. No se presentó como Pionera. Se presentó por función: la que creó las leyes. En el Astral, la función era identidad. Eras lo que hacías, no lo que proclamabas.

Sé quién eres - dijo Xochipilli. Los Jardineros hablan de ti.

Los Jardineros hablan demasiado para ser gente que cree en el silencio.

Xochipilli se quedó sin respuesta. Era la segunda persona en su vida que lo dejaba sin respuesta. La primera era Saya.

La calma de no tener respuesta era diferente al pausa de elegir no hablar. La quietud de no tener respuesta era vacío, la boca que se abre para decir algo y se cierra porque no hay nada que decir. Xochipilli conocía ese calma con Saya. Saya lo producía con frases

cortas que cerraban conversaciones enteras. Themis lo producía con frases que abrían preguntas que no tenían respuesta.

Los Jardineros sellaron las puertas del Nexus - contestó Themis. Fue correcto. Pero sellar puertas no resuelve lo que hay del otro lado. Lo que vigila. Lo que corrige.

¿Qué es?

No tiene nombre. Ponerle nombre sería limitarlo. Y no se puede limitar cosa que no tiene forma. Themis tomó un sorbo de café. El primer sorbo la taza había estado intacta hasta ese momento. La crema del café se rompió cuando los labios de Themis tocaron la superficie. La crema se rompió en líneas que irradiaron desde el punto de contacto, líneas radiales como grietas en hielo, que se disolvieron en la oscuridad del café. Lo que puedo decirte es esto: hay algo debajo del flujo. Algo que detecta errores y los elimina. Los humanos son errores. Las civilizaciones que los humanos construyen son errores acumulados. Lo que está debajo del flujo limpia errores.

¿Limpia?

Desconecta. Corrige. Borra. Usa el léxico que prefieras. El resultado es el mismo: lo que existía deja de existir. Las palabras de Themis se asentaron en el café con la misma gravedad que su voz. Desconecta. Corrige. Borra. Tres verbos. Tres funciones. Tres formas de decir la misma cosa: eliminación. Xochipilli las procesó con la boquilla que no había encendido la cazoleta vacía.

La madera fría entre los dientes, la boquilla de cobre contra los incisivos. No había encendido el ébano porque Le Jardin no lo pedía. Le Jardin no pedía humo. Le Jardin pedía atención.

El gato maulló. Un maullido corto, agudo, que cortó el silencio de Le Jardin con la precisión de un bisturí. Themis miró al gato. El gato

la miró.

El maullido reverberó en las paredes de madera oscura. Las paredes de Le Jardin absorbían los sonidos normales, las conversaciones, los pasos, el tintineo de la cerámica contra la madera. Pero el maullido del gato no fue absorbido. El maullido rebotó. Rebotó en las paredes y en las lámparas de latón y en las baldosas hexagonales y volvió al gato con un eco mínimo que solo Xochipilli detectó porque las muelas del juicio registraban los ecos que los oídos no.

Tu gato sabe, comentó Themis.

No es mi gato.

No. Es de Le Jardin. Y Le Jardin sabe más que todos nosotros juntos.

El gato se lamió la pata. El gesto de siempre, la lengua rosada, las tres pasadas lentas. Pero esta vez la pata que se lamió fue la izquierda, no la derecha. La derecha era la de rutina. La izquierda era la de algo. Xochipilli no sabía qué significaba la pata izquierda. Quizás nada. Quizás todo. Los gatos del Astral hacían cosas que significaban o que no significaban, y la diferencia era imposible de determinar.

Themis se puso de pie. La frecuencia que emitía cambió, subió medio tono, de infrasonido a algo apenas perceptible. El café vibró en la taza.

El café vibró en las tres tazas, la de Xochipilli, la de Themis (medio vacía ahora), y la que Damian había puesto en la barra para nadie. Las tres superficies de café temblaron con ondas concéntricas que partían del centro de cada taza y se expandían hacia los bordes de la cerámica. La vibración duró dos segundos, los dos segundos

que tardó Themis en pasar de sentada a de pie. Después la frecuencia se estabilizó y el café dejó de temblar.

Xochipilli. Lo que viene no es guerra. La guerra la conoces, barcos, rutas, peajes, lobos que cobran y vikingos que pelean. Lo que viene es corrección. Y la corrección no negocia, no comercia, no tiene puertos. La corrección limpia. Se detuvo en la puerta. La puerta de Le Jardin, la madera oscura, las bisagras de bronce verde. Themis la abrió con la mano derecha. Los filamentos de plata de la trenza se movieron con el movimiento del brazo, cada filamento registrando. Cuida las puertas. Pero no olvides cuidar lo que hay fuera de las puertas. Las personas. Las familias. Los niños que todavía no saben que nacieron en un error.

Salió.

La puerta se cerró detrás de ella con el sonido de la madera contra la madera, el sonido que Le Jardin hacía cuando alguien salía. No un golpe. Un asentamiento. La puerta volviendo a su lugar.

El aire de Le Jardin se normalizó. La frecuencia bajó. Las tazas dejaron de pulsar.

La normalización fue gradual. El infrasonido que Themis emitía no desapareció de golpe, se fue debilitando, como una campana que deja de sonar. Los huesos de Xochipilli dejaron de vibrar en los bordes primero, los dedos de los pies, los dedos de las manos, las falanges pequeñas. Después las rodillas. Después el esternón. El esternón fue el último en dejar de temblar, el esternón que había anticipado la presencia de Themis durante semanas y que ahora se vaciaba de la frecuencia que lo había llenado durante la conversación. El vaciamiento dejó una sensación hueca. La sensación de lo que se fue y que dejó un espacio.

Damian puso más café.

La taza de Xochipilli se llenó sin que Damian se moviera de detrás de la barra. La taza que estaba medio vacía se llenó. Xochipilli miró el café. El café estaba caliente. El café siempre estaba caliente en Le Jardin.

El gato volvió a la barra.

El gato bajó de la mesa con un salto pausado, las patas traseras empujando, el cuerpo estirándose en el aire, las patas delanteras absorbiendo el aterrizaje en la baldosa hexagonal sin sonido. Caminó desde la mesa del fondo hasta la barra con la economía de pasos de un animal que conoce el espacio y no necesita mirar dónde pisa. Saltó a la barra. Se sentó. Envolvió la cola alrededor de las patas. Pestañeó una vez, el pestañeo lento de los gatos, párpados bajando despacio, subiendo despacio.

Volvió a la posición de siempre. El gato de barra. El gato de registro.

Xochipilli fumó la pipa entera sin moverse del asiento.

La boquilla entera era la cazoleta llena, las hojas oscuras del chaleco, las hojas de “memoria cristalizada”, las hojas que los Jardineros llamaban de un modo y los comerciantes de otro. Llenó la cazoleta con los dedos automáticos. Encendió con el pedernal. Fumó. Calada lenta. Retención. Exhalación. El humo subió hacia las lámparas de latón. El humo se mezcló con la luz ámbar. El humo se disipó.

No se movió del taburete. No se levantó. No caminó. Se quedó sentado con la pipa y el café, el gato y Damian y las palabras de Themis asentadas en el cuerpo con el peso de las piedras que se asientan en el fondo de un río.

Los niños que todavía no saben que nacieron en un error.

El café sabía a café. El humo sabía a humo. Le Jardin estaba en quietud. ## 008 HELIOS [X][H]

La corte de Helios estaba en lo que quedaba del templo del norte.

No era corte en el sentido de trono y cortesanos y protocolo. Era corte en el sentido de centro de operaciones, el lugar donde las decisiones que afectaban al Astral entero se tomaban, donde la información de las cuatro regiones convergía. Donde la frecuencia de 432 Hz, que mantenía la coherencia del plano, se emitía con la constancia de un corazón que no puede dejar de latir.

El templo estaba en un promontorio de roca negra que sobresalía del mercurio a doscientos metros de la costa norte. Un promontorio volcánico de basalto con vetas de obsidiana que cortaban la roca en líneas diagonales, brillantes bajo la luz gris constante del Astral. La roca era caliente. No caliente de sol, sino de frecuencia. La frecuencia de 432 Hz que Helios emitía calentaba todo lo que estaba dentro de su radio de influencia. Y el templo estaba en el centro de ese radio. La roca del promontorio absorbía la frecuencia y la convertía en calor, como un radiador absorbe agua caliente y la convierte en temperatura ambiente. El basalto del promontorio estaba a 31 grados centígrados, once grados más que el aire circundante. Caminar sobre el basalto era caminar sobre una plancha tibia. Las botas de Xochipilli sentían la temperatura a través de la suela de cuero.

Un puente de piedra conectaba la costa con el promontorio. Piedra volcánica negra, sin barandilla, de tres metros de ancho y cien metros de largo. El puente se elevaba sobre el mercurio con la curvatura de un arco que alguien había calculado para soportar el peso de los vikingos del norte, gente pesada con armadura, con

armas, que cruzaba puentes en grupos de veinte o treinta. El puente podía con el peso. Los vikingos lo habían probado durante generaciones.

Debajo del puente, el mercurio se comportaba diferente. La frecuencia de Helios agitaba la superficie, ondas concéntricas que salían del promontorio y se expandían en círculos cada vez más grandes, como las ondas que una piedra produce al caer al agua. Pero las ondas del mercurio no se disipaban. Se mantenían constantes, rítmicas, con la frecuencia de 432 Hz que las producía. El mercurio bajo el puente vibraba.

Xochipilli llegó con un cargamento de té para los vikingos del norte. Haryes, líder vikingo, runas de 55 Hz quemadas en los antebrazos, lo recibió en el muelle con tres guerreros de escolta y una jarra de hidromiel que olía a miel fermentada y a madera quemada.

Haryes era ancho. No alto, ancho. La clase de anchura que viene de generaciones de gente que trabaja con los brazos: herreros, leñadores, remeros. La anchura de Haryes era la anchura de los hombros y del pecho y de los antebrazos donde las runas de 55 Hz estaban quemadas. Las runas eran cicatrices, marcas que los vikingos se hacían con hierro caliente sobre la piel para inscribir frecuencias de protección. Las cicatrices de Haryes eran blancas sobre la piel curtida, con el relieve del tejido cicatricial que lleva años formándose. Dos runas en el antebrazo izquierdo, tres en el derecho. Cada runa era una línea y un ángulo y una curva que representaba un fonema que representaba una frecuencia que representaba una protección.

Los tres guerreros de escolta no hablaban. Estaban ahí como paredes de carne con armas: hacha, lanza, escudo circular. Las armas

no parecían de metal, eran de hueso de criatura del mercurio, blanco con vetas azules, afiladas con piedra volcánica.

La jarra de hidromiel era de cerámica con asa de cuero. Haryes la sostenía en la mano izquierda con la naturalidad de alguien que sostiene jarras de hidromiel todos los días. La miel fermentada olía a dulce rancio, el olor de dulzura fermentada, convertida en otra cosa, algo más complejo, más agresivo, con un fondo alcohólico que picaba en las fosas nasales.

El que fuma - dijo Haryes. Los vikingos no usaban nombres. Usaban descripciones. Xochipilli era “el que fuma”. Saya era “la descalza”. Doña Nube era “el barco que come”.

Traigo seis kilos de té y cuatro de pescado seco del PB.

Helios quiere verte.

Xochipilli dejó de fumar. La pipa se quedó entre los dientes. El humo dejó de subir. La mano derecha que sostenía la madera se quedó suspendida a la altura del pecho, a medio camino entre la boca y el bolsillo del chaleco. La información de la frase “Helios quiere verte” le entró por los oídos y le bajó por la columna vertebral y se le instaló en el estómago con lo que no es bueno ni malo, sino inevitable.

Helios no pedía ver a comerciantes. Helios no pedía ver a nadie. Helios era el sol del Astral, literal: su corazón emitía 432 Hz, la frecuencia que mantenía todo unido, la frecuencia base que definía la coherencia ontológica del plano. Acercarse a Helios era acercarse al sol. No se hacía sin razón.

¿Para qué?

Haryes no respondió. Los vikingos no explicaban las órdenes de sus dioses. Las transmitían.

Haryes se dio vuelta y caminó. Los tres guerreros se alinearon: dos flanqueando a Xochipilli, uno detrás. La formación de escolta estándar de los vikingos del norte. No protección, conducción. La diferencia era sutil: la protección mantiene alejado lo externo; la conducción mantiene en línea lo interno. Xochipilli estaba siendo conducido.

El templo del norte estaba a tres horas de caminata desde el puerto. Tres horas por un sendero de basalto que subía desde el nivel del mar de mercurio hasta el promontorio con una pendiente constante de siete grados. La pendiente no era pronunciada, pero tres horas de pendiente constante le trabajaban los gemelos y los cuádriceps con la insistencia de lo que nunca es grave, pero nunca deja de presionar.

Construcción de piedra volcánica negra con incrustaciones de cuarzo que brillaban con la frecuencia de Helios, un brillo que no era luz, sino pulso hecho visible. Las paredes del templo temblaban. El suelo temblaba. El aire temblaba. Todo dentro del radio de influencia de Helios temblaba a 432 Hz.

Las incrustaciones de cuarzo formaban patrones en las paredes, no decoración, sino función. Cada cristal de cuarzo estaba orientado en un ángulo específico que amplificaba la frecuencia de Helios y la redistribuía por la estructura del templo. Los cristales eran del tamaño de un puño, blancos con inclusiones doradas, insertados en la roca negra con la precisión de alguien que sabía dónde poner cada cristal. El efecto era acumulativo: cada cristal amplificaba la señal del cristal anterior, y el resultado era una pared que emitía frecuencia por toda su superficie.

Xochipilli lo sintió a cien metros. Calor. No el calor del fuego ni el del sol, sino el calor de la proximidad a lo que genera energía sin quemar nada. El calor entraba por los poros, se distribuía por la sangre, se asentaba en los huesos. A cincuenta metros, el calor era intenso. A veinte, era difícil pensar en otra cosa que no fuera el calor.

A cien metros, el calor era sugerencia, una tibieza que podría haber sido el esfuerzo de la caminata o el calor de la roca o la temperatura del aire. Pero a cincuenta metros, la sugerencia se convirtió en certeza. El calor no venía de afuera, venía de adentro. La frecuencia de Helios penetraba la piel y hacía vibrar las células, y el temblor de las células producía calor. El calor interno. El calor de la fiebre sin la fiebre. A veinte metros, Xochipilli estaba sudando. El sudor le bajaba por la frente y por las sienes y le caía en los ojos con la sal que arde. Se limpió los ojos con el dorso de la mano. La mano estaba caliente. El dorso de la mano estaba caliente. Todo estaba caliente.

Haryes y los guerreros no sudaban. La piel de los vikingos del norte estaba acostumbrada, generaciones de vivir cerca de Helios les habían dado una tolerancia al calor que los otros habitantes del Astral no tenían. Los vikingos del norte podían estar a diez metros de Helios sin sudar. Los del sur no podían estar a treinta.

La cámara principal del templo.

La cámara era circular, quince metros de diámetro. Techo abovedado con cristales de cuarzo incrustados en patrones concéntricos que convergían en un punto central. Las paredes de basalto negro con vetas de obsidiana. El suelo de piedra lisa, pulida por siglos de pies, caliente bajo las botas.

Helios.

No era humano. No era dios en el sentido de los templos y las oraciones. Helios era energía con forma, la forma de un hombre alto, proporcionado, con piel que emitía una luz constante, encendida hace milenios. Los ojos eran del color del sol visto a través de agua ámbar líquido, en movimiento, con profundidades que cambiaban según el ángulo. El pelo no era pelo, era extensión de la luz, filamentos que flotaban con la gravedad opcional del Astral, cada filamento una línea de frecuencia.

El calor que emitía Helios de cerca era diferente al calor de lejos. De lejos era difuso, entraba por todas partes, sin dirección. De cerca era direccional, venía del pecho de Helios, del punto donde el corazón emitía los 432 Hz, y se expandía en un cono que apuntaba hacia donde Helios miraba. Cuando Helios miró a Xochipilli, el calor se concentró. La cara de Xochipilli recibió el calor directo, la frente, los pómulos, la nariz, el mentón. El calor de la mirada de Helios era el calor de un horno abierto a dos metros.

Helios estaba sentado. No en trono, en un banco de piedra. La sencillez del banco contrastaba con la enormidad de la presencia. Era como ver el sol sentado en una silla de cocina.

El banco de piedra era basalto pulido, sin respaldo, del largo de un brazo y del ancho de dos palmas. Helios estaba sentado con la espalda recta y las manos en las rodillas y los pies en el suelo, la postura de alguien que podría estar sentado en cualquier parte y que elige estar sentado aquí.

A su lado, de pie, una mujer.

Elara.

Madre de Malika. Gobernadora de Sanguisburg. 347 años de edad con la apariencia de cuarenta. Piel pálida hasta la translucidez, se

podían ver las venas del cuello, azules, con la sangre hemacrónica circulando a temperatura inferior a quince grados. Ojos que no parpadeaban. Literalmente no parpadeaban. Xochipilli la observó durante diez minutos y los ojos de Elara no se cerraron ni una vez. La presencia de Elara era fría, donde la de Helios era cálida. Los dos juntos creaban un equilibrio de temperatura que hacía que el aire de la cámara fuera exactamente 21 grados. El equilibrio era perceptible a la derecha de la cámara, donde estaba Helios, el aire era cálido. A la izquierda, donde estaba Elara, el aire era frío. En el centro, donde Xochipilli estaba parado, los dos campos se encontraban y la temperatura era de 21 grados. Veintiún grados era la temperatura del confort, donde el cuerpo no necesita sudar ni tiritar, donde los músculos están relajados, donde la atención puede dedicarse a otra cosa que no sea la temperatura. Helios y Elara juntos creaban la condición de confort, la condición para pensar.

Comerciante - declaró Helios. La voz era pura. No salía de la boca, salía de todo el cuerpo, como si Helios fuera un instrumento y la voz fuera la nota que producía al existir. Cuidas puertas.

Soy Jardinero.

Sé lo que eres. Sé lo que hiciste. Sellaste el Nexus. Cerraste los ciclos. Helios lo miró. Mirar a Helios era mirar directamente a una fuente de luz: los ojos dolían, la retina protestaba, los nervios ópticos enviaban señales de advertencia. ¿Sabes por qué te pedí que vinieras?

No.

Porque lo que viene no se puede sellar.

La frase le entró a Xochipilli por los oídos y se le quedó en la garganta, no bajó al estómago, donde las certezas se instalan, sino

que se quedó a medio camino. Atascada en el punto donde la información se convierte en miedo y el miedo se convierte en saliva gruesa que cuesta tragar.

Helios se puso de pie. La temperatura subió cinco grados. Elara no se movió.

Los cinco grados de aumento fueron inmediatos, no graduales, no progresivos. Helios se puso de pie y la temperatura subió cinco grados en el mismo segundo, como si ponerse de pie liberara energía almacenada que la postura sentada contenía. La piel de Xochipilli registró los cinco grados con un sudor instantáneo en las axilas y en la frente y en el pliegue de los codos. El cuerpo reaccionando antes que la mente.

Los que invadieron en 1942 volverán. Con aliados. Los hemacronos que se vendieron a los invasores les darán lo que antes no tenían: frecuencias. Matemáticas robadas. Y con las matemáticas robadas, las armas que pueden dañar lo que no debería ser dañable.

¿A ti?

A todos. A Themis. Afuera, a Gaia. Sin aviso, a Elara. A cada persona y entidad que mantiene este plano funcionando. Helios caminó hacia Xochipilli. Cada paso era calor adicional. A dos metros de distancia, el calor era como estar dentro de un horno con la puerta abierta. Las puertas están selladas. Bien. Pero las puertas no son la única forma de cruzar. Lo que viene cruza por frecuencia. Lo que viene no necesita puertas.

Helios estaba a dos metros. La cara de Xochipilli ardía, no quemadura, sino la sensación de estar demasiado cerca de algo caliente durante demasiado tiempo. Los ojos lagrimeaban por el reflejo de la luz que Helios emitía. El ébano en el bolsillo del chaleco

estaba caliente contra el pecho, la boquilla absorbía la frecuencia de Helios como absorbía el calor de la combustión, pero más.

A dos metros, Xochipilli podía ver detalles que a mayor distancia se perdían en la luz. Las manos de Helios tenían canales de luz, no líneas de la palma, sino canales por donde la frecuencia circulaba bajo la piel. Los dedos emitían un brillo diferente al del resto del cuerpo, más concentrado, más direccional, como si las puntas de los dedos fueran emisores y el resto del cuerpo fuera conductor.

Elara habló por primera vez. Voz sin temperatura, no fría ni cálida. Neutra. La voz de alguien que ha hablado durante 347 años y ha aprendido a no poner nada de sí misma en las palabras.

La voz de Elara no tenía inflexión. Las frases eran planas, cada palabra al mismo volumen, al mismo tono, al mismo ritmo. La voz de un archivo que lee datos. La voz de alguien que ha separado la información de la emoción hace siglos y que ya no sabe cómo juntarlas.

El Jardinero debería preparar su barco.

¿Para qué?

Para lo que se mueve - dijo Elara. Lo que se mueve sobrevive. Lo que se queda queda.

La frase quedó en el aire de la cámara en el punto de equilibrio entre los 21 grados de confort, entre el calor de Helios y el frío de Elara, entre el sol y la gobernadora. “Lo que se queda queda” la repetición no era error. Era énfasis. La redundancia del que dice la verdad y quiere que la verdad se entienda sin decoración.

Xochipilli sacó la pipa del bolsillo. La madera estaba caliente, la frecuencia de Helios lo había calentado a través del chaleco y de la tela. La boquilla de cobre estaba más caliente que el ébano, el cobre

conducía calor mejor que la madera. Se la puso entre los dientes. La boquilla le quemó el labio inferior, un punto de calor agudo, breve, que le dejó un sabor a cobre caliente en la lengua.

No la encendió. En la cámara de Helios, encender una la boquilla era redundante, ya había demasiado calor. La madera entre los dientes sin humo era el ébano del que procesa sin quemar. El metrónomo sin sonido.

Haryes esperaba en la puerta de la cámara. Los tres guerreros flanqueándolo. La jarra de hidromiel todavía en la mano izquierda. La hidromiel no se había calentado, la cerámica de la jarra era cerámica vikinga, fabricada para resistir la proximidad de Helios, con paredes gruesas que aislaban el contenido del calor externo.

Xochipilli salió de la cámara. Los 21 grados de equilibrio se quedaron adentro. El aire del exterior, quince grados más frío que la cámara, pero más caliente que el aire normal del Astral por la proximidad del templo, le golpeó la cara con el contraste térmico de salir de un baño caliente al aire frío. La piel se le erizó. Los poros que habían estado abiertos para sudar se cerraron de golpe.

El camino de vuelta al puerto duró tres horas. Tres horas de pendiente descendente, donde los cuádriceps trabajaban de forma diferente, no empujando hacia arriba, sino frenando hacia abajo, los músculos contrayéndose en modo excéntrico, el tipo de contracción que al día siguiente se convierte en dolor.

Xochipilli no encendió la pipa durante las tres horas de vuelta. La boquilla entre los dientes. Apagada. La madera enfriándose gradualmente del calor de Helios a la temperatura del chaleco, del chaleco a la temperatura de la boca, de la boca a la tibieza constante del ébano cuando no está encendido.

“Lo que se mueve sobrevive. Lo que se queda queda.”

Las botas de Xochipilli bajaban el sendero de basalto. Paso. Paso. Paso. El ritmo de alguien que piensa mientras camina. Cada paso una sílaba de la frase de Elara repitiendo en el cráneo con la insistencia de lo que se ha entendido pero que todavía no se ha aceptado. ## 009 GAIA [X][H]

Gaia olía a tierra mojada.

No la tierra mojada del Astral, que era arena de mercurio y mineral, seca por definición, metalizada. Gaia olía a la tierra del Plano Base. Tierra con lombrices, con raíces, con la humedad orgánica de lo vivo alimentando lo que crece encima. El olor la precedía. Xochipilli la olió antes de verla treinta metros antes, caminando por un sendero de la costa sur del Astral donde el mercurio lamía una playa de cristales negros.

El olor llegó con el viento del sur, un viento suave que apenas movía el pelo y que arrastraba partículas de olor que no pertenecían al Astral. El Astral olía a mercurio y a ozono y a piedra y a la nada metálica de un mundo hecho de minerales. La tierra mojada era un olor de otro lado. Un olor que contenía información biológica, bacterias, hongos, materia orgánica en descomposición, el ciclo de lo que vive y muere y alimenta lo que vive después. El olor de la vida circular. El olor que el Astral no tenía porque el Astral no circulaba permanecía.

Xochipilli dejó de caminar. La pipa estaba encendida, el humo subiendo en línea oblicua con el viento del sur. El humo de la boquilla se mezcló con el olor a tierra mojada, y el resultado fue un tercer olor que no era ni tabaco ni tierra, sino la combinación de los

dos: el olor de lo que se quema encontrándose con el olor de lo que crece. Combustión y fertilidad en el mismo aire.

La playa de cristales negros era larga, doscientos metros de costa, donde los cristales de almacenamiento del Astral habían crecido hasta la superficie y cubrían la arena con una capa de fragmentos negros que crujían bajo las botas. Los cristales eran del tamaño de uñas pequeñas, irregulares, con aristas afiladas que rasguñaban el cuero de las botas cuando pisaba. El crujido de los cristales bajo los pies era un crujido mineral, seco, diferente al crujido de la arena o de la grava. Un crujido que le vibraba en los tobillos.

El mercurio lamía la orilla de la playa con olas mínimas, de tres centímetros de altura, que subían por los cristales negros y se retiraban dejando una película metálica que se evaporaba en segundos. Las olas del mercurio no hacían el sonido de las olas de agua. Hacían un sonido denso, un susurro pesado, como metal líquido deslizándose sobre vidrio.

Saya estaba a su lado. Descalza sobre los cristales. Los callos de las plantas de los pies la protegían de las aristas, pero no de todas. Algunas aristas eran más afiladas que los callos y le hacían marcas en la piel que no sangraban pero que dejaban líneas blancas temporales. Saya no caminaba, avanzaba con la atención de los pies dividida entre los cristales que pisaba y la vibración del suelo que le daba información sobre lo que venía.

Gaia no caminaba. Emergía. El suelo donde estaba parada era diferente del suelo de alrededor, más oscuro, más blando, con brotes de hierba verde que no deberían existir en una playa de cristales del Astral. Dondequiera que Gaia pisaba, la vida crecía. No como metáfora. Como hecho botánico: sus pies descalzos activaban las

semillas dormidas del suelo y la hierba brotaba en las huellas que dejaba.

Xochipilli la vio emerger del sendero de la costa, una figura que caminaba hacia ellos con la lentitud de alguien que no tiene prisa porque la prisa requiere un destino y Gaia no iba a ningún destino. Gaia iba donde estaba. La figura dejaba un rastro de huellas verdes en la playa de cristales negros, cada huella un círculo de hierba del tamaño de un pie, con tallos de tres centímetros que habían brotado en los segundos transcurridos desde que el pie había pisado y se había levantado.

Los brotes eran verdes con la intensidad del verde que solo existe en el Plano Base, un verde saturado, sin la palidez del verde del Astral que crecía con luz constante y sin estaciones. El verde del PB era verde de sol real, de lluvia real, de temporadas. Verde que contenía clorofila de alto rendimiento, fabricada bajo condiciones que el Astral no proporcionaba.

Gaia estaba a veinte metros. El olor a tierra mojada era fuerte, no desagradable, no agresivo, pero omnipresente. El olor entraba por la nariz y bajaba por la garganta y se quedaba en el paladar con un residuo que la lengua reconocía pero la boca no podía nombrar. El olor a petricor era la palabra que Xochipilli no conocía, pero que su cuerpo reconocía porque el cuerpo humano lleva millones de años reconociendo el olor de la tierra mojada y el cuerpo no olvida lo que la mente no sabe.

A diez metros, Xochipilli vio los pies de Gaia. Descalzos. Las plantas de los pies eran verdes, no verdes de pintura ni verdes de enfermedad, sino verdes de clorofila. La piel de las plantas de los pies de Gaia hacía fotosíntesis. La piel absorbía la luz gris del Astral y la

convertía en energía y la energía se transmitía al suelo a través del contacto y el suelo respondía con vida. Los pies de Gaia eran raíces. Los pies de Gaia eran sembradores.

Saya estaba con Xochipilli. Vio la hierba. Se agachó. Arrancó un brote. Lo olió.

El brote resistió las raíces de tres centímetros se agarraban a los cristales negros con una fuerza que un brote de ese tamaño no debería tener. Saya tiró con los dedos. El brote se soltó con un sonido de raíces arrancándose, un sonido húmedo y pequeño, el sonido de la vida separándose del suelo. Saya se llevó el brote a la nariz. Los ojos se le cerraron. La nariz contra la hierba verde.

Plano Base replicó. Esta hierba es del PB. Crece así de rápido solo en el PB.

Saya sabía de hierba del PB. Saya había crecido en el PB, había caminado por las costas donde la hierba crecía entre las rocas y las algas, donde la vegetación era agresiva, resiliente y crecía en cualquier superficie que ofreciera un mínimo de tierra y de agua. La hierba del PB no necesitaba invitación. La hierba del PB invadía.

Gaia las miró. A Saya primero, la mirada se detuvo, reconoció algo. Después a Xochipilli.

La mirada de Gaia era diferente a cualquier mirada que Xochipilli hubiera recibido. No era la mirada evaluadora de Saya ni la mirada registradora de Damian ni la mirada caliente de Helios. La mirada de Gaia era la mirada de alguien que ve lo que hay debajo, debajo de la piel, debajo de los huesos, debajo de la estructura. La mirada de alguien que ve raíces. Gaia miraba a Saya y veía las raíces de Saya, el PB, la abuela, las corrientes, la hierba que masticaba, la sal de la

costa, los callos de los pies descalzos. Todo el árbol genealógico de un cuerpo visible en la superficie.

Eres la que navega corrientes del PB, le expresó a Saya.

¿Cómo sabes eso?

La hierba que masticas es de la costa norte del Plano Base, zona subecuatorial. Solo crece ahí. Gaia señaló la mejilla de Saya, donde la hierba seca abultaba. La reconozco porque la planté.

El dedo de Gaia señalando la mejilla de Saya no tocó, quedó a diez centímetros de la cara de Saya. Pero en esos diez centímetros de aire, Saya sintió algo. Un calor diferente al de Helios, un calor orgánico, el calor que emiten las cosas vivas cuando están cerca de otras cosas vivas. El calor de la proximidad biológica. Saya se quedó quieta. Los ojos fijos en el dedo de Gaia, en la piel del dedo que era piel de color tierra con la textura de la corteza de un árbol joven, lisa pero con las líneas de crecimiento visibles.

Saya dejó de masticar. Nadie le había dicho que la hierba había sido plantada por alguien. La hierba era hierba, crecía en la costa del PB, donde su familia pescaba, donde su abuela le enseñó las corrientes, donde Saya aprendió a leer el mar con los pies descalzos. La hierba era paisaje. No plantación.

La hierba en la mejilla de Saya se quedó quieta. La mandíbula se detuvo a mitad de masticación, los dientes apretando la hierba sin moverse, los músculos maseteros tensos, la hierba comprimida entre los molares sin ser triturada. La mandíbula de alguien que procesa una información que cambia la relación con algo que ha tenido en la boca toda la vida.

Planté cada especie del Plano Base, dijo Gaia. Cada hierba, cada árbol, cada alga, cada hongo. El PB es mi jardín. Lo planté para que

el caos fuera fértil. Para que la radiación alimentara en lugar de destruir. Para que lo que vive ahí viva con fuerza suficiente para que el corrector no pueda limpiarlo.

¿El corrector? - preguntó Xochipilli.

La pipa se había apagado. El humo había dejado de subir en algún momento entre la llegada del olor a tierra mojada y la revelación de que la hierba que Saya masticaba había sido plantada. Xochipilli no la reencendió. La madera apagada entre los dientes, el ébano sin calor, la boquilla de cobre fría, el sabor a ceniza en la lengua.

Lo que está debajo del flujo. Lo que Themis les mencionó. Gaia se sentó en la arena de cristales. Donde se sentó, los cristales se hundieron y la tierra blanda del PB emergió, un parche de tierra fértil en medio de una playa mineral, con lombrices moviéndose en la superficie, con el olor a petricor que el Astral no conocía. El corrector no puede limpiar el PB porque el PB es demasiado ruidoso. Demasiada vida. Demasiada señal en todas las frecuencias. El corrector necesita silencio para operar. El PB es ruido puro. Mi ruido.

El parche de tierra fértil era del tamaño de un cuerpo sentado, un metro por medio metro de tierra marrón oscura, donde antes había cristales negros. Los cristales no habían desaparecido, se habían hundido en la tierra que emergía desde abajo, como si la tierra del PB estuviera debajo de los cristales del Astral y la presencia de Gaia la llamara a la superficie. Las lombrices eran rosas, del largo de un dedo meñique, moviéndose en la tierra con la ceguera eficiente de los organismos que no necesitan ver para funcionar. Las lombrices no existían en el Astral. Las lombrices eran del PB, Gaia las traía

consigo, en la tierra que emergía bajo sus pies, como traía la hierba y las raíces y el olor a petricor.

Saya se sentó al lado de Gaia. Las dos mujeres en la arena. Pies descalzos Saya con callos de marinera, Gaia con plantas de los pies verdes de clorofila. Saya se sentó despacio, las rodillas flexionándose, el peso bajando con el control de alguien que se sienta en superficies irregulares todos los días. Se sentó en los cristales negros, no en la tierra de Gaia. Los cristales le presionaron los muslos a través del pantalón. Los cristales presionaban la piel a través de la tela. Saya no se movió, aceptó la presión de los cristales como aceptaba la presión del mercurio contra el casco de Doña Nube.

Mi familia sabe del PB, dijo Saya. Lo que no sabíamos es que alguien lo plantó.

La voz de Saya era plana. No neutra, plana. La planitud de alguien que dice algo importante sin darle inflexión porque la inflexión añadiría emoción y la emoción no es información. Saya no era emocional con los descubrimientos. Saya era operativa. El PB había sido plantado. Dato nuevo. Actualizar mapa.

Lo planté para que existiera protección. Un refugio. Gaia miró al horizonte del Astral, donde el mercurio se encontraba con el gris del cielo. Voy a irme.

¿A dónde?

Al PB. A proteger el núcleo. Lo que viene al Astral va a buscarme. Si me encuentra aquí, lo que pierden es el Astral. Si me voy al PB, lo que pierden es mi presencia aquí. Pero el PB sobrevive.

Elara - añadió lo mismo expresó Xochipilli. “Lo que se mueve sobrevive.”

Elara tiene razón. Gaia se puso de pie. La tierra bajo sus pies empezó a hundirse, no hacia abajo, sino hacia adentro, como si la tierra se cerrara alrededor de los pies de Gaia, absorbiéndola. Cuida las puertas, Jardinero. Pero cuida también lo que está fuera de las puertas. Las personas que van a necesitar protección. Los niños.

Los pies de Gaia se hundieron tres centímetros en la tierra. Las lombrices se movieron hacia los pies, no huyendo, sino acercándose, los pies como centro, las lombrices orbitando. La hierba del parche creció más rápido, los tallos pasando de tres centímetros a cinco, de cinco a ocho, el crecimiento visible a simple vista, la aceleración de la vida en la proximidad de Gaia que se iba.

Saya puso la mano en el vientre.

La mano no debería haber estado ahí. No había razón para que la mano de Saya estuviera en el vientre. Saya no hacía gestos sin función. Cada movimiento de Saya tenía propósito: la mano en la cuerda para jalar, la mano en el casco para sentir, la mano en el cuchillo para cortar.

La mano en el vientre.

La mano izquierda de Saya, la mano que agarraba cuerdas, la mano que sostenía clavos, la mano que arrancaba brotes de hierba y los olía, estaba plana contra el vientre, a la altura del ombligo, con los dedos extendidos y la palma abierta. No presionaba, reposaba. La mano de alguien que protege algo que todavía no es algo, pero que será algo. El gesto involuntario de la protección que viene antes del pensamiento, el gesto que el cuerpo hace cuando el cuerpo sabe antes que la mente.

Xochipilli vio la mano. La vio sin procesarla. La información entró por los ojos y se guardó en algún lugar del cerebro donde las cosas se

guardan cuando todavía no saben qué significan.

La mano de Saya en el vientre. Los cristales negros bajo las piernas de Saya. La hierba creciendo. Las lombrices moviéndose. El olor a tierra mojada intensificándose. Gaia hundiéndose. Xochipilli de pie con la pipa apagada entre los dientes. El mercurio lamiendo la orilla. El viento del sur trayendo partículas de olor que no pertenecían al Astral.

Gaia miró a Saya. Gaia miró la mano.

Gaia sonrió.

Fue la primera sonrisa que Xochipilli vio en un dios. La sonrisa de Gaia era como la hierba que brotaba de sus huellas, espontánea, orgánica, viva.

La sonrisa cambió la cara de Gaia, la cara que no tenía edad, se arrugó en las comisuras de los labios y en los bordes de los ojos con las líneas de una sonrisa que conoce lo que sonríe. No una sonrisa de cortesía ni de alegría simple. Una sonrisa de reconocimiento, la sonrisa de alguien que ve una semilla y sabe qué planta será.

Gaia se hundió en la tierra. No cayó. Se hundió. La arena de cristales se cerró sobre ella como agua cerrándose sobre una piedra. El olor a tierra mojada se quedó en el aire durante una hora.

El hundimiento fue gradual, los pies primero, después los tobillos, las pantorrillas, las rodillas. La tierra del PB subió por las piernas de Gaia, cubriéndola con la misma naturalidad con que el agua cubre a quien se mete en un lago. A la altura de la cintura.

Gaia cerró los ojos. A la altura del pecho, los tallos de hierba la rodeaban, hierba de veinte centímetros, treinta, creciendo con la velocidad de un video acelerado, verde intenso contra el negro de los cristales. A la altura del cuello.

Gaia abrió los ojos por última vez. Miró a Saya. Miró la mano. Miró a Xochipilli. Los ojos se cerraron. La tierra cubrió la barbilla, la boca, la nariz, los ojos, la frente, el pelo. Gaia desapareció.

En la playa quedó un parche de hierba verde.

La hierba medía cuarenta centímetros. Verde intenso, denso, con tallos gruesos y hojas anchas que se movían con el viento del sur. En el centro del parche, donde Gaia se había sentado, la hierba era más alta, sesenta centímetros, con flores diminutas de color blanco que no existían en ningún catálogo del Astral. Flores del PB. Flores que Gaia había traído en su partida como traía lombrices y raíces y el olor a tierra mojada.

El parche de hierba se quedaría. Xochipilli lo supo. La hierba del PB no moría fácil. La hierba del PB era la hierba que Gaia había diseñado para sobrevivir al caos y a la radiación y al corrector. Un parche de hierba en una playa de cristales negros del Astral Sur. Un recordatorio de que Gaia había estado ahí.

Y Saya con la mano en el vientre. ## 010 RISA [X][S]

Estaba embarazada.

No se lo - dijo esa noche. Se lo contestó tres días después, en Doña Nube, navegando hacia el sur por una corriente costera que Saya conocía y Xochipilli no.

La corriente costera era estrecha, diez metros de ancho, pegada a la costa del Astral Sur, donde los acantilados de roca negra bajaban al mar en ángulos de setenta grados. La corriente era invisible desde altamar, solo los que navegaban por el borde la conocían. Saya la había encontrado siguiendo la línea donde el mar cambiaba de color, de plata a plata con un tono azulado, la diferencia de temperatura entre la corriente y el mar circundante manifestándose en una

variación cromática que solo alguien con los ojos entrenados de una navegante del PB podía detectar.

Doña Nube navegaba con la vela recogida. La corriente hacía el trabajo, empujaba el barco hacia el sur a dos nudos, la velocidad del agua que se movía entre paredes de roca sin otro sitio a donde ir. El barco no necesitaba timón. La corriente era tan estrecha que Doña Nube encajaba en ella con un metro de margen a cada lado y la corriente la guiaba sola.

Saya estaba en proa. Xochipilli estaba en popa. Nueve metros entre los dos. Los nueve metros de siempre.

Saya habló sin darse vuelta.

Estoy embarazada. Necesitamos más agua dulce.

Las dos oraciones juntas. La primera cambiaba la vida. La segunda resolvía un problema logístico. Saya no separaba las dos porque para Saya no fueron dos cosas, eran la misma cosa vista desde ángulos diferentes. Embarazo significaba cuerpo que necesita más. Más significaba más agua dulce. La ecuación era directa.

La voz de Saya llegó a Xochipilli por el aire, nueve metros de aire entre la proa y la popa, el sonido de la voz viajando a la velocidad del sonido en el Astral, que era ligeramente más lenta que en el Plano Base porque el aire del Astral era más denso. Las palabras llegaron a los oídos de Xochipilli con un retraso de treinta milisegundos que no era perceptible pero que existía. Las palabras llegaron completas. Las dos oraciones. Embarazo. Agua dulce.

Xochipilli dejó de fumar.

La pipa se quedó entre los dientes, apagada, el tabaco consumido hasta la ceniza. No la sacó de la boca. No la rellenó. No la guardó. Se

quedó con la boquilla muerta entre las muelas y los ojos fijos en un punto del mar que no tenía nada de especial.

El punto del mar que miraba era un punto a tres metros de la popa, un punto donde la corriente producía un pequeño remolino contra el casco de Doña Nube y el remolino creaba una espiral de agua que giraba a la velocidad de un segundo por vuelta. La espiral era hipnótica. Los ojos de Xochipilli se quedaron fijos en la espiral, no mirándola sino usando la espiral como punto de anclaje visual mientras el cerebro procesaba las dos oraciones que habían cruzado nueve metros de aire.

El tabaco de la cazoleta era ceniza. Ceniza fría, la ceniza del tabaco que se ha consumido completamente y que ya no tiene calor ni sabor ni humo. La boquilla de cobre estaba fría. La madera estaba a la temperatura de la boca, treinta y siete grados, la temperatura del cuerpo que lo sostenía. El ébano era un peso entre los dientes. Un peso familiar. Un peso que funcionaba como ancla de la mandíbula mientras la mandíbula quería caer.

Cuatro horas.

Cuatro horas de silencio. Saya no lo interrumpió. Saya sabía que la quietud de Xochipilli era procesamiento, la pipa como válvula cerrada, el humo ausente como señal de que toda la energía estaba adentro, calculando. No calculando en números. Calculando en consecuencias. Un hijo en el Astral. Un hijo en un plano donde la guerra venía, donde Helios se fragmentaría, donde Themis moriría, donde Gaia se iría. Un hijo en un lugar que no era seguro para los que ya estaban.

Cuatro horas. La corriente costera los llevó cincuenta kilómetros al sur durante esas cuatro horas. Cincuenta kilómetros de costa

pasando a babor, acantilados de roca negra, playas de cristales, ensenadas donde el mar se acumulaba en pozas plateadas. La costa pasaba y Xochipilli no la veía. Los ojos fijos en el remolino de agua que giraba y giraba a la velocidad de un segundo por vuelta.

Saya se quedó en proa. Sentada con las piernas cruzadas, la espalda contra la borda, la hierba seca en la mejilla, masticando con el ritmo de siempre. No miró hacia atrás. No preguntó si Xochipilli había escuchado. Saya sabía que Xochipilli había escuchado porque Xochipilli tenía oídos y los oídos funcionaban y las dos oraciones habían cruzado nueve metros sin obstáculo. La calma era respuesta suficiente. La pausa de Xochipilli era la respuesta más elocuente que Xochipilli podía dar era la respuesta de alguien que necesita cuatro horas para procesar cosa que cambia todo.

Doña Nube navegaba sola. La corriente costera la llevaba. Saya no tocó el timón durante las cuatro horas. El barco sabía adónde ir, y Saya sabía que el barco sabía.

Doña Nube crujía cada cierto tiempo. No el crujido de carga ni el crujido de ajuste que había hecho cuando Saya subió por primera vez. Este crujido era diferente, más profundo, más largo, un crujido que venía de la quilla y subía por las cuadernas y recorría toda la estructura del barco de proa a popa. El crujido de un barco que lleva cuatrocientos años navegando y que reconoce un cambio que no es de ruta ni de peso sino de destino. Doña Nube sabía. Doña Nube había sabido desde que Saya subió aquella mañana en el puerto de Izamal. El barco que crujía cuando algo cambiaba había crujido y Xochipilli no le había dado importancia.

La primera hora del vacío sonoro fue la peor. La primera hora fue la hora del pánico, no el pánico que se manifiesta en gritos ni en

movimientos bruscos sino el pánico interior, el pánico de las vísceras, el estómago contrayéndose, el diafragma subiendo, la respiración haciéndose corta. Un hijo. Un hijo de Xochipilli. Cerca de ahí, un hijo de alguien que lleva más de doscientos años solo en un barco con cuatro cajas de té. Sin aviso, un hijo en el Astral donde Helios - advirtió que venía lo que no se puede sellar. Un hijo que tendría la sangre del PB de Saya y las frecuencias del Astral de Xochipilli y que sería, por definición, un error más en un universo donde los errores se limpiaban.

La segunda hora fue la hora del cálculo. El cerebro de comerciante tomó el control, el cerebro que evaluaba riesgo contra beneficio, costo contra ganancia, pérdida contra oportunidad. Un hijo era costo: atención, recursos, vulnerabilidad, un punto débil que los enemigos podían encontrar. Un hijo era beneficio: continuidad, propósito, alguien a quien enseñar las rutas y los puertos y las corrientes que la abuela de Saya le enseñó a Saya. Con cuidado, un hijo era riesgo: la guerra venía y los niños no sobreviven guerras con la facilidad con que sobreviven los adultos. De golpe, un hijo era oportunidad: lo que Gaia - dijo “cuida a los niños que todavía no saben que nacieron en un error.” Este niño nacería en un error. Pero el error era todo lo que tenían.

La tercera hora fue la hora del vacío. El cálculo se agotó. Los números dejaron de sumar. El cerebro de comerciante se quedó sin variables y lo que quedó fue el espacio vacío entre las variables, el espacio donde las decisiones se toman no por cálculo sino por no tiene nombre. El vacío era quietud. La boquilla muerta entre los dientes. Los ojos en el remolino. Doña Nube crujía.

La cuarta hora fue la hora de la decisión que no fue decisión. La cuarta hora fue la hora donde Xochipilli entendió que no había decisión que tomar porque la decisión ya estaba tomada. No por él, por el flujo. El electrón va y viene. Las piedras en el río crean remolinos. Los remolinos crean mundos. Este hijo era un remolino más. Xochipilli no había decidido tener un hijo como no había decidido ser Jardinero ni comerciante ni navegante de un barco que se alimentaba de cobre. Las cosas ocurrían porque el flujo las producía y la función de Xochipilli no era decidir sino adaptarse. “El agua encuentra su nivel.” Segunda regla de los Jardineros.

Al final de la cuarta hora, Xochipilli sacó la pipa de la boca.

El gesto fue lento, los dientes soltando la madera, la mano derecha subiendo desde la rodilla hasta la boca, los dedos cerrándose alrededor de la cazoleta, el ébano saliendo de la boca con el sonido húmedo de la saliva que se ha acumulado alrededor de la boquilla durante cuatro horas de mordida constante. La boquilla salió y el aire frío del Astral le entró por el hueco que la madera dejaba, el hueco entre las muelas que llevaba cuatro horas ocupado. La boca vacía. La lengua contra el paladar, probando el residuo de ceniza y de cobre y de saliva estancada.

¿Cuánto tiempo?

Dos meses.

¿Estás segura?

Me dejó de venir hace dos meses. Los senos están sensibles. La hierba que mastico me da náuseas por las mañanas. Estoy segura.

Saya no se dio vuelta. Habló hacia proa, la voz viajando hacia adelante, rebotando en la borda, volviendo hacia Xochipilli con la acústica de un barco de nueve metros que convertía la proa en

reflector y la popa en receptor. Saya habló con la misma voz plana de siempre, la voz que no añade emoción a la información. Dos meses. Senos sensibles. Náuseas. Datos. Los datos de un cuerpo que cambia y que registra el cambio con la precisión de un instrumento.

Xochipilli guardó la pipa en el bolsillo del chaleco. Se levantó del barril donde estaba sentado. Las rodillas crujieron cuatro horas sentado en la misma posición, los cartílagos protestando, los cuádriceps rígidos por la inmovilidad. Se levantó con la mano en la borda para estabilizarse. El barco se mecía con la corriente y las piernas rígidas necesitaban apoyo.

Caminó los nueve metros que separaban la popa de la proa. Se sentó al lado de Saya. Los nueve metros se convirtieron en cero. Los nueve metros de cubierta pasaron bajo las botas de Xochipilli, juntas de cobre que el barco iba absorbiendo, la base del mástil en el centro donde las cuerdas se enroscaban en la cornamusa. Nueve metros. Dieciocho pasos. Cada paso un sonido de bota contra cubierta que Saya escuchaba sin mirar. Saya sabía que Xochipilli venía porque el ritmo de los pasos era diferente al ritmo de alguien que va a buscar algo en la bodega o que va a ajustar la vela o que va a verificar el timón. El ritmo de los pasos de Xochipilli era el ritmo de alguien que va hacia algo.

Se sentó al lado de Saya. Las piernas de los dos colgaban por la misma borda, las botas de Xochipilli y los pies descalzos de Saya sobre el mercurio, a veinte centímetros de la superficie, el aire frío entre los pies y el metal líquido. Los hombros de los dos estaban a quince centímetros de distancia, la distancia que ocupan dos cuerpos sentados lado a lado cuando los dos cuerpos son de tamaños diferentes y ninguno se ajusta al otro.

No contestó nada. No la tocó. Se sentó al lado de ella y miró el mercurio que Doña Nube cortaba con la proa.

El mercurio se abría frente a la proa con el sonido denso de metal líquido separándose. La proa de Doña Nube cortaba la superficie con la V de un barco que avanza, dos olas de mercurio separándose en ángulo, recorriendo el casco de proa a popa, juntándose detrás del barco en el remolino que Xochipilli había mirado durante cuatro horas. Desde proa, el sonido era diferente, el sonido del corte, del avance, de la separación. Desde popa, el sonido era de reunión, el mercurio juntándose después del barco, cerrando el camino que el barco había abierto.

Saya masticó la hierba seca. El olor a sal y a planta verde se mezcló con el olor a tabaco muerto del ébano guardado.

El olor de los dos tabacos muertos y hierba viva se mezcló en el espacio de quince centímetros que separaba los hombros. El espacio olía a los dos. El espacio entre dos personas que están sentadas lado a lado siempre huele a los dos, la mezcla de olores corporales que se encuentran en el aire compartido, el olor de la cercanía.

¿Tienes miedo? - preguntó Saya.

No.

Mentira.

Mentira confirmó Xochipilli.

La confirmación salió sin pausa. “Mentira” la palabra de Saya rebotando en la proa y volviendo como eco. “Mentira” la confirmación de Xochipilli saliendo en el mismo aliento. El intercambio más breve y más honesto que habían tenido en cuatro años de navegación conjunta. Tres palabras. Cuatro sílabas. La verdad completa: tenía miedo. Saya lo sabía. Xochipilli lo sabía. La

mentira era tan breve que no alcanzó a ser mentira, fue la pausa de un segundo entre el miedo y la admisión del miedo.

Fue dos semanas después.

Puerto de tránsito en el Astral Centro, cerca de las ruinas de Ciudad Central. Xochipilli estaba sentado en la cubierta de Doña Nube después de vender tres kilos de té a un grupo de constructores que estaban excavando los conductos de amplificación de las ruinas. Los constructores pagaron con información: los conductos todavía funcionaban. La frecuencia de amplificación de los constructores originales seguía activa en los conductos después de milenios. Los constructores nuevos no sabían qué frecuencia era. Solo sabían que los conductos vibraban.

La información era valiosa. Los conductos de amplificación eran infraestructura, la infraestructura del Astral, construida por la civilización original que nadie recordaba. Si los conductos todavía funcionaban, significaba que la red de amplificación del Astral estaba intacta bajo las ruinas. Una red de amplificación intacta era un recurso. Y los recursos eran lo que Xochipilli comerciaba.

Tres Jardineros estaban sentados en la borda de Doña Nube. Copal, Ragna, y un comerciante del este que había encontrado una puerta en el casco de un barco hundido. Los tres escuchaban a Xochipilli explicar la teoría del flujo.

Ragna estaba sentada con las piernas cruzadas y las trenzas grises colgando por los lados como cuerdas. Copal estaba sentado con los ojos cerrados, los párpados morados por el sol del desierto, las manos con cristales incrustados descansando en los muslos. El

comerciante del este estaba apoyado en el mástil, un hombre joven, nervioso, que no dejaba de mirar la costa como si esperara que algo viniera.

La teoría del flujo era lo que los Jardineros sabían sin saberlo. Lo que Themis le había insinuado. Lo que Helios le había confirmado. Lo que Kael le había explicado en términos hemacronos. Xochipilli lo había sintetizado: el universo era un flujo de información. Un electrón, uno solo, recorría todo el flujo, yendo y viniendo, creando la ilusión de multiplicidad. Cada vez que el electrón pasaba por un punto, generaba una partícula. Cada partícula era el mismo electrón en un momento diferente. La existencia era el electrón moviéndose. ARCHON, el corrector que no tenía nombre todavía, era el proceso que intentaba devolver el flujo a su estado original: un electrón, sin errores, sin observadores, sin puntos de medición.

Xochipilli lo explicaba con metáforas. Porque Xochipilli explicaba todo con metáforas. Porque la verdad directa era demasiado grande y las metáforas la hacían manejable.

Imaginen un río, decía. El río fluye. No piensa, no decide. Fluye. Pero hay piedras en el río. Las piedras son nosotros. Cada piedra desvía el río. Cada desviación crea un remolino. Cada remolino es un mundo. El corrector quiere quitar las piedras. Quiere que el río fluya limpio. Pero quitar las piedras destruye los remolinos. Y los remolinos somos nosotros.

Ragna bufó.

Los vikingos no somos remolinos.

No. Los vikingos son rocas. Los remolinos son lo que crean cuando el río choca contra ustedes.

Copal registró con los ojos cerrados. Los del sur entendían las metáforas del agua.

Saya estaba a tres metros de distancia, en proa, reparando una vela con aguja de hueso e hilo de fibra. Escuchaba. No participaba. Escuchaba con la atención de alguien que separa lo útil de lo decorativo.

La aguja de hueso entraba y salía de la tela de la vela con un ritmo constante. La aguja era blanca con la blancura del hueso pulido. El hilo de fibra era del color de la paja seca. La costura avanzaba por la rasgadura de la vela, una rasgadura de treinta centímetros que el viento había producido dos días atrás cuando una ráfaga cambió la dirección de la corriente y la vela se llenó por el lado equivocado.

Xochipilli se enredó en la metáfora. Le pasaba cuando la metáfora crecía más de lo que la verdad necesitaba. El río se volvió océano, las piedras se volvieron montañas, los remolinos se volvieron galaxias. La explicación se expandía y la verdad se diluía.

El comerciante del este asentía con cada expansión de la metáfora. Ragna dejó de bufar. Copal seguía con los ojos cerrados, pero la mandíbula se le había apretado con la tensión de quien escucha lo que se aleja de lo que importa.

Saya habló sin levantar la vista de la vela.

Es un electrón que va y viene. Lo demás es decoración.

La calma duró tres segundos. Tres segundos durante los cuales la aguja de Saya siguió su ritmo. Tres segundos donde las cuatro personas que habían escuchado a Xochipilli expandir un río hasta el tamaño de una galaxia procesaron la frase de una mujer que reparaba velas y que había comprimido la verdad entera en nueve palabras.

Ragna miró a Saya. Copal abrió los ojos. El comerciante del este se quedó con la boca abierta.

Xochipilli miró a Saya. Saya no lo miraba. Seguía cosiendo la vela. Aguja dentro, aguja fuera. Hilo tenso. Nudo.

La cosa empezó en el estómago. No en la cara. Una contracción que subió por el diafragma, pasó por los pulmones, le apretó la garganta. Xochipilli la registró venir y no supo qué era porque hacía tanto tiempo que no la sentía que había olvidado la mecánica. El cuerpo recordaba pero la mente no. La contracción subió hasta la boca y la boca se abrió y salió un sonido.

Risa.

Corta. Ronca. Sorprendida. Como si la risa hubiera estado encerrada en algún lugar del cuerpo durante décadas y hubiera encontrado una grieta por donde salir. No parecía carcajada limpia ni risa controlada. Era el sonido de una rotura, el sello que mantiene el humor contenido cuando el humor duele demasiado para dejarlo salir.

La risa le sacudió los hombros. Una sacudida no las sacudidas repetidas de una carcajada sino una sacudida única, el espasmo de un músculo que no se ha usado en mucho tiempo y que se contrae con la torpeza de la falta de práctica. Los músculos de la cara se abrieron en una configuración que no habían tenido en décadas, los labios separados, los ojos entrecerrados, las arrugas de la risa apareciendo en la piel de los pómulos. La cara de Xochipilli riendo era una cara nueva, una cara que ni Ragna ni Copal ni el comerciante del este conocían.

Ragna lo miró con los ojos muy abiertos. En treinta años de conocer a Xochipilli, Ragna no lo había oído reír. Nadie lo había oído

reír. Xochipilli sonreía a veces, cuando el té salía bien o cuando Doña Nube encontraba una corriente favorable. Pero reír era diferente. Reír era perder el control de la cara. Reír era dejar que algo saliera sin filtro.

La risa duró cuatro segundos. Después se cortó. Xochipilli se quedó con la boca abierta y los ojos húmedos y la pipa en la mano.

Los ojos húmedos no parecían llanto. Los ojos húmedos eran la consecuencia fisiológica de la risa, la contracción del diafragma presionando los conductos lagrimales, el líquido subiendo por los conductos y acumulándose en el borde inferior de los párpados. Las lágrimas de la risa no caían, se quedaban ahí, en el borde, brillando con la luz gris del Astral, esperando a que el siguiente parpadeo las distribuyera por la córnea.

Saya volteó el pedazo de vela que estaba cosiendo. Lo inspeccionó. La costura estaba recta.

Ya era hora admitió.

No lo miró. No lo miró porque no necesitaba mirarlo. Saya sabía lo que acababa de pasar sin necesidad de verificar. Sabía que Xochipilli había reído porque la risa había cruzado los tres metros entre popa y proa con la claridad de un sonido que no se confunde con ningún otro. Y sabía que la risa significaba algo porque el silencio de antes de la risa era la pausa de alguien que carga y la risa era el sonido de alguien que descarga.

Ragna bufó. Copal sonrió con los ojos cerrados. El comerciante del este seguía con la boca abierta.

Y Xochipilli entendió algo que no necesitaba metáfora: que la risa era lo que pasaba cuando alguien reducía la verdad a su tamaño exacto. No más grande. No más pequeño. El tamaño exacto. Y que

Saya hacía eso reducir, comprimir, quitar la decoración con la misma naturalidad con la que reparaba velas y navegaba corrientes.

Y que la risa significaba otra cosa.

Significaba que tenía lo que perder.

Y que eso tener algo que perder era lo más peligroso que le había pasado en más de doscientos años.

Doña Nube crujió.

El barco opinaba.

Xochipilli lo escuchó.

- ◦

FIN DE TEMPORADA 1: EL COMERCIANTE

Siguiente: TEMPORADA 2 LA GUERRA “El fuego que no se apaga”

- ○ **MEDIOEVO XII DON HUMO**

TEMPORADA 2: LA GUERRA

- ○

o11 SÁNSCRITO [K][A][X]

El primer puerto que cerró fue Izamal.

No lo cerró nadie. No hubo decreto ni barricada ni soldados bloqueando el muelle. Un día había dieciséis embarcaciones y al siguiente había cuatro. Los comerciantes del sur dejaron de venir porque las corrientes del noreste empujaban en dirección contraria. Los pescadores locales sacaban las redes vacías de peces, sin el líquido plateado que siempre goteaba de la malla, sin restos de criaturas nocturnas, sin el olor a ozono que el mercurio dejaba en las cuerdas. El mercurio del puerto se había vuelto opaco. El reflejo del cielo ya no llegaba con medio segundo de retraso.

El cambio fue gradual y después no lo fue. Durante tres semanas el mercurio del puerto de Izamal había ido perdiendo brillo. Primero el reflejo del cielo se volvió borroso, después fragmentado, después inexistente. Los estibadores lo notaron antes que los comerciantes

porque los estibadores miraban al mercurio cuando bajaban carga y los comerciantes miraban la carga cuando la bajaban. Los estibadores dejaron de silbar mientras trabajaban. Nadie sabía por qué, pero todos supieron que el silbido necesitaba un ánimo que el mercurio opaco le quitaba al muelle. Un muelle con mercurio opaco era un muelle enfermo. Y nadie silba en un hospital.

Las cuatro embarcaciones que quedaban eran las que no podían irse. Tres barcasas de pesca costera con el casco demasiado bajo para altamar, que no sobrevivirían la primera ola del mercurio abierto. Y Doña Nube. Doña Nube no se iba porque Xochipilli no se iba. Xochipilli no se iba porque todavía tenía cuatro cajas de doce kilos de té que vender y la inercia de doscientos años de comercio le decía que mientras hubiera producto, el comerciante se quedaba.

Xochipilli lo supo por los pies.

Estaba descargando té en el muelle de Izamal, las mismas cajas de cedro con bisagras de bronce, los mismos doce kilos por caja, cuando las tablas del muelle vibraron. No el temblor del agua contra los pilotes. Una temblor más baja, más lenta, que subía por la madera y entraba por las suelas de las botas y llegaba a los huesos de los tobillos con un cosquilleo que no era calor ni frío. Era presión. Presión que no venía de abajo, sino del noreste, transmitida por el mercurio, amplificada por los conductos subacuáticos que los constructores habían dejado milenios atrás.

La caja de té estaba en las manos de Xochipilli, doce kilos de cedro y hojas secas, sostenidos con los antebrazos y apoyados contra el pecho, el peso transferido de los brazos a la columna a las piernas al muelle al mercurio. Los doce kilos pulsaron. El temblor subió por la caja y le llegó a las costillas a través de la madera del cedro. Los

doce kilos temblaban con una frecuencia que no era del puerto ni del barco ni del viento, sino de lo que estaba pasando a cientos de kilómetros al noreste y que el mercurio transmitía como un cable transmite electricidad.

Saya lo registró primero. Saya siempre lo sentía primero.

Estaba en la cubierta de Doña Nube, descalza, con los pies apoyados en la madera del barco. Tenía dos meses de embarazo y lo único que había cambiado era que masticaba la hierba seca más despacio. Las náuseas de la mañana le duraban hasta el mediodía y la hierba ayudaba si la mascaba lento. La hierba lenta le daba a la mandíbula de Saya un ritmo nuevo, más pesado, más deliberado, la masticación de alguien que negocia con su estómago a cada movimiento de los molares. Saya levantó la cabeza del aparejo que estaba revisando. Miró al noreste. No había nada que ver, la bóveda gris del Astral, la línea donde el mercurio se encontraba con el horizonte, el vacío habitual. Pero Saya no miraba. Leía.

Los pies descalzos de Saya contra la cubierta de Doña Nube habían registrado el cambio antes que los ojos. Los pies sintieron la vibración que venía del noreste, la misma temblor que Xochipilli registró a través de las botas y de la caja de té, pero sin el filtro del cuero y de la madera. Los pies descalzos recibían el temblor directa, mercurio a casco, casco a cubierta, cubierta a callos, callos a nervios. La cadena de transmisión más corta posible. Los pies de Saya sabían lo que el noreste hacía antes de que el noreste lo mostrara.

El agua cambió de dirección, dijo.

Xochipilli dejó la caja en el muelle. Se enderezó. Le dolía la espalda baja, doscientos y tantos años cargando cajas de doce kilos dejaban marcas que ni siquiera el Astral borraba. La marca era un

dolor constante en la cuarta y quinta vértebra lumbar, no agudo, no incapacitante, el dolor crónico de alguien cuya columna ha absorbido miles de toneladas de peso durante siglos y que ha comprimido los discos intervertebrales hasta que los discos protestan cada vez que el torso pasa de inclinado a erguido.

¿Cuándo?

Anoche. La corriente del norte que usamos para volver gira al este ahora. Y hay algo más.

¿Qué?

El mercurio suena diferente.

Xochipilli escuchó. El mercurio del puerto hacía un ruido constante, un zumbido grave que los habitantes del Astral dejaban de oír después de un año de vivencia, como los habitantes del Plano Medio dejaban de oír el zumbido de las Torres TAAT. Pero Xochipilli no era habitante. Era viajero. Oía los zumbidos de todos los puertos porque nunca se quedaba el tiempo suficiente para que su oído se acostumbrara.

El zumbido del mercurio de Izamal había subido medio tono. De grave a lo que había dejado de ser grave pero tampoco era agudo, una frecuencia intermedia, incómoda, que le apretaba los dientes como cuando masticaba algo demasiado duro. El cambio de medio tono fue pequeño en términos musicales, pero enorme en cuanto a un sistema que llevaba milenios zumbando a la misma frecuencia. El mercurio del Astral no cambiaba de tono. El mercurio del Astral era constante, la frecuencia base del plano, estable, inmutable, el zumbido de fondo que todo lo demás usaba como referencia. Si el zumbido cambiaba, la referencia cambiaba. Y si la referencia cambiaba, todo lo que dependía de ella dejaba de estar calibrado.

Algo grande viene del noreste, indicó Saya.

No se trataba de predicción. Era lectura de corrientes. Lo mismo que hacía su abuela, y la abuela de su abuela: leer lo que el agua dice antes de que llegue lo que el agua trae.

Saya se agachó despacio, con la precaución de alguien que tiene dos meses de embarazo y que ha descubierto que agacharse rápido le produce una oleada de náusea que tarda veinte minutos en pasar. Se agachó despacio y puso la palma de la mano en la cubierta de Doña Nube. Los dedos se abrieron. La mano leyó. Leyó durante diez segundos, diez segundos de mano contra madera, de nervios contra pulso, de información subiendo por el brazo hasta el cerebro.

La presión viene de cuatro puntos, declaró Saya. No es una fuente. Son cuatro fuentes sincronizadas. Alguien está usando los conductos de los constructores para empujar el mercurio desde cuatro direcciones al mismo tiempo.

¿Quién?

No sé quién. Sé que la frecuencia es sánscrito. Los pulsos tienen la cadencia de un mantra. Tres sílabas, pausa, tres sílabas, pausa. Repetición.

Xochipilli sacó la pipa del bolsillo. No la encendió. La sostuvo. La boquilla contra la palma. El gesto del que necesita algo en la mano mientras procesa información que cambia el mapa. Las tres piedras sánscritas que Saya le había mostrado en el Cap 003 activación, sellado, diagnóstico, eran tres fonemas de uso civil. Tres sílabas repetidas en cadencia de mantra a través de los conductos de los constructores no parecían de uso civil.

Lo que vino del noreste llegó en tres oleadas.

La primera fue silencio. Los comerciantes del norte dejaron de llegar. Ragna no apareció en la temporada de intercambio. Los barcos vikingos que siempre anclaban en los puertos del centro, proas talladas con caras de ancestros, tripulaciones de hombres que medían dos metros y hablaban en susurros porque los vikingos no gritaban, los vikingos susurraban y el susurro de un vikingo de dos metros era suficiente, no vinieron. Los puertos del centro se vaciaron de madera nórdica y de olor a hidromiel y del metal azulado que no existía en ninguna tabla periódica conocida.

Tampoco era la quietud de Le Jardin, la calma plena de un lugar que elige callarse. Era la pausa de la ausencia, la quietud de un muelle donde siempre atracaban doce barcos vikingos en temporada de intercambio y donde ahora no atracaba ninguno. Los bolardos del muelle estaban vacíos, sin cuerdas de amarre, sin los nudos vikingos de cáñamo trenzado que dejaban marcas en la madera. Las marcas de las cuerdas anteriores seguían en los bolardos, surcos de fibra en la madera húmeda, la huella de barcos que ya no venían. Los surcos se llenarían de mercurio y de sal y en tres meses no se distinguirían del resto del bolardo. En tres meses, los bolardos olvidarían que alguna vez amarraron proas talladas con caras de ancestros.

La segunda oleada fue gente. Refugiados. Familias del noreste con lo que podían cargar: tela, comida seca, herramientas. Niños que no hablaban. Adultos que hablaban demasiado, en dialectos del norte que los comerciantes del sur no entendían, repitiendo palabras que sonaban a números pero que no eran números: eran frecuencias. Secuencias de activación. Mantras.

Los refugiados llegaban en barcazas sobrecargadas, barcazas de pesca convertidas en transporte, con veinte personas donde cabían cinco, la línea de flotación a tres centímetros de la borda, el mercurio amenazando con entrar por cualquier ola que fuera más grande que una respiración. Los niños estaban sentados en las rodillas de los adultos. Los adultos estaban sentados en el suelo de la barcaza. Nadie estaba de pie porque estar de pie en una barcaza sobrecargada significaba cambiar el centro de gravedad y cambiar el centro de gravedad significaba volcar. Volcar en el mercurio del Astral no era ahogarse, era hundirse en metal líquido que no deja respirar y que no deja flotar y que se cierra sobre el cuerpo con la densidad de lo que pesa trece veces más que el agua. Los refugiados olían a miedo. El miedo tiene olor, Xochipilli lo sabía por décadas de negociar con gente que tenía miedo de perder el trato. El olor del miedo comercial era sudor ácido en las axilas y en las palmas. El olor de este miedo era diferente, era sudor en todo el cuerpo, sudor frío, el sudor de la adrenalina que lleva días circulando sin un evento que la descargue. Sudor de huida sostenida. Sudor que impregnaba la tela y la madera y el aire con un olor agrio que se pegaba al paladar.

Los hemacronos están usando el sánscrito, dijo un refugiado. Hombre mayor, sin dientes, con quemaduras en las manos que tenían la forma de caracteres devanagari. Las quemaduras eran recientes, la piel todavía brillaba en rosa debajo de la costra.

El hombre estaba sentado en el muelle de Izamal, no en un banco ni en una caja, sino en los tablones, con las piernas cruzadas, con la postura de alguien que se sienta donde puede porque donde puede es lo único que tiene. Las manos quemadas estaban abiertas, palmas arriba, como si el hombre las ofreciera para lectura. Las quemaduras

eran simétricas, los mismos caracteres en la mano derecha y en la izquierda, impresos por contacto, por la resonancia de un mantra que había pasado lo suficientemente cerca del hombre para marcarle la piel sin matarlo.

Xochipilli miró las quemaduras. Caracteres sánscritos impresos en la carne. La piel quemada tenía el color del cobre nuevo, rosa brillante donde la epidermis se había desprendido, con bordes de costra marrón donde la piel empezaba a cicatrizar. Los caracteres eran legibles, cada línea del devanagari conservada en la carne con la precisión de un sello caliente en cera. La frecuencia que había producido las quemaduras había sido lo suficientemente intensa para imprimir pero no lo suficientemente intensa para destruir. Lo que significaba que el hombre había estado en el borde del campo de acción del mantra, ni dentro ni fuera, sino en la frontera donde la energía marca pero no mata.

¿Qué tipo de mantras?

Los de destrucción, los que los hemacronos del este usaban para limpiar campos de batalla. Pero ya no limpian campos de batalla. Limpian asentamientos.

El hombre extendió las manos. Los caracteres decían algo que Xochipilli leyó sin traducir porque el sánscrito no necesitaba traducción cuando estaba escrito en piel quemada: *namah śivāya*. La invocación de disolución. El mantra que deshacía la coherencia de los campos electromagnéticos no gradualmente sino de golpe. Un colapso de frecuencia que dejaba la materia sin la vibración que la mantenía unida.

Xochipilli había visto los tres fonemas de Saya, activación, sellado, diagnóstico. Tres piedras negras de obsidiana con caracteres

tallados que se calentaban con la voz. Tres fonemas civiles. La invocación de disolución no era civil. La invocación de disolución era lo que pasaba cuando el sánscrito dejaba de ser tecnología de diagnóstico y se convertía en tecnología de destrucción. Arriba, la diferencia entre un bisturí y una espada era el mismo metal, el mismo filo, el mismo principio de corte. Más allá, la diferencia era la escala y la intención.

El hombre no había sido alcanzado por el mantra. El hombre había estado cerca. Lo suficientemente cerca para que los caracteres de la invocación se imprimieran en su piel por resonancia. Lo suficientemente lejos para seguir vivo.

Hay otros con ellos, respondió el refugiado. Llegaron por una puerta que nadie conocía. Hablan un idioma que suena a ladrar. Visten gris. Tienen organización.

La voz del refugiado era plana con la planitud del trauma, no la planitud operativa de Saya, sino la planitud del que ha agotado la emoción y le queda solo la información. Los ojos del hombre no miraban a Xochipilli, miraban a un punto a dos metros a la derecha de Xochipilli, al vacío del muelle, al espacio donde los recuerdos de lo que había visto se proyectaban contra la madera húmeda.

La tercera oleada fue el olor.

Los puertos del centro empezaron a oler diferente. No a grasa de ballena ni a fruta pasada ni a ozono del mercurio. A quemado. A quemado específico, el olor que dejan los campos electromagnéticos cuando colapsan. Un olor que no es humo ni ceniza ni plástico derretido. Es ozono concentrado mezclado con algo metálico, algo que se pega al paladar y no sale durante días.

El olor llegaba con las corrientes alteradas, las mismas corrientes que Saya había detectado cambiando de dirección. El viento del noreste arrastraba el olor desde los territorios que caían. Cada territorio disuelto producía un pulso de ozono concentrado que las corrientes convertían en brisa y la brisa convertía en olor y el olor llegaba a los puertos del centro con la insistencia de lo que no se puede cerrar porque viene por el aire y el aire no tiene puertas.

El olor se quedaba en la ropa. Se quedaba en la madera. Se quedaba en el cedro de las cajas de té, el olor a quemado mezclándose con el olor a hojas secas y arruinándolo. Xochipilli abrió una caja de té y el olor a quemado salió mezclado con el olor a mineral y a leña del norte. El té estaba contaminado. No por sustancia, por frecuencia. El olor a quemado era la manifestación olfativa de la frecuencia de disolución que viajaba por el aire y se depositaba en las superficies.

Doña Nube crujió. El barco no crujió así cuando navegaban ni cuando atracaban ni cuando había tormenta. Crujió así cuando quería irse.

El crujido venía de la quilla, no del casco ni de las cuadernas ni de la cubierta, sino de la quilla, la línea central del barco, la columna vertebral de Doña Nube. La quilla crujió con un sonido largo, profundo, que subió por toda la estructura del barco hasta la punta del mástil. El crujido de la quilla era el crujido del instinto, el instinto de un barco de cuatrocientos años que había sobrevivido tormentas y guerras y siglos de mercurio y que reconocía cuándo la permanencia era peligro.

Saya ya estaba soltando amarras.

Las manos de Saya trabajaban la cuerda con la velocidad de la urgencia, no la velocidad del pánico, sino la velocidad de la eficiencia, cada movimiento calculado para soltar el nudo en el menor número de pasos. El nudo de Xochipilli, tres vueltas de cáñamo. El nudo del padre se deshizo en las manos de Saya en cuatro segundos. Saya lo deshizo más rápido que Xochipilli porque Saya no respetaba la secuencia inversa, Saya tiraba de donde había que tirar y la cuerda se soltaba.

¿Norte? - preguntó Xochipilli.

Norte no. Los puertos del norte están cerrados. Este tampoco, la corriente empuja hacia la Bestia. Sur.

¿Cuánto sur?

Todo el sur que haya.

Xochipilli subió a Doña Nube. Las cajas de té se quedaron en el muelle de Izamal. Cuatro cajas de doce kilos. Cuarenta y ocho kilos de té del norte que nadie iba a comprar porque los que compraban té estaban huyendo o estaban muertos o estaban quemados con caracteres sánscritos en las manos.

Las cuatro cajas quedaron en el muelle, cedro contra los tablones húmedos, bisagras de bronce expuestas al aire salino del Astral que las oxidaría en semanas. Cuarenta y ocho kilos de producto abandonado. Cuarenta y ocho kilos que representaban tres viajes al norte, tres semanas de secado, tres meses de curado. La vida anterior convertida en objetos sin dueño en un muelle de un puerto que moría.

Xochipilli no miró las cajas al irse. No miró porque mirar era calcular la pérdida y calcular la pérdida era perder tiempo y el tiempo era lo que no tenían.

Doña Nube salió del puerto con la vela de repuesto, la que Saya había cosido, aguja de hueso, hilo de fibra, costura recta. La vela principal tenía un desgarró de la última tormenta que nadie había reparado porque no habían tenido tiempo. Saya la repararía después. Saya reparaba todo después y el después siempre llegaba porque Saya estaba ahí para que llegara.

La vela de repuesto era más pequeña que la principal, tres cuartos de la superficie, suficiente para navegar con viento favorable pero insuficiente para navegar contra viento. La costura de Saya la cruzaba en diagonal, una línea de hilo de fibra que reforzaba la tela donde la tela era más débil. La costura era visible desde popa, una línea clara contra la tela gris de la vela, la marca de Saya en el aparejo de Doña Nube.

El mercurio opaco se abrió bajo la quilla. No reflejaba nada. El Astral era gris encima y gris abajo y el olor a quemado venía del noreste con una constancia que no era viento sino corriente. Corriente alterada. Corriente que ya no fluía hacia donde siempre sino hacia donde algo la empujaba.

Saya puso la mano en el mercurio. Los dedos se hundieron tres centímetros. La superficie metálica se cerró alrededor de los dedos sin mojarlos. El mercurio del Astral no mojaba, envolvía. Saya cerró los ojos.

La mano de Saya en el mercurio era la mano de un médico tomando pulso, los dedos buscando la información que la superficie escondía, la presión justa para que el mercurio le dijera lo que necesitaba saber sin que el mercurio se cerrara y dejara de hablar. Tres centímetros de inmersión. Más de tres centímetros y el mercurio se hacía denso y los dedos perdían sensibilidad. Menos de

tres y la información era superficial. Tres centímetros era la profundidad de lectura.

Los hemacronos cambiaron las corrientes de base, dijo. Están usando los mantras de disolución como motores. Disuelven la coherencia de un punto y el vacío que queda genera corriente. Corriente que empuja hacia ellos. Todo lo que flota va hacia el noreste.

Menos nosotros.

Menos nosotros. Porque yo sé leer corrientes y tú tienes un barco de cuatrocientos años que hace lo que le da la gana.

Doña Nube crujió. Orgullo o acuerdo o el sonido que hace una quilla de cuatro siglos cortando mercurio opaco.

Xochipilli sacó la pipa. La llenó. La encendió. El humo subió recto en el aire inmóvil del Astral. Sin viento. Sin corriente de aire. El humo subía porque subir era lo que el humo sabía hacer. El pedernal sacó chispa al primer intento. Las hojas del norte prendieron con facilidad, como secas y curadas, con la humedad exacta para arder lento y producir humo denso. El humo del té del norte, porque Xochipilli fumaba hojas de té, no tabaco, que no existía en el Astral, tenía un sabor a mineral y a leña que era característico del norte. El último paquete de hojas del norte era un lujo, un producto que se reservaba para el comerciante que se permitía disfrutar de lo mejor de su comercio.

Despacio, el paquete se consumía, no se vendía. Justo entonces, el noreste olía a quemado. El sur, por otro lado, olía a sal y a mercurio limpio.

Navegaron hacia el sur. ## 012 INVASIÓN [A][K]

Las noticias llegaban por los refugiados.

Cada puerto que tocaban tenía más gente y menos comida. Los asentamientos costeros del Astral Centro se habían convertido en campamentos donde nadie dormía más de una noche porque quedarse significaba ser encontrado y ser encontrado significaba ser medido y ser medido significaba dos cosas: por encima del umbral, reclutamiento forzado; por debajo del umbral, disolución.

Los campamentos olían a gente hacinada, el olor de cuerpos que no se habían lavado en días porque el agua dulce era para beber, no para limpiarse. El olor de la orina en las esquinas de los muelles porque los muelles no tenían letrinas. El olor del mercurio estancado en las bahías donde los barcos se amontonaban. El mercurio estancado perdía el olor a ozono limpio y adquiría el olor a metal caliente. El olor de un sistema que no circulaba.

Los asentamientos costeros que antes eran puertos de comercio con muelles ordenados y zonas de descarga y tarifas de atraque ahora eran puntos de acumulación donde los refugiados llegaban porque los refugiados llegan a la costa. La costa es el borde. El borde es el último lugar antes de que no haya lugar. Los refugiados se acumulaban en el borde con la lógica de todo lo que no tiene a dónde ir ocupaba el espacio que encontraba. Dormían donde caían, comían lo que había.

Xochipilli escuchaba. Fumaba y escuchaba. Sentado en la cubierta de Doña Nube con las piernas colgando sobre el mercurio mientras Saya negociaba agua dulce con un pescador que pedía demasiado y aceptaría la mitad.

Las piernas de Xochipilli colgaban a veinte centímetros del mercurio, la misma distancia que Saya mantenía en proa. La distancia de seguridad contra la película metálica que el mercurio

dejaba en la piel. El mercurio del puerto estaba opaco, como el de Izamal, el mismo gris sin reflejo. La misma ausencia del medio segundo de retraso. La opacidad se estaba extendiendo. Cada puerto más al sur tenía el mercurio un poco menos brillante que el anterior. La enfermedad del mercurio viajaba más rápido que Doña Nube.

Saya negociaba con la eficiencia de alguien que ha comerciado durante cuatro años con vikingos, samurais, lobos y vaqueros. La negociación era simple. Saya tenía información sobre corrientes alteradas y el pescador tenía agua dulce. El intercambio era desigual a favor de Saya, la información valía más que el agua porque la información salvaba vidas y el agua solo las mantenía. Saya no explotaba la desigualdad. Saya tomaba lo que necesitaba y dejaba al otro con suficiente para que la próxima negociación fuera posible. El comercio sostenible, la lección de Xochipilli que Saya había aprendido sin que nadie se la enseñara.

Lo que los refugiados contaban:

Los nórdicos habían sido los primeros en pelear. Ochocientos guerreros con hachas de metal azulado, el metal que solo existía en el norte del Astral, sacado de vetas que los vikingos custodiaban desde hacía siglos. Las hachas cortaban campos electromagnéticos. No el aire, no la carne, los campos. Un hachazo nórdico deshacía la coherencia de un metro cúbico de espacio. Lo que estuviera en ese metro cúbico dejaba de funcionar. Mantras incluidos.

Los refugiados que describían las hachas lo hacían con la voz de quien ha visto el arma pero no al guerrero, la voz del civil que observa la guerra desde el borde del campo de batalla. Un refugiado del norte, mujer joven, brazo derecho vendado con tela de vela, los ojos del color del mercurio limpio que ya no existía en los puertos,

describió el sonido de un hachazo nórdico: “No suena a metal. Suena a lo que se apaga. Como cuando una lámpara se apaga de golpe. Pero el sonido.”

Ochocientos vikingos contra un ejército que nadie sabía contar. Los hemacronos del noreste habían abierto puertas no las puertas que los Jardineros sellaban sino otras, puertas que conectaban el Astral con momentos específicos del Plano Medio. Por esas puertas habían llegado soldados de 1942. Uniformes grises. Organización de cuadrícula. Logística de transporte. Municiones, cadena de mando. Los refugiados los llamaban “los grises” pero Xochipilli sabía qué eran. Los había visto en los registros de los constructores, la civilización del PM que había convertido la industria en maquinaria de exterminio.

La alianza funcionaba por complemento. Los hemacronos oscuros aportaban las frecuencias mantras de destrucción, campos de disolución, tecnología de supresión. Los grises aportaban lo que los hemacronos no tenían: disciplina de batallón, mapas de avance, líneas de suministro, la capacidad de mover mil personas de un punto a otro sin que ninguna se perdiera. Por instinto. Los hemacronos eran el fuego. Al fondo, los grises eran la leña apilada en la dirección correcta.

Los vikingos contuvieron el avance en el noreste durante once días. Once días de hachas contra mantras, de metal azulado contra frecuencias de disolución. El bosque del noreste cayó el día cuatro. Los árboles se desintegraron cuando los hemacronos lanzaron una invocación de disolución masiva que abarcó tres kilómetros cuadrados. Tres kilómetros de bosque convertidos en polvo fino que flotó durante una semana antes de asentarse.

Un refugiado que había estado en el borde del bosque cuando cayó describió el polvo: “No lucía como polvo de madera. Era polvo de todo madera, hojas, raíces, insectos, tierra, aire. Todo lo que estaba en esos tres kilómetros se convirtió en lo mismo. Polvo gris. Sin olor. Sin textura. Polvo de nada.” El polvo le había entrado en los pulmones al refugiado. Tosía cada cinco minutos, una tos seca, sin flema, la tos de alguien que tiene partículas de tres kilómetros de bosque disuelto en los bronquios.

El templo de Themis cayó el día siete. Los mosqueteros, la guardia del templo, entrenados por Themis en combate con armas de frecuencia resistieron hasta que los grises flanquearon por los conductos de amplificación subterráneos. Los constructores habían dejado los conductos abiertos. Nadie pensó que alguien los usaría como túneles de infiltración.

El bunker debajo del templo cayó el día ocho.

Los vikingos se reagruparon en una línea de contención que iba del norte al centro del Astral. Cuatrocientos de los ochocientos seguían en pie. La mitad. Los otros cuatrocientos habían dejado de existir, no muertos en el sentido que el Plano Medio entiende la muerte, sino deshechos. Disueltos por frecuencias que deshacían la coherencia de un cuerpo a nivel celular. No había cadáveres. Había manchas de color en el suelo del Astral donde los cuerpos habían sido.

Las manchas de color un refugiado las describió con precisión clínica, sin emoción, con la voz del que ha visto tantas que ya no las cuenta. Eran de un color que no existía antes del cuerpo. Cada persona disuelta dejaba un color diferente. “Depende de la frecuencia del cuerpo,” expresó el refugiado. “Los que emitían alto dejaban

manchas azules. Los que emitían bajo dejaban manchas rojas. Los que emitían en el medio dejaban manchas grises. Pero el gris del cuerpo disuelto es diferente del gris del Astral. El gris del cuerpo disuelto brilla.”

Ragna estaba vivo. Xochipilli lo supo por un mensaje que llegó con un barco pirata, una nota escrita en corteza de árbol con tinta de mercurio: “Estamos. Línea norte. Necesitamos metal. R.”

La nota era de cuatro por seis centímetros de corteza de abedul, la corteza que los vikingos usaban para mensajes cortos, la corteza que se pelaba en láminas finas y se escribía con tinta de mercurio concentrado que dejaba marcas plateadas sobre la superficie blanca. La tinta de mercurio brillaba. La nota brillaba en las manos de Xochipilli con el brillo del mercurio concentrado, un brillo que se movía cuando la corteza se movía. “Estamos.” Plural. Ragna y otros. “Necesitamos metal.” Las hachas de metal azulado necesitaban recarga. El metal se desgastaba con cada hachazo que deshacía un metro cúbico de campo electromagnético. “R.” Ragna no firmaba con nombre completo. Los vikingos no perdían tiempo en letras.

Necesitamos ir al norte - respondió Xochipilli.

Saya lo miró. Tres meses de embarazo. La barriga no se notaba todavía bajo la ropa de marinera, pero Saya se movía diferente. No más lento, sino más deliberado, cada paso calculado, cada giro del torso medido. La deliberación era nueva. Saya antes se movía con la fluidez del agua, giro, agache, tirón, nudo, sin pausa entre movimientos. Ahora la fluidez tenía pausas. Micropausas de un segundo entre un movimiento y el siguiente, el segundo que el cuerpo necesitaba para recalcular el centro de gravedad que cambiaba cada semana.

Al norte hay una guerra.

Al norte está Ragna.

Al norte hay una guerra y yo estoy embarazada y tú tienes un barco lleno de refugiados que no tienen a dónde ir.

Doña Nube cargaba diecinueve personas. Tres familias del noreste y dos hombres solos que no hablaban. Las familias dormían en la bodega entre las cajas de té vacías. Los hombres solos dormían en cubierta, contra la borda, con los ojos abiertos.

Diecinueve personas en un barco de nueve metros de eslora. La bodega que antes cargaba cajas de té ahora cargaba cuerpos, nueve adultos y cuatro niños en un espacio de tres por cuatro metros, acostados en mantas sobre el piso de madera. Con los cuerpos tan juntos que dormir significaba escuchar la respiración del que estaba al lado y sentir el calor del cuerpo del que estaba al otro lado. Los niños dormían entre los adultos, protegidos del frío por los cuerpos que los rodeaban. Apretados entre piernas y torsos y brazos que los contenían sin abrazarlos porque los abrazos requerían espacio y el espacio no existía.

Los dos hombres que dormían en cubierta no hablaban entre sí. No hablaban con los refugiados de la bodega. No hablaban con Xochipilli ni con Saya. Estaban sentados contra la borda de estribor, la borda opuesta al timón, con las piernas estiradas y las espaldas contra la madera y los ojos abiertos, mirando el cielo gris del Astral con la mirada de alguien que ha dejado de mirar y solo tiene los ojos abiertos porque cerrarlos requiere una decisión que ya no puede tomar.

Xochipilli fumó. La pipa sabía diferente. Las hojas eran del último paquete que tenía, las del Astral Norte, y ya no habría más porque el

norte estaba en guerra y los arbustos que crecían sin sol estaban en territorio disuelto. El último paquete de hojas del norte estaba en una bolsa de cuero atada con cordel de fibra. La bolsa pesaba trescientos gramos. Xochipilli lo sabía porque la había pesado cuando la compró, tres temporadas atrás, en un puerto vikingo que ya no existía. Trescientos gramos de hojas secas del norte. Cada calada consumía medio gramo. Trescientos gramos dividido entre medio gramo eran seiscientas caladas. Seiscientas caladas divididas entre veinte caladas por la madera eran treinta ébanos. Treinta boquillas divididas entre tres maderas al día eran diez días. Diez días de humo del norte. Después, nada. O las hojas del sur que sabían a metal y a ceniza.

No vamos al norte - dijo Saya.

No constituía pregunta. No parecía sugerencia. Era la misma voz con la que decía “estoy embarazada” y “necesitamos más agua dulce” información operativa que no admitía debate.

Xochipilli no fue al norte.

Helios se debilitaba.

Xochipilli lo sentía en los huesos. La frecuencia de 432 Hz que Helios emitía desde el centro del Astral, la frecuencia que mantenía el plano entero coherente, la que los Jardineros usaban como referencia para calibrar sus propias frecuencias, estaba bajando. No mucho. Medio hercio. De 432 a 431,5. Pero medio hercio en una frecuencia de coherencia era la diferencia entre un cristal y un montón de arena.

El medio hercio lo sentía Xochipilli en las articulaciones. La frecuencia de 432 Hz entraba por los huesos, no por los oídos, no por la piel, por los huesos y los huesos resonaban en resonancia. La resonancia mantenía las articulaciones lubricadas y los cartílagos elásticos y los tendones flexibles. Medio hercio menos significaba medio hercio menos de resonancia. Las rodillas de Xochipilli crujían más. Los hombros le dolían por la mañana. Los dedos tardaban tres minutos en calentarse después de despertar, cuando antes tardaban uno. El cuerpo de doscientos y tantos años acusaba el medio hercio con la sensibilidad de un instrumento viejo que detecta la diferencia entre afinado y desafinado.

Cada territorio que el ejército del noreste tomaba le quitaba a Helios un pedazo de campo. El Astral era Helios y Helios era el Astral, no metáfora sino función. La coherencia del plano dependía de la frecuencia del dios. Menos territorio significaba menos campo. Menos campo significaba menos coherencia. Menos coherencia significaba que el mercurio se volvía opaco y las corrientes cambiaban de dirección y los puertos morían sin que nadie los matara.

La opacidad del mercurio era la manifestación visible de la pérdida de coherencia. El mercurio coherente reflejaba, absorbía la luz gris del cielo y la devolvía con medio segundo de retraso. El retraso era la firma de la coherencia, el medio segundo que el mercurio necesitaba para procesar la luz y devolverla era el medio segundo que la frecuencia de Helios mantenía. Sin la frecuencia, el mercurio perdía la capacidad de procesar. Sin la capacidad de procesar, el mercurio dejaba de reflejar. Sin reflejo, el mercurio era metal opaco. Metal muerto.

Xochipilli pensó en lo que Themis le había dicho en el templo: “Hay algo debajo del flujo. Algo que corrige.”

Si el corrector quería devolver el flujo a su estado original, un electrón limpio, sin piedras, sin remolinos, entonces lo que estaba pasando era corrección. Los hemacronos no lo sabían. Los grises no lo sabían. Creían que invadían por poder, por territorio, por cristales. Pero la invasión era el corrector usando manos que no sabían que eran usadas.

Xochipilli fumó. La pipa entre los dientes. El humo subiendo en el aire sin viento del Astral Sur. Las hojas del norte quemándose con el olor a mineral y a leña que era el olor de un mundo que se perdía. Cada calada era una calada menos del norte. Cada bocanada de humo contenía partículas de un territorio que ya no existía, las hojas del norte secadas en el norte que había dejado de ser norte sino territorio disuelto. Xochipilli fumaba los restos de un lugar que había dejado de existir.

Xochipilli fumó el último tabaco del norte y guardó el ébano vacío en el bolsillo del chaleco.

La pipa vacía pesaba igual que la boquilla llena. La madera no cambiaba de peso con o sin hojas en la cazoleta. Pero el peso se sentía diferente. El ébano vacío en el bolsillo del chaleco era un peso muerto, el peso de un instrumento sin función, de una herramienta sin material, de un metrónomo sin ritmo. La mano de Xochipilli buscó la boquilla en el bolsillo por costumbre. Los dedos encontraron la madera. Los dedos encontraron la cazoleta vacía. Los dedos se retiraron.

Doña Nube navegó hacia el sur con diecinueve refugiados, una marinera embarazada, y un comerciante de té que ya no tenía té que

vender.

- ○

- ○

013 BESTIA [A][K]

La Bestia no tenía nombre.

Los refugiados del este la llamaban “la cosa del este” o “lo que tomó el este” o no la llamaban porque hablar de la Bestia atraía la atención de la Bestia como hablar del mercurio atraía mercurio a la boca no por magia sino por frecuencia. La Bestia emitía. Y lo que emitía buscaba resonancia. Y la resonancia se activaba con el miedo. Y el miedo se activaba con las palabras.

Los refugiados que hablaban de la Bestia lo hacían en voz baja. No por miedo al volumen, sino por miedo a la frecuencia. La voz alta tiene más frecuencia que la voz baja. Más frecuencia significa más resonancia. Más resonancia significa más señal. Los refugiados hablaban de la Bestia como los pescadores del PB hablaban de los depredadores submarinos con la voz de quien sabe que el sonido viaja por el agua y que lo que está debajo del agua escucha.

Los que no la llamaban eran los que habían estado más cerca. Los que habían estado a menos de treinta kilómetros de la Bestia no decían su nombre ni su descripción ni ninguna palabra que la invocara. Cuando alguien preguntaba, señalaban al este con el dedo. El dedo temblaba. No por frío ni por edad, sino por el residuo del infrasonido que la Bestia emitía y que se quedaba en los nervios de

los que habían estado lo suficientemente cerca para recibirlo. El temblor duraba semanas.

Xochipilli la vio una vez.

Doña Nube estaba fondeada en una bahía del Astral Sur, la última bahía antes de que la costa se convirtiera en acantilados de roca negra que caían vertical al mercurio. La bahía era pequeña, doscientos metros de diámetro, protegida por dos promontorios de basalto que se extendían como brazos. El mercurio de la bahía estaba más limpio que el de los puertos, todavía reflejaba. Aunque el retraso había dejado de ser de medio segundo, sino de uno entero. Un segundo de retraso era el doble de lo normal. La coherencia de la bahía estaba al cincuenta por ciento. Suficiente para fondear. Insuficiente para quedarse.

Saya dormía en la bodega. Cuatro meses de embarazo y las náuseas habían cedido, pero el cansancio no. Saya dormía diez horas donde antes dormía cinco y se despertaba con hambre donde antes se despertaba con energía. El cambio era fisiológico; el cuerpo de Saya construía un cuerpo dentro de sí, y la construcción requería energía. La energía venía del sueño y de la comida, y Saya consumía ambos en cantidades que Xochipilli no le conocía.

La noche del Astral no era noche. Era una disminución gradual de la luminosidad gris. El cielo pasaba de gris claro a gris oscuro en un período que podía ser ocho horas o doce, dependiendo de la distancia al centro del plano. En la bahía del sur, la oscuridad era más densa porque estaban lejos de Helios, y la frecuencia de coherencia llegaba debilitada.

La oscuridad de la bahía era la negrura de un lugar que siempre había estado lejos del centro, no la oscuridad del apagón ni la

oscuridad de la noche del PB con estrellas. Era la oscuridad gris del Astral Sur, donde el gris se oscurecía hasta convertirse en un gris tan oscuro que casi era negro, pero que nunca era negro del todo, porque en el Astral, la oscuridad completa no existía. Siempre quedaba un residuo de luz, la luz de la coherencia de Helios, debilitada, casi imperceptible, pero presente.

Xochipilli estaba en la proa. Fumaba lo último que le quedaba, no hojas del norte, sino un sustituto que los pescadores del sur secaban con sal de mercurio, y que sabía a metal y a hierba vieja. Peor que nada. Pero la mano necesitaba la pipa, y el ébano necesitaba humo, y el humo necesitaba lo que quemar.

Las hojas del sur ardían diferente, más rápido, con menos densidad de humo, con un crepitar que las hojas del norte no hacían. Las hojas del norte ardían en quietud, la combustión lenta y uniforme de hojas bien curadas. Las hojas del sur crepitaban porque la sal de mercurio con la que se secaban explotaba en microcristales cuando el calor las alcanzaba. El crepitar era constante, un ruido de fondo que se mezclaba con la calma de la bahía y que le daba a la noche una textura acústica que la noche del norte no tenía.

La Bestia se movió en el horizonte este. No se movió. Ocupó. La línea del horizonte que separaba el mercurio del cielo se interrumpió. Algo oscuro, más oscuro que la noche del Astral, más oscuro que la roca de los acantilados, un oscuro que no era ausencia de luz, sino presencia que se tragaba la luz, cubrió un segmento del horizonte que Xochipilli estimó en cuatro kilómetros.

La interrupción del horizonte fue instantánea, no gradual, no progresiva. Un segundo, el horizonte estaba ahí, la línea difusa donde el gris oscuro del mercurio se encontraba con el gris oscuro

del cielo. El siguiente segundo, cuatro kilómetros de esa línea habían desaparecido. Reemplazados por algo que no daba la impresión de ser gris, lo que era la negación del gris. Algo que absorbía el gris y no devolvía nada.

Cuatro kilómetros de Bestia visible a una distancia que Xochipilli calculó en ciento veinte kilómetros. Lo que significaba que la Bestia era más grande de lo que cuatro kilómetros a esa distancia implicaban. Era más grande que cualquier cosa que el Astral hubiera contenido. Más grande que el templo de Themis, más grande que el bosque del noreste, más grande que la flota pirata entera puesta en línea.

La distancia de ciento veinte kilómetros la calculó Xochipilli por la curvatura del mercurio en el Astral, la curvatura no era esférica, sino parabólica, y un objeto a ciento veinte kilómetros se veía reducido a un ángulo de visión que Xochipilli había calibrado durante décadas de navegación. Cuatro kilómetros de ángulo de visión a ciento veinte kilómetros de distancia significaba que la Bestia ocupaba un espacio que a distancia cero sería incomprensible. No se podía estar a distancia cero de la Bestia y seguir existiendo.

La Bestia no rugía. La Bestia emitía un infrasonido que Xochipilli registró en las muelas del juicio y en el cartílago de las orejas y en los huesos del cráneo, un sonido por debajo de 1 Hz que no se oía, sino que se sentía en las partes del cuerpo que resuenan a frecuencias que el oído no registra. El infrasonido le apretó el estómago. Le aflojó las rodillas. Le mojó los ojos sin que estuviera triste, respuesta fisiológica al infrasonido. Los conductos lagrimales reaccionaban a una presión que el cerebro no podía interpretar.

El infrasonido a ciento veinte kilómetros era esto: las muelas del juicio doliendo con el dolor de una presión que venía de adentro del diente, no de afuera. El cartílago de las orejas, el cartílago blando del trago y el antitrago pulsando con una frecuencia que el oído no registraba como sonido, sino como presencia. Los huesos del cráneo, el temporal, el parietal, el occipital resonando a una frecuencia que hacía que el mundo visual temblara un milímetro a cada ciclo. El mundo temblando. No el cuerpo, el mundo. El infrasonido movía el fluido ocular y el fluido ocular movía la imagen y la imagen temblaba con la frecuencia del infrasonido de la Bestia.

El estómago se apretó. No la contracción del miedo, la contracción de la resonancia. Los órganos blandos del abdomen, estómago, intestinos, hígado resonaban en respuesta al infrasonido como una copa de cristal tiembla cuando alguien pasa el dedo mojado por el borde. El temblor de los órganos producía la náusea del que siente que el interior del cuerpo se mueve independientemente del exterior.

Las rodillas se aflojaron. Los cuádriceps perdieron tono, no la fuerza, sino el tono, la tensión constante que mantiene las piernas firmes. La pérdida de tono fue momentánea, tres segundos, donde las rodillas de Xochipilli no sostuvieron y el cuerpo se inclinó hacia adelante y la mano agarró la borda por instinto. Tres segundos de piernas que no funcionaban. A ciento veinte kilómetros.

Los ojos se mojaron. Las lágrimas no eran de emoción, eran de presión. El infrasonido presionaba los conductos lagrimales desde adentro del cráneo y los conductos lagrimales respondían soltando líquido. Las lágrimas de presión eran diferentes de las lágrimas de emoción, más delgadas, más acuosas, sin la viscosidad del llanto. Las

lágrimas de presión corrían por las mejillas sin adherirse, se caían de la cara con la facilidad del agua que no tiene nada a qué agarrarse.

La Bestia giró. No giró, cambió de dirección sin girar, un cambio instantáneo de trayectoria que violaba la inercia y la masa. Es decir, la Bestia no tenía masa, o que la masa de la Bestia no obedecía las reglas que la masa obedecía.

El cambio de dirección fue visible como un parpadeo, un segundo, la Bestia se movía hacia el sur, el siguiente se movía hacia el este. Sin arco, sin curva, sin la transición que un objeto con masa necesita para cambiar de trayectoria. La Bestia no cambiaba de dirección, aparecía moviéndose en otra dirección. La distinción era importante: cambiar de dirección implicaba continuidad. Aparecer moviéndose en otra dirección implicaba discontinuidad. La Bestia no era continua.

Y se fue. Hacia el este. Hacia el territorio que ya era suyo.

Xochipilli se quedó en la proa con la pipa apagada entre los dedos y el mercurio de los ojos secándose en las mejillas.

La pipa se había apagado durante el infrasonido, las hojas del sur habían dejado de arder cuando el temblor del cuerpo desestabilizó la combustión. La ceniza de la cazoleta estaba fría. Los dedos de la mano derecha sostenían la boquilla con la fuerza residual del agarre involuntario, los dedos que se habían cerrado cuando las rodillas se aflojaron y que no se habían abierto.

Xochipilli se quedó en la proa durante dos horas. No fumó. No se movió. Las lágrimas de presión se secaron en las mejillas, dejando líneas de sal, la sal del líquido lagrimal, visible en la piel como trazos blancos que iban del borde inferior de los ojos hasta la mandíbula.

Saya subió a cubierta al amanecer. Vio las líneas de sal en la cara de Xochipilli. No preguntó. Miró al este. El horizonte estaba intacto, la Bestia se había ido. Pero Saya vio lo que Xochipilli veía: el horizonte estaba intacto, pero no era el mismo horizonte. El horizonte de antes de la Bestia era una línea. El horizonte después de la Bestia era una pregunta.

Los dragones y los lobos dejaron de pelear. Xochipilli se enteró en un puerto del sur, por un pirata que hablaba barbarinero con acento del bosque. El pirata vendía información porque la información era lo que seguía teniendo valor en un Astral donde los puertos cerraban y el comercio moría.

El pirata era bajo y ancho, con la complexión de los que viven en barcos pequeños. Los músculos del tren superior sobredesarrollados por el remo, las piernas delgadas por el poco uso, la asimetría de alguien que trabaja siempre con el mismo brazo. La oreja izquierda tenía un corte, faltaba el tercio superior del pabellón auricular, cortado limpio, sin cicatriz irregular, el corte de una hoja afilada que pasó rápido. Los piratas del Astral no usaban aros en las orejas. Los piratas del Astral perdían trozos de oreja.

Los lobos y los dragones firmaron tregua, dijo el pirata.

Los lobos y los dragones no firman nada.

No firmaron. Dejaron de matarse. Es lo mismo con menos ceremonia.

La loba alpha noventa kilos, un ojo ciego, pelaje gris que absorbía la luz del Astral había visto a la Bestia avanzar hacia el bosque 444. El bosque 444 era territorio lobo. Cuatrocientos cuarenta y cuatro

kilómetros cuadrados de vegetación densa donde los lobos cazaban criaturas que nadie más podía cazar. La Bestia iba a tomar el bosque. La loba lo supo del modo que los lobos saben las cosas por el olor del suelo, por el pulso de la tierra, por el cambio en el comportamiento de las presas que huían del este antes de que el este llegara.

Los dragones cuatrocientos kilos cada uno, radiación gamma medible a tres metros de distancia, alas de membrana que generaban corrientes de aire caliente que secaban la vegetación a su paso tenían el mismo problema. Su territorio del sureste estaba en la ruta de la Bestia. Pelear entre ellos mientras la Bestia avanzaba era cavar dos tumbas en lugar de una.

La tregua se hizo sin palabras. La loba alpha caminó hasta el borde del territorio dragón. Tres dragones la esperaban. La loba se sentó. Los dragones bajaron las alas. Los lobos no hablaban. Los dragones no hablaban. Se miraron durante una hora. Después la loba se levantó y caminó hacia el este. Los dragones la siguieron.

El pirata contó el resto con la economía de alguien que vende información por cantidad, más datos, más caro, menos palabras por dato, más datos vendidos.

La línea de los lobos-dragones contiene el sureste. Los vikingos contienen el norte. El centro está abierto. Los grises avanzan por el centro porque el centro no tiene ejército. Nadie defendió nunca el centro porque el centro era de los comerciantes y los comerciantes no pelean. Los comerciantes se van.

Xochipilli pagó la información con medio kilo de pescado seco del PB, el último medio kilo que tenía, el fondo de la bolsa de tela encerada que Saya había subido a Doña Nube meses atrás. El pescado estaba más seco que cuando lo cargaron, la sal del Astral lo

había deshidratado más de lo que el proceso de curado del PB lo había deshidratado. El pescado estaba duro. El pirata lo aceptó sin quejarse en el Astral en guerra. La dureza del pescado no era defecto sino ventaja. Lo duro duraba más. Lo duro se masticaba más tiempo. Lo duro llenaba más.

Doña Nube necesitaba un modelo de supervivencia. Xochipilli era comerciante, comerciar era lo que sabía. Pero el comercio tradicional comprar producto, transportar producto, vender producto estaba muerto. No había producto. Los puertos del norte estaban en guerra. Los del este estaban en territorio de la Bestia. Afuera. Los del centro estaban en zona de avance gris. Afuera, los del sur tenían refugiados que no tenían con qué pagar.

Saya lo resolvió.

Cobramos por la información. Pagamos con espacio.

Simple. Los refugiados que subían a Doña Nube traían noticias de donde venían. Xochipilli las recopilaba, las cruzaba, las ordenaba. Llegaba al siguiente puerto con un mapa actualizado de qué territorios habían caído, qué corrientes estaban alteradas, qué puertos todavía funcionaban. Los habitantes del puerto pagaban con comida, agua dulce, herramientas. Doña Nube cargaba lo que necesitaba y seguía moviéndose. Nunca más de tres días en un lugar. Tres días era el tiempo que los hemacronos tardaban en triangular una posición por frecuencia residual.

El modelo funcionaba porque Xochipilli sabía lo que los demás no: la información era el único producto que no se acababa con el uso. Vender un kilo de té significaba tener un kilo menos. Vender información sobre corrientes alteradas significaba que Xochipilli seguía teniendo la información y el comprador también. El producto

se duplicaba con la venta. La economía de la información era la única economía que la guerra no podía destruir.

Saya tenía cinco meses de embarazo. Navegaba. La barriga le estorbaba para agacharse bajo la botavara, pero no para manejar el timón ni para leer las corrientes con los pies descalzos en la madera de cubierta. Xochipilli le sugirió una vez que dejara de navegar. Una vez.

¿Quién navega si no navego yo?

Yo.

Tú no sabes leer corrientes.

Sé leer mapas.

Los mapas están equivocados. Las corrientes cambiaron. Lo único que funciona son los pies en la madera y las manos en el mercurio.

Xochipilli no volvió a sugerir.

- ○

- ○

014 TABERNA [X][S]

Doña Nube se convirtió en taberna el día que se acabó el té.

No fue decisión. Fue consecuencia. Sin mercancía que vender, Xochipilli no tenía razón comercial para atracar en los puertos. Pero los puertos necesitaban a Doña Nube porque Doña Nube se movía y lo que se mueve trae información, la información tenía más valor que el metal y la comida, el agua dulce juntos.

La última caja de té se vendió en un puerto sin nombre del Astral Sur un puerto que era tres barcas atadas a una roca con cuerdas de

mallá y un muelle de un metro que se hundía tres centímetros cuando alguien pisaba el extremo. La caja se vendió a un hombre que no contestó su nombre y que pagó con cuatro litros de agua dulce y un mapa de corrientes dibujado en tela de vela con tinta de bayas. El mapa estaba equivocado Saya lo supo en tres segundos de mirarlo porque los ángulos de las corrientes no coincidían con lo que sus pies leían en la cubierta. Pero el mapa tenía una cosa útil: la ubicación de tres pozos de agua dulce en la costa sur que ni Xochipilli ni Saya conocían.

Xochipilli sostuvo la caja vacía después de la venta. Doce kilos menos. El peso de la caja vacía era de dos kilos cedro y bisagras de bronce. Pero la caja se notaba más pesada vacía que llena porque el peso de la ausencia es diferente al peso de la materia. La caja vacía era el final de doscientos años de comercio de té. Xochipilli la dejó en la bodega con las otras cajas vacías ocho cajas de cedro apiladas contra la pared de babor. cada caja un viaje que no se repetiría.

Saya lo resolvió.

Cobramos por la información. Pagamos con espacio.

La frase salió con la economía de todas las frases de Saya sin preámbulo, sin justificación, sin la explicación que un comerciante habría dado antes de proponer un modelo de negocio nuevo. Saya no era comerciante. Saya era navegante. Los navegantes no explican el viento lo usan.

Simple. Los refugiados que subían a Doña Nube traían noticias de donde venían. Xochipilli las recopilaba, las cruzaba, las ordenaba. Llegaba al siguiente puerto con un mapa actualizado de qué territorios habían caído, qué corrientes estaban alteradas, qué puertos todavía funcionaban. Los habitantes del puerto pagaban con

comida. agua dulce, herramientas. Doña Nube cargaba lo que necesitaba y seguía moviéndose. Nunca más de tres días en un lugar. Tres días era el tiempo que los hemacronos tardaban en triangular una posición por frecuencia residual.

La recopilación era trabajo de Xochipilli. Sentado en la popa con la pipa las hojas del sur, metal y ceniza escuchando a cada refugiado que subía a bordo. No con preguntas con silencio. Xochipilli había aprendido en doscientos años de comercio que la información más valiosa salía cuando el que la tenía no notaba que se la estaban sacando. La pausa de Xochipilli era un espacio donde los refugiados depositaban lo que sabían no porque quisieran ayudar al comerciante sino porque necesitaban decirlo. Los que han visto cosas necesitan decirlos. La quietud de alguien que escucha es la única invitación que necesitan.

Xochipilli organizaba la información en la cabeza no en papel, no en piedra, no en tela. En la cabeza. La cabeza de un comerciante de doscientos años era un archivo más confiable que cualquier soporte externo porque el archivo externo se mojaba y se rompía y se perdía. La cabeza no. La cabeza de Xochipilli contenía mapas de corrientes. listas de puertos, inventarios de recursos, secuencias de frecuencias, nombres de contactos, ubicaciones de puertas, y ahora: el mapa de la guerra actualizado cada tres días.

Saya tenía cinco meses de embarazo. Navegaba. La barriga le estorbaba para agacharse bajo la botavara pero no para manejar el timón ni para leer las corrientes con los pies descalzos en la madera de cubierta. Xochipilli le sugirió una vez que dejara de navegar. Una vez.

¿Quién navega si no navego yo?

Yo.

Tú no sabes leer corrientes.

Sé leer mapas.

Los mapas están equivocados. Las corrientes cambiaron. Lo único que funciona son los pies en la madera y las manos en el mercurio.

Xochipilli no volvió a sugerir.

La barriga de Saya a los cinco meses era una curva firme bajo la camisa de lino no la curva suave de la grasa sino la curva dura de un útero expandido, con la piel tirante sobre el abdomen y el ombligo empezando a aplanarse. Saya no se quejaba de la barriga. Saya se quejaba de las botas las que Xochipilli le había ofrecido para proteger los pies del frío del sur y que Saya rechazó porque las botas eran obstáculo. no protección. “Con botas no puedo leer el barco.” Los pies descalzos de Saya en la cubierta de Doña Nube eran los ojos del barco. Ponerles botas era ponerle venda a los ojos.

Atracaron en un puerto del sur que no tenía nombre los puertos sin nombre eran los que habían surgido después de la invasión, asentamientos improvisados donde los refugiados se juntaban porque juntos morían más despacio que solos.

Xochipilli bajó al muelle. El muelle era de tablones robados de otros barcos, clavados con clavos de cobre sacados de cascos abandonados. Todo reciclado. Todo provisional. Todo con la temporalidad de lo que se construye sabiendo que no va a durar.

Los tablones del muelle no coincidían tablones de diferentes barcos, de diferentes maderas, de diferentes grosores. Un tablón de roble vikingo al lado de un tablón de bambú del este al lado de un

tablón de madera desconocida del sur. Los clavos de cobre estaban torcidos sacados de cascos con herramientas que no parecían las herramientas correctas. con la urgencia de alguien que necesita clavos ahora y no tiene tiempo para sacarlos bien. Algunos clavos sobresalían medio centímetro. Caminar por el muelle era caminar por un campo de puntas de cobre que amenazaban la suela de las botas a cada paso.

El asentamiento tenía una factoría. No la factoría del Astral pre-guerra donde los hemacronos procesaban cristales y los constructores amplificaban materiales. Esta factoría era nueva. Hecha de láminas de metal gris el mismo metal gris de los uniformes de los grises. Tenía una chimenea que sacaba humo blanco las veinticuatro horas. Humo blanco con olor.

La factoría estaba a sesenta metros del muelle. Sesenta metros de distancia entre el muelle donde Xochipilli caminaba y la puerta de la factoría. A sesenta metros, el olor no era distinguible del olor general del asentamiento humo, sudor, mercurio estancado. orina. A cuarenta metros, el olor empezó a separarse de los demás. De golpe, a treinta metros, era un olor independiente. Al fondo, a dieciséis metros, era el olor dominante.

Xochipilli lo olió a dieciséis metros del edificio. No se trataba de humo de leña ni de carbón ni de metal fundido ni de cristal procesado. Era un olor orgánico dulce primero, con una nota de caramelo que daba náuseas precisamente porque era dulce donde no debía ser dulce. Después amargo. Después algo que Xochipilli no pudo clasificar y que le revolvió el estómago de un modo que doscientos años de oler el Astral no lo habían preparado para sentir.

El olor dulce era el olor de la proteína calentada no cocinada, calentada. La diferencia era importante: cocinar destruye las moléculas y produce el olor de la comida. Calentar las desnaturaliza y produce el olor de la materia orgánica que cambia de estado sin convertirse en comida. El olor del caramelo era el olor del azúcar de la sangre caramelizándose a temperaturas que la sangre no debería alcanzar. El olor amargo era el olor de la queratina pelo. uñas, piel quemada. El olor que Xochipilli no pudo clasificar era el olor de cosa que no debería tener olor porque no debería estar siendo procesado.

La puerta de la factoría estaba abierta. Un centímetro. Lo suficiente para que el olor saliera. Lo suficiente para ver.

Un centímetro de apertura. La puerta era de metal gris el mismo metal de las paredes, sin bisagras visibles, con un mecanismo de cierre que alguien había dejado sin cerrar del todo. El centímetro de apertura era una línea vertical de luz interior luz de lámpara. amarilla, más intensa que la luz gris del Astral. La línea de luz era el canal por donde el olor salía y por donde Xochipilli vio.

Xochipilli vio.

El ojo derecho contra la rendija. La mejilla contra el metal frío de la puerta. El metal frío contra el pómulos. La temperatura del metal doce grados, más frío que el aire exterior contra la piel de la cara caliente por la caminata.

La factoría tenía tres secciones. La primera era una sala con camillas diez camillas de metal con correas en muñecas y tobillos. Siete estaban vacías. Tres tenían cuerpos. Cuerpos pequeños. Cuerpos de la edad de los niños que corrían por los muelles gritando “¡Lo agarré yo!” Cuerpos conectados por tubos a recipientes de vidrio que recolectaban un líquido que no era sangre más claro. más

viscoso, con un color ámbar que cambiaba a transparente según el ángulo de la luz.

Los cuerpos estaban quietos. No la calma del sueño la pausa de la sedación. Los ojos cerrados. Las bocas abiertas. La respiración mínima el pecho subiendo un centímetro cada cinco segundos, el mínimo para mantener los pulmones funcionando. Las correas de las muñecas no estaban apretadas porque no necesitaban estarlo los cuerpos no se movían. Las correas eran prevención. no contención.

La segunda sección tenía molinos. Tres molinos de piedra que trituraban algo seco hasta convertirlo en polvo blanco. El polvo se acumulaba en bandejas de cobre. Un hombre con mandil gris recogía las bandejas y las llevaba a la tercera sección.

El algo seco que los molinos trituraban era del color de la miel seca ámbar oscuro, quebradizo, del grosor de una lámina de vidrio. El mismo color que el líquido de los recipientes de la primera sección. El mismo líquido, deshidratado, convertido en lámina quebradiza, alimentado a los molinos que lo convertían en polvo.

La tercera sección tenía prensas. Prensas de hierro que comprimían el polvo blanco mezclado con grasa y sal hasta formar barras rectangulares de seis centímetros de largo por tres de ancho. Las barras se empaquetaban en bolsas de tela marrón con un sello estampado: un pollo estilizado.

Barras de pollo. Xochipilli salió de la factoría. Caminó los dieciséis metros de vuelta al muelle. No corrió. No gritó. No vomitó. Caminó con los pasos de alguien que ha visto algo que no puede deshacerse de ver y que no va a contarle a nadie porque contar requiere palabras y las palabras requieren que la garganta funcione y la garganta de Xochipilli no funcionó durante el resto del día.

Los dieciséis metros de vuelta al muelle fueron los dieciséis metros más largos que Xochipilli caminó en doscientos años. No porque fueran más metros eran los mismos dieciséis metros de ida. Fueron más largos porque cada paso contenía lo que había visto y lo que había visto pesaba más que las cajas de té y más que los refugiados y más que Doña Nube entera. Cada paso era un paso que se alejaba de la factoría y que no se alejaba de lo que había visto porque lo que había visto ya estaba adentro en la retina, en el cerebro, en el archivo de la cabeza que no se mojaba ni se rompía ni se perdía.

Subió a Doña Nube. Saya lo miró. Saya vio la cara.

La cara de Xochipilli no expresaba. Esa era la expresión de la ausencia de expresión. Los músculos de la cara relajados hasta la flacidez, la mandíbula suelta, los ojos abiertos sin enfocar. La cara de alguien que ha visto algo que todavía no ha procesado y que el cuerpo responde con el equivalente facial de la parálisis.

¿Qué?

Xochipilli negó con la cabeza.

¿Qué viste?

Negó otra vez. Se sentó en la popa. Sacó la madera. La llenó con las manos temblando, no con el temblor del miedo, sino con el temblor de los músculos que se contraen cuando el cuerpo quiere actuar y la mente le dice que no puede. Encendió. Fumó. El humo subió recto y se mezcló con el humo blanco de la chimenea de la factoría.

Los dos humos se encontraron a seis metros sobre la cubierta de Doña Nube, el humo gris del ébano del sur y el humo blanco de la chimenea de la factoría. Los dos humos se mezclaron y formaron un

humo que no era gris ni blanco sino algo intermedio que Xochipilli miró subir hacia la bóveda gris del Astral sin parpadear durante cuarenta minutos.

Saya no volvió a preguntar.

Saya vio la cara de Xochipilli y no volvió a preguntar porque Saya sabía leer caras como sabía leer corrientes por lo que faltaba, no por lo que estaba. En la cara de Xochipilli faltaba todo lo que normalmente estaba: la tensión de la mandíbula, el pliegue entre las cejas, la línea vertical sobre el labio superior que aparecía cuando fumaba con atención. Todo eso faltaba. Y lo que faltaba le añadió a Saya lo que las palabras no podían decir: que lo que Xochipilli había visto no se contaba.

Doña Nube salió del puerto sin nombre esa misma tarde.

Xochipilli no comió barras de pollo nunca más. No dijo por qué. Pero a partir de ese día, cada refugiado que subía a Doña Nube recibía una instrucción: “Cultiva tu propia comida. Siempre que puedas, cultiva.”

No comentó por qué.

Los Jardineros no comen comida procesada. ## 015 SUR [X][S]

La Bestia relegó al sur a todo lo que no podía absorber.

Los asentamientos que quedaban entre el perímetro de dragones-lobos y la costa sur del Astral se llenaron de gente que no tenía tierra, ni comida, ni frecuencia por encima del umbral. Los hemacronos oscuros controlaban la distribución. No por altruismo, sino por medición. Cada mañana, un hemacrono con un instrumento del tamaño de una flauta medía la frecuencia de cada persona en el asentamiento. El instrumento era sánscrito solidificado en un mantra convertido en objeto, una secuencia de activación fundida en

metal que resonaba en resonancia con el campo electromagnético de quien estuviera a menos de un metro.

El instrumento era un cilindro de quince centímetros de metal oscuro, sin marcas, sin orificio, sin nada que indicara que era un instrumento de medición y no un trozo de tubería. El hemacrono lo sostenía en la mano derecha con la ligereza de alguien que sostiene una herramienta que usa todos los días. Se acercaba a la persona a menos de un metro, la distancia de lectura. El instrumento pulsaba. El temblor era inaudible para la persona medida pero visible para Xochipilli, quien observaba el cilindro oscilando en la mano del hemacrono con un temblor fino que variaba de intensidad según la frecuencia del cuerpo medido. Más temblor significaba más frecuencia. Menos temblor significaba menos.

El hemacrono no miraba el instrumento. Miraba la mano. La mano le decía lo que el instrumento detectaba la resonancia transferida del cilindro a los dedos, de los dedos a los nervios, de los nervios al cerebro del hemacrono que procesaba la información con la velocidad de alguien que ha medido miles de cuerpos. El veredicto era un gesto: mano derecha levantada significaba por encima del umbral. Mano izquierda significaba por debajo.

Los que medían por encima del umbral recibían agua. Medio litro al día. Comida cada dos días, barras de pollo envueltas en tela marrón con el sello del pollo estilizado.

Xochipilli miró las barras. No dijo nada. La garganta le funcionaba, pero las palabras no salían.

Las barras de pollo estaban apiladas en una mesa de tablones, cien barras, doscientas, las suficientes para alimentar al asentamiento durante tres días. Las bolsas de tela marrón con el

sello del pollo estilizado. El olor dulce-amargo que Xochipilli había olido en la factoría atenuado por el empaque, diluido por el aire, pero presente. Xochipilli lo reconoció a cuatro metros de la mesa. El estómago se contrajo. La bilis subió hasta la base de la garganta. Se quedó ahí la bilis ácida contra el cartílago tiroides, el sabor a metal y a ácido en el fondo de la boca.

Los que medían por debajo del umbral no recibían nada. Los hemacronos oscuros los dejaban en una zona al borde del asentamiento, tiendas de cuero seco sobre arena caliente donde el mercurio subterráneo generaba un calor que secaba la piel y agrietaba los labios. Sin agua, la gente de la zona baja duraba entre tres y siete días. Los cuerpos se dejaban donde caían. El mercurio subterráneo los absorbía en diez horas, la superficie se abría, el cuerpo se hundía, la superficie se cerraba. El Astral reciclaba.

La zona baja estaba a ciento cincuenta metros del muelle. Ciento cincuenta metros de arena de grafito entre el muelle donde Doña Nube atracaba y las tiendas donde la gente moría de sed. Los ciento cincuenta metros eran una distancia que se podía caminar en tres minutos y que nadie caminaba porque caminar hacia la zona baja era caminar hacia la muerte y caminar desde la zona baja era caminar desde la muerte y ninguna de las dos direcciones era una dirección que alguien eligiera voluntariamente.

Las tiendas eran de cuero seco, cuero de criatura del mercurio, curtido con sal del Astral, gris como todo lo que estaba hecho de cosas del Astral. Las tiendas eran bajas, un metro de altura, apenas suficiente para sentarse adentro, insuficiente para estar de pie. La gente de la zona baja estaba sentada o acostada. No de pie. Porque

estar de pie requería energía y la energía requería agua y agua no había.

Doña Nube pasó por un asentamiento al amanecer.

El amanecer del Astral Sur, el gris oscuro aclarándose un tono, medio tono, la diferencia entre oscuridad y penumbra que no parecía amanecer sino disminución de la penumbra. Doña Nube pasó por fuera de la bahía del asentamiento a trescientos metros de la costa, la distancia de seguridad que Saya mantenía cuando no atracaban. La distancia a la que los instrumentos de los hemacronos no podían medir la frecuencia de los que estaban a bordo.

Saya vio las tiendas. Saya vio la zona baja. Saya vio los cuerpos a medio hundir en el mercurio, piernas ya bajo la superficie, torsos todavía visibles, caras mirando el cielo gris con expresiones que no expresaban nada porque la deshidratación vacía la cara antes de vaciar el cuerpo.

Los cuerpos a medio hundir eran cuerpos en proceso de reciclaje, el mercurio subterráneo subiendo por las capas de arena y envolviendo las extremidades inferiores con la lentitud de un líquido denso que no tiene prisa. Las piernas desaparecían primero. Las caderas después. El torso era lo último porque el torso era la parte más ancha y el mercurio necesitaba más tiempo para envolverlo. Las caras eran lo último de lo último, las caras mirando arriba mientras el mercurio subía por el cuello y la barbilla y los labios.

Desde trescientos metros, los cuerpos eran formas en la arena. Formas que no se movían. Formas que el amanecer del Astral iluminaba con un gris ligeramente más claro que revelaba los detalles que la penumbra escondía: la ropa, el pelo, la posición de los

brazos, algunos brazos extendidos, otros cruzados sobre el pecho, otros a los lados del cuerpo con las palmas hacia arriba.

Xochipilli estaba de pie en la proa. La boquilla entre los dientes. Encendida estaban en el mar del Astral, lejos de los hemacronos, lejos de las mediciones. El humo se disipaba en el aire salino del sur.

El humo de la madera era delgado, las hojas del sur producían un humo que no tenía la densidad del humo del norte. El humo delgado se disipaba rápido, tres metros sobre la cubierta y el viento del sur lo dispersaba. Un segundo después, el humo del norte habría subido recto durante diez metros antes de dispersarse. De golpe, el humo del sur no tenía la fuerza para subir recto. El humo del sur era humo cobarde, se iba con el primer soplo de viento.

Podemos recoger a los de la zona baja - contestó Xochipilli.

Saya puso la mano en la barriga. Cinco meses. La barriga era una curva visible bajo la camisa de lino.

La mano de Saya en la barriga era la mano de la playa con Gaia, la mano izquierda, plana, los dedos extendidos, la palma abierta contra la tela de lino que cubría la curva. Pero la función era diferente. En la playa con Gaia, la mano parecía instinto, protección inconsciente de lo que todavía no era. Ahora la mano era argumento: la barriga como dato, la barriga como variable en una ecuación de supervivencia que Saya estaba calculando en tiempo real.

¿Cuántos son?

Cuarenta. Cincuenta.

Doña Nube carga veintidós.

Doña Nube carga lo que tenga que cargar.

Doña Nube carga veintidós. Veintitrés con la barriga. Si subimos cuarenta, el calado baja seis centímetros. Con seis centímetros más,

la quilla toca los bancos de mercurio sólido que hay entre aquí y el siguiente puerto. Si la quilla toca los bancos, encallamos. Si encallamos, nos encuentran. Arriba, si nos encuentran, nos miden. Ahí, si nos miden...

Saya no terminó. No porque no pudiera sino porque la lógica no necesitaba las últimas palabras. La lógica de Saya era la lógica de las cadenas causales: si A entonces B, si B entonces C, y C era lo que no necesitaba decirse porque C era el final de todo.

Si paramos, nos atrapan - comentó Saya. Si nos atrapan, el niño no nace.

El niño. No “nuestro hijo.” No “el bebé.” El niño. La palabra más operativa para referirse a lo que crecía dentro de su cuerpo. El niño era una variable de la ecuación. El niño era lo que cambiaba el resultado de cada decisión. Subir cuarenta refugiados significaba bajar el calado y bajar el calado significaba encallar y encallar significaba que el niño no nacía. La aritmética era simple. La aritmética era brutal.

Xochipilli miró el asentamiento. Las tiendas. Los cuerpos. La zona baja.

El asentamiento se veía más pequeño a trescientos metros, las tiendas eran manchas grises en la arena de grafito, los cuerpos eran líneas horizontales entre las tiendas, la zona baja era una mancha más oscura en el borde del asentamiento donde la arena caliente cambiaba de color por el calor del mercurio subterráneo. A trescientos metros, el asentamiento era un mapa. A trescientos metros, los cuerpos eran puntos en el mapa. A trescientos metros, la muerte era geografía.

Fumó.

El ébano no sabía a nada. Las hojas del sur eran ceniza con aspiraciones de tabaco. Pero el gesto importaba más que el sabor. La mano en la boquilla, la madera en la boca, el humo en los ojos. La rutina del fumador que fuma para no hacer lo que quiere hacer.

La rutina del fumador era la rutina del que no puede actuar. La mano ocupada con el ébano para que la mano no se levante y señale al timonel que gire hacia el asentamiento. La boca ocupada con el humo para que la boca no grite la orden de atracar. Los ojos ocupados con el humo para que los ojos no vean lo que los ojos ya habían visto y no podían dejar de ver.

Pasamos - dijo Saya.

Doña Nube pasó.

Xochipilli no dejó de mirar el asentamiento hasta que el horizonte se lo tragó. Doce minutos. El humo de la boquilla marcó el tiempo, tres maderas llenas y un cuarto de la cuarta. Cada bocanada un minuto. Cada minuto una tienda menos visible. Cada tienda menos visible un cuerpo que no recogieron.

Doce minutos de asentamiento haciéndose pequeño. Doce minutos de cuerpos convirtiéndose en líneas y las líneas convirtiéndose en puntos y los puntos convirtiéndose en nada. Doce minutos del ébano sabiendo a nada mientras el humo delgado del sur se deshacía en el viento del sur.

Saya no lo miró.

Saya miraba al frente. Hacia el sur. Hacia el agua que todavía tenía y la comida que todavía podía pescar y el niño que todavía no había nacido. Los pies descalzos de Saya en la cubierta de Doña Nube. Los pies leyendo las corrientes. Un segundo después, los pies que sabían a dónde ir cuando todo lo demás estaba perdido. Arriba,

los pies de la hija de la abuela que leía el mar con las plantas descalzas y que le enseñó a su nieta a leer el mar del mismo modo, no con los ojos, sino con la piel; no con mapas, sino con nervios; no con instrumentos, sino con callos.

Era la primera vez que Xochipilli obedecía a alguien.

No por debilidad. Por aritmética.

La aritmética de Saya: cuarenta refugiados más significaba seis centímetros de calado más significaba encallar significaba morir significaba que el niño no nacía. Contra la aritmética de Xochipilli: cuarenta refugiados menos significaba cuarenta personas en la zona baja significaba cuarenta cuerpos hundiéndose en el mercurio significaba cuarenta manchas de color en la arena.

La aritmética de Saya ganaba porque la aritmética de Saya incluía al niño y el niño era la variable que pesaba más que cuarenta refugiados y que cuarenta manchas de color y que cuarenta cuerpos hundiéndose en el mercurio.

Xochipilli obedeció.

Por aritmética.

- ○

- ○

016 NICO [X][S]

Nico nació un martes.

No había martes en el Astral. No había lunes ni miércoles ni ningún día con nombre. Pero Saya contaba los días desde el asentamiento costero donde la habían criado, donde su abuela

contaba en ciclos de siete porque siete eran los días entre mareas de cruce. Y el segundo día del ciclo se llamaba martes porque la abuela lo llamaba martes y nadie le discutía a la abuela de Saya.

Doña Nube estaba en altamar. Astral Sur, a cuatro horas de navegación de la costa del Plano Base, la costa donde Saya había crecido, donde la corriente submarina conectaba los dos planos cada sesenta y dos días. No iban hacia allá todavía. Iban hacia el sur porque el sur era lo que iba hacia ningún lado peligroso. El mercurio se extendía plano en todas direcciones sin olas. Sin ondas, la superficie de un espejo que reflejaba un cielo sin estrellas ni luna ni horizonte definido. La única referencia era Doña Nube: nueve metros de madera cortando el metal líquido con un sonido bajo y constante que a Xochipilli le recordaba el ruido de un cuchillo grande separando mantequilla.

La noche del Astral Sur era más oscura que la del norte o el centro. Lejos de Helios, lejos de los asentamientos, lejos de cualquier fuente de frecuencia que iluminara el aire con el brillo gris habitual. El gris aquí era casi negro. El gris de una habitación cerrada a las cuatro de la madrugada cuando los ojos ya se adaptaban pero todavía no alcanzaban.

Saya dejó de navegar a las tres de la mañana.

Xochipilli la oyó desde la popa. Estaba recostado contra la borda con la boquilla apagada entre los dientes. La madera apagada desde hacía semanas, las hojas del sur eran ceniza con aspiraciones de tabaco y las últimas las había racionado hasta que no quedó nada que racionar. Dormía a medias. El sueño del Astral no era sueño completo. El cuerpo descansaba, pero el oído no. Porque en altamar

el oído era lo que te mantenía vivo. Escuchaba la madera. Escuchaba el mercurio. Escuchaba los pies de Saya en cubierta.

El sonido de los pies descalzos de Saya en la madera de cubierta un sonido que Xochipilli conocía tan bien que podía decir si Saya caminaba, corría, se agachaba, o estaba de pie solo por cómo las tablas crujían bajo su peso. La diferencia estaba en la distribución: Saya caminando era presión secuencial. Talón-planta-punta; Saya corriendo era punta-punta-punta, sin talón; Saya agachada era peso concentrado en un punto, crujido profundo de una sola tabla. Los pies de Saya dejaron de moverse. Se quedaron fijos. Las tablas crujieron con el peso de alguien que se agarra de algo. Peso estático. Pero los músculos del cuerpo haciendo fuerza la madera registraba la diferencia entre peso muerto y peso vivo agarrándose.

Xochi.

El nombre de antes. El nombre que solo Saya usaba. Nadie más lo llamaba Xochi. Para el mundo era Xochipilli o Don Humo. Para Saya era Xochi. Cuatro letras. Sin título, sin carga, sin los doscientos años de peso que el nombre largo llevaba encima. La voz salió controlada. No era grito ni urgencia. Era la voz de alguien que informa con precisión incluso cuando el cuerpo le está haciendo algo que no controla.

Xochipilli se levantó. Las rodillas crujieron. El frío de la noche del Astral Sur endurecía las articulaciones de cualquier cuerpo que se quedara quieto más de una hora, y las de Xochipilli llevaban doscientos años acumulando sal de mercurio en las cápsulas sinoviales. Caminó los nueve metros de popa a proa. Los nueve metros que eran la medida de todo en Doña Nube, la distancia entre

él y Saya cuando pensaban. La distancia que se volvía cero cuando decidían.

Saya estaba agarrada al mástil con la mano derecha. Los nudillos blancos sobre la madera oscura. La mano izquierda estaba en la barriga, ocho meses de embarazo, la curva visible incluso bajo la camisa de lino que Saya usaba tres tallas más grande desde el sexto mes porque no tenía otra ropa y la ropa de antes no cerraba. La cara tenía sudor. No el sudor del calor ni el del esfuerzo, sino el sudor del cuerpo que trabaja por dentro. La clase de sudor que sale frío y fino. Cubre la frente y el labio superior y las sienes sin que la persona haya hecho ningún movimiento visible.

El agua - dijo Saya.

¿Rompiste?

Hace una hora. No quise despertarte.

Una hora. Xochipilli calculó: una hora navegando con las contracciones, una hora con los pies descalzos en la madera leyendo corrientes con el cuerpo mientras el cuerpo se abría para soltar lo que llevaba adentro. Porque Saya no dejaba de navegar por algo tan predecible como un parto. El timón estaba amarrado con la cuerda de cáñamo que Saya usaba cuando necesitaba las dos manos libres, tres vueltas al cabillero. El nudo de su abuela. La vela de repuesto estaba hinchada con el viento del sur. Doña Nube navegaba sola pero no sin dirección. Saya la había puesto en la corriente costera antes de que las contracciones empezaran, y la corriente costera hacía el trabajo del timón.

Xochipilli preparó la bodega. Bajó por la escotilla cuatro escalones de madera gastada, la segunda bisagra suelta desde hacía meses. Sacó las cajas vacías. Tres cajas de cedro que habían

contenido té y ahora no contenían nada. Las empujó contra el mamparo de popa con el pie. Extendió las mantas que usaban para dormir. Dos mantas de lana gruesa que olían a tabaco muerto y hierba seca y sal de mercurio y sudor compartido de meses de dormir en la misma bodega de nueve metros. Puso agua dulce en un recipiente de cobre. El recipiente estaba a un tercio. Tenían para tres días si racionaban. Puso el cuchillo de Saya, el mismo con el que cortaba cuerdas de aparejo. Limpio porque Saya siempre lo limpiaba, la hoja de acero del PB que no se oxidaba en el mercurio del Astral sobre una tela doblada.

La bodega de Doña Nube medía tres metros por cuatro. La altura era metro sesenta. Xochipilli tenía que agacharse, Saya no. El olor era madera vieja, cobre, metal líquido que se filtraba por las juntas del casco en gotas microscópicas que dejaban un brillo plateado en las cuadernas. La temperatura era quince grados, tres más que afuera. El calor del casco de cuatrocientos años que retenía lo poco que absorbía.

Saya bajó a la bodega sin ayuda. Rechazó la mano de Xochipilli con un movimiento de cabeza que significaba lo que siempre significaba: puedo sola. Bajó los cuatro escalones con la mano en la barriga y la otra en la pared del casco. Cada escalón un jadeo corto que salía por la nariz, no queja. No dolor expresado, la respiración de alguien que administra el oxígeno entre contracción y contracción como se administra el agua en una travesía larga.

Se acostó en las mantas. Las piernas flexionadas. Los pies descalzos apoyados planos en la madera del piso de la bodega, la madera que Doña Nube calentaba desde adentro. La madera tibia que Saya conocía con las plantas de los pies mejor que nadie. Los

pies empujaban la madera con cada contracción, empujaban hacia abajo. Buscando anclaje, los dedos de los pies agarrando las irregularidades de las tablas con la prensión de alguien que necesita algo sólido para empujar contra.

El parto duró nueve horas.

Nueve horas en la bodega de Doña Nube. Nueve horas con la luz gris del Astral Sur entrando por la escotilla en un rectángulo que se movía sobre las mantas a medida que el barco giraba con las corrientes. El rectángulo de luz recorriendo la bodega de babor a estribor con la lentitud de un reloj de sol que no marca horas sino ángulos de deriva. Nueve horas durante las cuales Doña Nube navegó sola sin timón. Sin vela, sin nadie en cubierta. La corriente costera la llevaba. El barco sabía.

Saya no gritó. Saya apretó los dientes y respiró por la nariz y agarró la manta con las dos manos hasta que los nudillos, anchos de marinera, de jalar cuerdas mojadas, se pusieron blancos. El blanco de los nudillos era el blanco de la sangre retirada. Los dedos apretando tan fuerte que la presión expulsaba la sangre de los capilares y dejaba la piel del color del hueso que había debajo. Los nudillos blancos contra la manta marrón. El contraste de alguien que aprieta lo que tiene para no soltar lo que viene.

Xochipilli se quedó al lado. No habló. No ofreció consejos. No sabía nada de partos. Doscientos y tantos años y no había presenciado ningún nacimiento porque los Jardineros no tenían hijos. Los Jardineros cuidaban puertas, no personas. Las puertas no nacían. Las puertas estaban o no estaban. La experiencia de Xochipilli con cosas que se abren era experiencia de puertas y de

grietas en cascos y de cajas de cedro con bisagras de bronce. No de cuerpos.

Se sentó contra el mamparo de popa. Las rodillas flexionadas. El ébano en el bolsillo del chaleco no lo sacó en las nueve horas. No lo sacó porque la bodega era pequeña y el humo llenaría el espacio en minutos y el espacio era de Saya. Las manos de Xochipilli descansaban en las rodillas con la quietud de alguien que ha decidido que su función es estar. No hacer. Estar al lado. Estar disponible. Estar quieto cuando la persona que trabaja necesita que el espacio a su alrededor esté quieto.

Las horas pasaron con la lentitud de las horas que pasan en bodegas de barcos mientras alguien trabaja con el cuerpo. La primera hora fue la de las contracciones espaciadas cada seis minutos. Saya se tensaba, los músculos del abdomen endureciéndose bajo la camisa de lino. La mandíbula apretándose, los nudillos blanqueándose. Después la contracción pasaba y Saya se relajaba, la respiración volvía a ser regular y los nudillos recuperaban el color y la mandíbula se aflojaba. Seis minutos de pausa. Otra contracción.

La segunda hora las contracciones bajaron a cuatro minutos. La tercera a tres. Antes de que pudiera reaccionar, la cuarta a dos. Antes de que pudiera reaccionar, la progresión era matemática. El cuerpo siguiendo un algoritmo de apertura que no necesitaba instrucciones porque el algoritmo estaba escrito en los músculos y en los huesos y en el útero que sabía lo que hacía sin que nadie se lo dijera. La quinta hora Saya empezó a sudar de verdad. No el sudor fino del principio, sino el sudor grueso que le bajaba por las sienes y le caía en las orejas, mojando su pelo negro que se le pegaba a la frente y al cuello. El sudor olía diferente al sudor de esfuerzo, olía a sal y a hierro, con

un olor metálico del cuerpo que trabaja desde adentro, el olor de la sangre que sube de temperatura por la contracción muscular sostenida.

Xochipilli mojó un trapo en el agua dulce del recipiente de cobre. Lo escurrió y se lo puso en la frente a Saya. El trapo frío contra la frente caliente produjo a Saya un sonido: un exhalación corta por la boca. La boca se abrió por primera vez desde que empezó. El trapo se calentó en segundos. Xochipilli lo mojó otra vez y se lo puso. La repetición del gesto se convirtió en la función de Xochipilli durante las siguientes cuatro horas. No sabía de partos, pero sabía de trapos húmedos.

A la séptima hora Saya agarró la mano de Xochipilli. No la pidió, la agarró. La mano izquierda de Saya soltó la manta y se cerró alrededor de la mano derecha de Xochipilli con la fuerza de alguien que agarra una cuerda en una tormenta. La fuerza era considerable, los dedos de marinera, los nudillos anchos, la prensión de toda una vida de jalar cuerdas mojadas. Los huesos de la mano de Xochipilli se comprimieron. El dolor le subió por la muñeca y llegó al codo. No retiró la mano. Dejó que Saya apretara. Los nudillos de Saya blancos, los nudillos de Xochipilli también blancos, blancos por la presión de ella, no por la propia.

A la octava hora las contracciones eran continuas. No había pausa entre una y otra, el cuerpo de Saya era una contracción sostenida, los músculos del abdomen tan duros que la barriga tenía la textura de una piedra cubierta de piel. La respiración era jadeo corto in-out-in-out por la nariz, con la boca cerrada, la mandíbula apretada con la fuerza de alguien que muerde algo invisible.

A la novena hora, Saya empujó una última vez y el sonido que salió de ella fue el único sonido que Xochipilli no le conocía, un sonido bajo, gutural, que venía de un lugar del cuerpo que no era garganta ni pulmones ni diafragma, sino algo más adentro. El sonido le vibró a Xochipilli en el esternón, no a través del aire, sino a través de la mano que Saya todavía agarraba, la resonancia del cuerpo de Saya transmitiéndose por los huesos de la mano y subiendo por el brazo y llegando al pecho.

Nico salió.

Mojado, arrugado, cubierto de una capa blanca que olía a metal y a sal, la mezcla del líquido del Astral con el líquido del cuerpo de Saya. Pelo negro. Puños cerrados. Los ojos cerrados también, apretados contra la luz gris de la bodega que entraba por la escotilla. El cuerpo entero cabía en las dos manos de Xochipilli, los tres kilos de hijo, la longitud de un antebrazo, la anchura de una palma. Pequeño. Completo. Mojado.

No lloró.

Los bebés lloran cuando nacen. Nico no lloró. Nico abrió la boca y emitió un sonido que no era llanto, era una nota continua, baja, constante, que Xochipilli registró en los huesos del cráneo y en la madera de Doña Nube. La madera vibró. El barco entero vibró. El mercurio alrededor de la quilla vibró. La nota subió a través de la madera y salió por la cubierta y se expandió sobre el mercurio del Astral Sur en un círculo de pulso que se alejó de Doña Nube a la velocidad del sonido en mercurio líquido.

El círculo de resonancia era invisible desde la bodega. Xochipilli lo registró, los pies descalzos de Saya lo sintieron primero, las plantas de los pies contra la madera del piso detectando el temblor

que salía del barco como una onda expansiva. Saya lo registró y miró a Nico con los ojos de alguien que entiende lo que acaba de pasar: su hijo acababa de anunciar su existencia a todo el Astral Sur. Una señal. Un sonar. Un “estoy aquí” que viajaba por el mercurio a velocidades que las corrientes no podían igualar.

Saya cortó el cordón con el cuchillo. La hoja de acero del PB entró en el cordón umbilical, el tejido resistió un segundo antes de ceder, el corte limpio que dividía dos cuerpos que habían sido uno durante nueve meses. La sangre del cordón era roja con un matiz plateado, la sangre de Saya mezclada con los minerales del Astral que habían entrado por la placenta durante los meses de embarazo en altamar. Saya limpió la hoja en la tela. Envolvió al niño en la manta. Lo puso en el pecho.

Es ruidoso, añadió.

La voz de Saya era ronca, ronca de nueve horas de apretar la mandíbula sin gritar, los músculos de la garganta tensos, las cuerdas vocales comprimidas, la voz saliendo por un tubo más estrecho de lo normal. Dos palabras. “Es ruidoso.” La evaluación operativa de un recién nacido que emitía frecuencias a todo un plano.

Xochipilli sostuvo al niño cuando Saya necesitó descansar los brazos. Los brazos de Saya temblaban, el temblor de los músculos agotados, los bíceps que habían soportado nueve horas de tensión y que ahora se negaban a mantener el peso de tres kilos. Saya los bajó. Xochipilli tomó al niño.

Lo sostuvo durante dos horas. No admitió nada durante las dos horas. La boquilla estaba en el bolsillo del chaleco y se quedó en el bolsillo del chaleco. Las manos de Xochipilli, manos de comerciante, de cargar cajas de doce kilos, de encender la madera con pedernal,

sostenían algo que pesaba tres kilos y que emitía una frecuencia que le pulsaba en las costillas. Las costillas izquierdas, las más cercanas al niño. El temblor era constante, no subía ni bajaba, no se intensificaba ni se atenuaba. La nota de Nico era la nota de lo que existe y que no puede dejar de anunciar que existe.

Nico no abrió los ojos en las dos horas.

Los párpados cerrados eran finos, la piel de los párpados de un recién nacido es la piel más fina del cuerpo humano, translúcida, con las venas visibles como líneas azules sobre la superficie rosada. Los párpados se movían, el movimiento rápido del sueño REM, los ojos moviéndose debajo de los párpados como si miraran cosas que los ojos abiertos no pueden ver. Nico soñaba. Tenía minutos de nacido y soñaba.

Xochipilli lo miró. La cara arrugada. Los puños cerrados, cerrados con la fuerza refleja de los recién nacidos, los dedos diminutos apretando el aire con la prensión de alguien que agarra lo que no está. El pelo negro de Saya. La boca que emitía sin parar, no llanto, no grito, una emisión constante que los delfines del Plano Base habrían reconocido como sonar.

Las manos de Xochipilli sostenían al niño con la torpeza de alguien que nunca ha sostenido algo que respira. Doscientos y tantos años de sostener cajas y cuerdas y el ébano de objetos con peso muerto, peso predecible, peso que no se mueve. El peso de Nico se movía. Se reacomodaba cada pocos segundos, un brazo que se estira, una pierna que se flexiona, la cabeza que gira dos milímetros hacia un lado. El peso vivo. El peso que necesita que las manos se ajusten constantemente para no soltar.

Saya dormía. Se había dormido a los cinco minutos de soltar al niño, el cuerpo apagándose con la eficiencia de un sistema que ha gastado toda la energía y que necesita reiniciarse. La respiración era lenta, profunda, con un ritmo que Xochipilli conocía de cuatro años de dormir en la misma bodega. Pero el ritmo era más lento que de costumbre, más profundo, más completo, el sueño de la recuperación total.

Doña Nube crujió.

El barco opinaba otra vez. El crujido venía de la quilla, el mismo lugar de donde siempre venían las opiniones de Doña Nube. La quilla que tocaba el mercurio, la quilla que notaba las corrientes, la quilla que sabía cosas. El crujido subió por las cuadernas y recorrió la bodega y pasó por la madera donde Saya dormía y por la madera donde Xochipilli sostenía al niño.

El crujido era diferente a todos los crujidos anteriores. Tampoco era el crujido de ajuste ni el crujido de peso ni el crujido de cambio de ruta. Era un crujido largo, sostenido, que duraba más que los demás, tres segundos en lugar del segundo habitual. Tres segundos de madera resonando con algo que no era estrés mecánico, sino reconocimiento. Doña Nube reconociendo al tercer pasajero. Doña Nube registrando que el barco de cuatrocientos años ahora llevaba lo que no había llevado nunca: acababa de nacer.

Xochipilli miró al niño. La nota seguía. El sonar seguía expandiéndose sobre el mercurio del Astral Sur. Y en algún lugar del Astral, en algún lugar donde las frecuencias se detectaban y se medían y se registraban, la nota de Nico estaba siendo escuchada.

Por primera vez en doscientos y tantos años, Xochipilli tuvo algo que no podía meter en una caja de cedro, algo que no podía vender

en un puerto, algo que no podía calcular con una balanza de mano.

El niño pesaba tres kilos.

Los tres kilos más pesados que había cargado. ## 017 TOBILLO
[X][S]

Nico tenía cuatro meses cuando la araña mordió a Saya.

Estaban en un asentamiento costero del Astral Sur. Uno de los asentamientos que quedaban, los que tenían nombre porque existían desde antes de la guerra. Este se llamaba Puerto Rojo por el color del mercurio en la bahía, que tenía un tinte de óxido de hierro que le daba una tonalidad cobriza en las mañanas. El óxido venía de una veta de hierro submarina que los constructores habían perforado hacía milenios y que sangraba mineral al mercurio con la lentitud de lo que lleva siglos sangrando y que le quedan siglos más. El mercurio cobrizo era más denso que el mercurio normal, medio kilo más por litro.

Suficiente para que los barcos flotaran un centímetro más alto y los pescadores supieran que estaban en Puerto Rojo sin levantar la vista.

El asentamiento tenía cuarenta personas. Pescadores, reparadores, tres familias de comerciantes que habían dejado de comerciar cuando los puertos del centro cerraron y que ahora subsistían del trueque local. Las casas eran construcciones bajas de piedra volcánica con techo de palma trenzada. Los techos duraban dos temporadas antes de que el viento del sur los arrancara y que los habitantes reemplazaban con la resignación de alguien que repara lo mismo todos los años.

Saya estaba reparando una red de pesca. No la suya, la del asentamiento. Porque Saya reparaba lo que encontraba roto como

respiraba: sin pensarlo, sin decidirlo, porque la mano de Saya veía una cuerda suelta y la ataba antes de que la cabeza de Saya registrara que había una cuerda suelta. Llevaban tres semanas en Puerto Rojo, el tiempo que Xochipilli necesitaba para recoger información de los Jardineros del sur antes de zarpar al norte. Tres semanas de Saya reparando redes, calafateando canoas, cortando cuerdas para los pescadores. Tres semanas de manos que no podían estar quietas.

La red estaba extendida en la arena. Arena del Astral, no granulada como la del Plano Base, sino fina, casi polvo, del color del grafito. La arena era suave bajo los pies descalzos y áspera bajo las manos, las partículas finas se metían en los pliegues de la piel y en las líneas de las palmas y no salían con el lavado. Saya tenía las manos grises de arena. Estaba sentada con las piernas cruzadas, los tobillos expuestos, las plantas de los pies apoyadas en la cara interna de los muslos. La postura del PB, la postura de las mujeres de la costa que se sentaban en la arena a reparar redes desde antes de que los Jardineros existieran. Desde antes de que nadie pusiera nombre a la forma de sentarse.

Nico dormía en una hamaca atada entre dos postes a tres metros de distancia. Los postes eran de madera de deriva, madera del Astral que el mercurio arrastraba a la costa y que se secaba al aire con la textura de hueso. La hamaca era de tela de vela, la vela vieja de Doña Nube, que Saya había reemplazado en el segundo circuito, cortada y cosida en forma de cuna colgante que se mecía con el viento del sur. Nico pesaba cinco kilos a los cuatro meses. La hamaca se mecía con los cinco kilos con un ritmo de cuatro segundos por oscilación, ida y vuelta.

La emisión de Nico era más baja cuando dormía, no desaparecía sino que se atenuaba, un zumbido de fondo que los habitantes del asentamiento habían aprendido a ignorar como ignoraban el ruido del mercurio. El zumbido se mezclaba con el crujido de la hamaca y el sonido del viento en las palmas del techo y el chapoteo del mercurio cobrizo en la orilla. Los sonidos del asentamiento.

La viuda negra estaba en la red desde la mañana. Metida en un pliegue de la malla donde los nudos se juntaban y formaban un espacio del tamaño de un puño cerrado. La araña era del Astral, más grande que las del Plano Base, abdomen del tamaño de una uva negra, la marca roja en el vientre más brillante, casi fluorescente en la luz gris del Astral. Las patas eran largas y finas y negras y se agarraban a los hilos de la red con la prensación de lo que no tiene intención de moverse. La araña no se movía. Las arañas no se mueven hasta que algo las mueve.

Saya metió la mano en el pliegue de la malla. Buscaba el nudo central para desatarlo y rehacer esa sección, el nudo que sostenía la tensión de toda la malla circundante, el nudo maestro que los pescadores del Astral hacían con una técnica que Saya había aprendido en dos minutos de observación. Los dedos entraron en el espacio oscuro del pliegue. La mano derecha, la mano de reparar, la mano de martillo y aguja y cuchillo. Los dedos tocaron hilos y nudos y no era hilo ni nudo. La araña cayó de la red al suelo. Cayó sobre la arena de grafito con un sonido que no fue sonido, las arañas no hacen ruido al caer. Mordió lo primero que encontró: el tobillo izquierdo de Saya. El tobillo que estaba expuesto porque Saya estaba sentada con las piernas cruzadas. El tobillo donde la piel era fina sobre el hueso, fina como la piel de los párpados de Nico.

Algo me picó.

Lo dijo como decía todo. Informando. No había queja en la voz ni urgencia ni dolor. Información. Algo le picó. El tono parecía el mismo tono con el que decía “el viento viene del este” o “Nico tiene hambre” o “necesitamos más agua dulce.” Dato. Procesado. Comunicado.

Xochipilli estaba a seis metros. Sentado en un tronco de madera de deriva con la boquilla encendida, mirando el mercurio cobrizo de Puerto Rojo. El humo subía recto sin viento, la mañana del Astral Sur quieta, el aire denso de humedad metálica. Escuchó las tres palabras. Las procesó. Se levantó. Las rodillas crujieron, el crujido de doscientos y tantos años, el crujido que ya era firma.

Miró el tobillo.

Dos marcas. Separadas por tres milímetros. Rojas, hinchándose. La piel alrededor ya estaba cambiando de color, del marrón oscuro de Saya a un marrón más claro, con un halo rosa que se expandía. El halo avanzaba con la velocidad de lo que se ve en tiempo real, un milímetro por segundo. El veneno abriéndose paso por los capilares, la histamina respondiendo, la piel registrando la invasión con un cambio de color que era alarma biológica.

Xochipilli supo.

Doscientos y tantos años y supo exactamente lo que era. La viuda negra del Astral tenía veneno neurotóxico más concentrado que la del Plano Base, la del PB mataba en un porcentaje bajo de los casos; la del Astral mataba siempre si no había antídoto en las primeras dos horas. El antídoto era un extracto de la raíz de una planta que crecía en los herbolarios del centro del Astral, herbolarios que estaban en

territorio de guerra. Herbolarios cerrados, saqueados, quemados en la invasión que Helios había predicho.

Doña Nube estaba a cuatro horas de navegación del herbolario más cercano.

Cuatro horas. El veneno mataba en seis. Dos horas de margen. Pero navegar a Doña Nube hasta el herbolario requería corrientes favorables y las corrientes estaban alteradas por la actividad bélica del centro y la mitad de los puertos del centro estaban cerrados y la otra mitad estaban ocupados por fuerzas que no dejaban pasar barcos comerciales. Dos horas de margen que no parecían margen. Dos horas de margen que eran cero.

Necesito la raíz - admitió Xochipilli.

La voz salió controlada. La voz del comerciante que negocia bajo presión, el tono que no sube, la velocidad que no cambia, la información que sale limpia de la emoción que la contaminaría. Pero la mano derecha se cerró en puño. Los nudillos de Xochipilli blancos, los mismos nudillos blancos que Saya había tenido durante el parto, la misma sangre retirada por la misma fuerza de presión. El cuerpo delatando lo que la voz controlaba.

No hay raíz aquí - dijo un pescador del asentamiento. El pescador era viejo, viejo del Astral, con la piel curtida por décadas de mercurio y sol constante, con manos deformadas por la artritis que el mercurio causaba en las articulaciones. Miró el tobillo de Saya. Miró a Xochipilli. Miró al suelo. No hay raíz en trescientos kilómetros.

Saya miró las dos marcas en su tobillo. Miró la araña que se alejaba por la arena de grafito con la lentitud de lo que ha hecho lo que hace y no tiene prisa. La araña caminaba sobre la arena con las ocho patas moviéndose en secuencia, no corriendo, no huyendo,

caminando con la indiferencia de un organismo que no sabe que acaba de matar a alguien.

¿Cuánto tiempo? - preguntó Saya.

Seis horas - indicó Xochipilli.

¿Con antídoto?

No hay antídoto.

Saya registró. La misma cabezada con la que anotaba cuando Xochipilli le decía la hora o el rumbo o la dirección del viento. Información. Procesada. Archivada. La cabezada fue de dos centímetros, la barbilla bajando, subiendo, la vertebra cervical moviéndose con la economía de alguien que registra datos y continúa.

Nico tiene hambre a las tres respondió.

Las cinco palabras quedaron en el aire del asentamiento con lo que no debería pesar. Nico tiene hambre a las tres. La instrucción operativa de una madre que está muriendo y que piensa en el horario de alimentación de su hijo. No en la muerte. No en el dolor. En las tres de la tarde.

Los síntomas empezaron en la primera hora. Dolor localizado. El tobillo se hinchó al doble de su tamaño. La piel se puso tensa, brillante, caliente al tacto, la inflamación convirtiendo el tobillo en masa de tejido expandido. El hueso del maléolo desapareció bajo la hinchazón. La piel marrón se estiró hasta volverse marrón claro, casi translúcida, con las venas visibles como ríos oscuros bajo la superficie. Saya la tocó una vez con los dedos y retiró la mano. El contacto produjo un dolor que le subió por la pierna hasta la cadera,

un dolor eléctrico, nervioso, la clase de dolor que viaja por las fibras nerviosas a la velocidad de la conducción sináptica.

Duele.

Lo sé.

No. Duele de verdad. No el dolor de siempre. Otro.

El dolor de siempre era el dolor que Saya toleraba, el dolor de los callos que se forman, el dolor de las cuerdas que queman, el dolor de las contracciones que abren el cuerpo. El dolor del veneno parecía diferente. Era dolor sin función, dolor que no protege ni repara ni construye. Dolor que destruye. La diferencia entre los dos dolores era la diferencia entre una herramienta y un arma. La segunda hora. Calambres abdominales. Saya se dobló en la arena. Las manos en el estómago. Las manos que reparaban redes y navegaban corrientes y cortaban cordones umbilicales ahora apretaban su propio abdomen con la fuerza de alguien que intenta mantener adentro lo que quiere salir. Los calambres eran visibles los músculos abdominales contrayéndose bajo la camisa de lino con espasmos que le arqueaban la espalda y le doblaban las rodillas hacia el pecho. La posición fetal. El cuerpo volviendo a la posición de antes de nacer mientras el veneno lo mataba.

Xochipilli la llevó a la sombra de un toldo. La cargó los brazos de Xochipilli debajo de las rodillas y detrás de la espalda de Saya, el peso de Saya contra el pecho de Xochipilli. Saya pesaba cincuenta y tres kilos. Los mismos kilos que pesaba antes del embarazo había perdido el peso del embarazo en las semanas de lactancia y trabajo. Cincuenta y tres kilos de marinera del PB. Los cargó los doce metros del lugar donde estaba sentada al toldo más cercano. Los doce metros más largos de doscientos y tantos años.

La acostó en una manta. La manta era la manta de Doña Nube, la misma manta donde Nico había nacido, la misma manta que olía a los dos. Le puso agua en los labios. Saya bebió. Los labios se cerraron alrededor del borde del recipiente de cobre con la debilidad de unos labios que ya no controlan del todo la musculatura. El agua le entró por la comisura izquierda y le mojó el cuello. Vomitó. El vómito era bilioso verde amarillento, con el olor ácido de los jugos gástricos sin comida. Bebió otra vez. El cuerpo pidiendo agua y rechazándola al mismo tiempo.

La tercera hora. Sudoración masiva. El cuerpo de Saya se cubrió de un sudor que no era caliente ni frío, un sudor neutro, inodoro, que le empapó la ropa y la manta y la arena debajo de la manta. El sudor salía por todos los poros con la abundancia de lo que se derrama, no gotas sino láminas de líquido. La piel entera sudando como una superficie que se condensa. Las manos le temblaban. Las manos grandes de marinera que no temblaban con las tormentas ni con las corrientes ni con los partos temblaban ahora con un temblor fino que venía de adentro, del sistema nervioso respondiendo al veneno que viajaba por los nervios a la velocidad de la conducción sináptica. El temblor era rápido, veinte oscilaciones por segundo, la frecuencia del temblor patológico, no del temblor de frío ni de miedo.

Xochipilli no se movió de su lado. No habló. No fumó. La madera estaba en el bolsillo del chaleco y se quedó en el bolsillo del chaleco y se quedaría en el bolsillo del chaleco hasta que lo que estaba pasando dejara de pasar. Estaba sentado en la arena al lado de la manta. Las rodillas flexionadas. La espalda contra el poste del toldo. La mano derecha sosteniendo la mano izquierda de Saya, la mano que había agarrado la suya durante el parto. La misma mano, la misma

presión. Pero la presión se debilitaba con cada hora. La fuerza de los dedos de Saya aflojándose como una cuerda que se destensa.

Nico lloró a las tres. Tuvo hambre a las tres, exactamente como Saya había dicho. El llanto de Nico a los cuatro meses era diferente del sonar del recién nacido, era llanto real, con modulación, con el tono agudo que los bebés usan para comunicar necesidad. La emisión de fondo seguía el tono constante que Nico producía dormido y despierto, pero el llanto se superponía con la urgencia de un cuerpo de cinco kilos que necesita leche.

Una mujer del asentamiento lo amamantó. La mujer se llamaba Amara, tenía un hijo de seis meses y leche suficiente para dos. Nico aceptó el pecho de Amara con la misma indiferencia con la que aceptaba la leche de Saya, no por falta de vínculo, sino porque Nico tenía cuatro meses y a los cuatro meses la leche es la leche venga de donde venga.

Saya escuchó el llanto de Nico desde debajo del toldo. Los ojos que estaban abiertos pero que habían dejado de enfocar en la segunda hora se movieron en dirección al llanto. El movimiento fue mínimo, los globos oculares girando tres milímetros hacia la derecha, hacia donde la hamaca estaba. Tres milímetros. Lo último que los ojos de Saya buscaron fue la dirección del llanto de su hijo.

La cuarta hora. Dificultad respiratoria. Saya respiraba con la boca abierta. Cada respiración era un esfuerzo visible, el pecho subía y bajaba con el trabajo de alguien que empuja algo pesado. El diafragma no respondía con la automaticidad de siempre. El veneno había llegado al centro respiratorio del bulbo raquídeo, la parte del tronco cerebral que controla la respiración involuntaria. La parte que hace que uno respire sin pensar en respirar. Ahora Saya tenía que

pensar en respirar. Cada inhalación era una decisión. Cada exhalación era un permiso.

Xochi.

Estoy aquí.

El niño necesita tierra firme.

No dijo “cuídalo”. No dijo “te quiero”. No añadió “tengo miedo”. Respondió lo que era operativamente necesario. Hasta el final. Hasta la cuarta hora de seis, Saya era Saya: la mujer que reducía la verdad a su tamaño exacto y descartaba lo que sobraba. “El niño necesita tierra firme”. Seis palabras. La instrucción completa. El barco no es lugar para criar un niño sin madre. La tierra sí. Tierra firme. Seis palabras que contenían toda la logística de una vida que Saya no iba a ver.

La voz de Saya al decirlo era un susurro. No por debilidad, sino por economía. El diafragma que le costaba respirar no tenía aire de sobra para proyectar la voz. Cada sílaba usaba el aire de una inhalación y media. Seis palabras. Cuatro inhalaciones. El costo respiratorio de la última instrucción.

La quinta hora. Fallo orgánico. Los riñones primero, la orina se oscureció hasta ser marrón, la creatinina subiendo sin nadie que la midiera. Después el hígado, la piel de Saya adquirió un tono amarillento que el marrón oscuro disimulaba, pero que se veía en las escleróticas de los ojos. El blanco de los ojos volviéndose amarillo. Saya dejó de hablar. Los ojos estaban abiertos pero no enfocaban la mirada fija en un punto del techo de palma que no era un punto, sino la ausencia de punto. Los ojos miraban sin ver. La respiración se espaciaba, diez segundos entre inhalación y exhalación, después quince, después veinte. Cada pausa entre respiraciones era más larga

que la anterior. Cada pausa era el cuerpo preguntándose si valía la pena respirar otra vez.

Xochipilli le sostuvo la mano. La mano de Saya estaba fría. Las manos grandes, con callos en las palmas, con nudillos anchos de marinera. Frías. La sangre se retiraba de las extremidades, la vasoconstricción periférica del cuerpo que centraliza, que envía toda la sangre al corazón y al cerebro y abandona lo demás. Los dedos de Saya estaban blancos. Los callos que habían sentido viento y corrientes, grietas estaban fríos y blancos y sin sensibilidad. Las manos de Saya habían muerto antes que Saya.

La sexta hora. Saya dejó de respirar.

La última exhalación fue corta. Más corta que las anteriores. Un suspiro que no era suspiro, era el diafragma soltando lo último que tenía. El pecho bajó y no subió. Los ojos se quedaron abiertos. La mano en la mano de Xochipilli se quedó quieta, no aflojó ni apretó. Se quedó en la posición en que estaba. La posición de una mano que sostiene otra mano y que deja de ser mano sin soltar.

Xochipilli se quedó sentado al lado del cuerpo durante tres horas después de que el cuerpo dejó de respirar. No por ritual, no por duelo. Porque los músculos de las piernas no le respondieron durante tres horas. El cuerpo de Xochipilli decidió que no iba a moverse y no se movió. Las piernas se quedaron donde estaban, flexionadas. La espalda contra el poste del toldo, la mano sosteniendo la mano fría de Saya. Tres horas de músculos que no obedecen. Tres horas del cuerpo de Xochipilli haciendo lo que el cuerpo de Saya acababa de hacer: dejar de funcionar. Pero el de Xochipilli dejó de funcionar temporalmente. El de Saya dejó de funcionar.

El sol del Astral no se movió durante las tres horas. El sol del Astral no se mueve nunca. La sombra del toldo no cambió de posición. La luz gris constante iluminó el cuerpo de Saya con la misma intensidad al principio y al final de las tres horas. El Astral no registró la muerte de Saya con ningún cambio ambiental. Ni sombra ni viento ni temperatura. Nada cambió afuera. Todo cambió adentro.

Cuando las piernas le respondieron, envolvió el cuerpo de Saya en la vela de repuesto de Doña Nube. La vela que ella había cosido. Aguja de hueso, hilo de fibra, costura recta. El cuerpo de Saya envuelto en su propio trabajo. La tela de la vela era áspera contra la piel de Saya, la misma tela que el viento había llenado cientos de veces y que ahora envolvía al cuerpo que había manejado el viento. Xochipilli la envolvió con la torpeza de alguien que envuelve cosa que no debería tener que envolver. Las manos le temblaban. No el temblor del veneno, el temblor del que hace algo que las manos no quieren hacer.

La enterró en la costa de Puerto Rojo. Arena de grafito. Un metro de profundidad, lo que la pala de la bodega de Doña Nube permitía cavar antes de tocar la capa de mercurio solidificado que había debajo de la arena. Cavó solo. Nadie del asentamiento se ofreció a ayudar, no por indiferencia, sino por respeto. En el Astral Sur, las tumbas las cava quien amó. La pala entraba en la arena de grafito con un sonido seco y salía con un peso ligero, la arena fina pesaba poco, se deslizaba de la pala con la facilidad de lo que no quiere ser movido pero que no resiste. Un metro de profundidad. Cuarenta minutos de pala.

La arena cubrió la vela. La vela cubrió a Saya. Saya cubrió nada porque debajo de Saya ya no había nada que cubrir.

Xochipilli no lloró.

Xochipilli dejó de hablar durante tres semanas. Y la boca se cerró. No la boca de hablar, sino la boca de sonreír. La comisura izquierda que había aprendido a subir cuatro años atrás dejó de subir. Los músculos que controlan la sonrisa, el cigomático mayor, el orbicular de los ojos, dejaron de responder. No fue decisión. Fue lo que pasa cuando el cuerpo registra lo que la mente todavía no puede: un cierre fisiológico.

Los músculos de la alegría apagándose como el diafragma de Saya se había apagado. No por voluntad. Por sistema.

El viejo fumador.

El nombre empezó en Puerto Rojo. Los pescadores lo vieron fumar durante tres semanas sin hablar, sentado en el mismo tronco de madera de deriva, el ébano entre los dientes, el humo subiendo recto en el aire quieto del Astral Sur. Fumaba sin parar. La cazoleta se vaciaba y la rellenaba, encendía y fumaba. Las hojas oscuras del chaleco se acabaron en la primera semana. Después fumó las hojas que los pescadores le daban, hojas del sur, más secas, más amargas, que le raspaban la garganta y le dejaban un sabor a ceniza que no era el sabor de la memoria cristalizada, sino el sabor de lo que se quema porque no tiene otra cosa que hacer.

El humo lo envolvía. El humo le subía por la cara y le rodeaba la cabeza, y se disipaba a la altura del pelo que ya no se cortaba. Más allá, el humo era lo que se movía alrededor de él. En ese instante, el cuerpo no se movía. La boca no se movía para hablar. Solo la mano que llevaba la boquilla a la boca y la bajaba. Mano. Boca. Humo. Repetir.

Los pescadores empezaron a llamarlo el viejo.

El apodo se le quedó. Los nombres se quedan cuando describen lo que se ve. Y lo que se veía era humo. Un hombre envuelto en humo que no hablaba y que cargaba un nombre anterior que ya no usaba nadie porque la persona que lo usaba, la única que decía “Xochi”, estaba enterrada en arena de grafito a treinta metros de donde él fumaba.

Doña Nube crujió esa noche. Y la siguiente. Y la siguiente.

Nadie la escuchó. Don Humo no hablaba. Nico emitía. El barco crujió.

Tres sonidos y ninguna palabra. ## 018 FAMILIA [X][S]

A las tres semanas, Xochipilli dijo la primera palabra.

Sur.

La palabra salió ronca. Tres semanas sin hablar le habían secado la garganta las cuerdas vocales sin uso, la musculatura de la laringe atrofiada por el silencio, la voz saliendo por un tubo que se había cerrado y que necesitaba fuerza para abrirse. Una sílaba. “Sur.” La dirección de la corriente submarina de Saya. La dirección de la familia de Saya. La dirección de la tierra firme que Saya le había pedido.

Saya le había dicho que el niño necesitaba tierra firme. La tierra firme más cercana era la costa del Plano Base, el asentamiento donde Saya había crecido, donde su familia pescaba y navegaba y leía corrientes con los pies descalzos desde antes de que los Jardineros existieran. La corriente submarina que conectaba el Astral con el PB funcionaba cada treinta y nueve días. Faltaban once.

Once días de espera. Once días de fumar en el tronco de madera de deriva mientras Nico dormía en la hamaca que Saya había cosido y los pescadores de Puerto Rojo le traían comida que no comía y agua

que sí bebía. Once días durante los cuales Don Humo, el nombre que se había solidificado, los pescadores ya no lo llamaban de otra manera. Se preparó para el viaje más difícil de doscientos y tantos años de navegación: navegar sin Saya.

Xochipilli navegó Doña Nube hacia el punto de cruce. No sabía navegar como Saya. No leía corrientes con los pies ni notaba campos electromagnéticos con las plantas de los pies descalzos. Navegaba con mapas, los mapas que Saya había dicho que estaban equivocados. Los mapas del compartimento de navegación de Doña Nube, los catorce mapas enrollados y atados con cordel, con marcas de tinta de mercurio en el borde. Los mapas estaban equivocados. Pero los mapas eran lo único que tenía.

Puso la mano en la cubierta. El gesto que Saya le había enseñado, la palma abierta contra la madera, los dedos extendidos, escuchando la resonancia que el casco transmitía desde el mercurio. La mano de Xochipilli no era la mano de Saya. Los callos de Xochipilli eran callos de resistencia, no de sensibilidad. El temblor le llegaba confuso, un temblor que podía ser viento o corriente o nada. La mano contra la cubierta y la información llegando a medias, como un mapa que solo muestra la mitad de las rutas.

Le tomó nueve días llegar al punto de cruce. A Saya le habría tomado tres.

Los seis días de diferencia eran los días de navegar por el centro en lugar de por el borde, de tomar la corriente convencional en lugar de la corriente costera secreta de la abuela, de corregir el rumbo tres veces donde Saya no habría corregido ninguna. Seis días que Saya habría eliminado con la palma de la mano en la borda y los pies descalzos en la cubierta. Seis días de ausencia medida en distancia.

Nico pasó los nueve días en la bodega. Amara, la mujer del asentamiento, que lo amamantaba, se ofreció a viajar con ellos hasta el punto de cruce. Subió a Doña Nube con un bulto de ropa y un odre de leche de cabra por si su propia leche no alcanzaba. El barco crujió cuando Amara subió, el crujido de registro, el crujido de peso nuevo. Pero crujió diferente a cuando Saya había subido cuatro años atrás. El crujido de Saya había sido crujido de ajuste. El crujido de Amara fue crujido de tolerancia, el sonido de lo que acepta lo que no elige.

Quedaron Xochipilli, Nico, Amara hasta el punto de cruce, y Doña Nube.

En el punto de cruce, Amara bajó a una canoa de pescadores que esperaba para llevarla de vuelta a Puerto Rojo. Xochipilli le dio medio kilo de té, el último medio kilo que le quedaba, las hojas del fondo de la cuarta caja, las más húmedas, las que nadie habría comprado en un puerto. Amara tomó el té sin negociar. No lucía como transacción. Era pago por nueve días de leche.

La corriente se activó en el día cuarenta y siete. El mercurio del Astral empezó a moverse en un remolino lento debajo de la quilla, no un remolino que succionaba sino uno que giraba horizontal, creando un canal de baja densidad que conectaba el fondo del Astral con la superficie del PB. El remolino medía diez metros de diámetro. El mercurio en el centro del remolino lucía como más oscuro que el circundante, más denso, más frío, con la viscosidad de lo que se comprime antes de abrirse.

Doña Nube se hundió tres metros. El mercurio se cerró por encima de la cubierta, tres metros de metal líquido cubriendo el barco, la luz gris del Astral desapareciendo, la oscuridad del mercurio envolviendo el casco con la presión de lo que aprieta desde

todos los lados. Nico emitió con más fuerza la frecuencia del niño, reaccionaba al cambio de densidad, el sonar del recién nacido activándose otra vez con la potencia de un transmisor que detecta resistencia y empuja más fuerte. La emisión de Nico vibró en el mercurio y el mercurio vibró en el casco y el casco vibró en la bodega donde Xochipilli sostenía al niño contra el pecho con las dos manos.

El mercurio se abrió. La densidad cambió. El peso cambió. Todo cambió en un segundo de metal líquido a agua, de plata a azul, de la presión del Astral a la ligereza del PB.

Agua. Agua salada. Agua del océano del Plano Base, azul y fría, con olor a yodo y a alga y a sal de mar real.

Doña Nube salió del mercurio al agua con el crujido de lo que cambia de medio de metal líquido a agua, de la densidad del Astral a la ligereza del Plano Base. El barco se elevó. La línea de flotación subió diez centímetros. Doña Nube pesaba lo mismo pero el agua del PB era menos densa que el mercurio y el barco flotaba más alto. El casco goteaba mercurio que caía al agua y se hundía inmediatamente. El mercurio del Astral no flotaba en agua del PB. Las gotas de mercurio caían como balas plateadas y desaparecían en el azul.

El PB olía diferente. Todo olía diferente. El aire tenía peso que el aire del Astral no tenía. Humedad, sal, la densidad de una atmósfera que contenía oxígeno y nitrógeno y dióxido de carbono en proporciones que el Astral no conocía. El aire del PB entraba por la nariz con la fuerza de lo que llena. No el aire metálico del Astral que pasaba sin dejar rastro, sino un aire espeso, húmedo, que se quedaba en los pulmones y que sabía a vida.

El sol, un sol real, no la bóveda gris del Astral, estaba a cuarenta grados sobre el horizonte. Naranja. La clase de naranja que solo existe en el Plano Base al amanecer. Xochipilli no había visto un sol naranja en décadas. El sol le calentó la cara con un calor que no era el calor de Helios ni el calor de la frecuencia, sino calor de estrella, calor de fusión nuclear, calor que viaja ciento cincuenta millones de kilómetros antes de tocar la piel.

Nico dejó de emitir.

En el PB, la frecuencia de Nico se expandía sin resistencia. El Astral contenía la emisión, la frecuencia rebotaba contra la bóveda, contra el mercurio, contra los campos de coherencia de Helios, rebotaba y se acumulaba y se concentraba en el espacio cerrado del plano. En el PB no había nada que la contuviera. La emisión se expandió y se diluyó y se convirtió en una resonancia tan baja que Xochipilli dejó de sentirlo en los huesos. Nico se calló. Se durmió. Los párpados se cerraron con la paz de un cuerpo que deja de empujar contra las paredes y que respira por primera vez sin resistencia. La boca dejó de emitir. La calma era nueva, cuatro meses de emisión constante y ahora pausa. La quietud de un niño que no necesita anunciar que existe.

El asentamiento costero de la familia de Saya estaba a seis horas de navegación al sureste. Xochipilli llegó con el sol alto, el sol que se movía, el sol del PB que subía y bajaba, que indicaba hora y estación y dirección. Seis horas navegando con mapas y con la mano en la cubierta y con los ojos buscando la costa que Saya había descrito: acantilados bajos de roca caliza, bahía protegida, arena amarilla del PB que no era la arena gris del Astral.

El asentamiento era diez casas de madera y barro en una bahía protegida por acantilados bajos. Redes secándose en postes, redes de cáñamo, no de malla de mercurio, redes que olían a sal y a alga y a pescado muerto. Dos botes de pesca varados en la arena con la quilla al aire. Gallinas que caminaban entre las casas con la indiferencia de los animales que viven donde viven sin cuestionarlo. El olor a pescado seco y a humo de leña. El olor del PB. Arriba, el olor que Saya había llevado encima toda la vida en el pelo, en la piel, en la hierba que masticaba. Cerca de ahí, el olor que Xochipilli reconocía porque lo había olido en Saya durante cuatro años.

La madre de Saya estaba en la playa.

Una mujer de sesenta años con las mismas manos grandes de Saya, manos de marinera, nudillos anchos, callos en las palmas. La misma forma de las manos. La misma anchura de los nudillos. La misma distribución de los callos. Base de los dedos gruesos, centro de la palma más finos. Las manos de Saya habían sido copias de estas manos. El pelo gris recogido con un trozo de cuerda de cáñamo, la misma cuerda con la que se ataban las redes. Descalza. Los pies con los mismos callos que Saya, callos de sensibilidad, no de resistencia. Los pies de la abuela contra la arena amarilla del PB, los dedos leyendo la textura de la playa con la herencia de generaciones de mujeres que caminan descalzas.

Estaba arrastrando una red por la arena con la lentitud de alguien que arrastra redes todas las mañanas y todas las tardes y todos los días desde los catorce años. El peso de la red le tiraba de los hombros. La espalda inclinada hacia adelante. Los pies hundidos en la arena. La mecánica del trabajo diario que no necesita pensamiento. La mujer vio a Doña Nube entrar en la bahía. Dejó la

red. La red cayó en la arena con un sonido húmedo de cáñamo mojado contra arena. Se quedó de pie mirando el barco con los ojos de alguien que reconoce un barco que ha visto antes. La mujer había visto a Doña Nube una vez cuando Saya se fue al Astral y no volvió. La última vez que vio ese barco, su hija estaba en la cubierta.

Xochipilli bajó la plancha. El séptimo escalón. El dolor en la lumbar. Bajó con Nico en los brazos el niño dormido, los puños cerrados, la boca callada. Caminó por la arena. La arena del PB era diferente bajo las botas suelta, blanda, el tipo de arena que cede con cada paso y que deja huellas profundas. Las huellas de Xochipilli en la arena de la bahía. Las huellas de alguien que lleva lo que no sabe cómo entregar.

Se detuvo frente a la mujer.

La mujer miró al niño. Miró a Xochipilli. No - preguntó dónde estaba Saya. Lo supo por lo que faltaba: la voz de su hija, el sonido de sus pies en la cubierta, el olor a hierba seca que Saya llevaba siempre encima. Lo que faltaba contestó la pregunta que la mujer no hizo. La ausencia como información. La ausencia como la respuesta más completa, más honesta que cualquier explicación.

Saya no estaba. Y si Saya no estaba y el barco de Saya estaba y un hombre con un bebé bajaba del barco de Saya, entonces Saya no iba a estar nunca más.

Tomó al niño sin preguntar.

No porque fuera costumbre. Porque vio los ojos de Xochipilli y entendió que el hombre que tenía enfrente no podía cuidar a un bebé en ese momento. Los ojos de Xochipilli no estaban rojos ni húmedos. Los ojos de Xochipilli estaban vacíos, el vacío de quien se ha vaciado a sí mismo para poder seguir de pie. De golpe, los ojos del que fumó

tres semanas sin hablar. Un segundo después, los ojos que habían dejado de moverse durante tres horas sentado al lado de un cuerpo que dejó de respirar.

Los brazos de la abuela recibieron a Nico con la seguridad de brazos que han cargado niños toda la vida. Saya primero, los sobrinos después, los hijos de los pescadores que necesitaban que alguien los cargara mientras las madres trabajaban las redes. Nico pesaba cinco kilos. Los brazos de la abuela habían cargado más.

Nico se acomodó contra el pecho de la abuela con la misma indiferencia con la que se acomodaba contra cualquier pecho. Cuatro meses. La leche es la leche. El calor es el calor. Pero los ojos de Nico cerrados, dormido se movieron debajo de los párpados cuando el cuerpo de la abuela lo recibió. Los párpados temblaron. El movimiento del sueño REM se intensificó durante dos segundos y después se calmó. El cuerpo de Nico reconociendo algo que la mente dormida no podía nombrar, la frecuencia de la sangre de Saya en la sangre de la abuela. La herencia genética como pulso familiar.

Xochipilli se quedó.

Años.

Xochipilli vivió con la familia de Saya en el Plano Base durante años que no contó porque contar era una forma de medir el tiempo y medir el tiempo era una forma de medir la distancia entre lo que tenía y lo que había perdido. Los años pasaron con el ritmo de los días que se repiten, la marea que sube, la marea que baja, las redes que se echan, las redes que se recogen, el sol que sale naranja y se pone rojo y sale naranja otra vez.

Aprendió a pescar. No pescar del Astral, donde se arrastraban redes de malla fina por mercurio y lo que salía eran criaturas plateadas que nadie nombraba. Pescar del PB: botes de madera, redes de cáñamo, anzuelos de hueso, peces que se llamaban jurel y sardina y corvina. Peces con nombres. Peces que se cocinaban con sal y limón y se comían con las manos sentados en la arena de la playa con los pies enterrados en la arena húmeda de la orilla. Peces que sabían a lo que el té del norte no sabía, a casa, al tipo de comida que se come donde se vive.

Las manos de Xochipilli cambiaron. Los callos de comerciante, callos de balanza y de cuerda de cáñamo y de cajas de cedro se fueron. Los callos de pescador llegaron, callos de red y de anzuelo y de remo. Los callos nuevos se formaron encima de los viejos. Capas de trabajo sobre capas de trabajo, la historia de las manos escrita en las manos.

La madera se encendió de nuevo. Despacio. Un poco cada día. Primero solo sostenerla en la boca sin tabaco, el ébano contra los incisivos, la boquilla de cobre contra la lengua, el peso familiar de lo que la boca necesitaba. Después tabaco, tabaco del PB, hojas de una planta que los pescadores del asentamiento secaban al sol y que sabía a tierra y a humedad y a nada que se pareciera al tabaco del Astral Norte. El tabaco del PB era más suave, menos amargo, más verde. Pero la mano necesitaba la boquilla y la madera necesitaba la boca y la boca necesitaba el humo. La mecánica del hábito reconstruyendo lo que el dolor había deshecho.

Nico creció. Gateó a los ocho meses, las rodillas contra la arena de la playa, las manos abiertas contra la arena, avanzando con la determinación de lo que va hacia el agua porque el agua lo llama.

Caminó a los once, tres pasos, cuatro, caída, tres pasos más, los pies descalzos aprendiendo el equilibrio que los pies calzados nunca aprenden. Habló a los dieciocho, la primera palabra fue el nombre del bote de la abuela: *Paloma*. No “mamá.” No “papá.” *Paloma*. El bote se llamaba así porque la abuela lo llamaba así y nadie le discutía a la abuela.

La primera palabra de Nico sonó diferente a las primeras palabras de los otros niños del asentamiento. Las otras primeras palabras eran sonidos aproximados, la boca de un bebé intentando formar fonemas que todavía no domina. La primera palabra de Nico fue exacta. “Paloma.” Cada fonema pronunciado con la precisión de alguien que ha escuchado la palabra cien veces y que la reproduce con la fidelidad de un grabador. La “p” oclusiva, la “a” abierta, la “l” lateral, la “o” cerrada, la “m” nasal, la “a” final. Perfecta. A los dieciocho meses, Nico tenía oído absoluto.

Xochipilli observaba. Desde el borde. Sentado en la arena con el ébano entre los dientes mientras Nico jugaba en la playa con los hijos de los pescadores. No jugaba como los otros niños, no corría ni gritaba ni competía. Nico se quedaba quieto frente al mar durante minutos que se convertían en cuartos de hora. Los pies descalzos en la arena húmeda de la orilla. Los ojos fijos en el agua, no en el horizonte, sino en el punto donde las olas rompían y la espuma retrocedía. Miraba el agua del modo que Saya miraba el mercurio, no como paisaje, sino como información.

La frecuencia que emitía se alineaba con la frecuencia del océano, las olas entraban y la emisión de Nico subía, las olas salían y la emisión bajaba. El niño y el mar respiraban juntos. La sincronización era involuntaria, Nico no decidía sincronizarse con el mar como no

decidía respirar. El cuerpo lo hacía. La frecuencia heredada de un padre que era Jardinero y una madre que navegaba corrientes con los pies encontraba en el océano del PB su par. La resonancia de lo heredado con lo presente.

La frecuencia de Nico se fortalecía. El PB la amplificaba sin las barreras del Astral, sin los campos de coherencia de Helios, sin el mercurio que todo lo contenía, la emisión de Nico crecía con la libertad de lo que crece en terreno fértil. A los dos años, Xochipilli la notaba desde cien metros, un cosquilleo en las muelas del juicio, una resonancia en los cartílagos de las rodillas. A los tres, desde el bote de pesca, a quinientos metros de la costa, la emisión de Nico llegaba por el agua, amplificada por la salinidad del océano, un pulso que el casco del bote transmitía a la mano de Xochipilli cuando la ponía en la borda.

La frecuencia iba a atraer atención. Cuestión de tiempo.

Xochipilli lo sabía. Lo supo desde el nacimiento, desde el círculo de pulso que se expandió por el mercurio del Astral Sur cuando Nico abrió la boca por primera vez. Nico emitía y la emisión era una señal y las señales son detectadas por quienquiera que tenga un receptor sintonizado a la frecuencia correcta. Y el corrector, lo que Themis llamaba “algo debajo del flujo,” lo que Helios llamaba “lo que no se puede sellar,” tenía receptores en todos los planos. La señal de Nico crecía. Los receptores escuchaban.

Xochipilli fumó la boquilla en la playa del Plano Base mirando a un niño de tres años que miraba el mar. El humo subía inclinado, el viento del PB, viento real, viento con dirección y velocidad y olor a sal. El humo inclinado hacia el este. Nico mirando al oeste. Los dos orientados en direcciones opuestas, el padre mirando al hijo, el hijo

mirando al mar, el humo yéndose hacia donde ninguno de los dos miraba.

Pensó en lo que le diría. Pensó en cómo empezar. “Soy tu padre” dos palabras demasiado pequeñas para lo que contenían. “Tu madre murió porque una araña la mordió mientras reparaba una red” verdad con el tamaño exacto que Saya habría aprobado. “Te dejé con la abuela porque no podía cuidarte y te estoy vigilando porque no puedo dejar” verdad con el tamaño que Saya habría cortado a la mitad.

No le comentó nada. Porque decir requería que la garganta cooperara. Y la garganta de Xochipilli cooperaba para fumar, para pescar, para dar instrucciones a los otros pescadores. Pero no cooperaba para esto. Doscientos y tantos años de garganta que funcionaba para todo menos para lo que importaba. La garganta que había pronunciado fonemas sánscritos para sellar puertas del Nexus no podía pronunciar “soy tu padre” a un niño de tres años que miraba el mar. Peligro. Si el corrector rastreaba linaje de Jardineros y rastreaba, Xochipilli lo sabía porque los Jardineros que tenían hijos perdían a los hijos antes que los que no tenían, entonces identificar a Nico como hijo de Xochipilli era pintarle una diana en la espalda. Mejor ser nadie. Mejor ser un viejo con la madera que fuma en la playa y mira al niño de la abuela jugar con las olas. Mejor ser Don Humo.

Mejor cargar el mutismo que poner en riesgo lo único que quedaba de Saya. ## 019 CRECER [X][S]

Nico tenía cinco años cuando empezó a seguir a Xochipilli.

No lo seguía como un niño sigue a un adulto con preguntas, con demandas de atención, con la expectativa de que el adulto se detenga

y le explique cosas. Nico lo seguía a distancia. Veinte metros. Treinta. Caminaba detrás de Xochipilli por la playa, por el sendero que llevaba al acantilado, por el camino de tierra que conectaba el asentamiento con el pozo de agua dulce. Siempre veinte o treinta metros. Nunca más cerca. La distancia de alguien que observa sin participar, la distancia del que sigue porque necesita seguir, pero que no sabe por qué necesita seguir ni se lo pregunta porque a los cinco años las necesidades no necesitan explicación.

Los pies descalzos de Nico en la arena dejaban huellas más pequeñas que las huellas de las botas de Xochipilli. Las dos series de huellas corrían paralelas por la playa, las grandes adelante, las pequeñas atrás, separadas por los veinte o treinta metros de distancia constante. Las huellas de Xochipilli eran huellas de bota profundas en el talón, superficiales en la punta, la marca de alguien que camina con el peso atrás. Afuera, las huellas de Nico eran huellas de pies descalzos uniformes, los cinco dedos marcados en la arena, la marca de alguien que camina con el peso distribuido en toda la planta. De golpe, las huellas de Saya. Las huellas de la abuela. Las huellas de generaciones de mujeres del PB que caminaban descalzas. Nico no había usado zapatos en su vida.

Xochipilli lo dejaba.

El niño tenía la cara de Saya, la mandíbula ancha, los pómulos altos, la boca que se cerraba con la firmeza de alguien que no dice lo que no necesita decir. La piel del marrón profundo de la costa del PB, el marrón que el sol real oscurecía con cada año. Los ojos oscuros de Saya, el iris confundiéndose con la pupila, los ojos que evaluaban sin juzgar. Pero las manos eran de Xochipilli. Las manos de Nico se abrían cuando no entendía algo, los dedos se extendían, las palmas

se ponían hacia arriba, el gesto de alguien que recibe en lugar de buscar. Xochipilli hacía el mismo gesto. Siempre lo había hecho, las manos abriéndose frente a un producto nuevo en un mercado del Astral, las palmas hacia arriba recibiendo la información del peso y la textura y la calidad. Las manos del padre en el hijo. La genética manifestándose en un gesto que nadie enseña.

A los cinco años Nico hablaba poco. No por timidez, ni por economía. Hablaba cuando necesitaba algo y el algo no podía obtenerse sin palabras. “Agua.” “Pescado.” “Abuela.” Las palabras eran herramientas, no decoración. Cada palabra pronunciada con la precisión que había tenido la primera “Paloma”, cada fonema exacto, cada sílaba en su lugar. Los otros niños del asentamiento hablaban en torrentes de palabras imprecisas. Nico hablaba en goteos de palabras exactas.

La frecuencia de Nico a los cinco años era audible para Xochipilli a setecientos metros. No audible como sonido, sino como resonancia, una frecuencia en el esternón que se intensificaba cuando Nico estaba cerca y se atenuaba cuando estaba lejos. El temblor era constante, pero variable en intensidad, un gradiente que funcionaba como brújula. Xochipilli sabía dónde estaba Nico sin verlo: el esternón le indicaba la distancia y la dirección. A setecientos metros la resonancia era mínima, un cosquilleo que podía ser imaginario. A treinta metros la distancia del seguimiento, la nota baja era clara, definida, con certeza.

A los seis años, el ruido sordo era constante. No fluctuaba con la distancia, estaba ahí siempre, con la misma intensidad a cien metros que a quinientos. La emisión de Nico había crecido hasta saturar el rango de detección de Xochipilli. A los siete, era omnipresente,

Xochipilli lo notaba en la cama, en el bote de pesca, en la cima del acantilado donde iba a fumar cuando necesitaba estar solo. Nico emitía sin parar y el PB amplificaba sin filtro. La frecuencia del niño era un fondo constante en la vida de Xochipilli, como el sonido del mar para los que viven en la costa, algo que siempre está y que solo se nota cuando desaparece.

Nico a los siete años medía un metro veinte. Flaco, la flacura de los niños del PB, la flacura de pescado y fruta y proteína sin exceso. Las piernas largas para el cuerpo, con las rodillas huesudas que sobresalían como los nudillos de las manos de Saya. Los pies grandes, los pies de Saya, los pies de la abuela, pies que crecían antes que el cuerpo porque los pies descalzos necesitan superficie para el equilibrio. Los callos ya se formaban en las plantas, callos finos, de niño, que en diez años serían los callos de sensibilidad de su madre.

A los siete años, Nico dejó de seguir a Xochipilli. No porque perdiera interés, ni porque encontró el mar más interesante. El mar era más interesante que el viejo que fumaba, pero el mar tenía frecuencias que cambiaban, que subían y bajaban, que se sincronizaban con la emisión de Nico y que le respondían con ondas que solo él podía sentir. Arriba, el hombre que fumaba no respondía. Entonces, el mar sí.

Un martes, los martes de la abuela, el día que la abuela dedicaba a reparar redes y a contar las provisiones de sal, el agua del pozo cambió de temperatura. Bajó tres grados en una noche. El pozo estaba a cuatrocientos metros del asentamiento, excavado en roca calcárea, alimentado por un acuífero que no había cambiado de temperatura en las décadas que la familia de Saya llevaba usándolo. El pozo era un cilindro de dos metros de diámetro y ocho de

profundidad, las paredes de roca calcárea lisa, con marcas de humedad que indicaban el nivel del agua en diferentes estaciones. El nivel no cambiaba más de treinta centímetros entre la estación húmeda y la seca. La temperatura no cambiaba más de medio grado. Tres grados de cambio significaban que algo estaba alterando el acuífero desde abajo, desde el nivel geológico, desde donde la roca conectaba con las capas profundas que conectaban los planos.

Xochipilli metió la mano en el pozo. El agua estaba a dieciséis grados, donde debería estar a diecinueve. La mano entró en el agua y la diferencia fue inmediata, no el frescor habitual del agua de pozo, sino un frío que le llegó a los huesos de los dedos con la agresividad de lo que no debería estar frío. Sacó la mano. Los dedos tenían una capa fina de lo que no era agua, un residuo invisible que dejaba la piel adormecida, con la sensación de la novocaína dental aplicada en dosis mínima. Los dedos hormigueaban. El hormigueo subía por la muñeca y moría en el antebrazo. No dolor, adormecimiento. La piel dejando de sentir por donde el residuo la tocaba.

Calibración.

La palabra le llegó al cerebro con la certeza del comerciante que reconoce un producto falso, no por análisis, sino por experiencia, por los años de tocar y oler y pesar que le dan al cuerpo la capacidad de saber antes de pensar. Calibración. Los Jardineros hablaban de ella, Kael la había descrito en Le Jardin con su voz de temperatura baja: los ajustes que precedían a una corrección, los cambios mínimos que el corrector hacía al entorno antes de limpiarlo. Como un cirujano que desinfecta antes de cortar.

El corrector estaba calibrando el Plano Base. No una limpieza, eso habría sido obvio, catastrófico, visible. Los cinco civilizaciones del

Astral que habían sido borradas fueron limpiezas: eventos de escala, frecuencias de desconexión que arrasaban todo, el equivalente de una inundación que limpia el terreno. Una calibración era diferente. Ajustes finos a la frecuencia base del plano. Modificaciones microscópicas a los campos electromagnéticos subterráneos. Alteraciones que solo notaba quien sabía qué buscar.

El agua del pozo, tres grados más fría. La arena de la playa, pulsando un cuarto de hercio más alto. Xochipilli lo registró descalzo, por primera vez descalzo en la arena, los pies sin botas detectando lo que Saya habría detectado con zapatos puestos. Los peces del acuario de Nico, seis sardinas en un balde de cobre que el niño mantenía en la sombra de la casa, nadando en círculos donde antes nadaban en líneas. Los peces notaban el cambio de campo electromagnético y respondían con un cambio de patrón. Seis sardinas girando en un balde como agujas de brújula que han perdido el norte.

La abuela notó el cambio en las corrientes. Las corrientes que su familia había navegado durante generaciones, las corrientes entre el PB y los bordes del Astral, las corrientes submarinas que Saya usaba para cruzar cada treinta y ocho días, cambiaron de dirección. No todas. Las que la familia conocía. Las que Saya conocía. Por instinto, las que un navegante del PB usaría para llegar al Astral. Detrás, las corrientes privadas, las corrientes secretas, las corrientes que no estaban en ningún mapa. Esas cambiaron.

El agua ya no va para allá - dijo la abuela, señalando al noroeste con un dedo torcido por la artritis. El dedo señalaba la dirección del Astral, la dirección del punto de cruce, la dirección donde el océano

del PB conectaba con el mercurio del Astral a través de la corriente submarina de treinta y nueve días.

¿Desde cuándo?

Desde anoche. El bote giró solo en la bahía. Paloma nunca gira sola.

El bote Paloma estaba amarrado en la bahía con una sola cuerda, la cuerda de proa, atada al poste de la orilla. La cuerda era suficiente porque Paloma siempre apuntaba en la misma dirección: norte-noroeste, la dirección de la corriente dominante de la bahía. Paloma apuntando al norte-noroeste era tan constante como el sol saliendo por el este. Si Paloma giraba significaba que la corriente de la bahía había cambiado. Y si la corriente de la bahía cambiaba significaba que las corrientes submarinas que alimentaban la bahía habían cambiado. Y si esas corrientes habían cambiado de noche sin tormenta, sin marea excepcional, sin nada que las explicara, significaba que algo las había cambiado desde abajo.

Xochipilli fumó en la playa esa noche. Nico dormía en la hamaca de la casa, la hamaca de tela de vela que Saya había cosido, remendada tres veces por la abuela con la misma aguja de hueso. La abuela dormía. Los pescadores dormían. El asentamiento entero dormía y Xochipilli fumaba con los ojos abiertos, mirando un mar que se comportaba diferente. El mar no se veía diferente. Las olas rompían con el mismo ritmo. La espuma retrocedía a la misma velocidad. La superficie reflejaba la luna, una luna real, blanca, con cráteres visibles y con la gravedad que movía mareas. Pero debajo de la superficie el mar era diferente. Xochipilli lo notaba en los pies que había puesto descalzos en la arena.

Los pies que aprendían tarde lo que los pies de Saya habían sabido desde el nacimiento. La arena resonaba. El temblor era mínimo, un cuarto de hercio por encima de lo normal, la diferencia entre el silencio y el susurro. Pero estaba ahí.

Si el corrector calibraba el PB, lo siguiente era el PM. El Plano Medio era donde el corrector tenía infraestructura, las Torres TAAT que emitían frecuencias de supresión, los sistemas del GM que regulaban la población, la burocracia que mantenía a la gente en sus ciclos de trabajo y consumo. El PM era el plano más vulnerable porque era el más organizado; la organización crea patrones y los patrones son predecibles y lo predecible es fácil de limpiar. Si el PB se volvía inestable, el PM sería el siguiente objetivo de corrección. Y en el PM vivía la mayor concentración de personas del flujo.

Xochipilli tenía que advertir al PM.

Miró hacia el asentamiento. Diez casas de madera y barro con techos de palma. Redes en los postes. Gallinas dormidas. La casa donde dormía Nico, la tercera desde el sendero, la que tenía la ventana que daba al mar, la ventana por donde Nico miraba el agua antes de dormir. La hamaca donde el niño de siete años se acurrucaba con los puños cerrados y la boca ligeramente abierta. Empleaba en sueños la frecuencia que crecía cada día. Los puños cerrados de Nico en el sueño eran los mismos puños cerrados del recién nacido en la bodega de Doña Nube, los puños que agarraban algo que no estaba.

Dejarlo. Otra vez dejarlo. Dejarlo con la abuela que ya lo había criado durante siete años. Dejarlo en la tierra firme que Saya había pedido. Dejarlo porque irse era la única forma de protegerlo si Xochipilli se quedaba, la frecuencia del Jardinero combinada con la

frecuencia del hijo iba a ser una señal tan fuerte que el corrector no necesitaría calibrar nada. Solo seguir la señal. Dos frecuencias superpuestas, la del padre y la del hijo, creaban un armónico que no existía en ningún otro lugar del PB. Un faro. Un sonar doble que gritaba “aquí estamos” a cualquier cosa que escuchara.

Irse para proteger. La misma lógica de Saya: “Si paramos, nos atrapan.” La lógica del borde: navegar por el borde donde nadie mira, donde la señal se pierde en el ruido del océano. Xochipilli tenía que convertirse en ruido. Alejarse del faro. Dejar que Nico emitiera solo una sola frecuencia era detectable pero común. Dos superpuestas eran únicas. Únicas significaba localizables. Localizables significaba vulnerables.

El amanecer del PB era naranja. El sol subiendo por el este con la lentitud de una estrella que no tiene prisa, no el sol constante del Astral que siempre estaba en el mismo lugar, sino un sol que se movía. Que subía y bajaba, que marcaba el paso del tiempo con la progresión de la luz sobre el agua.

Xochipilli se fue al amanecer. No despertó a Nico. No se despidió de la abuela. Dejó las dos últimas cajas de té, las que había guardado desde el Astral, las de cedro con bisagras de bronce, los doce kilos por caja que le habían dolido en la espalda baja cada vez que las bajaba por la plancha de Doña Nube. Las dejó en la entrada de la casa de la abuela. El cedro contra la tierra. Las bisagras de bronce oxidadas por años de mercurio y de sal. Las cajas como pago por siete años de comida y techo y silencio. Las cajas como las últimas posesiones del comerciante que dejaba de ser comerciante.

Doña Nube estaba en la bahía. Esperando. El barco apuntaba al norte-noroeste, la misma dirección que Paloma ya no apuntaba.

Doña Nube seguía orientada hacia la corriente que había desaparecido. El barco recordaba lo que el mar había olvidado.

El barco crujió cuando Xochipilli subió la plancha. Los escalones de siempre. El séptimo escalón. La espalda baja. Sin cajas de té en los brazos, las manos vacías, el cuerpo subiendo la plancha sin peso por primera vez en décadas. El crujido fue largo. Tres segundos. El crujido de Doña Nube cuando algo cambiaba para siempre.

Crujió sabiendo que iba a navegar solo otra vez. ## 020 ATAQUE
[A][K]

El cruce al Plano Medio fue por tierra.

No por la corriente submarina de Saya esa ruta conectaba el PB con el Astral, no con el PM. No por las puertas de los Jardineros esas estaban selladas, las puertas del Nexus cerradas con once voces y once frecuencias y sánscrito tallado en losa de arenisca. Por la frontera terrestre que existía en los bordes del Plano Base donde el PB se adelgazaba y el PM empezaba. Una frontera que no era muro ni línea sino gradiente un kilómetro de terreno donde la vegetación del PB se volvía más gris, más uniforme, más ordenada, y la arena del suelo cambiaba de textura y de temperatura hasta convertirse en el pavimento liso del Plano Medio.

La frontera terrestre era conocida por los Jardineros. Kael la había descrito en Le Jardin un corredor de transición donde las reglas de un plano cedían a las reglas del siguiente, donde la física cambiaba con cada paso, donde el cuerpo se adaptaba o no se adaptaba y la diferencia era sobrevivir o no. Los hemacronos la usaban para el tráfico entre planos cargando mercancía que no podía cruzar por las puertas selladas. Mercancía que necesitaba el

gradiente lento del corredor terrestre en lugar del salto abrupto de una puerta.

Xochipilli dejó a Doña Nube en una bahía del PB. No podía cruzar con el barco Doña Nube era demasiado grande para la frontera terrestre y demasiado del Astral para el PM. El barco no sobreviviría las frecuencias del PM el campo electromagnético de las Torres suprimiría la resonancia que mantenía a Doña Nube funcionando. Un barco que se alimentaba de cobre y que temblaba con la frecuencia del Astral no podía existir en un plano donde toda frecuencia fuera de rango era aplastada.

El barco se quedó fondeado en aguas poco profundas. Las velas recogidas. El ancla hundida en arena de coral coral del PB, blanco con vetas rosadas, vivo. El ancla era de hierro y el coral aceptó el hierro con la tolerancia de un organismo que crece alrededor de lo que encuentra. En meses el coral cubriría el ancla. En años el ancla sería parte del arrecife. Doña Nube quedaría fondeada indefinidamente esperando a que alguien volviera a subir la plancha.

Xochipilli puso la mano en el casco antes de irse. La palma abierta contra el material desconocido. La tibieza constante de Doña Nube la tibieza que no dependía del sol ni del mercurio ni de la temperatura del aire. Sin decir nada, la tibieza de algo vivo. Por instinto, la mano de Xochipilli contra el casco durante diez segundos. Diez segundos de despedida que no era despedida porque Xochipilli no se despedía de las cosas las dejaba. Había dejado el Astral. Había dejado a Nico. Ahora dejaba a Doña Nube.

Doña Nube crujió bajo la palma. El crujido fue corto. Un segundo. El crujido de un barco que entiende.

Cruzó a pie. Solo. Con el ébano, un saco de tabaco del PB, y la ropa que llevaba encima la ropa del Astral, desgastada por años, con remiendos de tela del PB que Saya habría cosido mejor. Las botas de cuero que habían caminado muelles de madera podrida y playas de cristales negros y arena de grafito y arena de coral. Las botas que habían subido y bajado la plancha de Doña Nube miles de veces. Las botas con el séptimo escalón grabado en la memoria de las suelas.

La frontera era silenciosa de un modo que el PB no se trataba de calmaso. El PB tenía ruido olas, viento, pájaros, insectos, el chasquido constante de un plano lleno de vida que no paraba de vivir. El ruido del PB era el ruido que Gaia había diseñado: ruido biológico, caótico, denso, el ruido que impedía que el corrector operara porque el corrector necesitaba pausa y el PB era lo contrario de la quietud. La frontera no tenía nada de eso. La vegetación era musgo gris sobre roca lisa, musgo que no crecía ni moría sino que permanecía, estático, del color de la ceniza. El aire olía a ozono el mismo ozono del Astral pero más débil, más diluido, el ozono de un sistema electromagnético que funcionaba a baja potencia. El suelo era duro bajo las botas, no arena ni tierra ni roca sino algo intermedio, un material compactado que no era natural ni artificial, que existía en la zona entre los planos donde las reglas de ninguno aplicaban del todo.

El gradiente era perceptible en el cuerpo. Cada paso hacia el PM le cambiaba algo a Xochipilli. El primer kilómetro la zona PB del gradiente le quitó el olor del mar. El olor a sal y a yodo, a alga que llevaba encima desde hacía siete años se evaporó del pelo y de la ropa

y de la piel a una velocidad que no pertenecía al lugar. En ese instante, el segundo kilómetro le cambió la temperatura la piel dejó de sentir el calor del sol del PB y empezó a sentir la neutralidad del PM, la temperatura de veintiún grados que no era caliente ni fría, la temperatura del control. A lo lejos, el tercer kilómetro le cambió los oídos los sonidos se aplanaron, perdieron la profundidad que tenían en el PB, se convirtieron en datos sin textura. El sonido del viento en el musgo no era el sonido del viento en las palmeras. Era un siseo uniforme, sin las variaciones de tono que el viento del PB producía al pasar entre hojas de diferentes tamaños y densidades.

Xochipilli caminó tres días.

Tres días de frontera. Tres días de musgo gris y roca lisa y ozono diluido. Tres días de cuerpo adaptándose al PM los huesos perdiendo la resonancia del Astral, los músculos ajustándose a una gravedad ligeramente diferente, los ojos adaptándose a una luz que no era la luz gris constante del Astral ni la luz cambiante del PB sino una luz intermedia, controlada, que venía de todas partes y de ninguna.

La boquilla se encendió durante los tres días de cruce. El tabaco del PB ardía diferente en la frontera la combustión era más lenta, el humo más denso, las hojas tardaban más en consumirse. El humo subía recto en la ausencia de viento. Xochipilli fumó y caminó y fumó. La mecánica del hábito como metrónomo de la marcha calada, paso, exhalación, paso, calada, paso.

Al tercer día vio las Torres TAAT.

Púrpuras. Cuatro de ellas visibles desde la cresta de una colina pelada donde el musgo gris terminaba y empezaba el pavimento del PM. Las Torres se alzaban contra el cielo del PM un cielo que no era gris constante ni azul variable sino blanco, blanco uniforme, el

blanco de lo que emite luz en todas las longitudes de onda al mismo tiempo y que el ojo humano interpreta como ausencia de color. Las Torres eran estructuras de metal y cristal metal oscuro, cristal púrpura, con la altura de lo que fue construido para ser visto desde todos los puntos del horizonte. No parecían edificios. Eran antenas. Antenas de supresión que emitían las frecuencias que mantenían al PM en funcionamiento.

Las Torres emitían a 0.12 Hz una frecuencia que Xochipilli registró en la base del cráneo, detrás de los ojos, en el lugar donde el cerebelo procesa el equilibrio. La frecuencia lo desorientó durante tres pasos el primero a la derecha de donde debería ir, el segundo a la izquierda, el tercero recto pero con el suelo inclinándose bajo los pies de un modo que el suelo no estaba inclinado. La desorientación era vestibular la frecuencia de las Torres interfería con los canales semicirculares del oído interno, alterando la percepción del equilibrio. Después se adaptó. Tres pasos de desorientación y después nada. Doscientos años de adaptarse a frecuencias nuevas le habían dado al cuerpo de Xochipilli una plasticidad que los habitantes del PM no tenían ellos nacían bajo las Torres, crecían bajo las Torres, morían bajo las Torres. La frecuencia era el aire que respiraban. No sabían que estaban suprimidos porque no conocían otra cosa.

Xochipilli entró al PM por un sector de baja densidad poblacional barracas de concreto, calles sin nombre, gente que caminaba con la cabeza baja y el paso rápido de quien no quiere ser notado. Las barracas eran bloques rectangulares de tres pisos, sin pintura, sin decoración, con ventanas que eran agujeros en el concreto sin vidrio ni marco. El concreto era del color de la ceniza el mismo color que el

musgo de la frontera, el color del PM. El sector se llamaba Sector 47. La coincidencia del número cuarenta y siete, los días entre mareas de cruce no le pasó desapercibida. Los números del flujo se repetían. Los números del flujo siempre se repetían.

Lo que pasó cuando Xochipilli cruzó al PM:

La frecuencia que Xochipilli cargaba doscientos y tantos años de existencia, años en el Astral absorbiendo la emisión de Helios a 432 Hz, años en el PB absorbiendo la amplificación sin filtro del plano. La frecuencia acumulada de un Jardinero que había caminado por tres planos y sobrevivido a cada uno colisionó con la infraestructura electromagnética del PM.

No fue explosión. No fue detonación ni colapso visible ni evento que alguien pudiera señalar y decir “ahí, eso fue lo que pasó.” Fue interferencia. La interferencia de una señal que el sistema no esperaba encontrándose con un sistema que no estaba diseñado para procesarla.

La frecuencia de Xochipilli operaba a un rango que las Torres TAAT no estaban diseñadas para suprimir las Torres suprimían frecuencias del PM, frecuencias humanas, frecuencias de la población que vivía bajo su campo. La frecuencia de un Jardinero del Astral amplificada por siete años en el PB era lo que las Torres no habían procesado nunca. Era como meter una señal de radio del Astral en un sistema de televisión del PM los circuitos no sabían qué hacer con ella. No podían suprimirla porque no la reconocían. No podían ignorarla porque la frecuencia era demasiado fuerte. Lo que podían hacer era fallar.

La interferencia se propagó.

Viajó por los conductos de amplificación que corrían debajo del PM los mismos conductos que los constructores habían dejado milenios atrás, los que los excavadores de Ciudad Central descubrían en las ruinas del Astral, los mismos que los invasores habían usado como túneles. Los conductos del PM estaban conectados a la infraestructura tecnológica de la superficie: las redes de comunicación, los sistemas de registro, los bancos de datos del GM, las centrales de energía que alimentaban las Torres. Los conductos eran el sistema nervioso del PM venas de piedra gris que transmitían frecuencia desde las Torres hasta los bordes del plano. La interferencia de Xochipilli entró en las venas y viajó. Los sistemas colapsaron.

No todos. No de golpe. En cascada, la cascada del dominó, donde una pieza cae y empuja a la siguiente y la siguiente empuja a la siguiente. Un sistema de registro dejó de funcionar, las pantallas se apagaron, los datos se corrompieron.

Los archivos del GM se llenaron de información que no era información, sino ruido. El sistema conectado al sistema de registro detectó el fallo e intentó corregir. La corrección generó una sobrecarga en el sistema adyacente, la energía de la corrección sumándose a la energía de la interferencia, duplicando la carga. La sobrecarga se propagó a la red de comunicaciones. La red de comunicaciones falló en un sector, después en otro, después en otro. Los sectores cayendo como luces que se apagan en una ciudad, sector por sector, bloque por bloque.

El PM oscureciéndose desde el centro hacia los bordes.

Los habitantes del PM lo llamaron Y2K.

Creyeron que era un error informático, un bug en los sistemas de fecha que no podían procesar el cambio de milenio. Los técnicos del GM buscaron el error en el código, revisaron millones de líneas de programación, buscando el fallo que había producido la cascada. Los rebeldes del PB que habían hackeado las Torres durante años creyeron que sus vulnerabilidades habían funcionado, las grietas que habían abierto en los sistemas durante décadas de infiltración habían colapsado por fin.

Los virus que habían insertado habían activado, los backdoors que habían construido habían abierto las puertas del sistema al caos.

Ambos tenían razón parcial. Los hackers habían puesto la dinamita. Habían debilitado los sistemas durante años, abriendo grietas microscópicas en la arquitectura de las Torres, insertando vulnerabilidades que esperaban ser activadas. Cada grieta era pequeña, demasiado pequeña para causar un colapso por sí sola. Pero las grietas se acumulaban, las vulnerabilidades se sumaban. El sistema era una estructura debilitada que funcionaba porque la carga era constante y predecible. La frecuencia de Xochipilli fue la chispa. La carga impredecible. Lo que convirtió las grietas en fracturas y las fracturas en colapso.

Xochipilli no supo que lo había causado hasta años después. Años de vivir en el PM, de aprender sus códigos y su burocracia, de hacerse invisible entre la gente que caminaba con la cabeza baja. Años de observar el PM desde adentro, el sistema de registro que se reconstruyó, las Torres que volvieron a emitir, la burocracia del GM que se reorganizó con la eficiencia de un organismo que ha sobrevivido una infección y que se vuelve más resistente.

El PM se recuperó del Y2K. Los sistemas se repararon. Las vulnerabilidades se cerraron. Los hackers perdieron los backdoors que les había costado años construir.

Años hasta que un técnico del Sector 7, un hombre que reparaba conductos subterráneos y que pasaba las noches leyendo los registros de interferencia que los conductos almacenaban, le respondió en una taberna donde Xochipilli bebía agua con gas porque el PM no tenía café: “La señal que provocó el colapso vino de la frontera sur. Algo cruzó ese día. Algo que las Torres no reconocían.”

Xochipilli fumó. No expresó nada. No dijo que él era lo que había cruzado. No dijo que la señal era su frecuencia. No declaró que los años en el Astral y el PB lo habían convertido en algo que el PM no podía procesar.

Guardó la culpa donde guardaba todo lo demás en el bolsillo del chaleco, al lado del ébano, al lado del pedernal, al lado de las hojas secas que ya no eran del norte sino del PB. El bolsillo del chaleco era el archivo de Xochipilli, el lugar donde las cosas que no podían decirse se guardaban al lado de las cosas que sí. La culpa pesaba menos que la boquilla. La culpa pesaba menos que el pedernal. La culpa pesaba menos que todo lo que había en el bolsillo porque la culpa no tiene peso físico pero tiene volumen, ocupa espacio.

El PM era una cárcel de frecuencias. Las Torres suprimían. La burocracia ordenaba. Los sistemas registraban. Todo medido, todo controlado, todo bajo un campo electromagnético que mantenía a la población en un rango de frecuencia compatible con el funcionamiento del plano. La gente del PM no cantaba, cantar producía frecuencias fuera de rango. La gente del PM no gritaba,

gritar producía picos de frecuencia que las Torres registraban. La gente del PM hablaba bajo.

Para alguien que había vivido doscientos y tantos años entre el Astral y el PB, el PM era la versión construida de lo que el corrector quería: un flujo limpio, ordenado, sin piedras, sin remolinos, sin gente que emitiera fuera de rango. El PM era la corrección hecha ciudad. La limpieza hecha sistema. El orden hecho aire que se respira.

Xochipilli se quedó en el PM.

Porque Nico vendría. Xochipilli lo sabía con la certeza del estómago, la misma certeza que le había dicho que Le Jardin era importante, que Saya era necesaria, que las puertas del Nexus había que sellarlas. La frecuencia de Nico crecía en el PB y el PB se volvía inestable y la familia de Saya se movería buscando estabilidad y la estabilidad estaba en el PM porque el PM era estable del modo que una jaula es estable por supresión, no por equilibrio.

La abuela llevaría a Nico al PM porque la abuela no tenía otro lugar donde llevar a un niño cuya frecuencia hacía girar los botes en la bahía.

Nico vendría. Y Xochipilli estaría ahí. Invisible. Un viejo con la madera que nadie tomaba en serio. Un hombre que fumaba en las esquinas del Sector 47 con la paciencia de alguien que ha esperado corrientes favorables durante décadas y que sabe que las corrientes llegan cuando llegan y que la función del que espera no es acelerar sino estar.

El ébano se quedó en el bolsillo. En el PM, encender era ser detectado. El humo dejaba rastro electromagnético, las partículas de la combustión alteraban el campo local de las Torres y las Torres

registraban la alteración y un registro significaba atención y la atención significaba preguntas.

Xochipilli cargó la boquilla apagada entre los dientes durante años. La boquilla de cobre tenía la marca de sus muelas, doscientos y tantos años de morder la misma madera. Los incisivos dejaban su huella en el metal blando, la marca de la boca que no fuma pero que necesita morder algo. Ahora la mordía sin fumar. El ébano sin calor. La boquilla sin humo. El peso entre las muelas como ancla de una boca que no habla y que no sonríe.

Saya tenía razón.

“¿Fumas o cargas?”

Cargaba.

- ○

FIN DE TEMPORADA 2: LA GUERRA

Siguiente: TEMPORADA 3 EL JARDINERO “El que quita piedras”

- ○

- ◦ **MEDIOEVO XII DON HUMO**

TEMPORADA 3: EL JARDINERO

“El que quita piedras”

- ◦

021 REGRESO [X][J][N]

Volvió al Astral porque el PM no lo necesitaba y el Astral sí.

El PM tenía sus propios problemas: los sistemas colapsados por la interferencia que Xochipilli no sabía que había causado, los técnicos del GM reconstruyendo infraestructura con la paciencia de un organismo que reconstruye tejido después de una quemadura. Las Torres TAAT recalibrándose con la lentitud de un sistema que ha sufrido una sobrecarga y necesita semanas para volver a la frecuencia de base. Pero el PM tenía técnicos. Tenía burocracia. Tenía gente que sabía reparar lo que se rompía porque reparar era lo que sabían hacer generaciones de técnicos entrenados para mantener un

sistema que dependía de que alguien lo mantuviera. El PM se repararía.

El Astral no tenía nada de eso. El Astral tenía una guerra a medio ganar y un dios fragmentándose, puertos muertos y refugiados sin dirección y puertas que nadie cuidaba. El Astral tenía ausencias donde antes había presencia, puertos vacíos donde antes había comercio. Los campos de Helios debilitándose donde antes había coherencia, los Jardineros desapareciendo donde antes había once voces que mantenían las puertas del Nexus selladas.

Xochipilli cruzó de vuelta por la misma frontera terrestre. Tres días de caminata. Del pavimento liso del PM al musgo gris de la zona intermedia al terreno desigual del PB costero. Los tres días de cruce en reversa el cuerpo readaptándose. La frecuencia de supresión de las Torres desenganchándose de los huesos y los cartílagos con la lentitud de una anestesia que se retira. El primer día los oídos le zumbaron el ruido sordo de las Torres soltándose del sistema nervioso. El ruido de la supresión retirándose. El segundo día la resonancia bajó. El tercer día desapareció y los sonidos del PB volvieron: las olas, el viento, los pájaros, el chasquido del plano lleno de vida.

Doña Nube estaba donde la había dejado fondeada en la bahía del PB, las velas recogidas, el ancla hundida en arena de coral. El coral había empezado a cubrir el ancla una capa fina de organismos blancos y rosados que se adherían al hierro voraces. Creciendo sobre cualquier superficie inmóvil. El barco se mecía con las olas del PB, se mecía diferente al Astral, donde el mercurio era denso y los movimientos eran lentos, y diferente al PM, donde Doña Nube no había estado. El movimiento del PB era rápido, irregular, con la

imprevisibilidad del agua salada que responde al viento y a la luna y al fondo marino.

El barco crujió cuando lo vio venir. Los barcos no ven. Pero Doña Nube crujió, el crujido de registro, el crujido largo de tres segundos que significaba que algo cambiaba. La plancha estaba recogida y Xochipilli la bajó, subió los escalones y el séptimo escalón le dolió en la lumbar y la cubierta estaba cubierta de sal marina, cristales blancos que el spray de las olas había depositado durante los meses de espera. Los cristales crujían bajo las botas. La sal del PB sobre la madera del Astral. Los residuos de la espera.

La corriente submarina al Astral no funcionaba. La ruta de Saya estaba sellada. La corriente de cincuenta y un días que conectaba el PB con el Astral había dejado de activarse. La calibración del corrector había alterado las frecuencias subterráneas del PB y la corriente dependía de esas frecuencias para funcionar. Sin frecuencia no había corriente. Sin corriente no había cruce. La ruta de Saya, la ruta que su familia había usado durante generaciones, la ruta que Saya navegaba descalza, había muerto.

Xochipilli navegó por la costa del PB durante once días hasta encontrar una ruta alternativa: un canal natural donde el agua salada del PB se mezclaba con el mercurio del Astral en un punto donde los dos planos se superponían. No una puerta, no un portal, no una corriente submarina. Un accidente geográfico, un lugar donde la frontera entre planos era porosa porque nadie la había sellado. Porque nadie sabía que existía. Un punto ciego, el tipo de punto ciego que los Jardineros buscaban y catalogaban.

El canal era angosto. Doce metros de ancho. El agua del PB en el lado izquierdo era azul, salada, con el olor a yodo que el PB tenía. El

mercurio del Astral en el lado derecho era plateado, denso, con el olor metálico que el Astral tenía. En el centro, los dos líquidos se mezclaban sin mezclarse, el agua y el mercurio corriendo uno junto al otro con una línea de contacto tan definida que Xochipilli la vio desde la cubierta. La línea era del color del bronce, el color que resulta de la luz refractándose entre dos medios de diferente densidad.

Doña Nube cruzó. La quilla pasó de agua a mercurio con una sacudida, el cambio de densidad tirando del casco hacia abajo primero y después empujándolo hacia arriba. El agua se convirtió en mercurio. El cielo azul se convirtió en bóveda gris. El sol naranja desapareció. La temperatura bajó ocho grados en dos segundos. Los cristales de sal de la cubierta se disolvieron en la humedad del Astral, la humedad metálica descomponiendo la sal del PB con la rapidez de un solvente.

El Astral olía diferente. No a quemado, el olor a quemado de la invasión se había disipado en los meses que Xochipilli había estado fuera. Los meses en el PB criando a Nico y los meses en el PM esperando y los meses de vuelta en el PB buscando el canal, tiempo suficiente para que el Astral absorbiera el humo de la guerra y lo convirtiera en residuo. Olía a vacío, a mercurio limpio sin el trasfondo de ozono que los campos de coherencia de Helios generaban. La frecuencia de Helios había bajado otro hercio de 431,5 a 430 y medio. El número importaba. Cada hercio que bajaba Helios era un hercio menos de coherencia en el Astral, un hercio menos de estabilidad, un hercio menos entre el orden y el colapso. El aire del Astral se notaba más delgado, más frío, más vacío. El vacío de un plano que pierde a su dios.

Xochipilli navegó hacia el norte. Los puertos estaban cerrados o abandonados. Las estructuras de madera de los muelles se pudrían en el mercurio, la madera oscurecida, las cuerdas de amarre colgando de los postes con la flacidez de lo que no sostiene nada. Los puertos que seguían abiertos tenían la mitad de las embarcaciones y el doble de la gente, gente que se apiñaba en los muelles esperando barcos que no llegaban. Gente que dormía en los cobertizos de carga, gente que miraba el mercurio con la mirada de quien espera lo que no sabe qué es. Comercio muerto. Información escasa. Los piratas que quedaban navegaban en grupos de tres barcos o más, solos eran presa de los hemacronos oscuros que patrullaban las corrientes del centro con la impunidad de lo que opera sin reglas.

Los hemacronos oscuros. Xochipilli los había oído mencionar antes de irse, rumores en Puerto Rojo, historias de comerciantes que volvían sin mercancía y con menos tripulación. Ahora los hemacronos no parecían rumores. Eran presencia, barcos negros sin bandera que operaban en las corrientes centrales del Astral, que interceptaban barcos comerciales y que desaparecían con la carga y a veces con la tripulación. Lo que hacían con la tripulación era lo que los rumores no decían y lo que las ausencias sugerían.

Doña Nube navegó sola. Siempre había navegado sola cuando Saya no estaba. Antes de Saya, Xochipilli no había necesitado a nadie en el barco, doscientos años de navegación solitaria, doscientos años de mano en el timón y la boquilla en la boca y mutismo en la cubierta. Después de Saya, el barco era demasiado grande para una persona. No en tamaño, en calma. La pausa de un barco donde antes había dos voces era más grande que la quietud de un barco donde siempre hubo una. La ausencia tiene dimensiones que la presencia

no mide. La calma de después de Saya era una pausa con forma, la forma de las cuerdas que Saya reparaba, la forma de los pies descalzos en la cubierta, la forma del cuerpo que dormía en la bodega con la respiración lenta de quien duerme segura.

Donde Saya reparaba cuerdas había cuerdas sin reparar. Xochipilli las miró durante tres puertos antes de reparar. Las reparó mal, nudos torcidos, hilo que se deshilachaba. Saya habría cortado y rehecho. Xochipilli parcheó. El parcheo definía la diferencia entre reparar y sostener, entre Saya y el viejo.

El Astral había sido redibujado. Los nórdicos mantenían el norte, lo que quedaba del norte, una franja que iba de la costa noroeste hasta las montañas centrales. Cuatrocientos vikingos donde había habido ochocientos. La mitad muertos en la guerra. La mitad de la mitad desaparecidos. Los que quedaban se agarraban al territorio tercas, sin soltar. Las hachas de metal azulado estaban melladas, los filos gastados por el combate, con muescas que contaban batallas. Ragna seguía vivo, Xochipilli lo supo por un mensaje en corteza que encontró clavado en un poste del puerto más cercano a la línea nórdica: “Seguimos. R.” Dos palabras. La corteza era de abedul, corteza blanca con la tinta marrón de la savia oxidada. Dos palabras en un rectángulo de corteza de diez por cinco centímetros. Lo único que necesitaba saber.

El perímetro de dragones-lobos se sostenía en el este. No había cambiado. La Bestia empujaba la Bestia que era ejército y que era frontera y que era la masa biológica del noreste presionando hacia el centro y el perímetro no cedía. Terquedad biológica, los lobos no sabían rendirse porque rendirse no era un concepto que sus cerebros procesaran, y los dragones no sabían rendirse porque cuatrocientos

kilos de radiación gamma no necesitaban conceptos. El perímetro era terquedad contra masa. La terquedad ganaba por ahora.

El centro y el sur eran tierra de nadie. Refugiados, piratas, comerciantes sin mercancía, Jardineros sin puertas. Gente que se movía porque moverse era lo que quedaba, moverse de un puerto muerto al siguiente, de un asentamiento abandonado a uno menos abandonado. De un rumor de comida a otro rumor de comida. La economía del Astral era economía de trueque desesperado, mercancía por protección, información por paso, silencio por supervivencia. Xochipilli navegó por la tierra de nadie durante semanas. Buscaba a otros Jardineros. Buscaba a Copal el Jardinero que tallaba losas de arenisca con las once voces, el que había sellado las puertas de la segunda ola del Nexus. Sin decir nada, buscaba al comerciante del este que había encontrado una puerta en el casco de un barco hundido. Con cuidado, buscaba a alguien que supiera qué puertas seguían abiertas y cuáles se habían cerrado y cuáles necesitaban ser selladas antes de que los hemacronos oscuros las encontraran y las usaran.

Encontró a tres.

Tres Jardineros en un Astral que antes tenía diecisiete. Los otros catorce habían desaparecido, no muertos necesariamente, desaparecidos. Los Jardineros no morían de formas que dejaran cuerpos. Los Jardineros desaparecían. Se iban. Dejaban de estar. La diferencia entre morir y desaparecer era la diferencia entre un final y una ausencia.

Las ausencias no tenían cierre. Las ausencias se quedaban abiertas, preguntas sin respuesta, espacios sin llenar, frecuencias que

dejaban de detectarse sin que nadie pudiera decir en qué momento exacto dejaron de detectarse.

Los tres Jardineros eran: Copal, que había perdido un brazo en una emboscada en la frontera de los hemacronos, el brazo arrancado por una trampa mecánica que los constructores habían dejado en los conductos y que alguien había reactivado. Lo había reemplazado con una prótesis de madera de los constructores, que funcionaba mejor que el brazo original. La prótesis respondía a frecuencias neuronales con la precisión de lo que fue diseñado para reemplazar lo biológico; un hombre del sur que se hacía llamar Raíz y que no hablaba excepto para decir coordenadas de puertas; y una mujer que Xochipilli no conocía todavía.

La mujer estaba en una cueva. ## 022 HECHIZO [X][J]

Helios estaba muriendo del modo que mueren los dioses: despacio, en público, sin que nadie pudiera hacer nada.

La muerte de un dios no parecía un evento sino un proceso: el proceso de una frecuencia que baja, que pierde coherencia, que deja de sostener lo que sostenía. La muerte de Helios era la muerte del Astral medida en hercios. Cada hercio que Helios perdía era un grado más de frío en el aire, un centímetro más de niebla en la superficie del mercurio, un puerto más que cerraba porque las corrientes que lo alimentaban perdían la fuerza que Helios les daba.

Xochipilli fondeó Doña Nube a doscientos metros del templo lo que quedaba del templo. La estructura principal seguía en pie porque los constructores habían usado el material gris que no se degradaba, el material que había sobrevivido a los milenios, a las invasiones, a los terremotos del Astral. El interior había sido vaciado por los nazis-hemacronos durante la ocupación: los archivos de Themis

arrancados de las paredes, las leyes escritas en piedra de los constructores, los registros de frecuencia de cada habitante del Astral, los mapas de las puertas del Nexus, las herramientas de frecuencia de los mosqueteros confiscadas, los cristales de resonancia que amplificaban la emisión de Helios robados y vendidos en el mercado negro de los hemacronos oscuros. Todo robado o destruido. El templo era un casco, la forma de lo que fue importante sin lo que lo hacía importante.

Helios estaba en la cámara central. La cámara que el templo protegía era una sala circular de quince metros de diámetro, con paredes del material gris de los constructores y un techo que no era techo sino abertura, una abertura circular por donde la frecuencia de Helios salía y se distribuía sobre el Astral. La cámara donde el corazón de Helios emitía la frecuencia que mantenía el Astral coherente, 432 Hz en los buenos tiempos, 430 y medio ahora, bajando.

Xochipilli no entró. Xochipilli vio desde Doña Nube.

No entró porque la frecuencia del templo era demasiado baja para acercarse. A doscientos metros la resonancia de Helios le llegaba atenuada, un la nota baja en las tablas de la cubierta, un temblor en el mercurio alrededor de la quilla. A cien metros el zumbido habría sido presión en las muelas del juicio y dolor en la base del cráneo. De golpe. A cincuenta metros el dolor sería suficiente para incapacitar. Sin decir nada, a veinte metros la distancia a la que estaba la cámara la frecuencia de un dios moribundo rompería lo que no debería romperse. Los tímpanos, las membranas de los senos paranasales, los vasos capilares de la retina. Los Jardineros podían absorber frecuencias que mataban a otros. Pero la frecuencia de un dios

moribundo no era frecuencia normal. Era frecuencia de desintegración, la energía que se libera cuando milenios de poder contenido dejan de estar contenidos.

La niebla del Astral se había espesado alrededor del templo, no la niebla que Xochipilli cargaba encima, no la niebla de frecuencias acumuladas que se le pegaba al pelo y al chaleco, sino una niebla diferente. Más densa. Más fría. Con un brillo que la niebla normal no tenía, un brillo plateado que venía de partículas suspendidas en el aire. Partículas microscópicas de lo que se desprendía del templo y que se quedaba flotando alrededor. La niebla de un dios que se deshacía. La niebla era Helios, fragmentos de la frecuencia de Helios que se separaban del cuerpo principal y que se dispersaban en el aire del Astral con la lentitud de lo que se desintegra pero que no quiere desintegrarse.

A través de la niebla, Xochipilli vio dos figuras.

La primera era Helios. Xochipilli lo reconoció por la frecuencia 430 Hz, más baja que nunca, un zumbido que pulsaba en las tablas de Doña Nube y hacía temblar el mercurio alrededor de la quilla. El temblor del mercurio era visible, ondas concéntricas que salían del templo y se expandían sobre la superficie plateada con la regularidad del pulso de lo que todavía late. Helios era más pequeño de lo que Xochipilli recordaba. No en tamaño físico, los dioses no tienen tamaño físico fijo. Los dioses tienen presencia, y la presencia se mide en el espacio que la frecuencia ocupa. La presencia de Helios antes llenaba la cámara y el templo, el aire alrededor del templo y el mercurio alrededor del templo y el cielo arriba del templo. La presencia de Helios ahora llenaba la cámara y nada más. La mitad de

lo que había ocupado cuando Xochipilli lo vio por primera vez en la corte del Astral.

La segunda era Elara. La madre de Malika. La que nunca parpadeaba. Los párpados de Elara no cerraban desde hacía trescientos sesenta y dos años, una condición que los hemacronos del norte llamaban “los ojos de la reina” y que no era condición sino decisión. La decisión de no cerrar los ojos nunca, de verlo todo, de no darle al mundo el segundo de tiniebla que un parpadeo concede. Elara gobernaba con la frialdad de quien ha vivido trescientos sesenta y dos años sin cerrar los ojos, la frialdad que resulta de ver todo sin filtro, sin pausa, sin el alivio que los párpados proporcionan al interrumpir la realidad veinte veces por minuto.

Elara estaba de pie frente a Helios. Inmóvil. Sin parpadear. La postura de alguien que espera lo que sabe que viene y que ha decidido recibirlo de pie. La espalda recta. Las manos a los lados del cuerpo. Los ojos abiertos, los ojos que siempre estaban abiertos, mirando a Helios con la concentración de alguien que mira por última vez.

Lo que Helios hizo:

Levantó las manos. Las puso a los lados de la cabeza de Elara sin tocarla, a cinco centímetros de las sienes. Las manos de Helios temblaban. El temblor era visible desde doscientos metros, el temblor amplificado por la frecuencia, cada resonancia de las manos multiplicada por el campo electromagnético que las rodeaba. Las manos de un dios que tiembla. Las manos de lo que gasta lo último que tiene.

La frecuencia de Helios subió. De 430 a 432. Dos hercios. El esfuerzo de subir dos hercios cuando el cuerpo se desintegra.

Xochipilli entendió lo que eso costaba porque los Jardineros conocían la relación entre frecuencia y energía. Subir un hercio requería la energía de mantener un hercio durante un día. Subir dos hercios de golpe era quemar la energía de dos días en un segundo. Pero Helios no tenía días. Helios tenía lo que le quedaba. Y lo que le quedaba se estaba quemando frente a Elara a la velocidad de lo que se consume a propósito.

La luz vino después de la frecuencia. No vino de ningún lugar visible, no de las manos de Helios ni del techo ni del suelo. La luz apareció entre las manos y la cabeza de Elara, en el espacio de cinco centímetros donde la frecuencia era máxima. Un destello que no era luz visible sino frecuencia convertida en fotones que el sistema visual humano interpretaba como luz blanca. El destello cubrió a Elara. La envolvió. Le entró por los ojos abiertos, los ojos que no parpadeaban, los ojos que recibieron la luz sin cerrarse, sin protegerse, sin el reflejo involuntario que habría hecho que cualquier otra persona cerrara los párpados. Le entró por los oídos, por la piel, por los poros. El destello era información, información que entraba en Elara y reemplazaba lo que había.

Xochipilli sabía exactamente qué estaba haciendo Helios porque los Jardineros conocían la técnica. La Lupa. El instrumento de diagnóstico que los hemacronos usaban para leer la frecuencia de una persona para escanear la identidad, la secuencia genética, las rutinas motoras, el mapa mental que hacía de una persona esa persona y no otra. La Lupa leía. Pero Helios no estaba leyendo. Helios estaba escribiendo. Helios estaba reescribiendo a Elara, borrando su identidad, su nombre, su secuencia, sus rutinas motoras, su mapa mental. Capa por capa. Del exterior al interior.

Borrándola para protegerla. Haciendo que Elara olvidara quién era para que el corrector no pudiera encontrarla por su frecuencia porque la frecuencia de una persona es su firma. Y si la firma se borra, la persona deja de ser detectable, deja de ser rastreable, deja de ser la persona que el corrector busca.

El costo de la Lupa era acumulativo: nombre -> secuencia -> rutina motora -> mapa mental. Cada capa que se borraba costaba más que la anterior. Borrar el nombre era barato, un nombre es una etiqueta, una convención, cosa que puede cambiarse sin cambiar lo que nombra. Borrar la secuencia era caro, la secuencia era la identidad biológica, la frecuencia fundamental, lo que hacía que las células de Elara fueran las células de Elara y no las de otra persona. Por instinto, borrar las rutinas motoras era carísimo, la forma de caminar, de sostener la cabeza, de no parpadear. Las rutinas acumuladas en trescientos treinta y nueve años de cuerpo que se mueve de cierto modo. Despacio, borrar el mapa mental era el precio final, los recuerdos, las decisiones, las conexiones, todo lo que Elara sabía y era y había sido.

Helios estaba pagando el costo completo. Cada capa que borraba de Elara le costaba una capa de sí mismo. Nombre por nombre. Secuencia por secuencia. La energía que Helios usaba para borrar a Elara era energía que no iba a recuperar, energía que salía de la reserva menguante de un dios que se moría y que gastaba lo poco que le quedaba en proteger a una mujer que no le había pedido que la protegiera.

El destello duró once segundos.

Once segundos de frecuencia máxima. Once segundos de Helios quemándose. Sin aviso, once segundos durante los cuales el mercurio

alrededor del templo dejó de temblar, la frecuencia de Helios concentrada toda en la Lupa, toda en Elara, nada para el Astral. Nada para las corrientes, nada para la coherencia del plano. Sin decir nada, once segundos durante los cuales el Astral no tuvo dios. Cuando se apagó, Elara estaba de pie en el mismo lugar. Inmóvil. Sin parpadear. La misma postura. La misma espalda recta. Las mismas manos a los lados. Pero los ojos eran diferentes. Los ojos de antes sabían quién miraban; los ojos de ahora miraban sin saber qué miraban. Los ojos de antes eran los ojos de una reina que no cerraba los párpados porque había decidido no cerrarlos. Los ojos de ahora eran los ojos de alguien que no cerraba los párpados porque no sabía que los párpados se cerraban.

Elara parpadeó.

Por primera vez en trescientos cincuenta y seis años, Elara parpadeó. Los párpados bajaron y subieron con la torpeza de un mecanismo que se usa, no el parpadeo rápido e involuntario de una persona normal, sino un parpadeo lento y deliberado. Los párpados cerrándose durante medio segundo y abriéndose con la vacilación de lo que no sabe si debe abrirse. Porque la mujer que nunca parpadeaba ya no existía. La mujer que estaba ahora era otra. La misma cara. La misma piel. Los mismos trescientos cincuenta y seis años de cuerpo. Otra persona. Una persona sin nombre, sin secuencia, sin rutinas motoras, sin mapa mental. Una persona vacía en un cuerpo lleno.

Helios cayó de rodillas. Las rodillas contra el suelo de la cámara, el material gris de los constructores recibiendo el peso de un dios que ya no podía sostenerse de pie. La frecuencia bajó a 428 hertzios. Dos hertzios menos que antes del hechizo. Dos hertzios que no iba a

recuperar. Dos hertzios que se habían ido con la identidad de Elara, la energía convertida en borrado.

El mercurio alrededor del templo se aquietó. Las ondas concéntricas se detuvieron. La superficie se volvió espejo, perfecto, sin movimiento, sin temblor, sin el pulso que indicaba que un dios emitía. El silencio del mercurio era la quietud de lo que ha dejado de recibir señal.

Xochipilli fumó en la cubierta de Doña Nube. La madera entre los dientes. El humo subiendo en la niebla del Astral, el humo del tabaco del PB mezclándose con la niebla de la desintegración de Helios, las dos columnas de partículas encontrándose a la altura de la cabeza de Xochipilli y desapareciendo juntas en el gris. Miró al dios arrodillado a través de la niebla. Miró a la mujer que parpadeaba por primera vez.

Supo que lo que acababa de ver era la forma más cara de decir algo que no podía decirse con palabras. ## 023 THEMIS [X][O]

Themis murió un martes que no existía.

Los martes no existían en el Astral. El Astral no tenía semanas ni días ni la división temporal que el PM y el PB usaban para organizar la vida de la gente. El Astral tenía ciclos de Helios, períodos de coherencia alta y baja, que duraban entre cuarenta y cincuenta horas y que los habitantes usaban como referencia. Pero Xochipilli seguía contando los martes porque los martes eran el día de la abuela, el día de reparar redes y contar sal, y contar los martes era mantener una conexión con el PB donde Nico dormía en una hamaca de tela de vela.

Xochipilli estaba a tres kilómetros del templo cuando empezó. Doña Nube anclada en una ensenada del Astral Centro, detrás de un

promontorio de roca negra que bloqueaba la vista directa del templo. La roca era basalto, basalto del Astral, más denso que el del PB, con vetas de mineral azul que brillaban en la luz gris fosforescente, absorbiendo frecuencia y devolviéndola en longitudes de onda visibles. La ensenada estaba a sotavento, no había viento en el Astral, pero había corrientes de aire que los campos electromagnéticos generaban, corrientes que movían el aire de las zonas de alta frecuencia a las zonas de baja frecuencia con la constancia de un gradiente que no se agotaba. La ensenada estaba protegida de esas corrientes.

Xochipilli había fondeado ahí porque la ensenada era un punto ciego, un lugar donde la frecuencia de las Torres no llegaba y donde la frecuencia de Helios llegaba atenuada y donde un barco podía estar sin ser detectado. Los Jardineros coleccionaban puntos ciegos. Los puntos ciegos eran los lugares seguros del Astral, los únicos lugares donde la frecuencia de un Jardinero no se sumaba a la frecuencia del plano y no producía una señal detectable.

Lo primero que llegó fue el sonido.

No un sonido de batalla. No el estruendo de armas o el grito de soldados o la detonación de mantras de destrucción que los mosqueteros del Astral emitían como proyectiles de frecuencia calibrada. Un zumbido. El zumbido de un campo electromagnético escalando de frecuencia, subiendo de los hercios bajos que el cuerpo siente en los huesos a los hercios medios que el oído procesa como tono a los hercios altos que duelen en las muelas y en los ojos. El zumbido subió durante treinta segundos, una escala ascendente sin notas, sin intervalos, continua, el sonido de lo que se carga. El sonido de lo que se prepara para disparar.

Los mosqueteros estaban defendiendo el templo. Los últimos mosqueteros, la guardia de Themis, entrenados en combate de frecuencia desde los catorce años, con armas que emitían pulsos calibrados que deshacían campos enemigos a distancia. Al fondo, los pulsos eran letales dentro de los parámetros del Astral, frecuencias diseñadas para desestabilizar la coherencia celular del objetivo. Para hacer que las células del cuerpo dejaran de resonar al unísono y se desintegraran por incoherencia. A lo lejos, los mosqueteros funcionaban contra hemacronos regulares, contra tropas que operaban dentro de los rangos de frecuencia del Astral. No funcionaban contra hemacronos oscuros, respaldados por la logística militar de los grises, contra fuerzas que traían armamento de fuera del Astral, tecnología que no dependía de la frecuencia del plano, mantras de disolución que operaban a frecuencias que los mosqueteros no podían contrarrestar.

Xochipilli quiso ir.

Se levantó de la cubierta. Las rodillas crujieron, el crujido de doscientos y tantos años, el crujido que era firma. Caminó hasta el timón. Puso las manos en la rueda, la rueda de madera del Astral, gastada por los años, con las marcas de las manos de Saya en los radios porque Saya agarraba la rueda más arriba que Xochipilli y la madera se había pulido diferente donde ella agarraba. Las manos de Xochipilli en la rueda de Saya.

Doña Nube podía llegar al templo en cuarenta minutos si la corriente colaboraba. Cuarenta minutos de navegación a través de tres kilómetros de mercurio abierto. Cuarenta minutos. Y después qué, un comerciante de té con un ébano contra un ejército con mantras de disolución y batallones de infantería organizada. Qué iba

a hacer. Fumar en la cara de los hemacronos oscuros. Ofrecerles té. Negociar con qué, con las cajas de cedro que ya no tenía, con la mercancía que ya no transportaba, con el nombre que ya no usaba.

Las manos se quedaron en el timón durante cuarenta minutos.

Cuarenta minutos de manos apretando la rueda de madera sin girarla. Cuarenta minutos de nudillos blancos, los mismos nudillos blancos de Saya en el parto, los mismos nudillos blancos de la mano que apretó la mano de Saya mientras Saya moría. Los nudillos blancos de la impotencia. La madera de la rueda crujiendo bajo la presión de las manos pero la rueda sin girar. El timón inmóvil. El barco inmóvil. El cuerpo de Xochipilli inmóvil con la inmovilidad de alguien que quiere moverse y no puede porque moverse es inútil.

Xochipilli no movió el barco.

No por cobardía. Por la misma aritmética que Saya le había enseñado frente al asentamiento del sur: los números no admiten heroísmo. Los números dicen lo que dicen y lo que dicen es que un barco de cuatrocientos años con un tripulante de doscientos y tantos no puede cambiar el resultado de una batalla que ya está perdida. Los números del Astral eran claros, los hemacronos oscuros tenían superioridad numérica y tecnológica y táctica. Los mosqueteros eran valientes. La valentía no cambia los números. La valentía es una variable emocional en una ecuación que solo admite variables cuantitativas.

El flash de luz vino a los treinta y ocho minutos. Cuarenta y siete. El número otra vez. El número que regulaba las corrientes submarinas de Saya. Justo entonces, el número del sector del PM donde Xochipilli había entrado. Afuera, el número que se repetía en el flujo insistente, sin razón aparente.

El flash fue visible desde la ensenada, un destello blanco que subió desde el templo y atravesó la bóveda gris del Astral y desapareció en lo que hubiera arriba de la bóveda. Blanco puro. No el blanco del destello de Helios sobre Elara, ese había sido blanco de frecuencia comprimida, blanco con textura, blanco que contenía información. Este blanco era vacío. El blanco de lo que se vacía. Sin calor, Xochipilli no registró calor a tres kilómetros de distancia. Sin onda expansiva, el mercurio de la ensenada no se movió. Sin el ruido que las explosiones hacen. Calma visual, luz que no producía sonido.

El flash duró cuatro segundos. Cuatro segundos de blanco puro contra la bóveda gris del Astral. Cuatro segundos durante los cuales la bóveda se iluminó con una luz que no proyectaba sombras, una luz que venía de un punto y que se expandía en todas las direcciones con la uniformidad de lo que no tiene dirección.

El sonido vino después.

Llegó con retraso, la distancia entre el templo y la ensenada significaba que la luz llegaba antes que el sonido. Tres kilómetros de mercurio entre el flash y el oído de Xochipilli. El sonido en el mercurio viajaba más rápido que el sonido en el aire, la densidad del metal líquido conducía el pulso a velocidades que el aire no permitía. Pero aún así tardó. Nueve segundos. Nueve segundos de mirar el flash blanco apagarse y esperar lo que venía. Nueve segundos de Xochipilli con las manos en el timón y la boquilla apagada entre las muelas y los ojos fijos en el lugar donde el flash había estado.

Lo que vino fue un infrasonido.

Por debajo de 1 Hz. Xochipilli lo registró en los huesos del cráneo, no en los oídos, en el cráneo. El infrasonido no resonaba el tímpano, el tímpano no detecta frecuencias por debajo de 20 Hz. El

infrasonido temblaba el hueso. La mandíbula. Las muelas del juicio, las muelas que registraban las frecuencias de Nico, las muelas que eran el instrumento de detección de Xochipilli. Los huesos del pómulo y los del arco superciliar, los huesos de la cara, temblando con una frecuencia que no era audible sino palpable, sentible, física. El temblor le bajó por la columna y le llegó a las costillas y le apretó el diafragma, el diafragma comprimiéndose con cada onda del infrasonido, la respiración interrumpiéndose durante un segundo con cada ciclo. El infrasonido no era sonido, era presión que el cerebro interpretaba como sonido porque no tenía otra categoría para lo que notaba.

Helios había dicho una vez en la corte, cuando los dioses hablaban de la muerte con la distancia de quienes no creen que les corresponde, que el sonido de un dios muriendo era imposible. Que ningún ser creado podía producir una frecuencia por debajo de lo que la materia podía pulsar. Helios estaba equivocado. O Helios tenía razón y Themis no era un ser creado. O Helios tenía razón y lo que Xochipilli oyó no era un sonido sino algo más, la frecuencia de una existencia que dejaba de existir, el eco del hueco que Themis dejaba en el flujo al salir de él. El sonido de un agujero. El sonido de la ausencia formándose.

Xochipilli se quedó en la cubierta de Doña Nube con las manos en el timón que no había movido y la madera apagada entre las muelas y el infrasonido vibrándole en los huesos durante once segundos después de que el flash se apagara. Once segundos. El mismo tiempo que había durado el hechizo de Helios sobre Elara. Los números del flujo repitiéndose otra vez.

Después calma.

El mutismo del Astral después de Themis era diferente al pausa del Astral antes de Themis. Más vacío. Más definitivo. Más frío, dos grados más frío, la temperatura del Astral bajando con la pérdida de la frecuencia de Themis que contribuía a la coherencia térmica del plano. La quietud de un lugar donde falta alguien que producía una frecuencia que nadie notaba hasta que dejó de estar. La ley. El orden. La estructura que Themis mantenía con su presencia, la ley del Astral, las reglas que hacían que el comercio funcionara y que los puertos abrieran y que los hemacronos respetaran fronteras. La ley se fue con Themis. La calma que quedó era la pausa de un lugar sin ley.

Xochipilli soltó el timón. Los dedos se despegaron de la madera con la lentitud de alguien que suelta lo que no quiere soltar. Se sentó en la cubierta. La espalda contra el mástil. Las piernas extendidas. La postura de alguien que se sienta porque las piernas dejan de funcionar, la misma parálisis temporal que le había pasado después de la muerte de Saya, los músculos negándose a obedecer, el cuerpo decidiendo por su cuenta que no va a moverse. Miró el cielo gris.

Fumó.

El humo subió recto en el aire quieto del Astral, quieto de verdad, en la quietud de un plano que había perdido una de las frecuencias que le daban movimiento. El humo se disipó y desapareció en el gris sin que nadie lo notara.

• ◦ **024 DESCONEXIÓN [X]**

Gaia se fue sin despedirse.

Xochipilli estaba en la costa sur del Astral cuando pasó. Había fondeado Doña Nube cerca de un asentamiento de refugiados donde intercambiaba información por agua dulce la rutina de los últimos meses, la rutina que reemplazaba al comercio de té que ya no existía porque no había puertos que comerciaran té y no había rutas seguras para transportarlo. La rutina que mantenía a Doña Nube moviéndose porque moverse era lo que un barco sabía hacer. La información que Xochipilli intercambiaba era información de puertos cuáles estaban abiertos, cuáles tenían hemacronos oscuros, cuáles tenían comida. Información operativa. La información que mantenía viva a la gente que se movía por el Astral post-guerra.

El asentamiento tenía treinta personas. Familias del centro que habían huido hacia el sur cuando los hemacronos tomaron los puertos centrales. Vivían en tiendas de tela de vela, cortada y tensada sobre marcos de madera de deriva. Las tiendas se agitaban con las corrientes de aire del Astral con un sonido de tela contra madera que era constante, rítmico, el sonido de un asentamiento que sobrevive.

El terreno tembló. No como un terremoto, los terremotos del Astral eran resonancias horizontales causadas por cambios en los campos de coherencia, temblores que sacudían las estructuras de lado a lado con la oscilación de lo que se recalibra. Esto fue vertical. El suelo se hundió. Un metro. Dos. Una depresión circular de treinta metros de diámetro que se formó en quince segundos a doscientos metros de la costa. El suelo cayó hacia abajo con la uniformidad de lo que se retira, no que colapsa. No había grietas. No había fracturas. El suelo bajaba entero, uniforme, como una plataforma descendiendo en un elevador silencioso.

Xochipilli la vio desde la cubierta de Doña Nube. Estaba de pie con el ébano entre las muelas y el mapa de piel de animal en las manos cuando el suelo empezó a bajar. Soltó el mapa. El mapa cayó en la cubierta con un sonido de piel contra madera. Xochipilli no escuchó porque la atención estaba en los doscientos metros entre el barco y la depresión.

Gaia estaba en el centro de la depresión. No de pie, hundiéndose. El suelo del Astral se la tragaba como el mercurio se tragaba los cuerpos de los muertos: despacio, centímetro a centímetro, la superficie cerrándose alrededor de ella sin violencia. Sin temblor. Sin ruido. La tierra abriéndose para recibir a la diosa que era la tierra, la diosa cuyo cuerpo era extensión del suelo del Astral, cuya piel era del mismo material que la roca del Astral, cuya frecuencia era la frecuencia que le daba al suelo la solidez que el suelo tenía.

Gaia no gritó. Gaia no habló. Gaia se hundió con la calma de lo que vuelve a donde pertenece. Porque Gaia era la tierra del Astral y la tierra del Astral era Gaia, y cuando Gaia se iba, se llevaba la tierra con ella, no toda la tierra, sino la coherencia que hacía que el suelo fuera sólido, que la roca fuera roca, que la arena fuera arena. La solidez como propiedad que depende de un dios.

Los pies primero. Los pies de Gaia hundiéndose en la tierra con la lentitud de alguien que baja escalones que no se ven, un centímetro por segundo. La tierra abriéndose exactamente para el tamaño de los pies y cerrándose exactamente detrás de ellos. Después las rodillas. Después la cintura, la cintura hundiéndose y la tierra cerrándose a la altura de la cintura. Las piernas ya invisibles debajo de la superficie.

Gaia miró al cielo, no al cielo gris del Astral, sino a lo que estaba arriba del cielo gris, algo que solo Gaia veía porque Gaia operaba en

un rango de percepción que los humanos y los Jardineros y los hemacronos no compartían. Los ojos de Gaia mirando hacia arriba mientras el cuerpo bajaba. La desconexión entre la dirección de la mirada y la dirección del cuerpo, los ojos subiendo mientras el cuerpo bajaba, la atención yéndose hacia donde el cuerpo no iba.

El pecho. Los hombros. El cuello. La barbilla tocando la superficie de la tierra, la tierra que era su cuerpo tocando el cuerpo que era su tierra, las dos cosas encontrándose al nivel de la barbilla con la intimidad de lo que se reabsorbe.

La cabeza se hundió en el suelo del Astral y la superficie se cerró, y donde había habido una diosa había un hueco. Una depresión circular de treinta metros de diámetro y tres metros de profundidad que el mercurio subterráneo empezó a llenar inmediatamente, filtrándose por las paredes de tierra, acumulándose en el fondo con el brillo plateado del mercurio del Astral, convirtiendo el hueco en un lago de mercurio que reflejaba la bóveda gris con el retraso habitual de medio segundo. El lago era perfecto, circular, con bordes lisos, con la superficie quieta del mercurio sin viento. Un lago que no existía un minuto antes. Un lago con la forma exacta de la ausencia de un dios.

Los refugiados del asentamiento miraron. Treinta personas de pie frente a sus tiendas mirando un lago que apareció donde antes había suelo. Nadie habló. Nadie gritó. Nadie se movió. Treinta personas mirando un lago con la parálisis de quien ve lo que no puede procesarse con las categorías disponibles.

Xochipilli miró el lago de mercurio durante una hora. Una hora de pie en la cubierta de Doña Nube con la boquilla apagada entre las muelas. La madera se había apagado sola, el tabaco consumiéndose

mientras la atención estaba en la depresión. La ceniza enfriándose en la cazoleta sin que la boca la alimentara. Una hora de mercurio quieto reflejando el gris del cielo.

Después sacó el mapa de Doña Nube, el mapa de piel de animal que Saya había empezado y que Xochipilli había continuado, con marcas de tinta de mercurio que indicaban puertos, corrientes, peligros, rutas. El mapa tenía años de marcas, las marcas de Saya más finas, más precisas, hechas con la punta de una aguja de hueso; las marcas de Xochipilli más gruesas, menos seguras, hechas con un palo mojado en tinta. Marcó el punto con una X negra. La X de los Jardineros: aquí había lo que ya no está.

Guardó el mapa. Desamarró. Navegó.

El Astral tenía un dios menos y un lago más. La noche era densa en el norte.

Doña Nube estaba fondeada en una bahía del Astral Norte, la última bahía antes de la línea nórdica, donde los vikingos de Ragna mantenían el perímetro contra lo que quedaba de la invasión. La bahía tenía un nombre en nórdico antiguo que significaba lo que Xochipilli no recordaba porque los nombres nórdicos se pronunciaban con la garganta y se olvidaban con la mente. Gutural, con una vocal larga en el centro que los vikingos sostenían cantar el nombre, parte de la geografía.

La bahía era pequeña, doscientos metros de orilla a orilla, con paredes de roca negra que subían verticales por los lados y que absorbían la poca luz del Astral Norte con la avidez de lo que no refleja nada. El mercurio en la bahía era más oscuro que en el sur, el mercurio del norte tenía una concentración mayor de minerales pesados que le daban un tono casi negro, el tono del metal que ha

absorbido demasiado hierro y cobalto y manganeso de las rocas volcánicas de la costa.

No había motivo para estar ahí. Xochipilli había intercambiado información con un pirata tres puertos al sur, un hombre con un solo ojo que navegaba un catamarán de bambú y que sabía cosas que los piratas saben y que los comerciantes no, y el pirata le había dicho que Ragna necesitaba metal. Metal del Astral, metal azulado de las minas del norte, metal para las hachas que se mellaban en el combate contra los hemacronos. Xochipilli no tenía metal. Pero tenía tiempo. Y el tiempo, en el Astral post-guerra, era lo que sobraba.

La noche del Astral Norte era más oscura que la del sur. La bóveda gris bajaba al gris oscuro casi negro, con una opacidad que se notaba en los ojos, no ver era un esfuerzo activo, un ajuste constante de las pupilas que no encontraban luz suficiente para dilatarse del todo. Las pupilas abiertas al máximo y todavía no alcanzaba la negrura del norte era una oscuridad que el ojo humano no podía penetrar porque la luz que la bóveda emitía en el norte era insuficiente para la visión. El mercurio de la bahía era invisible, sonaba debajo del casco con el chapoteo denso del metal líquido contra la madera, pero no se veía. El sonido del mercurio era lo que indicaba que el barco flotaba en algo.

Xochipilli estaba en la cubierta. Sentado en el barril donde siempre se sentaba, el segundo barril de proa, el que tenía una hendidura en la tapa donde la cadera encajaba. La hendidura se había formado con los años, la madera del barril cediendo al peso de Xochipilli sentándose en el mismo lugar cientos de veces, la madera adaptándose a la forma de la cadera con la memoria de las cosas que reciben presión repetida. El ébano estaba encendido. El tabaco era

del sur, el sustituto salado que los pescadores del Astral Sur secaban con sal de mercurio y que sabía a metal y a hierba vieja. Peor que nada. Peor que el tabaco del PB. Peor que el tabaco del norte que ya no existía porque las plantaciones del norte estaban en territorio de guerra. Pero el humo subía y el humo era visible incluso en la negrura del norte, una línea gris claro contra el gris oscuro del cielo.

Estaba relajado.

No había motivo para estar relajado. La guerra no había terminado. Helios se moría, la frecuencia bajando hercio a hercio con la constancia de un reloj que se queda sin cuerda. Themis estaba muerta, el flash blanco, el infrasonido, el silencio de un plano sin ley. Gaia se había ido, el lago de mercurio donde antes había suelo, la X negra en el mapa. Nico crecía en el PB sin padre, siete años de crecer con la abuela mientras la frecuencia le crecía y el mar le respondía y el padre fumaba en un barco a planos de distancia. Las puertas se cerraban. El Astral se enfriaba.

Pero el cuerpo no entiende de contexto. El cuerpo entiende de posición y temperatura y ritmo. Y la posición era sentado, sentado en el barril con la hendidura, la cadera encajada, la espalda levemente inclinada hacia atrás. Y la temperatura era la del norte: fresca, con un borde de frío que entraba por las mangas de la camisa y le erizaba el vello de los antebrazos. Y el ritmo era el del mercurio contra el casco: constante, lento, predecible, el ritmo de lo que no cambia, que no amenaza, que se repite con la regularidad de un metrónomo líquido. El cuerpo decidió que estaba relajado y la mente no discutió.

Fumó.

La bocanada subió recta. Sin corriente de aire. El humo se perdió en la oscuridad gris claro, absorbido por gris oscuro, la línea

desapareciendo a la altura del mástil.

Entonces lo escuchó.

No directamente. No como había escuchado a Themis morir, eso fue infrasonido, resonancia en los huesos, presión en el cráneo. Esto era otra cosa. Un eco. Un sonido que había rebotado tantas veces en las corrientes del Astral que había dejado de ser sonido sino fantasma de sonido, la sombra acústica de lo que se había producido lejos, muy lejos, y que las corrientes de mercurio habían transportado como transportan todo: despacio, con distorsión, con la paciencia de un medio que no tiene prisa. El mercurio era conductor, conducía frecuencia, calor, información. El mercurio transportaba sonidos del otro lado del Astral con la fidelidad que el aire no podía darle, pero con el retraso que la distancia imponía.

La frecuencia base era 432 Hz.

Xochipilli la reconoció en los huesos del cráneo. La misma frecuencia que había sentido en la corte de Helios, el calor en los huesos, el pulso que entraba por la estructura ósea y se propagaba por el esqueleto hasta llegar a los pies. La frecuencia de Helios en su mejor momento, 432, la frecuencia de coherencia máxima, la frecuencia que le daba al Astral su estabilidad. Pero esta vez la frecuencia descendía. 432. 431. 430. 429. La escala descendente no la escala rápida de una caída sino la escala lenta de lo que baja peldaño a peldaño, deteniéndose en cada frecuencia durante un segundo antes de bajar al siguiente. Armónicos descendentes que se ramificaban en sub-frecuencias que Xochipilli notaba en lugares que no sabía que podían sentir: las muelas del juicio temblando a 429, el cartílago de las orejas resonando a 428, las uñas de los dedos

zumbando a 427. Cada parte del cuerpo respondiendo a una sub-frecuencia diferente. El cuerpo entero convertido en receptor.

Helios estaba cantando.

No cantando para el Astral, la canción no daba la impresión de ser emisión dirigida, no era la frecuencia de coherencia que Helios proyectaba para mantener el plano funcionando. No cantando para Elara, la mujer borrada que ya no reconocería la canción aunque la escuchara. Cantando del modo que los dioses cantan cuando se fragmentan involuntariamente, la frecuencia que los mantiene unidos deshaciéndose en armónicos que se separan como las fibras de una cuerda que se rompe. Cada armónico era un fragmento de Helios que se desprendía del conjunto. Cada nota descendente era un pedazo de dios que dejaba de ser parte del todo y que se convertía en frecuencia libre, frecuencia sin cuerpo, sin fuente, sin dirección.

La canción no era bella. La canción no era triste. La canción era lo que es una frecuencia que se desintegra, un proceso, una cascada de energía desorganizándose, el ruido de la coherencia perdiéndose. Pero el eco, el eco que llegaba a la bahía del norte después de rebotar en incontables superficies de mercurio, le había dado algo que la canción original no tenía. El eco había suavizado las frecuencias altas. Había atenuado las frecuencias bajas. Había filtrado la canción por miles de kilómetros de mercurio y lo que quedaba era la esencia, los armónicos centrales, las frecuencias que sobrevivían al viaje, las notas que el mercurio no absorbía porque eran las notas que el mercurio transmitía mejor.

El eco llegó distorsionado. Debilitado. Pero la frecuencia base seguía ahí, 432 descendiendo, y Xochipilli la notaba con la claridad de lo que ha sido diseñado para ser sentido por quienquiera que

tenga los huesos calibrados para sentirlo. Los Jardineros tenían los huesos calibrados. Los Jardineros habían pasado décadas absorbiendo frecuencias del Astral y del PB, del Nexus, y las frecuencias se habían acumulado en la estructura ósea con la solidez de un mineral que cristaliza.

Duró cuarenta y siete segundos.

Xochipilli no se movió. No dejó la boquilla. No se levantó del barril. Se quedó sentado con la cadera en la hendidura y el humo subiendo recto y la frecuencia de Helios fragmentándose pasándole por el esqueleto de cráneo a pies y de pies a cráneo. La frecuencia entraba por la parte superior del cráneo y bajaba por las vértebras cervicales, por las dorsales y por las lumbares, llegaba al sacro y subía otra vez rebotando en el esqueleto como el eco rebotaba en el mercurio, ida, vuelta, ida y vuelta.

Cuarenta y siete segundos.

El número otra vez. El número del flujo. Cuarenta y siete días entre mareas. Cuarenta y siete minutos hasta el flash de Themis. Cuarenta y siete segundos de la canción de Helios. El flujo repitiendo sus números con la insistencia de un sistema que tiene constantes.

Después calma. El Astral post-canto más vacío que la pausa anterior, más definitivo, la quietud de un espacio donde algo ha dejado de resonar. La bahía sin nombre se quedó. El mercurio negro se quedó quieto. El aire frío se quedó inmóvil.

Xochipilli sacó la madera de la boca. Miró el humo que se dissipaba, la última bocanada perdiéndose en la oscuridad. El humo tardó tres segundos en desaparecer, el mismo tiempo que tardaría la frecuencia de un Jardinero en disiparse después de que el Jardinero

dejara de existir. Tres segundos de frecuencia sin cuerpo. El eco de lo que fue.

Así que así suena.

Lo dijo en voz baja. Para Doña Nube. Para el mercurio y la noche y la bahía sin nombre. Tres palabras con la ronquera de días sin hablar, voz oxidada, cuerdas vocales lentas, el sonido del que carga más de lo que dice.

No sabía para qué serviría. La canción se quedó en los huesos, no en la memoria, donde las canciones se guardan y se olvidan, sino en la estructura ósea, donde las frecuencias se imprimen y permanecen. El esternón la absorbió. Las muelas del juicio la absorbieron. La semilla en el bolsillo la absorbió. Cuarenta y siete segundos de canción descendente almacenados en un cuerpo y en una semilla de cuatro gramos. No sabía nada de eso. Solo sabía que la canción existía y que él la había escuchado y que escucharla era cargarla y que cargar era lo que hacía.

Volvió a poner el ébano en la boca. Fumó. La bocanada subió recta.

Y guardó la canción. En la memoria y en la semilla negra con vetas doradas que llevaba en el bolsillo interior del chaleco desde hacía décadas, la semilla de los Jardineros, la semilla que Kael le había dado en Le Jardin con la instrucción de cargarla y la promesa de que la semilla sabría qué hacer cuando llegara el momento. La semilla era del tamaño de una almendra. Pesaba cuatro gramos. Estaba caliente siempre caliente.

La semilla mantenía una temperatura de treinta y siete grados sin importar la temperatura del entorno, la temperatura del cuerpo humano en algo que no era cuerpo humano.

La semilla absorbía lo que el Jardinero vivía. No por intención sino por proximidad, la semilla en el bolsillo del chaleco, contra el pecho de Xochipilli, absorbía las frecuencias que el cuerpo de Xochipilli absorbía. Trescientos años de datos se acumulaban en algo del tamaño de una almendra. Trescientos años de puertos y corrientes, tormentas y té, Saya y Nico, guerra y pérdida y humo, comprimidos en cuatro gramos de materia que no era mineral ni vegetal ni animal, sino algo que los Jardineros llamaban semilla porque semilla era la palabra más cercana.

La canción de Helios entró en la semilla.

Y la noche siguió siendo densa en el norte. ## 026 JULIANA

La cueva estaba a dos horas de caminata del puerto más cercano.

Xochipilli dejó a Doña Nube amarrada a un muelle de tablas podridas que crujía bajo las botas con la queja de la madera que ya no quería ser muelle. Caminó. El terreno era roca negra con vetas de cristal que pulsaban, no brillaban. El pulso era rítmico: dos segundos de luz, tres de oscuridad, dos de luz. La luz era azul tenue, el azul de los cristales del Astral, un azul que no iluminaba sino que señalaba. El ritmo de una frecuencia contenida. Los cristales del Astral no fueron decoración, eran almacenamiento. Cada cristal guardaba una frecuencia y cada frecuencia guardaba información, y la información se acumulaba durante siglos hasta que el cristal se saturaba y empezaba a pulsar como una señal de advertencia. Los cristales pulsantes eran cristales llenos, cristales que necesitaban ser leídos y vaciados antes de que la saturación los rompiera.

Las botas de Xochipilli sobre la roca negra hacían un sonido seco, el sonido de cuero contra basalto, sin eco, sin reverberación, el sonido que se produce cuando el terreno absorbe en lugar de

devolver. Dos horas de caminar sobre roca que no devolvía sonido. Dos horas de silencio bajo los pies.

Copal le había dicho que había una Jardinera en esta zona. Copal se lo había dicho con el brazo de madera señalando al sureste, el brazo de prótesis de los constructores moviéndose con una fluidez que el brazo original no había tenido. Los dedos de madera gris apuntaban con la precisión de un instrumento y la boca hacía una línea recta que significaba: no sé más, ve y mira.

La cueva estaba en un acantilado que miraba al mar de mercurio. El acantilado era vertical, treinta metros de roca negra que caían al mercurio sin playa ni transición, la roca terminando y el mercurio empezando con la precisión de un corte. La entrada de la cueva estaba a media altura del acantilado, quince metros arriba del mercurio. Era accesible por un sendero de roca que serpenteaba por la pared, estrecho, hecho para pies y no para botas. La entrada era del tamaño de una puerta, no tallada sino erosionada, la roca desgastada por corrientes de aire que llevaban partículas de mercurio seco. Las partículas habían pulido la entrada con el brillo del metal, la roca negra con un lustre plateado alrededor del marco. El aspecto de una puerta que ha sido acariciada por mercurio durante siglos.

El interior olía a mineral y a algo eléctrico, el olor de los cristales cuando almacenan a capacidad máxima, el olor del ozono que se genera cuando la frecuencia almacenada se acerca al límite de lo que el cristal puede contener. El olor entraba por la nariz y se quedaba en la garganta con el sabor metálico de la electricidad estática.

Juliana estaba adentro.

No de pie ni sentada. En cuclillas. La postura de alguien que necesita estabilidad sin cansancio, las rodillas flexionadas, los talones en el suelo, la espalda recta, el peso distribuido entre los pies y las rodillas con el equilibrio de una postura que puede sostenerse durante horas. Frente a una pared de cristales que iban del suelo al techo, tres metros de cristales de tamaños variados. Desde el tamaño de un puño hasta el tamaño de un torso humano. Los cristales pulsaban con ritmos diferentes, desfasados, creando un patrón de luz intermitente que hacía que la cueva pareciera respirar, la respiración de un organismo de roca y cristal que inhala luz y exhala oscuridad.

Juliana tenía las manos en el cristal más grande. Las palmas abiertas contra la superficie, los dedos extendidos, el contacto total de la piel contra el cristal. La posición de las manos era la posición de los Jardineros cuando trabajan con frecuencia, palmas abiertas, dedos extendidos, la máxima superficie de contacto entre la piel y la fuente. Los ojos cerrados. La frecuencia que emitía porque Juliana emitía, todos los Jardineros emitían, una frecuencia que los distinguía de los que no parecían Jardineros del modo que una radio encendida se distingue de una apagada, se mezclaba con la frecuencia de los cristales. La mezcla producía un sonido que Xochipilli oyó como interferencia: dos frecuencias que se cancelaban parcialmente, dejando un zumbido residual que resonaba en las muelas.

Llevas ahí mucho tiempo - dijo Xochipilli.

Juliana no abrió los ojos.

Cuarenta y tres años.

¿Sin salir?

Salgo. Cada siete días. Al puerto. Agua. Comida. Vuelvo.

La voz de Juliana era la voz de alguien que no la usa más que para lo necesario. Ronca de desuso pero precisa en el contenido. Cada palabra pronunciada con la economía de Saya, las palabras como herramientas, no como decoración. “Salgo. Cada siete días. Al puerto. Agua. Comida. Vuelvo.” Siete palabras que contenían la rutina de cuarenta y tres años.

¿Qué sostienes?

Juliana abrió los ojos. Los ojos de Juliana eran del color del mercurio limpio, grises, con un brillo metálico que no era reflejo sino emisión propia. Los ojos de una Jardinera que lleva cuarenta y tres años en contacto con cristales saturados de frecuencia. La frecuencia de los cristales le había cambiado los ojos, le había dado al iris un brillo que los iris normales no tienen, un brillo que venía de adentro, de los fotones que la frecuencia del cristal generaba y que el iris absorbía y reemitía.

El borde del Vacío pasa por esta cueva. Si suelto, el borde se expande tres metros. En tres metros hay un asentamiento de pescadores. Doscientas personas.

La Mafia del Vacío no era el Vacío. El Vacío era el fenómeno, el agujero negro, la ausencia, la nada que se expandía desde los bordes del Astral hacia el centro con la lentitud de lo que no tiene prisa porque no tiene final. El Vacío era la consecuencia de la pérdida de coherencia cuando Helios bajaba un hercio. El borde del Vacío avanzaba un metro. Cuando Themis murió, el borde avanzó un kilómetro. Cuando Gaia se hundió, otro kilómetro. El Vacío era la medida de lo que se perdía.

Juliana sostenía el borde. Con las manos en los cristales y la frecuencia de Jardinera empujando contra la nada, Juliana mantenía

el borde del Vacío exactamente donde estaba, a tres metros del asentamiento de doscientas personas. Tres metros de margen. Cuarenta y tres años de margen sostenido con las palmas de las manos.

¿Cuarenta y tres años?

Cuarenta y tres años.

Xochipilli se sentó en el suelo de la cueva. El suelo era roca fría, quince grados, la temperatura constante de la roca del Astral que no cambiaba con las estaciones porque el Astral no tenía estaciones. Se sentó con las piernas cruzadas. Sacó la boquilla. La encendió. El pedernal chispeó en la oscuridad de la cueva, la chispa naranja contra el gris de los cristales. El tabaco prendió. El humo subió y se mezcló con la luz pulsante de los cristales, gris sobre intermitente.

¿Cómo te llamas?

Juliana.

¿De dónde?

Del sur. Antes del sur. Ahora de aquí.

Soy Xochipilli. Jardinero.

Ya sé. Hueles a Jardinero. El tabaco y algo debajo del tabaco.

Algo debajo del tabaco. La frecuencia. Los Jardineros olían diferente, la frecuencia que emitían alteraba las moléculas del aire alrededor de su cuerpo y las moléculas alteradas olían diferente. Juliana detectaba la frecuencia de Xochipilli por el olfato. Cuarenta y tres años de sentir frecuencias con las palmas de las manos le habían afinado todos los sentidos.

No expresó más. Xochipilli no preguntó más. Los Jardineros no preguntan. Los Jardineros reconocen y se quedan o reconocen y se van. Xochipilli se quedó.

Trabajaron juntos durante décadas.

La palabra “trabajar” era imprecisa. Lo que hacían era sostener. Juliana sostenía el borde del Vacío en la cueva, las palmas contra los cristales, la frecuencia de Jardinera empujando contra la nada, el cuerpo en cuclillas paciente, sin otra opción. Xochipilli mantenía los sellos en tres puertas que quedaban abiertas en la región, sellos de frecuencia que los proto-Jardineros le habían enseñado a calibrar en Le Jardin. Sellos que necesitaban recalibración cada treinta y tres días porque las frecuencias del Astral se degradaban con la pérdida de coherencia de Helios. Cada treinta y tres días, Xochipilli navegaba de una puerta a otra, tres puertas, tres puntos en el mapa de piel de animal. Tres X marcadas con tinta de mercurio, ajustaba los sellos con las técnicas de las once voces y los mantras sánscritos y volvía al puerto más cercano a la cueva de Juliana.

La rutina era silenciosa. Xochipilli llegaba al puerto. Caminaba las dos horas hasta la cueva, las botas sobre la roca negra, el sonido seco sin eco. Se sentaba. Fumaba. Juliana sostenía los cristales. No hablaban durante horas. Los Jardineros no necesitaban hablar para comunicarse, la frecuencia de uno se superponía a la frecuencia del otro y la superposición era conversación. La superposición decía cosas que las palabras no decían: “sigo aquí” y “tú también”. “El borde no ha avanzado” y “los sellos aguantan.”

Cuando hablaban, hablaban de frecuencias, de puertas y de las coordenadas de los sellos que necesitaban mantenimiento. Operativo. Sin excesos. Las frases cortas de Juliana encontrándose con las frases cortas de Don Humo, dos economías del lenguaje que se reconocían.

A veces Xochipilli le llevaba comida que no fuera del puerto, pescado del mercurio que él mismo preparaba en Doña Nube, con sal y limón seco que le quedaba de las reservas del PB. Juliana comía con una mano mientras la otra se quedaba en el cristal, la mano izquierda sosteniendo el borde del Vacío. La mano derecha sosteniendo un trozo de pescado. Cuarenta y tres años de práctica le habían enseñado a hacer todo con una mano. Comer, beber, rascarse, dormir, dormía en cuclillas con la mano izquierda en el cristal y la cabeza apoyada en el hombro izquierdo.

No constituía relación romántica. Xochipilli había tenido una relación romántica en su vida. Una. Saya. Saya estaba enterrada en Puerto Rojo bajo arena de grafito y una vela cosida con aguja de hueso. No había segundo acto para eso. No porque Xochipilli lo hubiera decidido, porque el cuerpo lo había decidido. La boca que no sonreía desde Puerto Rojo no iba a sonreír en una cueva del Astral Sur. Los músculos que se habían apagado con la muerte de Saya no se habían encendido con nadie más. Lo que había con Juliana era otra cosa. La camaradería de trinchera, el reconocimiento mudo entre dos personas que cargan peso sin quejarse, porque quejarse no reduce el peso. Juliana entendía lo que Xochipilli era, porque era lo mismo: una Jardinera sosteniendo un pedazo de mundo para que el mundo no se desmoronara. Un Jardinero sellando puertas para que lo que estaba detrás no saliera. Dos personas haciendo un trabajo que nadie les había pedido que hicieran y que nadie iba a agradecerles que hicieran.

La diferencia: Saya le había hecho reír. Juliana le hacía recordar que no estaba solo.

Las dos cosas eran necesarias. Las dos se fueron sin despedirse.

027 BUNKER

El bunker estaba debajo del templo caído.

Los nazis-hemacronos lo habían abandonado cuando la Bestia tomó el Este. Un bunker en territorio de lo que podía disolverlos no tenía valor estratégico. Se fueron con sus mapas y sus cadenas de mando y dejaron atrás lo que no podían mover: las paredes de material gris que no se degradaba. los conductos de amplificación de los constructores que corrían por debajo del templo como venas de piedra, las mesas de metal atornilladas al suelo con pernos que no se oxidaban, y una computadora.

Xochipilli llegó al bunker por los conductos subterráneos. No por la entrada principal. La entrada principal estaba en territorio de la Bestia y caminar en territorio de la Bestia era caminar en territorio de lo que emitía infrasonido suficiente para aflojar las articulaciones a un kilómetro de distancia. La Bestia no mataba con muelas ni con garras. La Bestia mataba con frecuencia. el infrasonido desestabilizando la coherencia celular del cuerpo humano hasta que las articulaciones se soltaban y los tendones se separaban y los músculos dejaban de responder a los nervios. La muerte por la Bestia era la muerte por incoherencia. El cuerpo deshilachándose sin violencia visible.

Los conductos de los constructores corrían por debajo del templo y conectaban con el bunker desde abajo. Los conductos eran cilindros de material gris de dos metros de diámetro, lisos, sin polvo ni suciedad porque el material gris no acumulaba nada. La temperatura era constante: 16°C. Xochipilli caminó por los conductos agachado. Su estatura no permitía caminar erguido en el

diámetro de dos metros. Las botas contra el material gris no hacían ruido. El material gris absorbía el sonido con la eficiencia de algo diseñado para absorber.

Un agujero de mantenimiento del tamaño de una persona. Xochipilli subió. Las manos contra los bordes del agujero, bordes lisos, sin filo, diseñados para que las manos de los constructores pudieran agarrarse sin cortarse. Subió con el esfuerzo de los abdominales y la espalda baja. La misma espalda baja que le dolía en el séptimo escalón de Doña Nube. la misma que protestaba cada vez que el cuerpo de doscientos y tantos años hacía lo que los cuerpos de doscientos y tantos años no deberían hacer.

El bunker estaba intacto. Material gris por todas partes: paredes, suelo, techo. La temperatura 16°C constante de las construcciones de los constructores, que regulaban el clima interior con un sistema que nadie entendía y que funcionaba sin energía visible sin cables. sin generadores, sin nada que indicara de dónde venía la regulación. El aire olía a metal limpio y a ozono residual de los campos electromagnéticos que los nazis habían usado para operar sus equipos.

Las mesas de metal atornilladas al suelo tenían marcas de uso, de herramientas, de codos apoyados durante horas de planificación. Los nazis habían usado estas mesas para planificar la invasión del Astral. Los mapas ya no estaban. Se los habían llevado. Las marcas sí.

La computadora estaba contra la pared del fondo.

No parecía tecnología del Astral. El Astral no tenía computadoras. El Astral tenía cristales y frecuencias y la voz de los dioses como sistemas de información. No se trataba de tecnología de los constructores. Los constructores operaban con frecuencia pura, sin

interfaces, sin pantallas. Era tecnología del Plano Medio. Los nazis la habían traído por las puertas cuando cruzaron. Una caja de metal gris diferente al gris de los constructores. un gris más claro, más industrial, el gris del metal estampado en fábricas del PM. Con una pantalla de cristal verde y un teclado de caracteres latinos. Conectada a los conductos de amplificación por un cable que alguien había empalmado con la delicadeza de un cirujano. Cobre trenzado con cables de frecuencia. la tecnología del PM interfaseada con la de los constructores. El empalme era limpio. Soldaduras microscópicas. Aislamiento de un material que no era plástico ni caucho sino algo intermedio que los nazis habían traído del PM.

Xochipilli la encendió.

La pantalla parpadeó. El fósforo verde iluminó la pared del bunker con el brillo tenue de lo que lleva años apagado y que tarda en calentar. Líneas de texto en un idioma que no era del PM ni del Astral ni del PB. Un idioma de máquina. Caracteres hexadecimales que se movían de izquierda a derecha con la velocidad de un sistema que procesa información sin importarle quién la lee. Los caracteres corrían por la pantalla verde con la indiferencia de un flujo de datos que existía antes de que alguien encendiera la pantalla y que seguiría existiendo después de que alguien la apagara.

Los caracteres se detuvieron.

Apareció texto.

`-ex01.encontrará tu código.`

Xochipilli leyó las cinco palabras. Las releyó. Las releyó una vez más. La pantalla verde iluminándole la cara con el brillo tenue de los fósforos. La cara de Don Humo verde, las arrugas verdes, la madera entre las muelas verde.

El corrector. Lo que Themis llamaba “algo debajo del flujo.” Lo que los Jardineros intuían pero no nombraban porque nombrar era darle forma y darle forma era reconocerlo y reconocerlo era aceptar que existía y aceptar que existía era aceptar que todo: el Astral. el PM, el PB, los dioses, los Jardineros, Saya, Nico era un error que el corrector quería eliminar. El corrector tenía una dirección: -ex01. Una dirección de máquina. Un registro en un sistema que operaba por debajo de los planos, por debajo de las frecuencias. por debajo de todo lo que los Jardineros conocían. Y el corrector tenía un objetivo: encontrar el código. El código del flujo. El código del electrón de Wheeler que iba y venía. El código del error que era la existencia.

Xochipilli hizo algo que nadie esperaba de un Jardinero.

Se rió.

La risa empezó en el estómago. La misma mecánica que la primera risa, la del electrón y el pescado en la corte de Helios. La contracción del diafragma. El aire comprimido subiendo. La glotis abriéndose. Subió por el diafragma. Pasó por los pulmones. Le apretó la garganta. Salió por la boca con el sonido seco de lo que se expulsa no la risa musical de la alegría sino la risa seca del absurdo. Corta. seca, sin la sorpresa de la primera vez esta risa no era descubrimiento sino reconocimiento. El reconocimiento de lo absurdo: un sistema de corrección universal buscando un código que no existía porque el código era el error y el error era la existencia y la existencia era lo que el sistema quería eliminar. El perro persiguiendo su propia cola. La ecuación buscando su propia solución dentro de sí misma.

La risa duró tres segundos. Después se cortó. Se cortó con la precisión de lo que se enciende y se apaga la risa como interruptor,

no como proceso.

La boca de Xochipilli no sonrió. La boca de Xochipilli no sonreía desde Puerto Rojo. Pero la risa no necesitaba sonrisa. La risa era otro mecanismo más profundo, más involuntario, más parecido al vómito que a la alegría. La risa era la expulsión de lo que el cuerpo no puede contener. La sonrisa era la consecuencia social de la risa. Xochipilli tenía la causa sin la consecuencia. El mecanismo sin el resultado. La risa sin la boca que acompaña.

Sacó el ébano. Lo llenó con las últimas hojas del tabaco del sur. Las hojas saladas que sabían a metal. La encendió con el pedernal. La chispa iluminó el bunker durante un instante naranja contra verde, la chispa del fuego contra la pantalla de fósforo. El humo subió en el aire inmóvil del bunker a 16°C. Subió recto. sin desviación, en el aire que no se movía porque el sistema de los constructores mantenía el aire en equilibrio perfecto.

Con los labios haciendo la forma exacta una O estrecha, controlada, con los músculos que sí respondían dibujó un pentagrama en el aire. El humo obedeció. Cinco líneas que se conectaban en cinco puntos. El pentagrama se sostuvo en el aire inmóvil durante cuatro segundos. Cuatro segundos de geometría de humo flotando frente a la pantalla del corrector. la figura de cinco puntas que los Jardineros usaban como sello y que Xochipilli usaba como firma. Después se deshizo. El humo perdiendo la forma y dispersándose en el aire controlado del bunker.

Mientras dibujaba, tarareó.

Shave and a Haircut.

Ta-ta-ta-TA-ta.

Pausa.

Ta-ta.

La melodía más simple del mundo. Siete notas. Una estructura de llamada y respuesta que cualquier niño del Plano Medio conocía. La melodía que se tararea tocando puertas. La melodía que es código universal de “estoy aquí, ábreme.” Una melodía que no significaba nada excepto: estoy aquí y me da igual.

El pentagrama y la melodía juntos. Un viejo de doscientos y tantos años dibujando símbolos de humo y tarareando una canción de barbería frente a la interfaz de un sistema de corrección universal. La irreverencia total. La respuesta de alguien que ha vivido demasiado para tener miedo y que ha perdido demasiado para tener respeto. La respuesta de Don Humo a -ex01: un pentagrama de humo y siete notas de barbería.

Xochipilli miró la pantalla. Levantó un dedo. El dedo índice de la mano derecha. El dedo de señalar, de presionar teclas, de tocar la madera de Doña Nube para sentir las corrientes. Escribió.

el código es el error.

Seis palabras. Minúsculas. Sin punto final. El punto final habría sido cortesía y Xochipilli no notaba cortesía hacia un sistema que quería borrar la existencia. Las seis palabras aparecieron en la pantalla verde con el brillo del fósforo verdes sobre verde oscuro, las letras parpadeando una vez antes de estabilizarse.

La pantalla se quedó.

Los caracteres hexadecimales no se movieron. El cursor parpadeó una vez. Dos veces. Tres veces el parpadeo del cursor como el parpadeo de un ojo que procesa lo que acaba de leer. Después la pantalla se apagó. No gradualmente. De golpe. Verde a negro en un ciclo de refresco. El bunker se quedó en la oscuridad total durante un

segundo. El segundo entre la pantalla apagándose y los ojos de Xochipilli adaptándose a la oscuridad. Después los cristales de los conductos empezaron a pulsar. Los dos segundos de luz. Tres de penumbra. La cueva recuperó la iluminación intermitente de las construcciones de los constructores.

El corrector no respondió.

No porque no tuviera respuesta. No porque la respuesta fuera difícil. El corrector no respondió porque el corrector no procesaba humor. El corrector procesaba errores. Detectaba errores. Clasificaba errores. Corregía errores. Y lo que Xochipilli había escrito no era un error. Era una verdad disfrazada de chiste. Y las verdades disfrazadas de chiste no tenían categoría en un sistema diseñado para corregir.

Xochipilli salió del bunker fumando. Subió por los conductos. Cruzó los túneles de cilindros de material gris, la temperatura de 16°C, el quietud absoluto del interior de lo que los constructores habían hecho. Salió a la superficie del Astral donde el aire olía a mercurio, a la ausencia de Themis, a la fragmentación de Helios y a la partida de Gaia. El aire del Astral contra la cara. La diferencia de temperatura entre 16°C y 12°C. El viento del Astral que no era viento sino corriente de campo electromagnético.

Fumó mientras caminaba de vuelta al puerto. Las botas sobre la roca negra. El sonido seco sin eco. El humo inclinándose hacia el este con la corriente de campo.

$$\chi e^{\chi} = 1$$

El código era el error. El error era el código. La ecuación que no se resuelve porque la solución es la ecuación. El electrón de Wheeler que va y viene, que crea el universo como error de flujo y que el corrector quiere eliminar pero que no puede eliminar porque

eliminar el error es eliminar la ecuación. Sin ecuación no hay corrector.

Saya lo habría dicho en tres palabras. ## 028 VIEJITO

El campamento estaba en la costa sur, donde la arena de grafito se encontraba con las rocas negras y el mercurio hacía un ruido diferente, más agudo, más metálico, el sonido del mercurio chocando contra roca densa en lugar de arena suelta. El sonido de monedas de cobre cayendo en un cuenco de latón.

Xochipilli atracó Doña Nube en un muelle improvisado, hecho con tablones de barcos rotos clavados en postes de madera de deriva, el mismo tipo de muelle que habían visto en todos los asentamientos post-guerra. Tablas que no coincidían en anchura ni en grosor ni en color, clavadas juntas con clavos de hierro que se oxidaban en el aire del Astral y que dejaban manchas naranjas en la madera gris. El muelle crujía con la inseguridad de lo que fue armado de prisa y que no sabía cuánto aguantaría.

El campamento tenía trescientas personas. Trescientas dos, si contabas a los dos que habían llegado esa mañana y que todavía no habían sido contados, un hombre y una mujer del centro que habían caminado durante semanas y que estaban sentados en la arena de grafito con la mirada de quien ha caminado hasta que los pies dejaron de importar.

Xochipilli bajó al muelle con dos sacos de información: posiciones de los hemacronos oscuros en el centro, patrones de patrullaje, rutas de los barcos negros, horas en que cambiaban de sector. Estado de las corrientes del norte, cuáles funcionaban, cuáles se habían detenido con la pérdida de coherencia de Helios. Coordenadas del nuevo lago de mercurio donde Gaia se había hundido, la X en el

mapa, la depresión circular de treinta metros. Información que valía comida y agua porque en el Astral post-guerra la información era moneda y la moneda era supervivencia.

Lo vio antes de llegar al centro del campamento.

Un hombre viejo, más viejo que viejo, con una antigüedad que no se medía en arrugas sino en densidad. El cuerpo del jardinero era denso, no gordo, no musculoso, denso. La densidad de lo que ha acumulado años en cada célula y que la acumulación ha compactado. El navegante era pequeño, un metro sesenta y algo, con los hombros caídos y la espalda curvada y la cabeza adelantada como la de alguien que ha pasado años mirando hacia abajo.

El hombre estaba sentado en un tronco frente a un grupo de niños. Siete niños entre cuatro y nueve años. Los niños del campamento, hijos de refugiados, hijos de pescadores muertos, hijos de nadie que habían llegado solos y que el campamento había absorbido con la mecánica de un organismo que absorbe lo que encuentra. Los niños no se movían. Los niños del campamento sur siempre se movían, corrían, peleaban, lloraban, gritaban, hacían todo lo que los niños hacen cuando el mundo que conocen ha sido destruido y lo único que les queda es el cuerpo y lo que el cuerpo sabe hacer. Pero estos siete estaban quietos. Sentados en la arena de grafito. Mirando al viejo con la atención de quien mira lo que no entiende pero que quiere seguir mirando.

El viejo contaba un chiste.

¿Saben por qué el mercurio no tiene amigos?

La voz del hombre era suave, no la suavidad de la debilidad, la suavidad de lo que no necesita fuerza para ser escuchado. Una voz

que se metía en los oídos con la facilidad de lo que encuentra su camino sin empujar.

Los niños no respondieron. Los niños no respondían porque habían olvidado cómo responder a preguntas que no eran sobre comida o peligro o dónde dormir. Las preguntas que estos niños conocían eran: “¿hay agua?” y “¿dónde están los hemacronos?” y “¿quién murió?” Las preguntas con respuesta. Las preguntas de supervivencia. “¿Saben por qué el mercurio no tiene amigos?” no era una pregunta de supervivencia. Era una pregunta que no entendían.

Porque es demasiado denso para flotar y demasiado brillante para pasar desapercibido. Igual que mi suegra.

La calma de siete niños procesando algo que no era amenaza ni comida ni instrucción. Después una risa. Un niño de seis años que se rió con la boca cerrada, la risa de alguien que no recuerda cómo se ríe con la boca abierta. La risa salió por la nariz, un soplando nasal corto, involuntario, el cuerpo reaccionando antes de que la mente decidiera si reaccionar era seguro. La risa se contagió a otro, un niño de ocho años que soltó un sonido parecido a un hipo. Y a otro, una niña de cuatro que se tapó la boca con las dos manos y se rió detrás de los dedos. Tres niños riéndose con la boca cerrada de un chiste malo sobre el mercurio y una suegra que probablemente no existía.

Xochipilli se detuvo a diez metros.

La frecuencia le llegó a los huesos.

No fuerte, débil. Un zumbido bajo que resonaba en el esternón y en las clavículas y en los huesos de las muñecas. La frecuencia era como un eco lejano, la versión atenuada de lo que en su forma original sería potente, devastador, pero que había perdido la mayor parte de su potencia y que llegaba como un susurro donde debería

haber llegado como un grito. Una frecuencia que no era humana. Tampoco era hemacrona. No lucía como del Astral ni del PB ni del PM. Era algo más, un fragmento de algo mayor que resonaba con la debilidad de un eco: la señal original tan lejos y tan antigua que lo que quedaba era apenas un susurro en los huesos.

Xochipilli se quedó mirando al viejo.

Los ojos. Los ojos del jardinero eran el problema. No el color, el color era gris, como los ojos de la mayoría de los habitantes del Astral Sur, el gris del mercurio diluido que el Astral le daba a los ojos de sus habitantes con los años. El problema era lo que había detrás del color. Lo que había detrás era vacío. No el vacío de la estupidez ni el vacío del cansancio ni el vacío de la tristeza, vacíos que Xochipilli conocía. Vacíos que había visto en ojos de refugiados y piratas y pescadores y en sus propios ojos reflejados en el mercurio. Vacío literal. Un espacio detrás de los iris donde debería haber algo, memoria, identidad, continuidad, y donde no había nada. La clase de vacío que se ve en las ventanas de casas abandonadas: la estructura está, pero el interior se fue.

Este hombre no era completamente humano.

Xochipilli lo supo como Jardinero, la frecuencia en los huesos lo confirmó, el vacío en los ojos lo confirmó, la densidad del cuerpo lo confirmó. Todo en el navegante decía fragmento, pedazo de lo que se rompió, trozo que camina solo, es parte de un todo que se deshizo. Un fragmento de algo mayor, algo que había tenido poder y presencia, frecuencia completa, que se había fragmentado, y que este pedazo había caído aquí, en un campamento del sur, contando chistes a niños que habían olvidado cómo reírse.

El viejo terminó el chiste. Los niños se dispersaron, los tres que se habían reído se fueron corriendo, las piernas recordando lo que la boca había despertado. Los otros cuatro se quedaron sentados un momento más antes de levantarse y caminar despacio hacia las tiendas.

El hombre se quedó sentado en el tronco con las manos en las rodillas y los ojos vacíos mirando el mercurio de la bahía. Las manos eran pequeñas manos de viejo, con la piel fina y las venas visibles y los nudillos abultados por la artritis del Astral que el mercurio causaba. Las manos estaban quietas sobre las rodillas con la pausa de lo que no espera nada.

Xochipilli se sentó a su lado. No al lado, a dos metros. La distancia de los que reconocen sin invadir. Dos metros de arena de grafito entre el tronco del jardinero y el pedazo de roca donde Xochipilli se sentó.

Sacó la boquilla. La encendió. El pedernal chispeó. El tabaco prendió. Fumó. El humo subió inclinado hacia el este, la corriente del campo electromagnético del Astral Sur empujando el humo con la constancia de un viento que no es viento.

El navegante lo miró. Los ojos vacíos procesaron algo que no era visual, la frecuencia de Xochipilli entrando en el espacio vacío detrás de los iris y resonando con el fragmento que el viejo no sabía que era. La resonancia fue mínima, un eco respondiendo a otro eco, dos debilidades encontrándose.

¿Vendes té? - preguntó el hombre.

Ya no.

Lástima. Me gusta el té. El té del norte, el que sabe a mineral.

No queda del norte.

No queda de muchas cosas.

Quietud. La calma de dos seres que no son completamente lo que parecen compartiendo un tronco y un mercurio y un cielo gris y la frecuencia residual de lo que ninguno de los dos iba a nombrar. La pausa de Don Humo que era la quietud de la pérdida y la calma del Viejito que era la pausa del vacío. Dos quietuds diferentes que sonaban igual.

Me llaman el Viejito - dijo el jardinero.

A mí me llaman Don Humo.

¿Por el humo?

Por el humo.

El Viejito registró. Los Jardineros no preguntaban. El Viejito tampoco. Dos calmas que se reconocían mutuamente la calma del que carga y la pausa del que está vacío, los dos sentados en la costa del Astral Sur mientras el mercurio hacía su ruido de monedas contra latón.

Xochipilli fumó. El Viejito miró el mercurio. Los niños jugaban a lo lejos, tres de los siete habían empezado a correr de nuevo. Correr era lo primero que volvía después de la risa. Las piernas se desbloqueaban cuando la boca recordaba cómo hacer sonidos que no fueran gritos ni llanto. Los chistes del Viejito devolvían las piernas a los niños que habían olvidado cómo usarlas.

El Viejito contaba chistes porque el vacío necesitaba llenarse con algo y los chistes eran lo más ligero que existía. Un chiste pesa menos que un recuerdo. Un chiste no duele al salir, no arrastra nada, no remueve nada, no toca las partes que duelen. Un chiste es la versión mínima de una conexión, dos personas y una expectativa rota que produce sonido. El Viejito llenaba el vacío con sonidos que no

pesaban. El vacío detrás de los ojos grises llenándose por un segundo con la risa de un niño de seis años y vaciándose otra vez cuando la risa se acababa y llenándose otra vez con el siguiente chiste.

Xochipilli no preguntó qué era el Viejito. Los Jardineros no preguntan. Pero la semilla en el bolsillo del chaleco registró la frecuencia. La semilla registraba todo: la canción de Helios, las coordenadas de Raíz, la frecuencia de los cristales de Juliana, y ahora el eco débil del fragmento que habitaba detrás de los ojos grises del Viejito. Todo entraba en la semilla. Todo se quedaba. Cuatro gramos de almacenamiento que pesaban más que el chaleco. ## 029
PÉRDIDA

Xochipilli intentó volver al PB nueve veces.

La primera vez: la corriente submarina de Saya. La ruta que funcionaba cada treinta y ocho días, la ruta que la familia de Saya había navegado durante generaciones, la ruta que la abuela de Saya le había enseñado a Saya y que Saya había navegado descalza con las plantas de los pies leyendo la frecuencia del mercurio. El punto de cruce existía Xochipilli lo encontró en el mapa de piel de animal. Fondeó a Doña Nube sobre el remolino exacto, sobre las coordenadas que Saya había marcado con la punta de la aguja de hueso. Esperó los treinta y ocho días. Esperó sentado en la cubierta con la madera entre las ruedas y los ojos fijos en el mercurio debajo de la quilla. La corriente no se activó. El mercurio no giró. El remolino no se formó. El punto de cruce estaba sellado, sellado desde abajo. Desde las capas profundas donde la corriente se generaba, desde donde algo había decidido que la corriente no se generaría más.

La segunda vez: el canal natural que había usado para volver al Astral desde el PB. El lugar donde el agua salada se mezclaba con el mercurio, la línea de contacto del color del bronce, los doce metros de ancho. Navegó once días hasta la costa. El canal estaba seco. No seco de agua, seco de conexión. El agua del PB y el mercurio del Astral ya no se tocaban. La línea de bronce no existía. Donde antes los dos líquidos corrían uno junto al otro había un muro invisible, una frontera dura entre planos donde antes había una frontera porosa. La porosidad se había cerrado.

La tercera vez: una ruta que Copal conocía, un paso terrestre en el sureste del Astral donde la roca se adelgazaba y el gradiente entre planos permitía cruzar a pie. Xochipilli caminó cuatro días hasta el paso, cuatro días de roca negra y cristales pulsantes y silencio bajo las botas. La roca no se adelgazaba. La roca era sólida, sólida del modo que la roca es sólida cuando no hay gradiente. Cuando el plano no termina, cuando la frontera no existe. El paso se había cerrado.

La cuarta, quinta, sexta, séptima y octava: variaciones de las tres primeras. Corrientes submarinas que ya no funcionaban, los puntos de cruce muertos, el mercurio quieto donde debería girar. Canales que se habían cerrado, las fronteras porosas convertidas en fronteras duras. Los gramueles eliminados. Pasos terrestres que se habían solidificado, la roca donde antes había adelgazamiento. Cada intento tomaba semanas navegar hasta el punto, fondear, esperar, intentar, fracasar, desamarrar, navegar de vuelta. Semanas que se convertían en meses. Meses que se convertían en años.

La novena vez, Xochipilli intentó una puerta.

Las puertas que los Jardineros habían sellado. Las puertas del Nexus que conectaban Le Jardin con cada plano, las once puertas,

once frecuencias, once voces que Xochipilli había ayudado a sellar con sánscrito tallado en la losa de arenisca. Xochipilli las había sellado él mismo, había sido su propuesta en Le Jardin. Su idea, su decisión. Sellar las puertas para proteger el flujo. Proteger el flujo de qué, del corrector, de lo que estaba debajo, de -exo1. Y ahora necesitaba una puerta y las puertas estaban selladas y el sello era suyo.

La puerta más cercana estaba en una grieta de roca en el Astral Centro, la grieta entre dos bloques de basalto, con sánscrito tallado en el borde que pulsaba con la frecuencia del sello. Xochipilli la encontró, la frecuencia del sello lo reconoció. Resonó con su frecuencia de Jardinero, pulsó con familiaridad, reconociendo a su creador. El sello se habría abierto para él. Un Jardinero podía abrir lo que un Jardinero sellaba, la frecuencia del creador era la llave del sello.

Pero detrás del sello, la puerta estaba muerta. No sellada, muerta. La conexión entre la puerta y el Plano Base no existía. El sello protegía una puerta que no iba a ninguna parte. Un cable cortado. Una cuerda sin nada al otro extremo. La puerta era un marco sin salida, la forma de lo que conecta sin la función de conectar.

El corrector había sellado los cruces. No las puertas, las conexiones entre planos. Las rutas específicas que los Jardineros y la familia de Saya conocían. Las rutas que un ser que cargaba frecuencia usaría para cruzar, las rutas que dejaban rastro electromagnético. Las rutas que el corrector podía detectar porque el paso de algo con frecuencia dejaba una firma en la frontera. El corrector no necesitaba sellar todas las fronteras. Solo las que los

Jardineros usaban. Solo las que alguien con la frecuencia de Xochipilli o la frecuencia de Nico podrían usar para moverse.

Quirúrgico. Preciso. Eficiente. La marca del corrector, la marca de cosa que no destruye sino que corta, que no borra sino que desconecta, que no mata sino que aísla.

Xochipilli podía seguir moviéndose dentro del Astral sin problema. Las corrientes internas funcionaban. Los puertos se conectaban. Doña Nube navegaba. Lo que no podía hacer era salir. Lo que no podía hacer era cruzar al PB. Lo que no podía hacer era ver a Nico.

Nico estaba en el Plano Base. Creciendo. Sin padre. Tenía padre. La frecuencia del niño creciendo también amplificándose con la edad, con la libertad del PB que no suprimía nada, con la ausencia de supresión que las Torres del PM imponían. La abuela moviéndose con Nico, las corrientes alteradas empujándolos de asentamiento en asentamiento. De costa en costa, buscando estabilidad en un PB que se volvía inestable porque el corrector calibraba y la calibración alteraba y la alteración movía a la gente. Nico creciendo en un lugar que cambiaba y un padre que no estaba.

Xochipilli fondeó Doña Nube en la bahía más cercana a la cueva de Juliana. Bajó al muelle de tablas podridas. Caminó las dos horas. Botas sobre roca negra. Cristales pulsantes. Quietud. Entró en la cueva. Se sentó en el suelo frío.

El ébano estaba lleno. La encendió. Fumó. El humo subió en la luz intermitente de los cristales gris sobre azul, visible e invisible. La boquilla se terminó. La ceniza se enfrió en la cazoleta. Detrás, la rellenó. Con cuidado, la encendió. Fumó. Se terminó. La rellenó. La encendió. Se terminó. La rellenó.

Toda la noche.

El tabaco del sur se acabó. Las reservas que le quedaban, medio saco de hojas saladas que sabían a metal, se consumieron en una noche. Hoja tras hoja. Cazoleta tras cazoleta. El humo llenando la cueva con una densidad que los cristales pulsantes apenas podían atravesar. El humo denso de una noche de fumar sin parar, la mecánica del hábito convertida en mecánica de supervivencia. La mano llenando la madera porque la mano necesitaba hacer algo y lo único que la mano sabía hacer era llenar el ébano.

Juliana no habló. Juliana sostenía los cristales con las dos manos y los ojos cerrados y la frecuencia mezclándose con la de los cristales y no comentó nada porque no había nada que decir. Porque los Jardineros entienden que hay pérdidas que no se consuelan y que el consuelo es una forma de mentira. Que la verdad es que Nico estaba lejos y que lejos iba a quedarse, que la distancia entre un padre y un hijo que no sabe que tiene padre no se mide en kilómetros sino en silencios acumulados.

Al amanecer, Xochipilli se levantó. Las rodillas crujieron. La espalda baja protestó. Los ojos le escocían del humo de toda la noche, los ojos rojos, las conjuntivas irritadas por horas de humo concentrado en un espacio cerrado. Guardó la boquilla. Vacía. El saco de tabaco vacío. El bolsillo del chaleco más ligero.

Necesito más tabaco, añadió.

Fue lo único que dijo sobre lo que había perdido. ## 030
NOMBRE

El niño tenía siete años.

Refugiado del sur. Uno de los que habían llegado al asentamiento que se estaba construyendo en las ruinas de Ciudad Central, el

asentamiento que iba a convertirse en la meca del conocimiento del Astral, la ciudad que todavía no tenía nombre porque las ciudades se ganaban el nombre. El niño vivía en una tienda de cuero seco con su madre y su hermana. La tienda era de cuero de animal del Astral, curtido con sal de mercurio, rígido y gris, con el olor metálico que todo en el Astral tenía. El padre había desaparecido en la invasión, no muerto, desaparecido, con la ambigüedad de los que desaparecen en una guerra donde los cuerpos se disuelven y no hay cadáver que confirme nada.

El niño tenía las rodillas huesudas de los niños que crecen rápido y la mirada rápida de los niños que han aprendido a evaluar el peligro antes de evaluar cualquier otra cosa. Los ojos se movían de izquierda a derecha, de arriba abajo, escaneando el entorno con la frecuencia de alguien que ha vivido en zonas donde no escanear era morir. Los ojos del niño se detenían en las cosas que podían ser peligrosas y pasaban de largo las que no.

Xochipilli estaba sentado en una piedra frente a las ruinas. Fumaba. La piedra era de material gris de los constructores, un bloque que se había separado de una plataforma y que había rodado hasta el borde de lo que estaba siendo construido. El bloque era liso y frío y pesaba tanto que nadie lo había movido, y alguien lo usaba como asiento. Xochipilli lo usaba como asiento.

Las ruinas de Ciudad Central tenían la infraestructura de los constructores: conductos de amplificación que corrían por debajo del suelo como un sistema circulatorio de piedra gris, plataformas de material gris que servían como cimientos para lo que se construyera encima, muros incompletos que indicaban la forma de lo que había sido. Los sobrevivientes estaban construyendo encima paredes de

piedra volcánica negra sobre cimientos de material gris, techos de tela encerada sobre plataformas que habían sostenido templos. La mezcla de lo viejo y lo nuevo tenía la estética de lo provisional que se convierte en permanente por inercia, las tiendas de cuero reemplazadas por paredes de piedra, las paredes de piedra coronadas por techos que todavía no eran permanentes, la ciudad creciendo capa por capa.

El niño pasó corriendo frente a Xochipilli. Los pies descalzos sobre el material gris producían un sonido amortiguado de piel contra material que absorbe. Se detuvo. El movimiento fue abrupto, el cuerpo de un niño que corre y que se detiene de golpe porque algo le llama la atención. Miró al viejo sentado en la piedra con la madera humeante. Miró el humo que subía recto en el aire inmóvil, recto porque el aire del Astral Centro era inmóvil, sin corrientes de campo, el aire muerto de una zona donde las frecuencias de los dioses ya no llegaban. Miró al viejo otra vez.

Ese señor es puro humo, dijo el niño.

Se lo indicó a su hermana, que pasaba detrás de él, cinco años, pelo negro, la indiferencia de los cinco años que no necesita opinar sobre lo que el hermano mayor observa. La hermana seguía corriendo. No le interesaba ni el navegante ni el humo ni la observación de su hermano. El niño siguió corriendo detrás de ella.

El viejo.

La frase se quedó. No porque Xochipilli la adoptara ni porque la aceptara ni porque le gustara. Se quedó del modo que se quedan las cosas que son verdad: sin esfuerzo, sin ceremonia, por gravedad. Las verdades caen donde caen y se quedan donde caen porque la gravedad de la verdad es más fuerte que la voluntad de negarla.

Un viejo que fuma es un viejo que fuma. Un viejo que es humo es otra cosa. El humo es lo que queda cuando algo se quemó. El humo es la evidencia de un fuego que ya no existe, la columna de partículas que sube de lo que fue, que señala el lugar donde algo ardió. Despacio, el humo sube y se disipa y desaparece y no deja rastro excepto el olor. Sin decir nada, el olor del humo se queda en la ropa, en el pelo, en la madera del barco, en las paredes de la cueva. El olor del humo permanece cuando el humo se ha ido.

El hombre.

Xochipilli Topec había sido comerciante. Xochipilli había sido Jardinero. Xochi había sido amante de Saya. Topec había sido el joven que encontró Le Jardin. El jardinero era lo que quedaba, el humo de todas esas combustiones, la columna que subía de todo lo que se había quemado.

El apodo creció con la carga. Y la carga, para este momento, era de décadas: Saya muerta en Puerto Rojo bajo arena de grafito. Nico lejos en el PB, creciendo sin padre, la frecuencia amplificándose en un plano que no suprimía nada. Themis muerta en un flash blanco que duró cuatro segundos y un infrasonido que duró once. Gaia hundida en su propia tierra, un lago de mercurio donde antes había diosa. Helios fragmentándose en una canción que descendía de 432 a donde quiera que terminara. Catorce Jardineros desaparecidos sin explicación ni despedida. Nueve intentos de cruzar al PB fracasados, nueve rutas selladas, nueve fronteras cerradas. Noches en la cueva de Juliana fumando sin hablar. El eco de la canción de Helios guardado en los huesos y en la semilla. La frecuencia del Viejito registrada sin comprender. Un bunker donde el corrector no contestó. Una

ecuación que era el error. Una semilla de cuatro gramos llena de datos que nadie había pedido y que pesaban más que el chaleco.

El navegante.

Xochipilli aceptó el nombre fumando el ébano. La aceptación no fue ceremonia. La aceptación fue la bocanada siguiente, la bocanada que subió después de que el niño corriera y que subió como las anteriores, pero que subió desde alguien que había dejado de ser Xochipilli ni Xochi ni Topec, sino el viejo.

Esa noche fue a la cueva.

La caminata de dos horas la hizo en la oscuridad del Astral, la oscuridad densa del sur, más densa que la del norte, donde había escuchado el eco de Helios. La roca negra bajo las botas. Los cristales pulsando en las paredes del acantilado, dos segundos de azul, tres de negrura, la respiración de la roca. El olor a mineral y a electricidad estática. La ruta conocida, las botas sabían el camino, los pies habían memorizado cada irregularidad del terreno, cada saliente, cada escalón natural que la roca formaba.

La cueva estaba vacía.

Los cristales seguían pulsando, dos segundos de luz, tres de oscuridad. El ritmo no había cambiado. El borde del Vacío seguía ahí, Xochipilli lo notaba en las muelas, la presión del vacío empujando contra los cristales que lo contenían. La presión era la misma. Los cristales sostenían. Sostenían sin Juliana.

Juliana no estaba.

No había rastro. No había nota. No había explicación. Los Jardineros no dejaban notas, los Jardineros dejaban ausencias. Los

cristales no tenían marcas de manos, cuarenta y tres años de palmas apoyadas contra la superficie, y los cristales no guardaban la marca porque los cristales guardaban frecuencia, no contacto. Juliana había estado y ahora no estaba. La cueva seguía funcionando sin ella, los cristales que Juliana había cargado con su frecuencia durante cuarenta y tres años tenían inercia suficiente para sostener el borde del Vacío sin una Jardinera que los alimentara. Inercia. No permanencia. Inercia, la fuerza que mantiene las cosas funcionando después de que la fuerza que las inició se retira.

El asentamiento de doscientos pescadores seguía vivo. El borde no se había expandido. Los tres metros de margen seguían siendo tres metros.

Xochipilli esperó.

El primer día se sentó en el suelo donde Juliana se sentaba, el suelo gastado por cuarenta y tres años de cuclillas, la roca ligeramente pulida en el lugar donde las rodillas y los pies y las nalgas de Juliana habían estado. Fumó. Los cristales pulsaban. La cueva respiraba. Juliana no venía. El humo de la boquilla se mezclaba con la luz pulsante y producía el mismo efecto que siempre, visible durante dos segundos, invisible durante tres.

El segundo día caminó al puerto. Preguntó. Nadie la había visto. Nadie la recordaba. Cuarenta y tres años en la cueva la habían hecho invisible para los que no sabían que existía. La gente del puerto conocía la cueva. La gente del puerto no conocía a Juliana. La cueva era un accidente geográfico. Juliana era una Jardinera que había sostenido un borde del Vacío para que doscientas personas siguieran vivas, y las doscientas personas no sabían que existía.

El tercer día volvió a la cueva. Vacía. Los cristales. El pulso. El borde.

Xochipilli selló la cueva.

Usó la técnica de los Jardineros, el mismo tipo de sello que había puesto en las puertas del Nexus. Frecuencia calibrada, aplicada a la roca de la entrada, sánscrito tallado con un fragmento de cristal en la roca volcánica del marco. El sello pulsaba con la frecuencia del hombre, ya no con la frecuencia de Xochipilli, sino con la frecuencia de lo que Xochipilli se había convertido. El sello cerraba el acceso sin destruirlo. Si Juliana volvía, podría abrir el sello con su propia frecuencia. Si no volvía, la cueva quedaría sellada y los cristales sostendrían el borde del Vacío por inercia hasta que la inercia se agotara.

Los Jardineros no despedían. Los Jardineros desaparecían.

Juliana había desaparecido como los otros catorce. Una noche. Sin explicación. Sin despedida. La primera compañera que el jardinero había tenido después de Saya, no compañera romántica, compañera de trinchera, compañera de silencio y cristales y borde del Vacío. Y las dos se habían ido del mismo modo, Saya por una araña, Juliana por nada. Las dos sin despedirse. Las dos dejando un espacio que no se llenaba.

Los sobrevivientes se reunieron en las ruinas de Ciudad Central. Nórdicos con hachas melladas los cuatrocientos que quedaban, con las barbas trenzadas y los ojos acostumbrados al combate. Samurais del este que habían cruzado el perímetro de dragones-lobos con permiso de la loba alpha guerreros con armadura de escamas

metálicas que brillaban con frecuencias propias. Guerreros que caminaban con la precisión de quienes miden cada paso. Piratas con barcos parchados los sobrevivientes del mar, con la piel curtida por el mercurio y las manos deformadas por el timón. Comerciantes sin mercancía hombres y mujeres que cargaban la habilidad de comerciar sin tener nada que comerciar. Jardineros tres: Copal con su brazo de madera de los constructores que funcionaba mejor que el original. Raíz que solo decía coordenadas y que las coordenadas eran suficientes, y el navegante con su la madera y su nuevo nombre.

Necesitamos una ciudad - comentó Ragna. Ragna que medía dos metros y que susurraba y que el susurro era suficiente porque el susurro de Ragna llenaba el espacio con la autoridad de alguien que no necesita gritar para ser escuchado. Ragna que había perdido cuatrocientos guerreros y la mitad de su territorio y un ojo que no se mencionaba porque los vikingos no mencionaban lo que perdían la pérdida era privada. La pérdida se cargaba sin exhibir, la pérdida existía en la calma entre las palabras.

Necesitamos conocimiento - dijo un samurai. Un hombre viejo con escamas metálicas en los hombros que brillaban con una frecuencia propia las escamas de rango que indicaban antigüedad y sabiduría y el número de batallas sobrevividas. El número de escamas del samurai indicaba que había sobrevivido más batallas de las que la mayoría vivía.

Necesitamos tecnología - comentó un pirata. Un hombre joven con tatuajes de corrientes marinas en los brazos líneas azules que seguían las rutas que había navegado, el mapa del Astral tatuado en la piel y la cara quemada por el sol que no se movía.

Necesitamos las tres cosas - dijo el viejo.

La voz del hombre era la voz ronca de siempre la voz de alguien que fuma más de lo que habla, la voz del tabaco del sur que le raspaba la garganta. Pero la voz tenía lo que las voces de los otros no tenían: la autoridad de quien no necesita la ciudad para sí mismo. El jardinero no necesitaba una ciudad. El navegante tenía un barco. La autoridad del que propone lo que no necesita es la autoridad más difícil de cuestionar.

El viejo propuso la ubicación: las ruinas de Ciudad Central. Los cimientos de los constructores. Los conductos de amplificación que todavía funcionaban los cilindros de material gris que corrían por debajo del suelo y que transmitían frecuencia sin degradación. La infraestructura que había sobrevivido a la invasión porque el material de los constructores no se degradaba.

La ciudad se construiría sobre las ruinas. La ciudad tendría lo que las ruinas ofrecían: conductos para transmitir frecuencias, plataformas para instalar laboratorios, cimientos para levantar centros de transmisión donde el conocimiento se codificara en cristales y se distribuyera por los conductos a quien lo necesitara. No bibliotecas con estantes y polvo centros de transmisión. Cristales que almacenaban y conductos que distribuían. El conocimiento como frecuencia. No como papel. El conocimiento como resonancia que viaja por la piedra y que llega a quien tiene los cristales calibrados para recibirla.

La ciudad todavía no tenía nombre.

Las ciudades se ganaban el nombre.

El hombre fumó mientras los demás discutían los detalles. Logística quién traía piedra, quién traía madera, quién sabía cortar material de los constructores y la respuesta era nadie pero alguien

aprendería. Materiales la roca volcánica del Astral para las paredes, la tela encerada del PB para los techos temporales. El metal azulado del norte para las herramientas. Turnos de construcción los nórdicos trabajaban de día, los samurais de noche, los piratas cuando les daba la gana. Distribución de espacio quién vivía dónde, quién construía qué, quién se encargaba de qué sector.

Las cosas que hacen que una ciudad sea una ciudad. Don Humo no discutía detalles. El jardinero proponía ubicaciones y después dejaba que los que sabían construir construyeran. La función del navegante era la función de siempre: proponer, cargar, fumar.

Doña Nube estaba en el puerto de las ruinas. Crujiendo. El barco atracado en el muelle improvisado de tablas de barcos rotos, crujiendo regular, opinando sobre lo que pasaba a su alrededor. El barco era la taberna informal el lugar donde la gente se reunía porque el barco tenía cubierta y la cubierta tenía sombra y la sombra era escasa en el Astral Centro. La taberna era el punto de reunión y el punto de reunión era el inicio de lo que todavía no tenía nombre.

El niño de siete años corrió entre las piernas de los adultos que discutían. Las piernas de los nórdicos gruesas, con pantalones de cuero. Las piernas de los samurais delgadas, con espinilleras de metal. Las piernas de los piratas morenas, con tatuajes que bajaban hasta los tobillos. El niño corría entre las piernas con la habilidad de los niños que corren entre obstáculos.

Se detuvo frente a Don Humo.

¿Eres puro humo?

Puro humo.

El niño registró. La cabezada breve de un niño de siete años que ha confirmado una hipótesis. Siguió corriendo. Los pies descalzos

sobre el material gris de los constructores. El sonido amortiguado alejándose.

Don Humo fumó el ébano hasta que el tabaco fue ceniza y la ceniza se enfrió y la boquilla se quedó entre las muelas con el peso de lo que ya no arde pero todavía está tibio.

- ○

FIN DE TEMPORADA 3: EL JARDINERO

Siguiente: TEMPORADA 4 EL PADRE “Lo que no se dice”

- ○

- ○ **MEDIOEVO XII DON HUMO**

TEMPORADA 4: EL PADRE

“El que carga”

- ○

031 CRUCE

El viejo se despidió de Doña Nube un martes que no existía.

Puso la mano en el casco. La madera estaba tibia, siempre estaba tibia, sin importar la temperatura del aire ni del mercurio ni de lo que hubiera alrededor. Cuatrocientos años de barco y la madera seguía tibia. La tibieza de algo vivo, no la del sol que calienta ni la del fuego que quema, sino la tibieza de un organismo que mantiene su propia temperatura. Treinta y siete grados. La temperatura del cuerpo humano en algo que no era cuerpo humano. El viejo no sabía de qué estaba hecha Doña Nube. Nadie lo sabía. El barco existía antes que la memoria de cualquiera que lo hubiera visto antes que

los Jardineros, antes que Le Jardin, antes que las cinco civilizaciones del Astral.

La mano en el casco. Los dedos abiertos, la misma postura de mano abierta que Nico hacía cuando no entendía algo, los dedos extendidos, la palma recibiendo. La palma sintiendo las vetas de la madera y el borde de cobre de las juntas y la aspereza de los percebes que se adherían al casco por debajo de la línea de flotación. Los percebes crujían bajo los dedos, pequeños chasquidos de lo que se agarra a lo que no se mueve.

Doña Nube crujió. No el crujido de navegación ni el de atraque ni el de tormenta, sino el crujido largo. Tres segundos. El crujido de lo que sabe.

No puedo llevarte - añadió el viejo.

El barco crujió otra vez. Más corto. Un segundo. El crujido de lo que pregunta.

No puedes cruzar la frontera terrestre. Eres demasiado grande. Eres demasiado del Astral.

Doña Nube no crujió. La pausa del barco era la quietud de lo que entiende. El mercurio chapoteaba contra el casco, el sonido constante del medio que sostenía al barco. Pero Doña Nube no crujió.

El hombre sacó la mano del casco. Se la miró. La mano de doscientos y tantos años, la piel curtida por el mercurio del Astral y la sal del PB y el aire seco del PM, las venas marcadas en el dorso. Los callos en la base de los dedos donde la madera se apoyaba. La mano que había cargado cajas de doce kilos por muelles de madera podrida. Arriba, la mano que había encendido el ébano con pedernal en ensenadas oscuras. Justo entonces. La mano que había sostenido

a un bebé de tres kilos que emitía frecuencias en la bodega de este mismo barco. La mano que había tocado la cara fría de una mujer muerta en Puerto Rojo, la piel fría de Saya. La temperatura del cuerpo bajando grado a grado mientras la mano de Xochipilli medía la muerte con el tacto. La mano que ahora dejaba un barco.

Bajó la plancha. Los escalones de siempre. El séptimo escalón. La espalda baja. Por última vez. Los pies en el muelle. No se dio vuelta.

Doña Nube estaba fondeada en una bahía del Astral Sur, aguas poco profundas, fondo de arena y roca, corrientes débiles que no moverían un barco de cuatrocientos años. El ancla hundida en coral que crecía alrededor del hierro. Las velas recogidas. Las cuerdas que Saya no reparó y que Don Humo reparó mal, los nudos torcidos. La tensión desigual, el hilo que se deshilachaba. La hendidura en la tapa del segundo barril de proa donde su cadera encajaba. La bodega donde Nico nació.

El Jardinero caminó hacia la frontera.

Lo que pasó con Doña Nube:

Sin capitán, el barco derivó. Las corrientes débiles de la bahía lo empujaron hacia la costa centímetro a centímetro, día a día, con la lentitud de lo que no tiene prisa porque no tiene a dónde ir. El mercurio moviendo al barco con la pasividad de un medio que no elige dirección. La quilla tocó la arena. El contacto fue suave, la quilla hundiéndose en arena de coral con la gentileza de lo que aterriza. Después la roca. El casco se inclinó tres grados a babor y se quedó. La inclinación mínima, tres grados. Apenas perceptible, suficiente

para que el agua de lluvia corriera hacia babor, pero no suficiente para que el barco se sintiera torcido.

Encallado.

Las primeras raíces aparecieron en la segunda semana. Salieron de la quilla, no de fuera hacia adentro, sino de adentro hacia fuera, como si la madera de Doña Nube hubiera estado esperando el contacto con la tierra para hacer lo que la madera sabe hacer cuando deja de ser barco. La madera que navega es madera que se mueve. La madera que encalla es madera que crece. Las raíces eran gruesas, del grosor de un dedo meñique primero, del grosor de un pulgar después, del grosor de una muñeca al mes. Del color del cobre oxidado, el verde oscuro del cobre que el mercurio del Astral corroía con la lentitud de lo que corroe sin prisa. La textura de cuerdas de cáñamo mojadas, fibrosas, retorcidas, con la firmeza de lo que agarra. Se hundieron en la arena. Se abrieron camino entre las rocas, las rocas del fondo cediendo a la presión de las raíces con la pasividad de la roca que no puede resistir a lo que crece. Se anclaron.

Tres metros de raíces. Tres metros en todas direcciones. Un círculo de raíces densas que convertía el fondo de la bahía en un entramado de madera viva que ya no se movería. El barco que había navegado cuatrocientos años anclado por raíces que habían crecido en dos semanas. El ancla de hierro cubierta de coral era innecesaria. Las raíces eran ancla suficiente.

Después vinieron los retoños.

Brotaron del casco. De las juntas de cobre, las juntas que Saya había sellado con resina del Astral. De las grietas entre tablones, las grietas que el viejo nunca reparó porque reparar el casco no fue su habilidad. De los agujeros donde los percebes habían abierto espacio,

los percebes retirándose para darle lugar a lo que crecía. El parasitismo cediendo ante la simbiosis. Brotes verdes primero, del verde oscuro de las plantas del Astral, sin la luminosidad del verde del PB. Después ramas. Finas, flexibles, con hojas pequeñas que no se parecían a las hojas de ningún árbol del Astral. Las hojas eran del color del cobre nuevo, brillantes, metálicas, con un brillo que no dependía de la luz sino de la frecuencia que la madera emitía. Las ramas crecieron hacia arriba y hacia los lados. Cuatro metros de retoños. Cuatro metros de madera nueva que nacía de la madera vieja.

Doña Nube se convirtió en lo que siempre había sido: madera. Pero ahora era madera que daba madera. Los retoños tendrían el mismo material que el casco, la madera desconocida que no se degradaba, que se ajustaba al peso, que estaba siempre tibia. La madera flotaría. Los barcos que se construyeran con esa madera serían hijos de Doña Nube. La siguiente flota del Astral nacería de los retoños de un barco que un comerciante de té había dejado en una bahía porque no podía llevarlo a donde iba.

El Jardinero se fue y su barco se volvió jardín.

La frontera terrestre era tres días de caminata.

Del Astral al PM por el gradiente, el kilómetro de terreno donde todo cambiaba de textura. El navegante ya lo había cruzado antes, cuando provocó el Y2K sin saberlo. Tres días de musgo gris y roca lisa y ozono diluido. El gradiente cambiándole la temperatura y los oídos y el olfato con cada kilómetro. Esta vez cruzó con los ojos abiertos. Mirando. Registrando. Los niveles del PM. La burocracia,

los códigos, todo eso ya lo sabía del primer cruce. Era dónde podía respirar.

Lo descubrió en la primera semana.

Los niveles bajos del PM tenían puntos ciegos. Sótanos debajo de edificios de concreto donde las Torres TAAT perdían señal. No porque las Torres no llegaran, sino porque la estructura de ciertos edificios bloqueaba la frecuencia de supresión como una roca bloquea una corriente: no por diseño sino por accidente. Las paredes de concreto reforzado de ciertos edificios, los que habían sido contruidos antes de que las Torres se calibraran para penetrar toda estructura, absorbían los 0.12 Hz y no los dejaban pasar al sótano. Los sótanos de la resistencia. Los sótanos donde la gente que sabía que estaba suprimida se juntaba para no estarlo durante unas horas.

Don Humo encontró el primer sótano en el Sector 7 de Entreternia. Bajó las escaleras de concreto, escaleras sin barandal, con los escalones gastados por los zapatos de la gente que bajaba a no ser medida. Empujó la puerta de metal, metal sin pintura, con óxido en las bisagras. Entró.

El sótano olía a humedad y a cuerpos juntos y a la comida recalentada que alguien había cocinado en un hornillo de gas, el olor de la supervivencia en espacios cerrados, el olor de la gente que se reúne donde puede. Diecinueve personas. Sentadas en sillas de plástico, en cajas de madera, en el suelo de concreto frío. Miraron al viejo que entraba con una boquilla entre las muelas y una niebla tenue que se disipaba en la puerta.

El viejo sacó la madera del bolsillo del chaleco. La llenó con tabaco del PM, las hojas de plástico y químico que no parecían

tabaco pero que ardían. La encendió con el pedernal. La chispa en la oscuridad del sótano.

El humo subió. El primer humo en el PM desde que el viejo había cruzado. Casi sin pensarlo, el humo subió recto en el aire inmóvil del sótano, recto porque el sótano no tenía corrientes, no tenía campo electromagnético, no tenía nada que moviera el aire. Cerca de ahí, el humo subió y se expandió, y la gente lo miró como se mira lo que se recuerda pero que no se ha visto en mucho tiempo, algo familiar convertido en extraño por la ausencia.

El hombre fumó en el sótano del Sector 7.

Y por primera vez en años, el ébano no era peso. Era la boquilla.

• **032 BÚSQUEDA**

La frecuencia de Nico había cambiado.

Don Humo la buscó del modo que un jardinero busca una frecuencia: caminando. Caminando por los niveles del PM con la madera apagada entre las muelas y los huesos del cráneo calibrados para detectar el zumbido bajo que Nico había emitido desde que nació. La frecuencia continua, baja, que resonaba en el esternón la frecuencia que el jardinero había sentido en la bodega de Doña Nube cuando Nico nació, la frecuencia que había crecido en el PB de cien metros a quinientos metros a omnipresente.

No la encontró.

Los primeros días caminó en línea recta del Sector 1 al Sector 14, de norte a sur, cubriendo Ciudad Esperanza con la metodología del comerciante que inventaría un almacén. Los pies sobre el pavimento

liso del PM las botas del Astral que se gastaban contra un suelo diseñado para gastar lo que caminara sobre él. Cada sector tenía el mismo aspecto: edificios de concreto de seis pisos con ventanas rectangulares, calles de cuatro metros de ancho, luminarias que emitían luz blanca a intervalos de veinte metros. La gente caminaba con la cabeza baja. El navegante caminaba con la cabeza ladeada, la oreja derecha más alta que la izquierda, el cráneo orientado para captar frecuencias. Nadie lo notaba. En el PM la gente no miraba a los demás.

Las Torres TAAT suprimían. La frecuencia de Nico en el PM no era la frecuencia de Nico en el PB amplificada, libre, expansiva, la frecuencia que hacía girar los botes en la bahía y que sincronizaba con las olas del océano. En el PM, la frecuencia de Nico estaba aplastada. Comprimida bajo los 0,12 Hz de las Torres hasta convertirse en algo que Don Humo no reconocía. Un susurro donde había habido una voz. La frecuencia de un niño que había crecido libre en el PB aplastada por un sistema diseñado para aplastar. El viejo calibraba los huesos del cráneo bajando la sensibilidad, subiendo el rango, buscando en frecuencias que no había buscado antes. Cada noche se sentaba en el borde de la cama de metal y se presionaba las sienes con los pulgares, la presión recalibraba los huesos temporales, reajustaba la sensibilidad, preparaba el cráneo para otro día de búsqueda. Las sienes dolían después de cada recalibración. El dolor de los huesos que se ajustan.

El hombre buscó durante años.

Se estableció en Ciudad Esperanza, una de las ciudades del PM, nivel dos, con edificios de concreto de seis pisos y calles de pavimento liso y gente que caminaba con la cabeza baja. Alquiló una

habitación en un edificio del Sector 12, un cuarto de tres por cuatro metros con una ventana que daba a un callejón donde la luz nunca llegaba directamente. La cama de metal con un colchón que olía a desinfectante, el olor institucional del PM, el olor de lo que se limpia sin cuidar. La mesa de madera prensada donde puso el ébano y el pedernal y la semilla negra con vetas doradas. Los tres objetos en la mesa. Los tres objetos que Don Humo tenía. La boquilla a la derecha, el pedernal en el centro, la semilla a la izquierda, el mismo orden que tenían en la mesa de la bodega de Doña Nube, el mismo orden que tendrían en cualquier mesa donde el jardinero los pusiera.

Las paredes de la habitación eran concreto sin pintura. El piso era concreto pulido. El techo era concreto con marcas de la cimbra de madera que lo había moldeado, las vetas de la madera impresas en el concreto, el fantasma de un material vivo en un material muerto. El navegante vivía en una caja de concreto que no se era en nada a la bodega de Doña Nube con su madera tibia y su olor a mercurio y a cáñamo. La diferencia le dolía en los hombros, el dolor de la postura del que duerme en un espacio que no le pertenece.

Empezó a operar como comerciante. No de té de información. El comercio de té requería mercancía y el viejo no tenía mercancía y el PM no tenía té que valiera la pena comerciar. El comercio de información requería saber cosas y el viejo sabía cosas, trescientos años de saber cosas, tres planos de saber cosas, la habilidad del comerciante que evalúa lo que tiene y lo que necesita y calcula la diferencia. La habilidad que había aprendido en los muelles del Astral, tasando hojas de té por peso y humedad, color, la aplicó a la información del PM, tasando datos por relevancia y urgencia, riesgo.

La información en el PM valía más que el metal y la comida y el agua. La información sobre qué sectores estaban vigilados, qué patrullas del GM cubrían qué calles a qué horas, cuántos agentes por patrulla, qué armas llevaban, qué frecuencia emitían sus dispositivos de rastreo. Qué túneles conectaban qué niveles, los túneles de mantenimiento que los técnicos usaban y que la gente de los niveles bajos usaba para moverse sin ser registrada, cuáles tenían cámaras, cuáles tenían puertas, cuáles tenían agua corriente. Qué funcionarios del GM aceptaban sobornos, los funcionarios que miraban hacia otro lado por un precio, los funcionarios que el sistema había corrompido con su propia rigidez, cuánto costaba cada mirada hacia otro lado. Qué frecuencia emitían las Torres en cada sector y a qué hora bajaban la potencia por mantenimiento, las ventanas de baja supresión que duraban entre veinte y cuarenta minutos y que la gente del PM no conocía porque la gente del PM no sabía que estaba suprimida.

El hombre recopilaba. Cruzaba datos en la mesa de madera prensada, notas en papel del PM, el papel gris y delgado que se rompía si lo doblabas más de tres veces. La letra del jardinero era pequeña y apretada, la letra de alguien que economiza espacio porque el espacio ha sido escaso durante trescientos años. Vendía el resultado a quien pagara, no en dinero, sino en favores. Favores que se acumulaban como la información en la semilla, despacio, sin prisa, sin un objetivo que no fuera acumular. Un favor por una ruta de túnel, un favor por un horario de patrulla, un favor por el nombre de un funcionario. Los favores eran la moneda de los niveles bajos, la moneda de la gente que no tiene dinero y que tiene cuerpo y tiempo y habilidades que ofrecer.

Se hizo invisible. Un viejo con la madera que hablaba en metáforas cuando hablaba y que callaba el resto del tiempo. Lo suficientemente raro para que la gente no lo tomara en serio, un excéntrico, un viejo con niebla que decía cosas que sonaban a delirio y que resultaban ser ciertas tres semanas después. Lo suficientemente útil para que no lo ignoraran, las coordenadas que el viejo daba eran correctas, los horarios que compartía eran exactos, los nombres que mencionaba eran los nombres correctos. El navegante se convirtió en lo que el PM necesitaba y lo que el PM podía tolerar: un excéntrico inofensivo que sabía cosas. La invisibilidad del que no amenaza. La invisibilidad que había perfeccionado en los muelles del Astral, donde ser invisible era la diferencia entre comerciar y ser robado.

La búsqueda de Nico duró siete años.

Siete años de caminar por los niveles del PM con los huesos calibrados para una frecuencia que las Torres aplastaban. Siete años de preguntar sin preguntar, de escuchar conversaciones en los mercados de los niveles bajos, donde la gente hablaba en voz baja sobre quién llegaba y quién se iba, de leer los registros que los funcionarios del GM tiraban a la basura, la basura tenía ojos, de mapear los movimientos de familias que venían del PB a través de la frontera terrestre. Siete años de volver a la habitación del Sector 12 con los pies hinchados y las botas gastadas, sentarse en el borde de la cama y presionarse las sienes con los pulgares y recalibrar los huesos del cráneo para otro día de caminar sin encontrar.

Las suelas de las botas del Astral se gastaron en el tercer año. El viejo las reemplazó con botas del PM, botas de material sintético que no se moldeaban al pie y que producían ampollas en los talones

durante las primeras semanas. Los talones se endurecieron. Las ampollas se convirtieron en callos. Los callos se convirtieron en la piel nueva del hombre en el PM.

La familia de Saya había cruzado al PM. Las corrientes alteradas del PB los habían empujado sin las rutas de navegación que la familia había usado durante generaciones, sin la corriente de treinta y nueve días que conectaba el PB con el Astral, sin las rutas que Saya habría navegado descalza. El PB se volvió inhóspito. El PM era estable. El PM era una jaula, pero las jaulas tienen techo y comida y la gente del PB que había vivido sin techo durante generaciones enteras prefería una jaula a la intemperie de un plano que ya no reconocían. La familia llegó por la frontera terrestre, la misma frontera que Don Humo había cruzado, el mismo gradiente que había matado a la abuela.

Nico estaba en el PM.

El jardinero lo supo antes de encontrarlo. La frecuencia volvió a los huesos un martes, un zumbido en el esternón, tenue, aplastado por las Torres, pero reconocible. El navegante estaba caminando por el Sector 8 cuando el esternón vibró, la resonancia que no había sentido en siete años, el temblor que había buscado durante dos mil quinientos días de caminar con la cabeza ladeada. Se detuvo. La mano fue al esternón, la palma abierta sobre el hueso, los dedos extendidos, la postura de Saya. El temblor era débil, reconocible del modo que una voz conocida es reconocible aunque esté distorsionada por la distancia y el ruido, el timbre debajo de la distorsión, la firma debajo de la supresión. El zumbido de su hijo. Más grave que antes. La frecuencia de un niño se había convertido en la frecuencia de un adolescente, la frecuencia bajando con la edad, con el crecimiento del

cuerpo, con la masa que se acumulaba en huesos y músculos que ya no fueron de niño.

Lo siguió.

• ◦

033 ENCUESTRO

Nico tenía catorce años.

Vivía en los niveles bajos de Entreternia. Solo. La abuela había muerto en el cruce de fronteras. Las fronteras terrestres eran duras para los viejos, y la abuela de Saya tenía setenta y siete años. Las piernas que habían caminado playas durante sesenta años no pudieron con el gradiente electromagnético de la frontera. El gradiente que Don Humo cruzaba en tres días con la plasticidad de doscientos años de absorber frecuencias mataba a los que no tenían esa plasticidad. La abuela cayó en el segundo kilómetro, las rodillas cediendo primero, después las caderas, después el corazón que dejó de latir al ritmo del PB y no encontró el ritmo del PM. La familia la enterró en la zona intermedia, en el kilómetro de musgo gris entre planos, en la tierra que no era de ningún plano.

La familia se dispersó en el PM. Primos, tíos, la gente que queda cuando la matriarca se va. Sin la abuela no había centro. Sin centro no había familia. La dispersión fue rápida, cada grupo buscando un sector diferente, cada grupo adaptándose al PM con la velocidad de la supervivencia. Nico se separó. No por rebeldía por frecuencia. La frecuencia de Nico repelía las Torres y las Torres repelían la frecuencia de Nico, y la repulsión mutua lo empujaba hacia los niveles donde las Torres tenían menos fuerza. Los niveles bajos. Los

sótanos. Los túneles. Donde vivía la gente que el PM no quería contar.

El viejo lo encontró en un mercado del Sector 9.

El mercado era un pasillo de veinte metros entre dos edificios de concreto donde la gente vendía lo que tenía encima de mesas hechas con puertas arrancadas, puertas de madera que ya no cerraban nada y que ahora sostenían mercancía. Ropa usada con los colores deslavados del PM. Herramientas oxidadas que los técnicos descartaban. Comida de la que nadie preguntaba el origen, latas sin etiqueta. Bolsas de grano con marcas del GM tachadas, frutas que crecían en los niveles bajos bajo luces artificiales y que tenían el sabor del plástico y del esfuerzo. Piezas de electrónica del PM que los técnicos descartaban y que los habitantes de los niveles bajos reparaban con las manos y con la paciencia de quien no puede comprar lo nuevo.

Nico estaba parado frente a una mesa de herramientas. Mirando. No comprando. Con las manos abiertas a los lados del cuerpo. Las palmas hacia arriba. Los dedos extendidos.

Las manos de Saya.

Las palmas hacia arriba con los dedos extendidos, la postura exacta de Saya cuando no entendía algo, la postura que Saya hacía frente a las cuerdas del barco cuando una cuerda no respondía, la postura que significaba “estoy recibiendo información.” Las manos de Saya en el cuerpo de Nico. Las manos heredadas. Las manos que Don Humo no le había enseñado porque el hombre no había estado para enseñar nada.

El jardinero se detuvo a quince metros. La distancia de los que observan sin intervenir. El ébano entre las muelas. Apagada en la

superficie del PM, la boquilla siempre estaba apagada, la madera cargada sin fumar, el ébano como peso y no como herramienta. El mercado olía a comida frita y a plástico caliente y a la gente que vive junta en espacios sin ventilación, el olor del PM en los niveles bajos. El olor de la supervivencia concentrada.

Nico inclinó la cabeza. La misma inclinación de Don Humo, la cabeza ladeada a la derecha, la oreja derecha ligeramente más alta que la izquierda, el gesto de alguien que escucha lo que los demás no oyen. La inclinación que el navegante hacía cuando detectaba una frecuencia con las muelas del juicio, la cabeza ladeándose para orientar el oído interno hacia la fuente. Nico escuchaba la frecuencia del mercado con el oído que el viejo le había transmitido, la frecuencia del padre pasando al hijo por la genética que no necesita presencia para funcionar. Y las manos abiertas eran las manos que Saya le había dado. Y la mandíbula ancha era la mandíbula de Saya, la mandíbula fuerte de la familia de pescadores del PB. Y la postura de pie con el peso en la pierna izquierda, la derecha adelantada era la postura del hombre cuando esperaba en el muelle.

El hijo era los dos padres partidos por la mitad y unidos en un cuerpo que no sabía de quién había heredado qué. La mitad de Saya y la mitad del jardinero. Las manos de una y la cabeza del otro. La mandíbula de una y la postura del otro. La frecuencia de los dos mezclada en un cuerpo de catorce años que estaba de pie en un mercado del Sector 9 del PM, mirando herramientas con los dedos extendidos y la cabeza ladeada.

Don Humo se quedó mirando durante cuatro minutos. Cuatro minutos con la boquilla apagada entre las muelas y la frecuencia de Nico vibrándole en el esternón a quince metros de distancia. La

frecuencia aplastada por las Torres pero reconocible, el runrún del esternón que era la firma de su hijo. El runrún que había sentido en la bodega de Doña Nube cuando Nico nació y que ahora notaba en un pasillo de veinte metros entre edificios de concreto.

No mencionó nada.

Se dio vuelta. Caminó. Las botas sobre el pavimento del PM, el sonido diferente al de las botas sobre roca negra del Astral, el sonido liso del pavimento que devuelve cada paso con claridad. Caminó sin darse vuelta.

Volvió al día siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente. Siempre a quince metros. Siempre en calma. Siempre con la madera apagada. El navegante en el mercado del Sector 9 mirando a su hijo desde la distancia de los que no pueden acercarse no por prohibición sino por la aritmética de lo que diría y lo que cambiaría si lo dijera.

Al quinto día, Nico lo vio.

¿Me estás siguiendo?

La voz de Nico era la voz de Saya con la ronquera de Don Humo. La combinación de las dos voces en una garganta de catorce años. La voz de alguien que ha vivido solo el tiempo suficiente para no tener miedo de confrontar.

El viejo no mintió. El hombre no mentía porque mentir requería elaboración y la elaboración requería energía, y el jardinero había aprendido en trescientos años que la energía era finita y que gastarla en elaborar mentiras era gastarla en algo que no producía nada.

Sí.

¿Por qué?

Porque sí.

Nico lo miró. Catorce años de mirada. La mirada de alguien que ha vivido solo el tiempo suficiente para reconocer a los que mienten y a los que no. La mirada evaluadora de la abuela, la abuela que evaluaba el mar antes de salir a pescar. La abuela que evaluaba a las personas con la misma atención que evaluaba las corrientes. El viejo no mentía. Los ojos de Nico lo confirmaron.

¿Quién eres?

El navegante.

Eso no es un nombre.

Es lo que hay.

Nico miró el ébano, la boquilla de ébano y cobre entre las muelas del viejo, la madera apagada que no producía humo pero que estaba ahí permanente, perteneciendo. Miró la niebla tenue que el viejo no podía esconder en los niveles bajos. Donde las Torres perdían fuerza, la niebla se espesaba alrededor del hombre con la densidad de lo que se ha acumulado durante siglos. La niebla gris, ocho tonos, pegada al cuerpo del jardinero.

Hueles raro - dijo Nico. A tabaco que no existe.

No existe en el PM.

¿De dónde eres?

De ningún lado.

Nico no insistió. Nico no insistía porque insistir no le había dado resultados en catorce años de vida. Insistir con la abuela no funcionaba, insistir con los primos no funcionaba, insistir con el PM no funcionaba. Lo que funcionaba era esperar. Y Nico sabía esperar. Nico había esperado en la playa del PB mirando sardinas nadar en círculos. Nico había esperado en el cruce de frontera mientras la abuela moría. Nico sabía esperar.

El navegante le dijo una cosa antes de irse.

Siempre ten una salida.

Cuatro palabras. Las palabras que Saya habría dicho si Saya hubiera estado ahí. Las palabras operativas, las palabras que no son filosofía sino instrucción, las palabras que salvan la vida de alguien que vive en los niveles bajos del PM.

Se fue. Nico se quedó en el mercado con las manos abiertas y la cabeza ladeada, las cuatro palabras guardándose en algún lugar del cuerpo que no era la memoria sino algo más profundo.

Caminó por el pasillo del Sector 9 con el ébano apagado entre las muelas y algo en las costillas que no era dolor, no era alegría y no tenía nombre. Era el peso de ver a su hijo y no poder decirle que lo era. La paternidad sin la palabra. La distancia de quince metros que no iba a reducirse. ## 034 PIPA

La boquilla funcionaba en los sótanos.

El viejo lo descubrió en la tercera semana. El sótano del Sector 7, diecinueve personas, sillas de plástico, hornillo de gas era un punto ciego de las Torres. La frecuencia de supresión de 0,12 Hz no llegaba a las paredes de concreto reforzado del edificio, que las absorbían. Los metros de tierra y roca entre la superficie y el sótano atenuaban la frecuencia hasta que lo que llegaba era ruido de fondo y no supresión. Lo que significaba que el humo de la madera no dejaba rastro electromagnético, y las Torres no podían registrar la frecuencia del humo porque no llegaban. Es decir, el hombre podía fumar.

Fumó.

La cazoleta de ébano. El pedernal sacando chispa del acero, la chispa naranja en las sombras del sótano, la chispa que duraba un

cuarto de segundo e iluminaba las caras de las diecinueve personas que miraban. La primera bocanada quemando la garganta con el sabor equivocado, el tabaco del PM no era tabaco del Astral. Las hojas que crecían en los niveles bajos de Sanguisburg, en macetas de plástico bajo luces artificiales, sabían a plástico y a químico y a la luz artificial que las había alimentado. El sabor de cosa que crece sin sol y sin tierra y sin el viento que le da al tabaco la textura que el tabaco necesita. Pero la mano necesitaba ébano, y la boquilla necesitaba el humo, y el humo necesitaba tabaco, y lo que hubiera era lo que había.

El humo subió. Recto en el aire inmóvil, gris claro, contra el gris oscuro del concreto, visible en la luz del hornillo de gas que un hombre del Sector 7 mantenía encendido porque el hornillo era la única fuente de calor del sótano. El humo se expandió en el techo bajo dos metros cuarenta de altura. El techo de un sótano que no había sido diseñado para contener gente, sino tuberías y cables. El humo se aplanó contra el concreto del techo y se extendió en una capa horizontal que llenó el sótano con el olor del tabaco del PM.

Las diecinueve personas miraron el humo. Miraron al viejo que fumaba con los ojos cerrados y la madera entre las muelas y la niebla gris espesándose alrededor de su cuerpo en el espacio donde las Torres no llegaban.

¿Puedes hacer eso aquí? - preguntó una mujer. Treinta años. Manos de trabajadora, las manos callosas de los niveles bajos, las manos que trabajan ocho horas en las fábricas del GM y cuatro horas más en lo que pague. Los nudillos agrietados por el frío, las grietas que sangraban cuando las manos se flexionaban. Los ojos que tiene

la gente que vive en los niveles bajos: alertas, cansados, habituados a la penumbra.

Aquí sí.

¿Arriba no?

Arriba las Torres registran el humo.

No el humo de tabaco. El humo electromagnético.

Sí.

La mujer entendió. Las diecinueve personas entendieron. No necesitaron explicación, la gente del PM vivía bajo las Torres, y la gente que vive bajo algo entiende intuitivamente qué significa estar fuera de ese algo. En el PM, todo dejaba rastro: la respiración, el movimiento, la temperatura corporal, la frecuencia cardíaca, el ritmo de los pasos. Las Torres TAAT registraban las frecuencias de cada persona en cada sector a cada hora. Vivir en el PM era ser medido constantemente, medido y clasificado y archivado y monitoreado sin interrupción. Los sótanos eran los únicos lugares donde las mediciones no llegaban. Los sótanos eran los pulmones del PM, los espacios donde la gente respiraba sin ser registrada, donde la frecuencia cardíaca podía subir sin que nadie lo anotara, donde la temperatura corporal podía variar sin que nadie la midiera.

Empezó a enseñar frecuencias.

No mantras de sánscrito, el sánscrito era técnica de Jardineros, técnica de Le Jardin, técnica que requería décadas de entrenamiento y acceso a frecuencias base que en el PM no existían. No invocaciones del Astral, las invocaciones requerían la frecuencia de Helios, y Helios estaba fragmentándose a miles de kilómetros. Frecuencias simples, resonancias que un cuerpo humano podía

producir con la garganta y los huesos del cráneo y las manos abiertas sobre el esternón. Frecuencias de calor.

El Sector 7 no tenía calefacción. Los niveles bajos de Entreternia estaban a once grados en invierno, once grados en habitaciones de concreto sin aislamiento, donde la gente dormía con toda la ropa encima y se despertaba con los dedos azules. Los dedos azules del frío, la cianosis de las extremidades que el frío producía cuando la sangre se retiraba de los dedos para proteger los órganos. Los dedos azules que dolían cuando volvía la circulación, el dolor del deshielo que era peor que el dolor del frío, el dolor punzante de los capilares que se abrían.

El jardinero les enseñó a generar calor con la voz.

Pon la mano en el esternón, decía. La voz ronca del viejo en el sótano del Sector 7, la voz que no era voz de profesor, sino voz de alguien que dice lo que funciona y calla lo que no. Siente el pulso. Ahora sube. Medio tono. Otro medio. Mantén.

La técnica era simple, del modo que las cosas que funcionan son simples: un principio, una acción, un resultado. La resonancia del esternón producía calor, el calor de la fricción molecular que el temblor generaba en los tejidos del pecho. Medio tono más alto aumentaba la frecuencia del temblor. Otro medio tono la aumentaba más. Mantener la frecuencia durante un minuto subía la temperatura corporal un grado. Mantenerla diez minutos subía la temperatura de una habitación de diecinueve cuerpos temblando al unísono.

Las diecinueve personas del sótano aprendieron. No inmediatamente, los primeros intentos producían toses y dolores de garganta y el sonido desafinado de gente que no sabe cómo pulsar su propio cuerpo. Pero los dedos azules enseñan más rápido que

cualquier profesor. En la segunda sesión, siete personas mantenían el tono. En la tercera, catorce. En la cuarta, las diecinueve. El sótano del Sector 7 subió de once grados a diecisiete en veinte minutos, diecisiete grados en una habitación de concreto sin calefacción, diecisiete grados producidos por las gargantas y los esternones de diecinueve personas que habían aprendido a generar calor porque los dedos azules no dejaban otra opción.

Las frecuencias que el navegante enseñó en el sótano del Sector 7 las transmitiría DJ432 años después, la estación de radio pirata que operaba en 102.01 FM a 963 Hz, la frecuencia que el viejo nunca oyó porque para cuando DJ432 empezó a transmitir el hombre estaba muerto. Pero las frecuencias eran las mismas. Las frecuencias de calor que subían la temperatura de un sótano de concreto viajando por las ondas de radio décadas después, la semilla que el jardinero había plantado germinando en una antena de radio pirata que un DJ operaba sin saber quién había inventado las frecuencias que transmitía.

El canto de El de la pipa no parecía canto. Era tarareo. Bajo, constante, con la boca cerrada y los labios apretados, el tarareo del que no canta sino que resuena, el tarareo que es más parecido al ronroneo de un motor diésel que a la melodía de una canción. El tarareo que producía un temblor en las muelas del juicio y en los huesos temporales y en el esternón. No la canción de Helios, esa estaba guardada en la semilla y en los huesos, reservada para lo que el navegante no sabía, para qué, guardada con la misma disciplina con que había guardado el ébano durante los años en que la boquilla era peso y no herramienta. El tarareo era simple: frecuencias de calor

que subían la temperatura de una habitación de concreto de once grados a diecisiete en veinte minutos.

La gente del Sector 7 aprendió. Después enseñaron a otros en otros sótanos, en otros sectores, en los túneles donde la gente se cruzaba y compartía lo que funcionaba. Los otros enseñaron a otros. La frecuencia de calor propagándose por los niveles bajos del PM con la velocidad de lo que funciona, la velocidad de lo necesario, la velocidad de lo que elimina el dolor.

Saya tenía razón.

“¿Fumas o cargas?”

En los sótanos, el viejo hacía las dos cosas.

• ◦

035 ANYA

El local estaba en el nivel tres de Entreternia.

No tenía nombre. No tenía letrero, solo los agujeros de los tornillos que alguna vez sostuvieron algo y la marca rectangular de la pintura que el sol del PM no había descolorido porque el PM no tenía sol. Tenía una puerta de metal gris del PM, con la textura del estampado industrial y las marcas de los dedos de la gente que la empujaba todos los días, y un olor a sopa de verduras que salía por la rendija de ventilación. El olor era constante, mañana, tarde, noche. El local olía a sopa de verduras las veinticuatro horas porque la mujer que lo operaba cocinaba las veinticuatro horas, en turnos que se superponían, un caldo empezando mientras otro terminaba, una olla hirviendo mientras otra se enfriaba.

La cocina estaba en estado permanente de producción.

El viejo entró un jueves.

El local tenía cuatro mesas de plástico blanco, con el plástico amarillento de las mesas que habían sido limpiadas con cloro tantas veces que el blanco original se había convertido en el amarillo de la desinfección acumulada. Tres sillas por mesa, la cuarta silla de cada mesa faltaba porque alguien la había tomado para lo que no era sentarse. Las sillas faltantes dejaban espacios asimétricos, tres sillas en un lado y nada en el otro. Las mesas estaban desequilibradas por la ausencia. Una barra de concreto donde la mujer cocinaba, con manchas de grasa que habían penetrado la superficie y que ninguna cantidad de limpieza eliminaría. Dos hornillas de gas que ardían con la llama azul del gas del PM. Una olla de aluminio, con el fondo ennegrecido por años de fuego, donde hervía lo que olía a sopa de verduras. Una tabla de cortar con marcas de cuchillo que habían creado un mapa topográfico de años de cortar, surcos profundos en algunas zonas, superficiales en otras.

El registro de miles de cortes acumulados en la madera.

La mujer era ancha, con brazos gruesos, los de alguien que levanta ollas de aluminio llenas de caldo ocho veces al día. Tenía un mandil manchado, con las manchas organizadas por capas, las más viejas debajo, las más nuevas encima, un registro estratigráfico de lo que se había cocinado en los últimos años. Su pelo estaba recogido con un trapo, que alguna vez fue blanco y que ahora era del color de todo lo que se usa todos los días sin reemplazar. No levantó la vista cuando el hombre entró. La puerta de metal hizo ruido al abrirse y la mujer no levantó la vista porque la puerta hacía ese ruido veinte veces al día y la mujer había dejado de registrarlo.

Sopa - admitió el viejo.

La mujer sirvió un cuenco. El cuenco era cerámica gruesa, del color gris que todo en el PM tenía. Lo puso en la barra. El jardinero se sentó en la barra, en el tercer taburete, el que tenía una pata más corta. Comió. La sopa sabía a agua caliente con zanahorias blandas y algo que podría ser papa o podría ser nabo, la diferencia entre papa y nabo desaparecía después de dos horas de hervor. Era caliente. La temperatura del caldo bajando por la garganta y calentando el esófago y llegando al estómago con el calor que los niveles bajos no tenían.

¿Cuánto? - preguntó el viejo.

La mujer levantó dos dedos. Dos monedas del PM, las de aleación gris que el GM distribuía como salario y que valían lo que el GM decía que valían. El navegante pagó. Se fue.

Volvió al día siguiente. La misma sopa. El mismo cuenco. La misma mujer que no levantaba la vista. Comió. Pagó. Se fue.

Al tercer día, la mujer habló.

No eres de aquí.

No.

Hueles a lo que no conozco.

Tabaco.

No, el tabaco. Lo otro. Lo que está debajo del tabaco.

Lo que estaba debajo del tabaco era la frecuencia de un Jardinero de trescientos años. Lo que estaba debajo del tabaco era el Astral y el PB, Le Jardin y la canción de Helios, la frecuencia de la semilla y la niebla de ocho tonos que se comprimía bajo las Torres pero que no desaparecía. Lo que estaba debajo del tabaco era el viejo.

El hombre de la pipa no contestó. La mujer no insistió. El hombre comió la sopa. Pagó. Se fue.

Al mes, la rutina estaba establecida. El jardinero entraba. La mujer servía. El navegante comía. Pagaba. Se iba. No hablaban. No necesitaban hablar. La rutina era el idioma, el idioma de los que se comunican por repetición, por presencia, por la consistencia de estar en el mismo lugar a la misma hora haciendo lo mismo. El idioma que el viejo conocía de Juliana, las décadas en la cueva sin hablar, la frecuencia comunicando lo que las palabras no comunicaban. Anya no era Jardinera. Anya no tenía frecuencia. Pero Anya tenía consistencia y la consistencia era su frecuencia.

Al segundo mes, la mujer puso una porción extra en el cuenco sin que el viejo la pidiera. Más zanahorias. Más de lo que podría ser papa o nabo. El caldo más espeso, más sustancia, más calorías, más de lo que el cuerpo necesitaba y menos de lo que el cuerpo quería. El hombre miró la porción extra. Miró a la mujer. La mujer no lo miró, seguía cortando verduras en la tabla topográfica con los ojos en el cuchillo y las manos que no se detenían.

Anya - admitió la mujer. Sin levantar la vista. El nombre saliendo de la boca natural, dicho cuando se decide que es momento.

El jardinero - dijo el navegante.

Anya registró. La cabezada breve de alguien que registra un dato y lo guarda. Don Humo comió la porción extra. Pagó lo mismo. Se fue.

La porción extra se repitió cada día. El viejo no la pidió nunca. Anya no la mencionó nunca. La porción extra existía porque existía, como Doña Nube existía porque existía y que el séptimo escalón dolía porque dolía sin explicación. Sin contrato, sin las palabras que la gente usa para justificar lo que hace por otros. La porción extra era el lenguaje de Anya, el lenguaje de la mujer que cocinaba

veinticuatro horas y que expresaba lo que expresaba con zanahorias y papa y caldo caliente.

Anya cocinaba. Don Humo comía. Los dos entendían algo que no necesitaba nombre: que la gente ordinaria que hace cosas ordinarias con la misma consistencia todos los días es lo que impide que el mundo se deshaga. Las cuerdas de Saya mantenían el barco. La sopa de Anya mantenía a la gente. Los sellos del hombre mantenían las puertas. La consistencia era la resistencia, la resistencia pausada de los que no protestan sino que cocinan, de los que no gritan sino que sirven, de los que no pelean sino que repiten.

Anya estaría ahí cuando Leonardo llegara. Anya cocinaría la misma sopa y serviría los mismos cuencos y no preguntaría nombres porque Anya no preguntaba nombres, Anya registraba presencias.

036 NIEBLA

La niebla empezó en los túneles.

Don Humo caminaba por los túneles de Entreternia, los conductos subterráneos que conectaban los sectores, cilindros de concreto reforzado de tres metros de diámetro con cables eléctricos que corrían por el techo en bandejas de metal y tuberías de agua que corrían por el suelo con juntas de goma que goteaban. Los técnicos del GM usaban los túneles para el mantenimiento de la infraestructura cada dos semanas, un equipo de tres técnicos con overoles grises y lámparas de mano recorría un tramo de túnel revisando la presión de agua y el voltaje y el estado de los cables. La gente de los niveles bajos usaba los túneles para moverse sin ser registrada por las Torres, los mismos tramos que los técnicos revisaban cada dos semanas, los tramos que entre visita y visita eran de quien los caminara.

Los túneles olían a concreto húmedo, la humedad constante del subsuelo del PM, el agua que se filtraba por las juntas del concreto y que dejaba marcas de calcio en las paredes. Olían a cables de cobre, el olor metálico de la corriente que circulaba por los cables y que calentaba el cobre y que producía el olor que la gente del PM asociaba con la electricidad. Y olían al ozono residual de los conductos de amplificación que corrían paralelos, los conductos del PM que distribuían la frecuencia de las Torres por la infraestructura subterránea. Los conductos que no fueron tan diferentes de los conductos de los constructores del Astral, la misma función en materiales diferentes.

El navegante caminaba y la niebla lo seguía.

No lo seguía, salía de él. De las mangas de la camisa, la camisa de algodón del PM que había reemplazado la camisa del Astral que se había deshilachado en el cruce, la niebla saliendo por los puños con la lentitud del vapor que se condensa en contacto con aire frío. Del cuello, la niebla emergiendo del espacio entre la piel y la tela con la densidad de cosa que se acumula durante horas y que se libera cuando el cuerpo se relaja. Del dobladillo del pantalón, la niebla arrastrándose por el suelo alrededor de los tobillos y extendiéndose hacia las paredes del túnel con la adherencia del humo de hielo seco. Una niebla tenue que se arrastraba a ras del suelo y se adhería a las paredes del túnel con la densidad del humo de tabaco, pero sin el olor del tabaco. La niebla no olía a tabaco. La niebla olía a mercurio y a ozono y a lo que no tenía nombre, el olor de trescientos años de frecuencias acumuladas liberándose en un túnel de concreto.

La niebla era gris. No el gris del humo de tabaco, un gris más frío, más metálico, el gris del mercurio del Astral condensado en vapor.

Ocho tonos de gris que se superponían, Don Humo los contó una vez, en un túnel del Sector 3, con una lámpara de aceite que los técnicos habían dejado colgada de un clavo en la pared. La lámpara iluminaba la niebla desde un ángulo lateral y la niebla se separaba en capas visibles, la luz de la lámpara revelando las diferencias de densidad entre cada capa.

Las capas superponiéndose, pero distinguibles del modo que las capas de un sedimento son distinguibles cuando se corta la roca. Ocho capas de niebla, cada una de un gris diferente. La más oscura, gris casi negro, el gris del grafito pegada al cuerpo del viejo con la adherencia de lo que no quiere separarse. La segunda, gris carbón, a veinte centímetros del cuerpo. La tercera, gris pizarra, a cuarenta. Así hasta la octava, gris casi blanco, el gris del vapor de agua a dos metros de distancia, con la transparencia de lo que se disipa y que apenas se ve.

Las ocho capas eran las ocho capas que Darvi vería años después. Las ocho siluetas negras que rodearían al hombre cuando Darvi lo encontrara en LIX, las siluetas que Darvi interpretaría sin entender, las capas de frecuencia acumulada que el cuerpo del jardinero no podía contener. Pero Darvi todavía no existía. Las ocho capas eran solo niebla. La acumulación de frecuencias de doscientos y tantos años de existencia, las frecuencias del Astral absorbidas en los muelles.

En las corrientes de mercurio, las frecuencias del PB absorbidas en la playa y en las olas, las frecuencias de Helios fragmentándose absorbidas en los huesos una noche en la bahía del norte, las frecuencias de los cristales de la cueva de Juliana absorbidas durante décadas de sostener sellos.

Las frecuencias de la canción guardada en la semilla, en el esternón que el cuerpo del navegante no podía contener y que se desbordaba en forma de condensación visible. El cuerpo era un recipiente y el recipiente estaba lleno y lo que no cabía era niebla.

Era física. La física de un cuerpo que ha absorbido frecuencias durante trescientos años y que no puede seguir absorbiéndolas sin que el exceso se manifieste en el medio que lo rodea. La niebla era frecuencia condensada, las ondas electromagnéticas que el cuerpo emitía condensándose en el aire cuando encontraban una diferencia de temperatura entre la piel de Don Humo y el ambiente. La misma física que produce la niebla de la respiración en un día frío, el vapor del cuerpo encontrándose con el aire frío y condensándose en gotas microscópicas. Pero multiplicada por trescientos años de absorción y por las frecuencias de tres planos y por la canción de un dios fragmentándose.

Las Torres TAAT suprimían la niebla en la superficie, los 0.12 Hz comprimían las frecuencias del viejo y la niebla se atenuaba hasta desaparecer. En la superficie, el hombre era un viejo con la madera y nada más, un viejo sin niebla. Sin capas, sin las ocho siluetas que lo rodeaban debajo de la supresión. En los niveles bajos, donde las Torres perdían fuerza, la niebla se expandía un metro alrededor del cuerpo, después dos, después el máximo de las ocho capas. Y en los túneles.

Donde las Torres no llegaban, la niebla era densa, densa del modo que el humo de tabaco es denso en una habitación sin ventilación, con la diferencia de que la niebla no se disipaba con el tiempo sino que se mantenía mientras el jardinero estuviera presente. La niebla llenaba los túneles detrás del navegante, los tramos que el viejo había

caminado mantenían una capa de niebla residual durante minutos después de su paso. La niebla adhiriéndose a las paredes de concreto y a los cables y a las tuberías, persistente, marcando territorio.

Don Humo aprendió a moverse con ella. No a controlarla, controlar requería intención y la niebla no respondía a intención. La niebla no obedecía comandos del modo que las manos obedecen comandos o las piernas obedecen comandos. La niebla respondía a frecuencia, la frecuencia emocional del cuerpo que variaba con lo que el hombre notaba sin que el jardinero decidiera sentirlo. Cuando el navegante estaba en calma, sentado en la barra de Anya comiendo sopa, caminando por un sector vacío con el ébano apagado, durmiendo en la cama de metal del Sector 12, la niebla era tenue, apenas visible, las ocho capas comprimidas en un halo gris alrededor del cuerpo. Cuando el viejo notaba algo, lo que fuera: la ira de ver a un funcionario del GM golpeando a un hombre en los niveles bajos, el dolor de caminar por el Sector 9 a quince metros de Nico sin poder hablarle, la resonancia de la frecuencia de su hijo a cuatro calles de distancia vibrándole en el esternón, la niebla se espesaba.

Las ocho capas expandiéndose, la capa más clara alejándose del cuerpo hasta tres metros, la niebla llenando la habitación o el túnel o el sótano con la densidad de lo que desborda.

La niebla decía lo que la boca no decía y lo que la boquilla no decía y lo que los ojos no mostraban.

La gente del Sector 7 se acostumbró. El jardinero que venía a los sótanos a enseñar frecuencias de calor traía niebla consigo, la niebla entrando por la puerta de metal antes que Don Humo, la niebla arrastrándose por el suelo del sótano y expandiéndose entre las sillas de plástico y las cajas de madera. La niebla era parte del navegante

del modo que la madera era parte del viejo y el humo era parte del hombre, partes de lo que no se podía separar sin destruir el conjunto.

Un niño del sótano siete años, descalzo, con los ojos grandes de los niños que crecen en los niveles bajos donde la penumbra dilata las pupilas lo observó con la precisión de los que no han aprendido a ser imprecisos: “el jardinero no entra. Entra la niebla y el navegante viene adentro.” ## 037 TERRENO

Don Humo quitó piedras.

La hierba crece sola. El jardinero solo quita piedras. La regla de Le Jardin. La regla que los proto-Jardineros habían tallado en piedra de arenisca en el jardín que existía entre planos la arenisca rosada que se erosionaba con el paso de los siglos y que los Jardineros retallaban cada generación con las mismas palabras en el mismo lugar de la piedra. La regla que significaba: no plantes. no riegues, no elijes. Quita lo que impide que crezca lo que va a crecer.

Los ocho chicos que aparecerían en LIX Darvi, Lu, Rafael, Annie, Toshiro, Reymus, Delto, Mathew todavía no eran los ocho chicos. Eran nombres en registros del GM, nombres escritos en formularios de papel gris del PM con números de identificación de seis dígitos y sectores de residencia y horas de trabajo y frecuencias registradas por las Torres. Frecuencias en los archivos de las Torres, las frecuencias de ocho personas que el PM medía y clasificaba y monitoreaba sin saber a quién monitoreaba. Puntos en un mapa del PM que el viejo había construido durante años, un mapa en la pared de su habitación del Sector 12.

papel del PM pegado con cinta adhesiva al concreto, con marcas de tinta negra que indicaban sectores y líneas de tinta roja que

indicaban túneles y círculos de tinta azul que indicaban sótanos y puntos ciegos.

Don Humo no sabía cuáles sobrevivirían. No sabía cuáles usarían lo que él dejaba. No sabía si alguno lo usaría. La probabilidad de que las piedras quitadas sirvieran a alguien específico era baja. Pero la probabilidad no era el punto. La función de un Jardinero no es elegir qué crece. Es crear las condiciones. Los Jardineros no eligen las semillas; las semillas se eligen solas. Los Jardineros quitan las piedras que impiden que las semillas lleguen a donde van a llegar. Si ninguna semilla llega, las piedras siguen quitadas. El trabajo no se pierde. El trabajo existe independientemente del resultado.

Condiciones:

En el túnel del Sector 4, el hombre aflojó una reja de ventilación que conectaba con la superficie. La reja era metal del PM, acero galvanizado de dos milímetros de espesor, con cuatro tornillos de cabeza hexagonal que la sostenían a la pared de concreto del túnel. El jardinero aflojó los tornillos tres cuartos de vuelta con la punta de un cuchillo que había comprado en el mercado del Sector 9 por un favor. El cuchillo de hoja corta que los técnicos usaban para pelar cables y que el navegante usaba para aflojar tornillos. Tres cuartos de vuelta era suficiente para que la reja se moviera con presión de una mano pero no suficiente para que se cayera sola. El equilibrio exacto entre lo suelto y lo fijo.

La reja quedaría suelta durante años. Nadie la repararía porque nadie la reportaría. La reja suelta era invisible en un sistema que tenía miles de rejas y que no tenía personal suficiente para revisar cada una y que priorizaba las fallas grandes sobre las fallas pequeñas. La reja suelta sería una ruta de escape que alguien, Don Humo no

sabía quién, usaría para salir del Sector 4 cuando las cosas se complicaran. O que nadie usaría. La reja suelta existiría de todos modos.

En el sótano del Sector 7, el viejo enseñó frecuencias de calor a diecinueve personas. Las diecinueve personas enseñarían a otras la frecuencia, propagándose de cuerpo a cuerpo, de sótano a sótano, de sector a sector, con la velocidad de lo que elimina el dolor inmediato. Las otras enseñarían a otras. Las frecuencias se propagarían por los niveles bajos con la velocidad de lo que funciona. Cuando los ocho chicos necesitaran calor, el calor estaría ahí. No porque el hombre lo hubiera planeado para ellos. El jardinero no planificaba para individuos; el navegante planificaba para terreno. Porque el viejo lo había plantado para todos. La jardinería indirecta no tiene destinatario. La jardinería indirecta tiene terreno.

En tres puntos del PM, Don Humo dejó semillas de frecuencia. No la semilla negra con vetas doradas que era suya y que pesaba cuatro gramos en el bolsillo izquierdo del chaleco, sino semillas pequeñas que los Jardineros usaban como marcadores. Semillas del tamaño de un grano de arroz, negras, sin vetas, con la superficie lisa, pulida por contacto con otros objetos durante siglos. Cada semilla emitía una frecuencia de protección baja, constante, indetectable para las Torres que operaban a 0.12 Hz. Perceptibles para cualquiera cuya frecuencia natural estuviera por encima del umbral que las Torres suprimían. Perceptibles no con los oídos sino con los huesos, con el esternón, con las muelas del juicio. Las semillas funcionaban como brújulas de frecuencia, puntos de orientación para los que no sabían que necesitaban orientación.

El hombre enterró la primera semilla en una grieta del muro del túnel del Sector 4. La grieta donde el concreto se había separado por la humedad, la grieta lo suficientemente profunda para contener un grano de arroz y lo suficientemente estrecha para que nadie la viera. La segunda semilla la dejó en el sótano del Sector 7, debajo de la silla de plástico donde se sentaba, pegada con la resina que los técnicos usaban para sellar juntas de tubería. La tercera semilla la dejó en un hueco del muro del Sector 12, el hueco donde alguna vez hubo un tornillo y donde ahora había espacio para algo del tamaño de un grano de arroz. Los tres puntos formaban un triángulo en el mapa del jardinero, un triángulo que cubría los sectores donde la gente de los niveles bajos vivía y se movía y buscaba y sobrevivía.

En los mercados de los niveles bajos, Don Humo habló con gente. No sobre los ocho chicos, no mencionó a nadie por nombre, no señaló a nadie con el dedo, no identificó a nadie como destinatario de nada. Habló sobre el PM. Sobre los túneles, cuáles conectaban con qué sectores, cuáles tenían vigilancia los martes y los jueves, cuáles tenían rejas que se movían si las empujabas. Sobre los sótanos, cuáles eran puntos ciegos de las Torres, cuáles tenían espacio para veinte personas sentadas y cuáles solo para diez, cuáles tenían agua corriente y cuáles había que llevar agua. Sobre las frecuencias, cuáles calentaban el cuerpo y cuáles orientaban los huesos y cuáles había que evitar porque las Torres las registraban. Información que se filtraba de persona a persona con la naturalidad del agua que baja sin esfuerzo. Sin dirección, sin un destino que no fuera el punto más bajo. La información llegaría a quien la necesitara. El navegante no podía saber a quién. El viejo no necesitaba saber.

Jardinería indirecta.

Plantar sin saber qué crecerá. Regar sin saber qué sobrevivirá. Quitar piedras sin saber quién caminará por donde las piedras estaban. Aflojar rejas sin saber quién escapará. Enseñar frecuencias sin saber quién cantará. Dejar semillas sin saber quién las encontrará. La función del Jardinero es la función del que trabaja sin resultado visible. La función de la paciencia que no espera recompensa porque la recompensa no es parte de la ecuación. La función que Saya entendía cuando cosía velas que el viento rompería y que cosería otra vez y que el viento rompería otra vez. La repetición sin expectativa.

El hombre fumó el ébano vacío en la superficie del PM, la boquilla entre las muelas, sin tabaco, sin humo, la madera como peso y como compañía, y miró las Torres TAAT. Púrpuras. Constantes. 0.12 Hz. Las Torres que suprimían todo lo que estaba arriba y que no llegaban a lo que estaba abajo. Las Torres que eran la piedra más grande del PM, la piedra que el jardinero no podía quitar porque quitar las Torres requería quitar el sistema y quitar el sistema requería reemplazarlo y reemplazarlo requería lo que el navegante no tenía y que nadie que él conociera tenía.

Había quitado las que podía.

Las piedras pequeñas. Las rejas. Los tornillos. Las frecuencias. Las semillas. La información. Las condiciones del terreno donde algo crecería o no crecería y que existirían de todos modos. ## 038
LEONARDO

El restaurante se llamaba El Caldero.

Nivel dos de Ciudad Esperanza. Un lugar pequeño con seis mesas de madera gastadas por los codos de la gente que se apoyaba mientras comía, una barra de madera que separaba el comedor de la

cocina. Una cocina abierta donde un hombre cocinaba sopas y guisos con ingredientes que el GM distribuía en raciones semanales. Las raciones semanales del GM eran: papa, cebolla, hueso, grasa, sal. Con esas cinco cosas el hombre hacía caldo que vendía a la gente del nivel dos que no tenía cocina o que no tenía ganas de cocinar o que necesitaba un lugar donde sentarse durante una hora sin que nadie le preguntara por qué estaba sentada.

El hombre se llamaba Marcos. Marcos era bajo, calvo, con las manos enrojecidas por el agua caliente y los antebrazos salpicados de quemaduras de aceite que formaban constelaciones de piel brillante. Marcos cocinaba con la eficiencia de alguien que ha reducido la cocina a sus elementos mínimos: fuego, olla, ingrediente, tiempo.

El viejo había comido ahí tres veces antes de ver a Leonardo.

Leonardo era el lavaplatos.

Un hombre de cuarenta y tantos años, la edad que el PM le daba porque el PM no sabía cuántos años tenía realmente Leonardo y Leonardo tampoco lo sabía. El PM le había dado una edad y un sector, un número de identificación y un trabajo y Leonardo los había aceptado porque aceptar era lo que un hombre borrado podía hacer con lo que le daban. Pelo gris prematuro, el gris que el borrado producía. Manos de trabajo, manos rojas del agua caliente y del cloro, manos que se arrugaban y se secaban y se arrugaban otra vez ocho horas al día. Los ojos de alguien que ha sido borrado no vacíos como los del Viejito. Los ojos del Viejito eran vacíos porque el Viejito era un fragmento sin contenido, sino borrosos. Los ojos de Leonardo eran borrosos como una fotografía fuera de foco, la imagen ahí pero sin nitidez, los bordes de la persona difuminados por el borrado. Los ojos de quien tuvo una imagen y la imagen se movió.

El viejo se sentó en la barra. Pidió caldo. Marcos sirvió el cuenco de cerámica gris, el caldo de huesos con papa y cebolla. El hombre comió.

Leonardo lavaba platos al fondo de la cocina. El sonido del agua contra la cerámica, el golpe amortiguado de los platos entrando en el agua jabonosa. El golpe de los platos en el escurridor, el sonido de la cerámica contra el metal del escurridor. Rítmico, constante. Las manos de Leonardo moviéndose con la automaticidad de quien hace lo mismo todos los días sin saber por qué lo hace ni para qué lo hace ni quién es el que lo hace. La automaticidad del borrado, el cuerpo funcionando sin la persona que lo habitaba.

Lo supo.

Lo supo como Jardinero. La frecuencia de Leonardo era la frecuencia de alguien que ha sido corregido, limpiado, pulido, reducido al mínimo operativo. El corrector había pasado por Leonardo y le había quitado todo excepto lo necesario para funcionar: lavar platos, comer, dormir, repetir. La corrección era limpia sin residuos, sin bordes irregulares, sin los fragmentos que un borrado imperfecto dejaba. La corrección de Leonardo era la corrección de alguien que había sido importante lo suficientemente importante para que el corrector se tomara el trabajo de hacer un borrado completo. La frecuencia residual era un murmullo donde había habido una voz, el murmullo de alguien que alguna vez había resonado con una frecuencia que llenaba habitaciones y que ahora temblaba con la frecuencia de un lavaplatos.

Pero debajo del murmullo había algo. Algo que el corrector no había podido quitar porque no sabía que estaba ahí. Algo que existía por debajo del nivel que el corrector operaba, por debajo de la

identidad y la memoria y las rutinas motoras. Una frecuencia base, la frecuencia del electrón que va y viene, la frecuencia del flujo mismo. La frecuencia fundamental que no era de Leonardo sino que pasaba a través de Leonardo del modo que una corriente pasa a través de un cable. Leonardo era parte del flujo de un modo que la mayoría de las personas no parecían. Leonardo no era una piedra en el río. Leonardo era el río. El flujo pasaba por Leonardo densa, eligiendo ese cuerpo como conductor.

El jardinero comió el caldo. El caldo era terrible, agua con hueso con papa con cebolla, los cuatro ingredientes flotando en un líquido que aspiraba a ser caldo y que se quedaba en agua tibia con aspiraciones. Miró a Leonardo lavar platos.

Y supo exactamente quién era.

Supo lo de Luna, la esposa que Leonardo había tenido y que estaba muerta y que Leonardo no recordaba. Lo de las hijas, las hijas que Leonardo había tenido y que estaban muertas y que Leonardo no recordaba. Lo del borrado, el corrector pasando por la vida de Leonardo y eliminando todo lo que hacía que Leonardo fuera Leonardo y dejando un lavaplatos con pelo gris y manos rojas. En ese instante, lo del Voynich, el manuscrito que Leonardo iba a escribir en un idioma que no existía, el manuscrito que iba a ser la clave de lo que Don Humo intuía pero que no podía ver completo. Justo entonces, lo del viaje que vendría, el viaje que Leonardo haría cuando empezara a recordar, el despertar gradual, las pistas que el flujo dejaría para que Leonardo las siguiera, el cruce al Astral, el descubrimiento de lo que había sido, el encuentro con Malika y con Maku y con la Bestia, el sufrimiento, la pérdida, el regreso.

El navegante lo supo porque los Jardineros ven los patrones del flujo. No el futuro, los Jardineros no ven el futuro, el futuro no existe hasta que existe. Los patrones. Las líneas de fuerza que conectan lo que fue con lo que será, las líneas que el flujo del electrón de Wheeler traza en el espacio y en el tiempo cuando el electrón pasa por un punto con la densidad suficiente para dejar marca. Y las líneas de fuerza que pasaban por Leonardo eran las más densas que el viejo había visto en trescientos años. Leonardo era un nodo, un punto donde las líneas convergían con la intensidad de lo que el flujo necesita que exista.

Terminó el caldo. Pagó. Se fue.

Volvió. Y volvió. Y volvió. Durante semanas. Sentado en la barra. Comiendo caldo. Mirando a Leonardo lavar platos. Sin hablar. Sin presentarse. Sin decir nada.

Un día Leonardo dejó de lavar platos. Se secó las manos en el mandil, el gesto mecánico de alguien que se seca las manos veinte veces al día. Se acercó a la barra.

¿Quiere algo más?

No.

¿Por qué viene todos los días?

Porque el caldo es bueno.

El caldo es terrible.

El caldo es terrible confirmó el hombre.

Leonardo lo miró. El viejo lo miró. Dos hombres mirándose uno que sabía y otro que no. Uno que veía las líneas de fuerza del flujo atravesando al otro y otro que no sabía que estaba siendo atravesado. Dos hombres a la distancia de una barra de madera gastada.

El jardinero no le dijo nada.

haciéndose visibles en la luz del hornillo de gas que alguien había dejado encendido.

El hombre era un viejo fumando solo en un sótano del Plano Medio a las tres de la mañana.

La lista.

Saya. Muerta en Puerto Rojo. Viuda negra en el tobillo, el veneno subiendo por la pierna con la velocidad de lo que mata sin ruido. Seis horas entre la mordida y la muerte. “El niño necesita tierra firme.” Las últimas palabras que Saya dijo, y que fueron instrucción y no despedida, porque Saya no se despedía sino que instruía. Veinticinco años muerta. El cuerpo envuelto en la vela que ella cosió, la vela con la aguja de hueso y el hilo de tendón.

La vela que había llevado a Doña Nube por las corrientes del Astral y que ahora cubría el cuerpo de la mujer que la había cosido. La arena de grafito de Puerto Rojo encima.

Nico. Vivo. En el PM. Catorce años. No sabe que el viejo es su padre. No sabe que tiene padre, la palabra “padre” no existe en el vocabulario de Nico del modo que existe en el vocabulario de los que tienen padre. Las manos de Saya. La cabeza del jardinero. La frecuencia aplastada por las Torres pero reconocible en el esternón a quince metros de distancia. “Siempre ten una salida.” Las únicas palabras que el navegante le había dicho.

Leonardo. Vivo. En el PM. Borrado. Lavando platos en El Caldero con manos rojas y ojos borrosos. Las líneas de fuerza más densas del flujo pasando por un hombre que no sabe quién es. Condenado a un viaje que lo destruirá y lo reconstruirá y lo destruirá otra vez. El río que no sabe que es río.

El Astral. En reconstrucción. La meca del conocimiento creciendo sobre las ruinas de Ciudad Central, piedra volcánica sobre cimientos de material gris, centros de transmisión donde los cristales almacenaban y los conductos distribuían. Ragna con un ojo menos y cuatrocientos guerreros donde había ochocientos. El perímetro de dragones-lobos sosteniendo el este por terquedad, la terquedad biológica de lo que no sabe rendirse. Helios fragmentándose, la frecuencia bajando hercio a hercio.

La canción descendente que el viejo llevaba en los huesos y en la semilla. Themis muerta, el flash blanco, el infrasonido, los treinta y nueve minutos de manos en el timón que no se movió. Gaia hundida, el lago de mercurio.

La X negra en el mapa.

El PM. Suprimido. Las Torres TAAT emitiendo a la frecuencia de supresión con la constancia de lo que no se cansa porque no está vivo. El GM controlando la burocracia como sistema de supresión, los formularios como frecuencia de supresión, la medición constante como frecuencia de supresión. Los niveles bajos a once grados. La gente medida. La gente registrada. La gente viviendo bajo una frecuencia que les impedía saber que vivían bajo una frecuencia.

El PB. Alterado. Las corrientes de la familia de Saya selladas por el corrector nueve rutas muertas, nueve fronteras cerradas. El corrector calibrando con la precisión de lo que no tiene prisa. La arena de la playa donde Nico miraba el mar resonando medio hercio más alto.

Doña Nube. Encallada en la bahía del Astral Sur. Echando raíces tres metros de raíces de cobre oxidado. Cuatro metros de retoños con hojas metálicas. Convirtiéndose en el viejo ya no reconocería si lo

viera. El barco volviéndose jardín. El jardín dando madera. La madera dando barcos. Los barcos navegando corrientes que el hombre había navegado.

Juliana. Desaparecida. La cueva sellada con frecuencia del jardinero. Los cristales pulsando sin manos que los sostengan, la inercia sosteniendo el borde del Vacío donde las manos de Juliana habían estado durante cuarenta y tres años. Los doscientos pescadores, su supervivencia dependía de la inercia de unos cristales en una cueva sellada.

El Viejito. En algún lugar del Astral. Contando chistes a niños con los ojos que contienen vacío. Fragmento de lo que no sabe que es fragmento. La frecuencia débil que la semilla había registrado.

Trescientos años.

El viejo fumó el ébano hasta que el tabaco fue ceniza y la ceniza se enfrió en la cazoleta con el color gris de lo que fue fuego y que ahora es residuo. No la relleno. La dejó entre las muelas. Apagada. El peso de la boquilla y el cobre en la boca, el peso de la madera vacía que era diferente al peso del ébano lleno. Más ligero pero más presente. El sabor residual del humo en el paladar, el sabor del tabaco del PM que sabía a plástico y a químico.

Saya le habría dicho: “Es un viejo que fuma solo en un sótano. No es filosofía. Es soledad.”

Saya tenía razón. Siempre tenía razón. Tenía razón cuando reducía las teorías a tres palabras y tenía razón cuando cortaba las cuerdas con el cuchillo limpio y tenía razón cuando dijo que el niño necesitaba tierra firme. Saya tenía razón porque Saya no filosofaba, Saya miraba y lo que miraba lo decía y lo que decía era lo que era.

El navegante no respondió la metáfora en voz alta. La metáfora que llevaba trescientos años cargando: “Soy humo. Lo que queda cuando algo se quemó.”

No la dijo, porque decirla sería darle peso. Y las metáforas que se dicen en voz alta se convierten en verdad, las palabras dichas tienen la densidad de lo dicho, las palabras no dichas tienen la ligereza de lo posible. Y Don Humo no era humo. El viejo era un viejo sentado en un sótano con una boquilla apagada y una semilla llena de datos. Una niebla que no podía controlar y un hijo que no sabía que tenía padre y el conocimiento de que todo lo que había hecho en trescientos años, cada puerta sellada, cada borde sostenido, cada piedra quitada, cada frecuencia enseñada, cada reja aflojada iba a terminar con él cantando una canción que había escuchado como eco una noche en el Astral mientras fumaba.

No sabía eso último todavía. Pero la semilla lo sabía. La semilla sabía todo.

El hombre se levantó. Las rodillas crujieron, el crujido de siempre, la firma del cuerpo. Guardó la madera en el bolsillo del chaleco, el bolsillo derecho para el ébano, el bolsillo izquierdo para la semilla, los dos pesos a los lados del pecho. Subió las escaleras del sótano, las escaleras de concreto sin barandal. Los escalones gastados. Salió a la superficie del PM.

Las Torres TAAT. Púrpura. La frecuencia de supresión. Constantes. La niebla comprimiéndose alrededor del viejo hasta desaparecer, las ocho capas aplastándose bajo la frecuencia de las Torres hasta que el jardinero era un viejo con la boquilla y nada más.

Caminó.

• ◦

040 DESPERTAR

El restaurante El Caldero. Un jueves. Las seis de la tarde.

El navegante se sentó en la barra. La misma barra de madera gastada que Marcos limpiaba con un trapo húmedo al final de cada turno y que nunca quedaba limpia porque la madera había absorbido años de caldo y grasa y codos. El mismo lugar. El tercer taburete desde la puerta, el taburete que tenía una pata más corta y se mecía ligeramente con el peso de quien se sentara. Despacio.

El mecer era un grado de inclinación hacia la izquierda y un grado hacia la derecha, un movimiento pendular que duraba medio segundo en cada dirección. Arriba, el viejo se había sentado ahí tantas veces que el taburete ya no se mecía con él. Se había acostumbrado a su peso. La pata corta y el cuerpo del hombre habían encontrado un equilibrio, el equilibrio de la repetición.

Marcos sirvió caldo sin que el viejo lo pidiera. Caldo de huesos con papa y cebolla, los mismos cinco ingredientes de siempre: papa, cebolla, hueso, grasa, sal. El caldo era terrible. El caldo siempre era terrible, del modo que las cosas hechas con lo mínimo son terribles.

Con la dignidad de lo que no pretende ser más de lo que es. El jardinero lo comía todos los jueves porque los jueves Leonardo trabajaba el turno completo de las cuatro de la tarde a la medianoche, ocho horas de lavar platos, y el navegante podía verlo durante tres horas sin que nadie preguntara por qué un viejo miraba al lavaplatos.

Leonardo estaba lavando platos.

El mismo movimiento: la mano izquierda sosteniendo el plato, la mano derecha pasando la esponja, el plato entrando en el agua de

enjuague, el plato saliendo del agua y apoyándose en el escurridor con el sonido de cerámica contra metal. El mismo agua, jabonosa, que se cambiaba cada dos horas y que entre cambio se ensuciaba con la grasa de los cuencos de caldo y los restos de papa y cebolla. La misma cerámica, los cuencos grises del PM, que se despostillaban en los bordes y que Marcos seguía usando porque reemplazar cuencos no era prioridad en un restaurante del nivel dos.

Las mismas manos de trabajo que no sabían que habían escrito un manuscrito en un idioma que no existía, las manos que iban a recordar cómo escribir antes de que la mente recordara qué escribir. Las mismas manos que no sabían que habían sostenido a dos hijas que estaban muertas, las manos que habían cargado a las niñas con la torpeza de un padre nuevo y que ahora cargaban platos con la torpeza de un hombre borrado. Las mismas manos que no sabían que habían tocado la cara de una mujer llamada Luna que estaba muerta, las manos que recordarían la temperatura de esa cara antes de recordar el nombre.

El viejo comió el caldo.

La cuchara contra el cuenco. La cuchara de metal del PM, ligera, con el mango doblado ligeramente hacia la izquierda porque alguien había doblado todos los mangos de las cucharas de El Caldero del mismo modo, una deformación sistemática que nadie había corregido. El caldo bajando por la garganta con el calor insuficiente de lo que Marcos no había calentado lo suficiente. El caldo tibio, no caliente, la diferencia entre lo que el cuerpo necesita y lo que el cuerpo recibe.

La madera estaba en el bolsillo del chaleco. Apagada. Tres años sin encenderla en la superficie del PM. Tres años de cargar el ébano

como cargaba todo lo demás sin fumar, sin quemar, sin soltar el humo que tenía adentro. La boquilla apagada era la versión superficial del viejo, el hombre bajo las Torres.

El jardinero comprimido, el navegante reducido a un viejo con la madera que come caldo. El ébano encendido era la versión real del viejo, el hombre en los sótanos, el hombre con la niebla, el jardinero enseñando frecuencias y quitando piedras y cargando trescientos años.

Leonardo se acercó a la barra. No para servir, Marcos servía. Para limpiar. Pasó un trapo por la superficie de madera con el gesto mecánico de alguien que limpia superficies ocho horas al día, el gesto del borrado que funciona.

El navegante lo miró.

Vio a un hombre borrado que iba a recordar. Vio las líneas de fuerza del flujo atravesándolo, densas, calientes, resonando con la frecuencia del electrón que va y viene. Las líneas de fuerza eran visibles para un Jardinero de trescientos años, visibles no con los ojos sino con los huesos del cráneo y las muelas del juicio y la semilla en el bolsillo del chaleco que registraba la densidad del flujo alrededor de Leonardo. Vio el viaje que Leonardo iba a hacer: el despertar que empezaría con un sueño y después con una pista y después con otra. La confusión de recordar sin saber qué se recuerda. Las pistas que el flujo dejaría como migajas, cada pista llevando a la siguiente.

El cruce al Astral, Leonardo atravesando la frontera entre planos con la torpeza de alguien que no sabe que está cruzando. Malika, la mujer aséptica que lo guiaría sin ternura. Maku, la criatura de siete mil años que lo transformaría. La Bestia, la masa biológica del

noreste que lo enfrentaría. El Voynich, el manuscrito que escribiría en un idioma que no existía y que sería la clave. El regreso, el regreso al PM con la memoria devuelta y con el conocimiento de lo que había perdido.

Y vio lo que no vendría: Luna, las hijas, la vida de antes. Eso no volvería. Eso estaba enterrado más profundo que Saya en la arena de Puerto Rojo, enterrado debajo del borrado, debajo de la corrección, debajo de las capas de olvido que el corrector había puesto sobre la vida de Leonardo.

Hueles a División 47 - comentó Don Humo.

La voz del viejo saliendo ronca en el restaurante. La voz que no hablaba mucho, la voz del que dice lo necesario y calla lo demás. Las palabras elegidas. División 47. El sector del PM donde procesaban los registros viejos, los registros que el GM archivaba y que olía a papel hombre y a tinta de impresora. Un dato operativo disfrazado de observación casual.

Leonardo levantó la vista del trapo. Los ojos borrosos mirando al viejo de la barra, los ojos que no enfocaban del todo, los ojos del borrado que veían sin reconocer.

¿Qué?

División 47. El sector donde procesan los registros viejos. Hueles a papel jardinero y a tinta de impresora.

Leonardo se miró las manos. Las olió. Olían a jabón de platos y a cloro, el olor de ocho horas de lavar cerámica con agua jabonosa. No olían a papel navegante ni a tinta de impresora.

No trabajo en División 47.

Ya lo sé.

Don Humo comió otra cucharada de caldo. El caldo tibio bajando por la garganta. Marcos no lo había calentado lo suficiente. El viejo comió el caldo tibio como comía todo en el PM: sin quejarse, sin pedir más, sin las palabras que la gente usa para mejorar lo que tiene. La aceptación de lo que hay, la misma aceptación que había tenido con el tabaco del sur que sabía a metal y con el tabaco del PM que sabía a plástico y con la sopa de Anya que sabía a agua caliente.

Leonardo volvió a lavar platos. El trapo en la barra. La espalda encorvada sobre el fregadero. Las manos entrando en el agua jabonosa.

El hombre lo miró desde la barra. Miró las manos que iban a recordar, las manos que iban a soltar los platos un día y que iban a agarrar un papel y un lápiz y que iban a escribir símbolos que Leonardo no reconocería pero que las manos recordarían. Miró la espalda encorvada del hombre que iba a enderezarse cuando la memoria le devolviera lo que el corrector le había quitado, la espalda que iba a recordar la postura de quien tiene identidad y propósito y peso. Miró al hombre que iba a perder todo lo que recuperara y recuperar todo lo que perdiera y perderlo de nuevo.

Y no le manifestó nada.

Porque decirle cambiaría el flujo.

Y los Jardineros no cambian el flujo.

Porque Saya habría dicho: “Es un hombre que va a sufrir. No le puedes quitar el sufrimiento. No es filosofía. Es el flujo.”

Porque la piedra más grande que un Jardinero puede quitar es la que quiere poner.

Don Humo terminó el caldo. Dejó dos monedas en la barra, las monedas de aleación gris del PM, las dos monedas que costaba un

cuenco de caldo. Se levantó. El taburete se meció una vez, el grado de inclinación que volvía cuando el jardinero dejaba de sentarse.

Vuelva cuando quiera - dijo Marcos. Lo decía todos los jueves. Las mismas palabras. La misma cortesía de alguien que tiene un restaurante y que quiere que la gente vuelva.

El navegante salió del restaurante.

La calle de Ciudad Esperanza. Nivel dos. Pavimento liso, el pavimento del PM que devolvía cada paso con la claridad del material que no absorbe. Las Torres TAAT visibles desde cualquier punto, cuatro torres púrpuras que emitían a la frecuencia de supresión. Los pilares de metal oscuro y cristal púrpura que sostenían la supresión del PM. La frecuencia que mantenía al PM en su rango de operación. La frecuencia que suprimía a la gente que vivía debajo, que suprimía sus frecuencias naturales, que suprimía sus emociones extremas. Que suprimía lo que el PM no podía tolerar. La frecuencia que no podía suprimir a Don Humo porque el viejo operaba a frecuencias que las Torres no estaban diseñadas para procesar, las frecuencias del Astral y del PB y del Nexus.

Sacó la boquilla del bolsillo. La puso entre las muelas. Apagada. La boquilla de cobre con la marca de sus muelas, trescientos años de morder la misma boquilla, las muelas gastando el cobre, el cobre gastando las muelas. La madera del cuerpo con el calor de la mano que la sostenía. El peso familiar. El peso.

Saya.

¿Fumas o cargas? Cargo. Trescientos años de carga. Saya muerta bajo arena de grafito. Nico vivo y sin padre en los niveles bajos del Plano Medio. Leonardo condenado a un viaje que lo destruirá. El Astral herido y en reconstrucción. El Plano Medio suprimido bajo las

Torres. El Plano Bajo alterado por el corrector. Doña Nube echando raíces en una bahía del sur. Juliana desaparecida sin despedida. Themis muerta en un flash de cuatro segundos. Gaia hundida en su propia tierra. Helios cantando una canción descendente. El Viejito contando chistes con ojos vacíos. La semilla llena de datos trecientos años de puertos y corrientes y pérdidas y frecuencias comprimidos en cuatro gramos. La canción de Helios guardada en los huesos. Las piedras quitadas. Los sótanos enseñados. Las rejas aflojadas. El terreno preparado.

Trescientos años de carga en un viejo con el ébano que caminaba por una calle del Plano Medio al anochecer.

El hombre caminó hacia los niveles bajos.

La niebla lo siguió. Tenue en la superficie, las Torres la comprimían, la aplastaban, la reducían a un halo apenas visible alrededor del cuerpo de Don Humo. Pero ahí. La niebla siempre estaba ahí. La niebla que se espesaría en los niveles bajos y que se haría densa en los túneles y que llenaría los sótanos con ocho capas de gris. La niebla que era el jardinero y que el navegante era.

No había humo. La boquilla estaba apagada. No había humo porque el viejo no era humo. El hombre era un hombre que cargaba. Y lo que cargaba no se veía, no se veía en la superficie del Plano Medio, no se veía bajo las Torres, no se veía en las calles de Ciudad Esperanza al anochecer. Lo que el jardinero cargaba era invisible bajo la supresión. Lo que el navegante cargaba era la semilla y la canción y las piedras quitadas y la distancia de quince metros que lo separaba de su hijo.

Caminó.

Las Torres TAAT se quedaron atrás. Púrpuras. Constantes. La frecuencia de supresión. El runrún que la gente del Plano Medio dejaba de oír después de un año, el runrún que se convertía en quietud por costumbre, el runrún que dejaba de existir porque el oído dejaba de registrarlo.

Don Humo lo oía. Trescientos años y lo oía.

Caminó hacia los niveles bajos. Hacia los sótanos donde podía fumar, donde la madera era el ébano y no peso, donde el humo subía y la niebla se espesaba y el viejo era quien era. Hacia los túneles que había mapeado, los cilindros de concreto con las rejas aflojadas y las semillas de frecuencia. Hacia la habitación de tres por cuatro del Sector 12 donde la boquilla y el pedernal y la semilla estaban en la mesa, los tres objetos, los tres pesos, lo único que el hombre tenía.

Caminó sabiendo que su hijo estaba en algún lugar de esta ciudad y no sabía que tenía padre.

Caminó sabiendo que el hombre que acababa de comer caldo iba a perder todo.

Caminó sabiendo que en algún lugar del Astral, los retoños de Doña Nube crecían, la madera tibia produciendo madera nueva, las raíces de cobre oxidado extendiéndose por el fondo de la bahía, las hojas metálicas brillando en la luz gris.

Caminó.

• ◦

FIN DE TEMPORADA 4: EL PADRE

FIN DE MEDIOEVO XII DON HUMO

Siguiente: MEDIOEVO XIII NEXUS “Aquí vamos otra vez”

- ○

- ○

GLOSARIO

ARCHON Sistema de corrección del flujo. No piensa, no decide, no quiere. Detecta, ejecuta, corrige, desconecta.

Astral Plano de existencia paralelo. Mar de mercurio líquido. Cuatro regiones cardinales. Sede de Helios y los dioses.

Corrector Proceso de ARCHON que elimina anomalías del flujo. Borra identidad, memoria, rutinas motoras.

Doña Nube Nave de 400+ años. Grieta = degradación de Xochipilli. Reparar la nave = repararse.

Don Humo Apodo de Xochipilli Topec. El apodo crece con la carga: comerciante, guerrero, jardinero, padre.

Flujo Corriente fundamental del electrón de Wheeler. Pasa a través de todo. Algunos son piedras en el río. Otros son el río.

GM (Gobierno Municipal) Autoridad administrativa del Plano Medio. Burocracia eficiente. No malvado funcional.

Helios Dios del Astral. Frecuencia 432 Hz. Se fragmenta cantando una canción descendente.

Jardinero Cuidador de puertas entre planos. No planta, no riega, no elige. Quita piedras.

Le Jardín Café entre planos. Aparece donde la necesidad lo convoca. Damian sirve café. El gato confirma.

Niebla Frecuencias acumuladas de trescientos años que el cuerpo de Don Humo no puede contener. Ocho capas de gris.

Plano Base (PB) Plano de existencia más cercano a la realidad convencional. Corrientes marítimas, arena, sal.

Plano Medio (PM) Plano de existencia controlado. Torres TAAT, Ciudad Esperanza, Entreternia, niveles bajos.

Saya 567 menciones. Habla en ACCIÓN (reparar), no en palabras. Arregla: la nave, la ropa, las heridas, a Xochipilli. Cuando habla, directo, sin adorno. Anti-Don Humo: donde él confunde, ella clarifica. El amor NO es motor. Saya es complicación, no destino. Muere en el Astral.

Semilla Objeto de cuatro gramos con vetas doradas. Almacena datos, frecuencias, la canción de Helios.

Torres TAAT Infraestructura de supresión del PM. Emiten 0,12 Hz. Púrpuras. Constantes.

Xochipilli Topec Nombre verdadero de Don Humo. Comerciante de té. Jardinero. Padre de Nico. ## NOTA DEL AUTOR
Don Humo fue el personaje más difícil de escribir.

No por la complejidad de la trama, trescientos años de vida se escriben solos cuando la vida tiene peso. Sino porque Don Humo es el tipo de persona que no se cuenta a sí misma. No se mira en espejos. No reflexiona sobre su condición. No tiene monólogos internos sobre el sentido de la existencia. El viejo fuma, camina, mira y carga.

La dificultad fue respetar eso. No convertirlo en lo que no es: un filósofo, un héroe, un mártir. Don Humo es un viejo con pipa que quita piedras. Las piedras no son metáfora, sino rejas aflojadas, frecuencias enseñadas, semillas dejadas en grietas de concreto. El trabajo más importante del mundo hecho por alguien que no se cree importante.

Si este libro funciona, es porque Don Humo nunca pide que funcione.

$$\chi \cdot e^{\chi} = 1$$

- ○

FIN

MEDIOEVO XII DON HUMO

Libro XII de la saga MEDIOEVO

Siguiente: MEDIOEVO XIII NEXUS